



1304

Est. 4

Tab. 5

Núm. 1304







Teodosio el joven y el solitario.

L. de la Cruz y Matute.

Imp. de la Cruz y Matute, Valladolid.



R. 27.037

ESCUELA DE COSTUMBRES

6

MAXIMAS RAZONADAS DE FILOSOFIA MORAL

PARA FORMAR HOMBRES DE BIEN Y BUENOS CIUDADANOS.

obra escrita en francés

por el Sr. Juan Bautista Blanchard,
Caudinigo de Avenay.

Revisada, corregida con esmero, y consagrada especialmente, en una nueva edicion, á los jóvenes de ambos sexos, por los ilustrados redactores de la Biblioteca de las escuelas cristianas de Francia.

Traducida libremente al castellano, enriquecida con doscientas biografias, con numerosas notas históricas, geográficas y doctrinales, y citas de autores tanto sagrados como profanos:

POR

D. VICENTE VALOR,

Maestro en Artes, doctor en Leyes, y antiguo profesor de Derecho en la universidad literaria de Valencia, Académico de mérito de la Matritense de Jurisprudencia y Legislación.

TOMO II.

VALLADOLID, — 1852.

Imprenta de D. J. de la Cuesta y Compañía.

ESCUELA DE COSTUMBRES

*Es propiedad , y serán denunciados los ejemplares
que no lleven las contraseñas particulares.*



Se halla venal en el establecimiento de *Juan de la Cuesta y Compañía*, calle de Cantarranas, núm. 45, y en las principales librerías del reino.

ESCUELA DE COSTUMBRES

ó

MAXIMAS RAZONADAS DE FILOSOFIA MORAL

**para formar hombres de bien y buenos
ciudadanos.**

MAXIMA PRIMERA.

Sed hombre siempre de honor,

Y á nadie engañeis fingido;

Un noble y buen corazon

Perdona á sus enemigos.

Ho que entendemos por la palabra honor, no es como algunos piensan una virtud política, una simple preocupacion; es una virtud real y moral, dictada por la misma naturaleza, cuya función, por decirlo así, es vigilar sobre todas las otras, y conservarlas en toda su pureza. El honor, como ese jugo precioso que se esprime de las flores, se forma de lo que encuentra mas exquisito en cada virtud, y es tal su delicadeza, que la mas ligera mancha lo empaña. Él es, respecto del alma, lo que la vida respecto del cuerpo: vivifica todas nuestras acciones, dirige todos nuestros sentimientos, ennoblece á la virtud misma, marchita el vicio, dá esplendor á la prosperidad, consuela en la desgracia, y sirve de apoyo en la indigencia infortunada.

El honor es, como una segunda providencia para el estado. Manda la santidad á los Pontífices, el valor á los guerreros, la justicia á los Magistrados, la emulacion á los talentos útiles. Prescribe la buena fé en el comercio, y cubre de vergüenza hasta la mas débil sospecha en el manejo de caudales públicos; invita al soldado al combate, y paga el precio de su sangre, con el de la gloria. Tratábase en el asedio de cierta ciudad, de reconocer un punto de ataque. El peligro era casi inevitable, y se habian ofrecido cien luises al que pudiese salir de él con buena fortuna. No pocos valientes se habian quedado ya por allá; mas se presentó un jóven, á quien vieron partir con pena, y tardó tanto tiempo en volver que le creyeron muerto; pero al fin volvió, é hizo admirar igualmente que su serenidad y sangre fria, la exactitud de su narracion. Le ofrecieron los cien luises. «Se burla V. E. de mi, mi General, respondió él: ¿se vá allá acaso por el dinero?» El elogio y la gloria, son la única recompensa digna del valor. No es con el oro con lo que se debe pagar lo que el honor puede solo satisfacer: una rama de laurel basta para recompensar al héroe.

Cuanto mas bello es este sentimiento, mas se debe temer corromperle ó viciarle; no proponiéndose otro fin que la estimacion de los hombres y la gloria mundana. Este fantasma brillante, fué el objeto de los votos y de los procedimientos de casi todos los mas ilustres paganos; porque su Religion puramente humana, no ofrecia otros motivos mas dignos de una alma grande. Trás de este solo objeto corren tambien y nos empeñan á correr nuestros filósofos modernos; porque reducen bajamente todas sus esperanzas á los estrechos limites de la vida presente. Pero el filósofo cristiano, cuyas miras son mucho mas estensas y elevadas, en tanto se permite amar y proporcionarse la estimacion de los hombres, en cuanto ésta puede serle

útil ó necesaria para llenar mejor los deberes del estado en que le há colocado la Providencia.

Siendo el honor y la estimacion de los hombres, un bien tan real, como la salud y las riquezas, y una ventaja todavia mas preciosa, es licito desearla y trabajar en procurársela. El Espiritu Santo mismo nos lo recomienda. *Ten cuidado de poseer una buena reputacion, pues sería para tí un bien mucho mas durable que mil tesoros grandes y preciosos* (1). Solo la virtud es lo que nos queda despues de la vida. Pero pondréis todo el cuidado que el Espiritu Santo quiere que tengais, para adquirir y conservar una buena reputacion, si procurais edificar á los otros hombres con la sabiduria de vuestra conducta, sin ejecutar cosa alguna que pueda envileceros y haceros despreciables á sus ojos.

El que por impudencia ó por bajeza de sentimientos desprecia la estimacion de los otros, se acredita él mismo de que no la merece ni es digno de ella. Uno de aquellos Cínicos impudentes, cuya secta fué el oprobio de la antigua filosofia, decia un dia. «Yo me rio de todos los que se mofan de mí.—Pues ninguno, le respondieron, se divierte mejor que tú.»

Para merecer esta estimacion pública, que es el testimonio, y el mas hermoso patrimonio del mérito y de la virtud, el hombre de honor hace profesion de estar ligado inviolablemente á su deber, de cumplir toda justicia, y de observar una conducta irreprochable á la vista de todo el mundo. Tiene por máxima,

(1) Curam habe de bono nomine: hoc enim magis permanebit tibi, quam mille thesauri pretiosi, et magni.

Bonæ vitæ numerus dierum: bonum autem nomen permanebit in ævum.—Eccles. c. 41. v. v. 15 y 16.

Ten cuidado de tu buena reputacion; porque esta será tuya mas establemente, que mil grandes y preciosos tesoros.

La buena vida se cuenta por dias, *dura poco*; pero el buen nombre permanecerá para siempre.—Sr. Amat.—T.

el no faltar á su palabra , ser fiel al secreto , no engañar á nadie , y no hacer nunca nada contra la rectitud y la probidad. Incapaz de perjudicar á persona alguna , se avergonzaria de enriquecerse con sórdidas ganancias , y de sacrificar su conciencia á su fortuna. Habiendo enviado Dario (B. 115) Rey de Persia , unos ricos presentes á Epaminondas (B. 116) , este grande hombre respondió á los que los llevaban : « Si Dario , quiere ser amigo de los Tebanos , no es necesario que compre mi amistad , mas si abriga otras intenciones , no es bastante rico para corromperme. »

El duque de Mayenne escribió á Matignon , conde de Torigni , para atraerle al partido de la liga. Éste le respondió : « Yo pensaba ser solo en Francia el que se llamaba Thorigni : con algun fundamento creo haya otro á quien se dirija vuestra carta , y á quien espereis obligar á sacrificar su honor á vuestras brillantes ofertas ; pues no me persuado que lo habeis presumido de mi. »

Lo que hizo Mr. d' Aubigne es tambien muy bueno. Referia un dia á Mr. de Talci , su mala fortuna y el triste estado de sus negocios. Este le interrumpió diciéndole. « Vos teneis unos papeles que interesan mucho al Canciller de l'Hopital (B. 117). Él está en desgracia de la córte , como sabeis , y al presente retirado en su casa de campo. Si quereis , yo me obligo á haceros dar diez mil escudos por esos papeles , ya sean para él , ya si los rehusa , para los que quieran servirse de ellos contra él. Mr. d'Aubigné , fué al instante á buscar todos estos papeles , y en vez de darlos á Mr. de Talci , los arrojó en presencia suya al fuego. Como éste se lo reprendiese vivamente , respondió : « Los he quemado por temor de que ellos no me abrasasen á mi , haciéndome sucumbir á la tentacion. » Esta accion generosa conmovió á Mr. de Talci. La mañana siguiente

fué á buscar á d'Aubigné, le dió la mano, apretándosela, y le dijo: « Aunque no me habeis abierto vuestro corazón, yo tengo demasiado buena vista para no haber percibido el amor que teneis á mi hija. Ya veis que la buscan de varias partes, que tienen mas bienes que vos; pero aquellos papeles que quemásteis ayer, me han determinado á elegiros por mi yerno.»

Es necesario que un hombre de honor ame su deber hasta esponerse á los mayores peligros, y aún á la muerte misma para cumplirlo. Habia sido destinado un oficial para una accion muy peligrosa. Le sugerian algunos pretextos para dispensarse de ejecutar la comision. « Yo puedo ciertamente salvar mi vida, respondió: pero mi honor ¿quién lo salvará?»

Todas las clases y todos los estados de la sociedad, están sujetos al honor. Él estiende su imperio sobre todos los grandes, y hasta sobre los mismos príncipes; y manda á aquellos á quienes los otros obedecen; y cuanto mas parece superior á las leyes, mas cifra su gloria en respetar las del honor y mostrarse, por decirlo así, uno de sus primeros vasallos. En la batalla de Nerwinde (1), ganada por el Mariscal Lujemburgo (2), contra los aliados, hubo necesidad de abrirse paso por las trincheras enemigas, y cuando la brecha ya estaba practicable, nadie podia pasar sin esponerse á perder la vida. El duque de Chartres, voló sin embargo á tomar la brecha, y queriendo el Mariscal impedirlo dijo á Mr. de Arci, tu-

(1) Lugar del reino de Bélgica, provincia de Dieja canton de Lauden, famoso por la victoria que consiguió el Mariscal de Lujemburgo sobre los Holandeses, mandados por Guillermo III, en 1695. — T.

(2) Francisco Enrique de Monmorensy—Bouteville, (Duque de) nació en 1628, y murió en Versalles en 1695. — T.

tor del jóven principe, que le detuviese, porque aquel punto era en extremo peligroso. «¿Y por qué detenerle, responde aquel denodado militar? Los grandes han nacido para distinguirse por sus bellas acciones, tanto en el campo de batalla como en cualquier otra parte, y para enseñar con su ejemplo á sus tropas á combatir con valor. Vos habeis pasado, mi Principe pasára tambien; y supuesto que se presenta la ocasion de poder adquirir gloria, lejos de impedirselo le conduciré por mi mismo, y mientras tenga el honor de ser su ayo le llevaré á todas partes sin reparar en peligros.»

Tal es el verdadero honor, pues no se puede encontrar sinó en las cosas honestas y loables. Pero la mayor parte de los hombres no conocen bien el honor, y lo aman sin conocerlo. Lo hacen consistir en ser estimados de los otros, sin distinguir la falsa estimacion de la estimacion verdadera; y sobre todo en recibir con impaciencia, ó mas bien con furor, los ultrages que les hacen; resueltos á tomar de ellos venganza, ó perecer. Se comprende que queremos hablar de los combates singulares: uso feróz y extravagante, que el falso punto de honor ha sabido mantener hasta el presente, á pesar de todo lo que la severidad de las leyes, las luces de la razon, y las amenazas de la Religion, han podido hacer para abolirlo. Es cierto que se ha disminuido mucho el furor de los duelos; pero seria muy conveniente que se hubiese estinguido enteramente. Él sopla de cuando en cuando su rabia en los corazones, y esto es lo que nos obliga á hablar aquí de él. ¡Oh felices, si pudiéramos contribuir á abolir hasta los últimos restos de esta preocupacion bárbara; á desengañar á los que há seducido, y á convencerlos de que no es menos opuesto al verdadero honor que á la Religion!

No, el duelo no es una institucion de honor, como

lo piensan los duelistas, sinó un medio horrible y sanguinario, que debe su nacimiento á las naciones feroces del Norte. Es necesario colocar su origen en los sombríos bosques y en las montañas inaccesibles de la antigua Germania, en medio de un pueblo feróz. Un espíritu de independencia escesiva, herencia funesta de la groseria de un gobierno, apenas salido de su infancia, que en defecto de las leyes autorizaba á los particulares para hacerse justicia, por la via de las armas; un falso punto de honor, que hacia mirar el uso de la fuerza como el medio mas noble de hacerse dar la razon y sostener sus derechos verdaderos ó supuestos; ved aqui las principales causas que hicieron nacer el duelo entre los antiguos Germanos. Estos hombres tan silvestres y montaraces, como las comarcas que habitaban, habiéndose precipitado como un torrente sobre la Italia, la España y las Gálias, acompañados de su furor natural, introdujeron en ellas el uso del duelo. ¡Felices siglos, los que hasta entónces no habian conocido una costumbre tan bárbara y homicida; bien merecen ellos con mas justicia que el nuestro el nombre de siglos de humanidad!

Antes del reinado de Enrique II, nada habia mas comun en Francia, que estos duelos autorizados. El de Chabot de Jarnac y Vivonne de la Chataigneraie fué el último. Este combate se tuvo en el patio del Castillo de S. German en Laye, en 1547. Jarnac habia desmentido á la Chataigneraie, y éste le desafió. El Rey, dió su permiso y quiso ser espectador del duelo. Lisonjeábase que Chataigneraie, á quien amaba, ganaria la victoria, pero Jarnac, aunque enfermo, lo derribó en tierra de una es tocada que le tiró en el jarrete, que desde entónces se ha llamado *el golpe de Jarnac*. Separaron á los combatientes; pero el vencido, inconsolable por haber recibido esta frenta delante

del Rey, no quiso absolutamente que los cirujanos vendasen su herida, y murió pocos dias despues. Enrique se compadeció tanto de este suceso, que juró solemnemente, no permitir mas semejantes combates.

Pero no por eso subsistió menos el furor del duelo. Desde que subió al trono Enrique IV, hasta los veinte años de su reinado, fueron concedidas siete mil gracias de indulto, por duelos, en que uno de los adversarios habia perdido la vida. Los duelos eran tan frecuentes en los primeros años del reinado de Luis XIII, que era la primera cosa que se preguntaban unos á otros al encontrarse en las calles y en los paseos. Luis XIV, animado del celo de la Religion, y persuadido de que esta suerte de combates no era menos pernicioso al estado que á los particulares, publicó contra el duelo un edicto fulminante. A su ejemplo, y animada del mismo espíritu de Religion y del bien público, la Emperatriz reina Maria Teresa, ha publicado tambien contra el duelo las ordenanzas mas severas. Habiéndose atrevido á desafiarse poco despues dos Señores de la primera distincion, y no pudiendo obtener el perdon, fueron los dos decapitados en un mismo cadalso.

Gustavo Adolfo (B. 118), este famoso conquistador del Norte, que ha hecho tan célebre su nombre en el último siglo, sabiendo que el furor del duelo comenzaba á hacer crueles destrozos en su ejército, lo prohibió con pena de muerte. Sucedió poco despues, que dos de sus principales oficiales, habiendo tenido alguna desazon entre si, fueron á suplicar al Rey les concediese el permiso para combatir. Gustavo, se indignó al pronto de la proposicion: sin embargo consintió en ella; pero añadió que queria ser testigo del desafio. Señaló lugar y hora. Fué á él con un pequeño cuerpo de infantería, que colocó al rededor de los campeones. «Vamos, firme se-

ñores, les dice: combatid ahora mismo hasta que uno de vosotros dos caiga muerto, » y llamando seguidamente al verdugo del ejército, le dijo: «Al instante que muera uno de los dos, córtale al otro la cabeza delante de mí.» A estas palabras los dos generales se quedaron por algun tiempo inmóviles; pero reconociendo luego el error que habian cometido, se arrojaron á los pies del Rey, le pidieron perdon, y se juraron uno al otro una sincera amistad. Desde aquel momento no se oyó hablar mas de duelo en los ejércitos suecos.

Pronunciando el Principe una pena de muerte contra los duelistas, venga á un mismo tiempo la autoridad de Dios y la suya. La ley divina prohíbe el homicidio; y es usurpar los derechos de Dios, el intentar quitar la vida de aquel á quien se la ha dado. Nadie sobre la tierra tiene derecho de condenar á muerte sinó los que ejercen los juicios del Señor, por una autoridad que han recibido de él. Cualquiera que se sirve de la espada sin orden del Soberano, usurpa su autoridad, atenta contra sus derechos, se hace culpable del crimen de lesa Majestad, y merece perecer él mismo con la espada. Con justicia, pues, condena á muerte la ley del Principe á los duelistas (1).

Los héroes en este género son con bastante frecuencia, unos malvados; unos brutos, cuyo encuentro conviene evitar con tanto cuidado, como el de las bestias mas feroces. Toman por insultos las mas ligeras faltas de atencion, de que apenas se aperciben, ó

(1) Un falso pundonor ha querido sostener la licitud de los duelos. El verdadero honor consiste esencialmente en la virtud, y donde no hay virtud, no hay honor. Y podrá haber virtud en el duelo? Podrá ser una accion virtuosa esponerse á perder la vida, ó á privar de ella á su prójimo, sin autoridad de Dios, dueño único de todas las vidas?.... T.

enteramente desprecian las personas honradas. Una palabra, un gesto, hasta el silencio les ofende cuando se imaginan haber sido objeto de él, por mas que no se haya pensado en ellos. ¿No es esto lo que se vió en el famoso Crillon? Su valor le mereció justamente el sobrenombre de bravo, y su generosidad, su bondad, su rectitud, le hicieron mirar como el hombre mas probo de su siglo; pero una palabra equívoca bastaba para arrebatarle y llevarle á los últimos extremos. De este exceso de delicadeza resultaban contiendas y duelos que le hacian pasar algunas veces por hombre quisquilloso. Habiéndole encontrado un dia en la calle Bussi d' Amboise, le preguntó con un tono y una mirada que no agradaron á Crillon, ¿qué horas es? «La de tu muerte, contestó éste, echando mano á la espada.» Hubiera costado la vida al uno, ú al otro, ó tal vez á los dos, sinó los hubiesen separado. Así son la mayor parte de los duelistas. Ellos se jactan de tener honor, y este honor dicen, está en la punta de la espada, siempre pronta á herir á los que intenten ponerlo en duda. Pero dejadlos hacer, y vereis, que por los motivos mas frívolos su brutalidad va á privar á las familias de su apoyo mas necesario, de sus mejores ciudadanos al estado, y á la pátria de los que la prestan mejores servicios.

Hay, es verdad, otra especie de contienda de honor que á primera vista no parece tan feróz; pero que en sustancia no lo es menos, y es aquella la en que se baten hasta primera sangre. ¡A primera sangre, gran Dios! exclama el Filósofo de Ginebra; y ¿qué quieres tú hacer de esa sangre, bestia feroz? ¿acaso bebértela? Fuera de ésto, ¿quién nos responderá, que los golpes irán dirigidos con tal suerte que ninguno será mortal; ó que la vista de la sangre, y la vergüenza del vencimiento, no empeñarán mas y mas al herido á redoblar sus golpes y llevar su venganza hasta el úl-

timo extremo á que pueda llegar?—El siguiente ejemplo, ofrece una prueba bien triste de esta verdad. Habiendo hecho prisionero de guerra el caballero Bayardo, á un gentil hombre español, llamado Don Alonso, le dejó á poco tiempo en libertad mediante cierto rescate. Alonso, elogiando á Bayardo se quejaba no obstante de que sus subalternos no le hubiesen tratado como gentil hombre; y Bayardo, informado de estas quejas, creyó su honor ofendido, y le mandó un cartel de desafío. Aceptado por Alonso, y señalado el dia se presentaron ambos combatientes en el campo, y desde luego se embistieron uno á otro, dándose de estocadas é hiriendo con una de ellas Bayardo, á su contrario en la cara. Desde entónces, fué mas vivo el combate, aunque estuvo dudoso el triunfo por largo tiempo, y equilibrado por la destreza é igualdad de fuerzas de los combatientes. Por fin, Bayardo, aprovechándose, de el momento en que el español levantó el brazo para descargar el golpe, dirigió su espada con tan singular celeridad y destreza, hácia el gorjal de su enemigo; que á pesar de la bondad de su armadura, logró penetrarla y entró hasta cuatro dedos en la garganta de Alonso. Este al paso que perdía su sangre con abundancia, redobló su rábia y su furor, y á costa de los mayores esfuerzos, logró asirse al cuerpo de su contrario, cayendo ambos en tierra y luchando algun tiempo; pero Bayardo, dió á Alonso una puñalada tan fuerte entre la nariz y el ojo izquierdo que le penetró hasta el cerebro, gritando al mismo tiempo, «rindete D. Alonso, ó de lo contrario eres muerto.» Mas ya lo estaba, á pesar de que Bayardo, por quanto habia en el mundo hubiera querido verle vencido solamente, pero no muerto. ¡Cuántos otros ejemplos igualmente funestos que éste, y por desgracia demasiado frecuentes, no pudieramos citar!

Se llama valentia y honor, lo que ordinariamente

no es sinó orgullo, flaqueza y aún cobardía. Asi lo pensaba el célebre mariscal Turena, y no obstante, ¿quién conoció jamás mejor que él los principios del verdadero valor? Este grande hombre envió á Francia desde el pais de Hesse-Cassel (1), á un capitán de caballería que habia muerto en desafio á otros dos oficiales, «porque, (son palabras tuyas), yo mismo he notado mas de una vez el triste continente de un homicida delante del enemigo; y si le dejásemos obrar, nos mataria á todos; pero no á ningun enemigo del Rey.»

Tened valor, pues, para elevaros sobre estas preocupaciones. Imitad al mariscal la Force, quién conmovido de un Sermon, en que el predicador expuso fuertemente todas las funestas consecuencias de estos malhadados combates, protestó al salir de él, que si en lo sucesivo le desafiaban, no aceptaria el desafio. Cuando os encontréis en este caso, declarad que las leyes y la Religion, os prohiben el duelo, y que cifrais vuestra gloria en obedecerlas (2).

No os avergonzeis de reconocer que no teneis razon, de dar una honesta satisfaccion al que podreis haber ofendido, y de reparar vuestra falta con una excusa, con una palabra comedida, ó con una muestra de urbanidad. Lejos de despreciaros, os estimarán mas, pues tendreis á lo menos la aprobacion de todas las gentes honradas, de las que solamente debeis hacer caso. Sobre todo, y suceda lo que sucediere, vale mas ir al cielo con el desprecio del mundo, que al infierno con todos sus elogios. ¿De qué sirve al hom-

(1) Principado soberano de Alemania, limitado al Norte por el gobierno prusiano de Mindem y el Hanover al Este, por el gobierno prusiano de Erfurt, el gran ducado de Sajonia Weimar, S. E. por la Baviera; al S. O. por el gran ducado de Hesse-Darmstadt, al O. por el principado de Waldeck. — T.

(2) Y decretétese por la ley una medalla de honor, para el que en tales casos sepa hacer, en las áras de aquella, el sacrificio de sus pasiones. — T.

bre ganar el mundo entero, si llega á perder su alma? La Salvacion es el verdadero honor del cristiano; no hay otra razon decisiva y sin réplica, contra la cual solamente los insensatos ó furiosos pueden disputar.

Y á nadie engaÑeis fingido.

He aqui todo lo que constituye el hombre de bien, segun el mundo, y lo que forma como el código, de aquella probidad tan necesaria en el comercio de la vida, y en el uso de la Sociedad. En otra parte hemos establecido la verdadera basa de esta virtud, y hemos hecho ver, que no podia estar sólidamente apoyada sinó sobre la Religion. Descendamos ahora á la especificacion instructiva de las obligaciones, que esta misma probidad impone al que quiera ser hombre de bien. Todas ellas están resumidas en la sábia máxima, tan conocida como poco observada, que Tobias daba á su hijo, y que tan recomendada nos ha sido en el Evangelio, « No hagas á los otros, lo que no quieras racionalmente que te hagan á ti (1). »

Este es, en efecto, el gran principio de la equidad natural. Esta regla es tan conforme a la naturaleza, tan luminosamente escrita en nuestra alma, que aún los mas simples y los mas limitados la reconocen. Si gustais de que os engaÑen, que os ofendan, ó que os hagan alguna injusticia, ¿por qué habeis de querer obrar diversamente con los otros? Uno de los ayudas de cámara de Luis XIV, le rogó hiciese recomendar al primer presidente un pleito que tenia contra su suegro, y le

(1) Quod tibi fieri non vis, alteri ne feceris.— Esta era la máxima predilecta de Alejandro Severo, emperador romano, quien con frecuencia la hacia proclamar á voz de pregon, y mandó que se inscribiese en la fachada de su palacio, y de varios otros edificios públicos — T.

decia estimulándole : « señor, V. M. no tiene que decir sinó una palabra en mi favor. — ¡ Ah ! le respondió el Rey, no es esto lo que me dá pena; pero dime, ¿ si tú estuvieras en lugar de tu suegro te gustaría que yo dijese esa palabra? »

La perfecta probidad es muy rara. Todo el mundo se jacta de tenerla; pero ¡ cuántos hay que no tienen mas que la apariencia ! ¡ cuántos presumidos de honrados no son sinó unos bribones encubiertos ! Contratan con un hombre recto, que incapaz de armar los lazos, no se precave de los que le ponen, y dejan deslizar diestramente en el contrato una condicion artificiosa, de que sabrán aprovecharse bien. Otro que se cree perspicaz, propone á un hombre poco práctico una permuta, en que toda la utilidad es para él solo. Con la mira de obtener lo que desea, hace grandes promesas, que sabe no han de tener efecto.

A éstos hechos de mala fé, opongamos otros de la mas exacta probidad, que es el único sendero que debe seguir el hombre de bien. Habiendo experimentado el famoso poeta Scarron (B. 119), como otros muchos, que las musas dan mas fama que riquezas, se vió precisado á vender toda su hacienda á Mr. Nublé. Este le dió por ella seis mil escudos sin saber precisamente lo que valia, y Scarron se contentó con esta suma, Mr. Nublé, fué á ver la hacienda. A su regreso volvió á buscar á Scarron, y le dijo: « Vos habeis creido que vuestra heredad no valia sinó seis mil escudos; pero vale ocho mil segun la tasacion pericial que he mandado practicar; » y le obligó á recibir dos mil escudos mas. ¡ Cuántos otros se hubieran aplaudido en secreto de tan buena especulacion, y hubieran encontrado razones plausibles para calmar los escrúpulos de su conciencia, oyendo la voz del interés tan ingenioso en inventarlas!

La accion siguiente no es menos digna de servir de

modelo hasta en una profesion en la que el honor debe ser la primera ley, en la cual las picardias no son siempre tan raras como deberian serlo. En tiempo en que Mr. de Turenne mandaba en Alemania, una de las Ciudades neutrales, que creyó que el ejército iba á pasar por su inmediacion, hizo ofrecer á este general cien mil escudos para obligarle á tomar otra ruta. «Yo no puedo en conciencia, respondió Mr. de Turenne, aceptar esta cantidad, porque mi intencion no era pasar por alli.»

El vulgo llama gentes de talento, á los que son sagaces; pero sería mejor ser estúpido, y pasar por tal, que ser sagaz y engañador. La sagacidad es la ocasion próxima de la bellaqueria, y de la una á la otra el paso es resbaladizo.

El hombre de bien, léjos de procurar aprovecharse de la sencillez, ni sorprender la buena fé de los otros, no creará nunca, tampoco que le es permitida é inocente la represalia. Habiendo un judio detenido por veinte y cuatro horas el muermo á un caballo blanco, lo vendió muy caro á un caballero, porque fuera de este vicio el caballo era muy bueno. Engañado el caballero, recurrió á la astucia. Hizo pintar el caballo de negro; le detuvo tambien el muermo, y encontró el secreto de volverlo á vender mucho mas caro al mismo judio, quien no lo reconoció. El judio era un bribon, y el caballero no lo era mucho menos. Todo lo que la probidad le podia permitir, era recobrar lo que habia perdido, y cubrir de confusion al embustero.

Es un error bastante comun el creer que se puede vender ó comprar á todo precio y aprovecharse de la ignorancia ó necesidad del que vende ó compra. Pero esto es, engañando á los otros, engañarse á sí mismo. Sinó sabeis el valor cierto de la cosa que vais á vender, debeis remitiros á lo que digan los inteligentes. Este valor está arreglado por la estimacion comun

de los hombres, y no podeis, sin haceros culpables de injusticia, esceder de la extension que permite el derecho (1).

Si es cierto que las mercancías que llegan á ofrecer pierden alguna cosa de su valor, siguiendo el axioma recibido, *merces ultronæ vilescunt*, y pueden entónces comprarse á un precio un poco mas bajo; es necesario convenir en que es poca caridad aprovecharse de la necesidad y de la miseria para hacer lo que se llama un buen negocio. Semejantes ganancias, parecerán siempre viles, y si se compra por mucho menos del precio mas bajo, injustas aún á los ojos del hombre de bien.

**Un noble y buen corazon,
Perdona á sus enemigos.**

Hay mas nobleza y verdadera grandeza de alma en perdonar, que en vengarse; pues una alma generosa jamás se venga. No, no es un indicio de flaqueza y de cobardia como vulgarmente se cree, el no vengarse de los que nos han ofendido; al contrario, es la mejor prueba de fortaleza de ánimo. Y el vencerse á si mismo, y superar el deseo de la venganza, ese deseo tan natural, y cuya satisfaccion es tan dulce (2), es la mas bella de todas las victorias; y cuánto mas se conven-

(1) Segun las leyes de España, habiendo lesion en mas de la mitad del precio comun, como sucede cuando uno vende por menos de cinco, ó compra por mas de quince lo que vale diez; ha de resarcir el daño ó rescindir el contrato, ya sea el perjudicado el vendedor, ya lo sea el comprador, pudiendo intentarse la accion dentro de cuatro años y no despues. Esta doctrina se estiende á los demas contratos en cuanto puede serles aplicable. — Véase la ley 56, del tit. 5.º, Part. 5.ª — T.

(2) El dolor del ofensor, sirve de remedio al dolor del ofendido, dice Publio Siro — T.

ga en que es difícil, tanto mas preciso será confesar que es en extremo gloriosa.

*Extinguir de su cólera el impulso ,
Saber vencerse, y reprimir lo altivo
De su orgullo, esto es lo que yo llamo
Grande por sí, y el héroe que yo estimo.*

J. B. ROUSSEAU.

Ordinariamente no se vengan los hombres por grandeza de alma, ni por honor, sinó por cobardía y flaqueza; porque no tienen bastante valor y fuerza para sobreponerse á los respetos humanos, ni para reprimir los movimientos impetuosos que interiormente nos estimulan á la venganza. Asi lo han pensado los paganos mismos. «El querer vengarse, dice un antiguo, es la señal de un pequeño ánimo, y de una alma débil. El que tiene elevacion de alma, se considera superior á las injurias, y las perdona fácilmente. «Cuando me hacen una injuria, decia el célebre Descartes (B. 120), procuro elevar mi alma tan alto que la ofensa no llega hasta mí.»

Isabel (B. 121), reina de Inglaterra, que merecia ser colocada en el número de los mas grandes monarcas, sinó hubiera manchado su gloria con sus crueldades contra los católicos, y con la injusta muerte de la Reina de Escocia; Isabel, sabia del mismo modo elevarse noblemente sobre todos los sentimientos de la venganza, de lo que dió varios ejemplos; pero el que vamos á referir aquí, nos ha parecido uno de los mejores.

Una Escocesa llamada Maria Lambrun, habia estado al servicio de Maria Estuardo. Despues se habia casado, y la reina de Escocia habia concedido varias gracias á su marido. Este hombre, se aflijió tanto por el triste destino de su bienhechora, que murió el mismo dia que esta infeliz Princesa

fué decapitada. Maria Lambrum que amaba tiernamente á su marido, y era muy apasionada á la reina de Escocia, formó el designio de vengar la muerte de los dos en Isabel. Se disfrazó de hombre, y tomó el nombre de Antonio Spanh. Ocultó debajo de sus vestidos dos pistolas, resuelta á tirar con la una á la Reina y á matarse con la otra. Un dia que Isabel se paseaba en sus jardines, Maria Lambrum, que no habia encontrado la ocasion favorable, quiso ejecutar su horrible atentado; entró por en medio de todos con demasiada precipitación. Una de sus pistolas se la cayó y lo advirtieron los guardias de la reina, que se agarraron á ella. Isabel la hizo acercar, y le preguntó quien era. «Yo soy mujer, respondió ella con intrepidez, aunque estoy vestida de hombre; he estado muchos años sirviendo á la Reina Maria Stuard, á quien habeis hecho morir injustamente. Mi marido ha muerto de dolor, y yo he creído deber vengar con peligro de mi vida, la muerte de los dos con la vuestra.»

Su nombre, que ella dijo, el éco de su voz, y sus facciones, de que se acordaron, fué motivo para que la reconociesen varias personas, que hicieron memoria de haberla visto con Maria Stuard. «Tu has creído la dijo la Reina, hacer tu deber asesinándome, y yo, ¿qué piensas deberé hacer? — ¿Me pregunta vuestra Majestad esto, la respondió Maria Lambrum, como Reina ó cómo juez? — Como Reina, respondió Isabel. — Pues debe vuestra Majestad, replicó ella, concederme el perdon. — ¿Qué seguridad me darás, la dijo Isabel, de que no abusarás de esta gracia, y de que no intentarás segunda vez quitarme la vida? — Señora, respondió la escocesa, la gracia que se me quiere conceder con tanta precaucion no es ya una gracia, y así podeis juzgarme. Volviéndose Isabel á los Señores de su córte, que estaban cerca de ella,

les dijo «En treinta años que llevo de reinado, nadie me ha dado aún una leccion tan bella.» La aconsejaban que entregase esta mujer á la severidad de las leyes; pero la reina concedió el perdon entero, y sin condicion. La escocesa, dando las gracias, añadió: «Si quiere V. M. que el perdon que me ha concedido me sea útil, mande que se me conduzca con seguridad fuera del reino, y hasta las costas de Francia.» Lo que fué ejecutado.

No es necesario ser cristiano para perdonar á sus enemigos, basta tener elevacion de alma y nobleza de sentimientos. Antes que la religion hubiese en algun modo divinizado el perdon de las injurias con el mas grande de todos los ejemplos, ¡cuántas bellas acciones en este género no nos ofrece la historia antigua! Se vén en ella filósofos, sábios, y aún reyes, grandes por sus hazañas, por sus victorias y por sus conquistas, que parece debian ser mas sensibles á todo lo que podia herir su reputacion, ú ofender su gloria, sufrir con una paciencia admirable las injurias y los ultrajes, sin castigarlos, como podian fácilmente hacerlo.

Habiendo ido unos embajadores de Atenas á quejarse á Filipo rey de Macedonia, de algun acto de hostilidad, este Príncipe al fin de la audiencia les preguntó si podia hacerles algun servicio. «El mayor servicio que puedes hacernos, le respondió uno de ellos, es el ir á ahorcarte.» A estas palabras, sin alterarse, aunque vió á todo el mundo justamente indignado, replicó: «Decid á vuestros amos, que los que se atreven á decir semejantes insolencias, son mucho mas altaneros, y menos pacíficos que los que saben perdonarlas.»

César, que sería tal vez el mas grande hombre de la antigüedad, si hubiese tenido menos ambicion, no manifestó resentimiento alguno por los epigramas,

ofensivos de Cátulo (1). Después de la guerra civil perdonó á todos sus enemigos, y se afligió por que Catón (B 122) dándose la muerte, le habia quitado la gloria de perdonarlo.

Si hemos dado motivo al ódio que nos tienen, apresurémonos á perdonar para reparar nuestra falta: si no hemos hecho perjuicio alguno, perdonemos aún mas voluntariamente. ¿No es mucho mas dulce el tener que perdonar, que tener necesidad de perdon? El emperador Teodosio el Grande escribió á Rufino, prefecto del preterio: «Si alguno habla mal de nuestra persona ó de nuestro gobierno, no queremos castigarle. Si ha hablado por ligereza, es necesario despreciarle; si ha sido por locura, compadecerle; y si es una injuria, perdonarle.»

Reprendian al emperador Teodosio el jóven porque era muy humano y muy bueno con sus enemigos. «En verdad, respondió, que bien léjos de hacer morir á los vivos, yo quisiera poder resucitar á los muertos.»

Luis II, duque de Borbon; habiendo estado algun tiempo prisionero en Inglaterra, señaló su regreso con una de las acciones mas magnánimas, cuyo suceso ha conservado la historia. Durante su detencion, la mayor parte de los varones y caballeros de sus estados se habian aprovechado de su ausencia para apoderarse de sus dominios. Ellos estaban todos juntos cerca del duque, cuando su Intendente general, le llevó una memoria circunstanciada de los perjuicios que le habian hecho. Se quedaron pálidos y consternados. Pero el generoso príncipe dijo al magistrado: «¿Has llevado tambien registro de los servicios que me

(1) Cátulo, poeta latino, nació en Verona en el año 86 antes de J. C., y sobresalió en el epígrama y en el género erótico; se unió á los hombres mas distinguidos de su tiempo y no temió atacar á César en sus versos; pero el dictador en lugar de irritarse, supo ganar su amistad. —T.

han hecho?—No, mi Príncipe, respondió él.—Pues es necesario quemar estos papeles, replicó el duque: yo no puedo hacer uso de ellos.» Al mismo tiempo los tomó y los arrojó al fuego, sin haberlos leído. Sería difícil espresar cuán penetrada quedó la concurrencia de una accion tan grande de generosisad y clemencia.

Enrique IV mereció el sobrenombre de *Grande*, aún mas por la bondad de su corazon, que por sus victorias. Nunca persona alguna amó tanto el perdonar, como este príncipe; porque tal vez tampoco tuvo ninguno una alma mas grande. La bondad y la clemencia parecia que componian su carácter. Dijo un dia al duque de Mayenne: «El mayor placer que tengo haciendo una paz, es el de perdonar á los rebeldes.» Se sabe tambien lo que dijo á este mismo duque, que le habia hecho la guerra, y disputado mucho tiempo la corona. El duque de Mayenne era muy pesado en andar. Paseándose Enrique IV, un dia con el placer de cansarle, haciéndole caminar mucho, el duque le pidió cuartel, «primo mio, le dijo el Rey, esta es la única venganza que tomaré de ti en mi vida.»

Reprendian un dia á este mismo príncipe que trataba con demasiada bondad á los comuneros, sus enemigos irreconciliables, y respondió: «Dios me perdona, yo debo perdonar; él olvida mis culpas, yo debo olvidar las de mi pueblo. Que se arrepientan los que han pecado, y que no me hablen mas de ello.»
 «¡Qué bueno es este sentimiento, y que digno de la Religion que lo inspiraba! Este es, en efecto, uno de los mas poderosos motivos que ella nos presenta contra el resentimiento. Bastaría solo bien, meditado, para impedir al hombre mas feróz el correr á la venganza. Nosotros ofendemos á Dios todos los dias, y nos sufre con paciencia. La justicia divina mucho tiempo há que pide nuestra pérdida; pero

la misericordia calma su cólera, detiene entre sus manos el rayo pronto á caer, y nosotros en el furor que nos trasporta, quisiéramos destruir á nuestro hermano. Nosotros pedimos á Dios, que olvide nuestras ofensas, y no queremos olvidar las que nos han hecho.

El célebre patriarca de Alejandria, San Juan el Limosnero (1), creyó que esta consideracion, tan capaz de mover un corazon que conserva aún algunos sentimientos de religion, podría obligar á uno de los mas grandes señores de la ciudad á reconciliarse con una persona, contra quien tenia una enemistad declarada. Lo habia exhortado varias veces á hacerlo, pero inútilmente. Viéndole siempre inflexible, le rogó fuese á su casa con pretexto de algunos negocios públicos, y le condujo á su oratorio. Celebró allí la misa delante de él, á la cual no asistió ninguna otra persona sinó la que la servia. Despues de la consagracion, cuando hubo comenzado la oracion dominical, la cual pronunciaban tres á tres juntos, segun la costumbre de aquel tiempo, el santo patriarca hizo señal al ayudante de que callase á estas palabras: «perdónanos nuestras ofensas, asi como nosotros perdonamos á los que nos han ofendido,» y calló tambien él mismo; de manera que el caballero fué solamente el que las pronunció. Volviéndose entónces el Santo á él, le dijo con mucha dulzura: «Pensad, yo os lo ruego, lo que acabais de pedir y decir á Dios, cuando para estimularlo para que os perdone vuestras

(1) Llamado así por su inagotable caridad con los pobres; se celebra su martirologio el 23 de Enero.—Véase el padre Juan Croisset, en su novísimo año cristiano, traducido al castellano por el padre Isla; última edicion, hecha en la libreria católica de Pons y compañía, año 1847, en la cual se inserta íntegro el martirologio Romano, si bien no trae la vida de dicho Santo. — T.

ofensas, habeis protestado que perdonariais á los que os han ofendido (1).» Atónito este señor á estas palabras, se arrojò á los pies de su patriarca, y le respondió: «ya estoy pronto á hacer todo lo que querais:» y fué al instante á reconciliarse sinceramente con su enemigo.

Aquel, dice el sábio, que querrá vengarse, sentirá la venganza del Señor, y Dios no olvidará jamás sus pecados. El hombre guarda su cólera contra un hombre. ¡Y se atreve á pedir á Dios que le perdone! Él no tiene compasion de un hombre su semejante, ¡y pide á Dios misericordia (2)! Vos rogais

(1) ¿Y por qué quiso Jesucristo, pregunta el Sr. Mazo, en su catecismo Esplicado, que á la peticion de «*perdonanos nuestras deudas*» es decir nuestros pecados y ofensas, añadiesemos, «*asi como nosotros perdonamos á nuestros deudores?*» (Segun san Agustin responde): Por dos motivos. *Primero*, Para mover á Dios á que nos perdone, representándole que si nosotros, siendo tan miserables, perdonamos á los que nos han ofendido, esperamos que su Majestad, siendo tan rico en misericordias, nos perdonará nuestras ofensas. *Segundo*, para que tengamos siempre presente, que si nosotros no perdonamos por nuestra parte, no hay perdón para nosotros por parte de Dios, por mas que repitamos todos los dias y á todas horas «*perdonanos nuestras deudas.*» Añadamos á estas razones del Santo, que los que no perdonan las injurias, que son las deudas de que aquí se trata, no solo hacen inútilmente esta peticion sinó que piden contra sí mismos; porque pedir á Dios que nos perdone nuestras deudas así como nosotros perdonamos á nuestros deudores, es pedirle que nos trate como nosotros tratamos, á nuestros deudores; y si nosotros no perdonamos á nuestros deudores es pedirle que no nos perdone á nosotros mismos. ¡Peticion horrible! pero real y verdadera en boca de los que no perdonan.— T.

(2) Qui vindicari vult, á Domino inveniet vindictam, et peccata illius servans servabit.

Relinque proximo tuo nocenti te; et tunc deprecanti tibi peccata solventur.

Homo homini reservat iram, et á Deo quærit medelam?

In hominem similem sibi non habet misericordiam, et de peccatis suis deprecatur?

Ipse cum caro sit, reservat iram, et propitiationem petit á

que os perdone , como perdonais. ¡ Oh infeliz! ¿ qué haceis? Pidiendo perdon, pedís vuestra pérdida: vuestra sentencia sale de vuestra boca , y os condenais á vos mismo.

¶ Pero , ¿ queréis al contrario desarmar el brazo del Señor levantado sobre vos? Desarmad el vuestro, ¿ Queréis obtener una entera abolicion de todo lo que debeis á la justicia divina? Perdonad de buen corazon y sin demora todo lo que os deben. No temais el dar los primeros pasos hácia la reconciliacion. El que se anticipa , ó es el primero à darlos, tambien es á los ojos de Dios , el vencedor mas grande y mas digno de la corona inmortal destinada al perdon de las ofensas. Con arreglo á este bello modelo , se ha visto á muchos cristianos , perdonar á sus mas crueles enemigos , y á muchos principes y guerreros olvidar todos sus resentimientos, honrando con tan digno sacrificio la Religion que lo motivaba , y llenándose ellos mismos de una gloria inmarcesible.

El valiente Crillon , cuyo nombre vivirá siempre en los fastos militares de la Francia , es célebre por una bella accion que merece referirse. Un soldado calvinista , creyendo abatir en él uno de los mas fuertes apoyos de los católicos , resolvió matarle para

Deo ? quis exorabit pro delictis illius? — Eccles. c. 28. v. v. 1, 2, 3, 4 y 5.

El que quiere vengarse, experimentará la venganza del Señor: el cual tendrá exacta cuenta de sus pecados.

Perdona á tu prójimo cuando te agravia , y así cuando tu implores el perdon , te serán perdonados tus pecados.

¿ Un hombre conserva encono contra otro hombre , y pide á Dios la salud ?

¿ No usa de misericordia con otro hombre como él , y pide perdon de sus pecados ?

¿ Siendo él carne *miserable* , conserva el enojo , y pide á Dios reconciliacion ? ¿ Quién se la alcanzará por sus pecados ?

vengar la muerte de tantos calvinistas, á quienes el brazo de este célebre guerrero habia sido tan funesto en la batalla de Montcoteur (1). El soldado se ocultó en un parage para poder ejecutar su designio, y le tiró un escopetazo, que felizmente no le hizo sinó una ligera herida. Crillon, furioso fué corriendo al asesino. Al tiempo que iba á descargar el golpe se arroja el soldado á sus pies, y le pidió la vida. «Da gracias á mi Religion, le dice Crillon, y avergüénzate de no ser de ella. Anda, yo te doy la vida. Si la palabra de un vasallo rebelde á su rey é infiel á su religion pudiera ser recibida, te pediria que me prometieses no combatir jamás sinó por el servicio de tu legitimo Soberano.» Confundido y penetrado el soldado, juró una fidelidad inviolable á su Rey, y á la Religion católica, de que hizo profesion en el mismo instante.

Luis XII, hizo al principio de su reinado una lista de los grandes que le habian dado motivos para quejarse en el de Carlos VIII, su predecesor, cuando aún no era sinó duque de Orleans, y señaló con una cruz el nombre de cada uno de ellos. Creyendo casi todos que iban á ser victimas del justo resentimiento de este principe, quisieron ausentarse de la córte. Pero él les aseguró con estas palabras verdaderamente dignas de un rey cristianisimo: «la cruz que yo he puesto á vuestros nombres, no debe anunciaros la venganza; pues señala, así como la de nuestro Señor, el perdon de las injurias.»

Todo el mundo sabe la buena palabra de este gran principe, que siendo exaltado al trono, dijo: «que el Rey no vengaba las injurias del duque de Orleans.» Se admira con razon esta noble respuesta; pero

(1). Ciudad de Francia, departamento del Viene, situada en la margen derecha del Dive. — T.

parecerá aún mas heroica, cuando se sepa en qué ocasion la dió. Siendo duque de Orleans, desmintió en una concurrencia á Madama de Beauseu, hermana de Cárlos VIII, y Renato, duque de Lorena, le dió al instante un bofeton. Despues de la muerte de Cárlos VIII (B. 123), los enemigos del duque Renato, solicitaron de Luis XII, que se vengase. Entónces fué cuando dió aquella bella respuesta. Llegó tambien á tanto su magnanimidad, que permitió al duque Renato, que sirviese de Par en la ceremonia de su consagracion en lugar del duque de Normandia. ¡Qué leccion para los que creen que es propio de su honor tomar venganza de una injuria ó ultraje cualquiera !

La ley, que nos prohíbe la venganza, y nos manda reprimir nuestros ódios y arrebatos, es una ley tan amable y digna de respeto, como justa y necesaria. ¿Qué llegaría á ser la sociedad, si le fuese permitido á cada uno de sus miembros satisfacer sus particulares resentimientos? Arbitro soberano del destino de las criaturas, Dios es solo su justo juez, y á él toca la venganza. Él se ha reservado el derecho de castigar á los que nos hacen mal, resarcirnos de los perjuicios que nos han causado, y de vengarnos de los ultrages de nuestros enemigos. Tarde ó temprano juzgará entre el inocente y el culpable. Si difiere el sentarse en su Tribunal, es porque encuentra en su sabiduría y bondad, razones para diferirlo. A nosotros solo nos toca venerar estas razones profundas, sin querer penetrarlas, y no nos pertenece juzgar á nuestro juez.

Temeis, decís, que se abuse de vuestra bondad, y que no sirva de motivo para ofenderos mas. Pero, ¿no es esto lo que todos los dias haceis vos mismo con Dios? ¿Y está por ello menos dispuesto á sufriros y á perdonaros? Lleno de reconoci-

miento y de confusion, podriais negarle el perdon de vuestro enemigo si os lo pidiese? Pues bien, él os lo pide, y os ofrece por premio del perdon, añadir aún nuevas gracias, á aquellas de que os ha colmado. Cuánto mas os cueste hacer este sacrificio, mas digno será de él y de vos. ¡Qué mayor placer para un alma noble, que el poder hacer á su Dios, el mas grande de todos los sacrificios!

El divino remunerador, que no se deja vencer jamás en generosidad, no dejará de recompensaros. Además de la alegría y satisfaccion interior que derramará en vuestra alma, y que es ciertamente superior al placer de la venganza, sereis tal vez aún por otras ventajas resarcido cien veces mas, de lo que os habrá costado el triunfar de los resentimientos que inspira el ódio. Él desdeñaría vuestras mas ricas ofrendas, presentadas por un corazon enojado, y os ordenaria que fueseis antes á reconciliaros con vuestro hermano. Pero, podeis esperarlo todo de su bondad, si la usais con vuestro enemigo. Temed que éste, previniéndoos, no merezca tener mas parte en sus favores; y daos prisa para obtener la palma destinada al que dará los primeros pasos, y hará mayores esfuerzos para cojerla.

MAXIMA SEGUNDA.

Procurad siempre vengaros
Con beneficios atentos;
Hablad poco, pensad bien,
Y guardad vuestros secretos.

Esta es, sin contradiccion, la mas bella y mas noble de todas las venganzas. Una alma grande, no cree que sea bastante sufrir en paz los malos tratamientos de sus enemigos, fatigar su ma-

lignidad con su paciencia, y desarmar su cólera no combatiéndolos; pues quiere triunfar de ellos con sus beneficios. Se prevale de todas las ocasiones para servirlos en público y en particular, llega hasta buscarlos y prevenirlos con sus buenos oficios; y en el día del mayor conflicto aquellos que la han ofendido mas, son tal vez preferidos á sus amigos. Semejante magnanimidad, os admira: apenas creéis á un hombre capaz de tenerla; tan superior á él os parece. Pero esta confesion misma, es una prueba de que no hay sinó nobleza en este carácter; que toda la bajeza es para el que ofende, y toda la grandeza para el que se venga de este modo.

Algunos enemigos secretos del gobierno de Suecia, quisieron atraer á su partido, á un poeta jóven, en quien el talento de escribir en verso, suplía á su fortuna. A instigaciones de ellos compuso varias sátiras muy mordaces contra Gustavo III (B. 124). Informado de ellas este Principe quiso leerlas, é hizo comparecer al autor, quién se le presentó con el espanto de un reo, que comparece ante el juez previendo su castigo. «Amigo mio, le dijo el Monarca, tu escribes con talento, pero te falta una cosa esencial que es el pan: te hé nombrado mi bibliotecario, para que cultives tus talentos y te perdono lo que has escrito.» Pocos días despues, habiendo hecho leer el rey al mismo poeta algunos versos que habia compuesto, y viendo que tambien leía con la mayor perfeccion, añadió al titulo de bibliotecario, el de su lector.

Aunque esta noble manera de vengarse, conviene principalmente á los que por la grandeza de su nacimiento, de su condicion y de su fortuna, tienen menos que temer que se abuse de ella; sin embargo, tambien puede tener lugar en los estados menos elevados, y producir las mas sinceras reconciliaciones.

Boursault, poeta francés, autor de varias comedias llenas de muy buena moral, y de rasgos de agudeza, tuvo la desgracia de no agradar á Despreaux, que habia lanzado contra él alguno de sus tiros satiricos. Habiendo ido Despreaux á los baños de borbón á curarse una afeccion de pecho, se vió obligado á permanecer allí mucho mas tiempo de lo que habia creido. Boursault, que era receptor de contribuciones en Montluzon (1) en Bourbonnois, supo por uno de sus amigos comunes que su censor estaba en aquellas cercanias, y que le faltaba dinero. No vaciló un momento en ir á buscarle y le llevó un bolsillo con doscientos luises. Despreaux, quedó tan sorprendido, y al mismo tiempo tan penetrado de una accion tan generosa, que se arrojó á sus brazos, se concilió sinceramente con él, y se prometieron recíprocamente una tierna é inviolable amistad.

«Si tu enemigo tiene hambre, dice Salomón, dale de comer, si tiene sed, dale de beber: porque así acumularás sobre su cabeza carbones de fuego, y el Señor te lo volverá (2).» Esta máxima tan llena de humanidad y de religion, ha sido traducida felizmente en estos bellos versos.

Si está hambriento, en abundancia

Con nuestro manjar saciemos:

Si está sediento, al instante

Con nuestra agua refresquemos.

(1) Ciudad de Francia, departamento del Allier, cabeza de Distrito y de Territorio, situada en la márgen derecha del Cher.—T.

(2) Si esurierit inimicus tuus, ciba illum: si sitierit, da ei aquam bibere;

Prunas enim congregabis super caput ejus, et Dominus reddet tibi. — Prov. c. 25. v. 21 y 22.

Si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; si tiene sed, dale de beber;

Que con eso amontonarás ascuas ardientes de *caridad* sobre su cabeza, y el Señor te recompensará. — Sr. Amat.—T.

*Nuestros cuidados, los dones
Y beneficios atentos
Son derramados sobre él,
Como carbones de fuego
Puestos sobre su cabeza.
; Oh mortales! así advierto
Que se venga la virtud.
Los corazones, por cierto
Son solamente de Dios,
Y él solo puede en efecto
Mudar el que le parezca.
De los malvados y buenos
El solo puede ordenar.
A Dios, que es Señor Supremo,
Toca el castigar. Nosotros
Solo perdonar debemos.*

No digas pues: «Yo trataré á este hombre como me há tratado, portándome segun él se haya portado conmigo (1). Volviendo mal por mal, haceis lo mismo que condenais, y os deshonrais doblemente. Vengaos con beneficios, pues dispensándolos á un enemigo, os cubris de una doble gloria.

Francisco de Lorena, Duque de Guisa (B. 125), despues de haber vencido á los calvinistas, en la batalla de Dreux (2), asediaba á Ruan (3), donde habian hecho plaza de armas de su partido. Le llevaron uno de ellos, que tenia los ojos espantados, y parecia tener en la idea algún mal designio. El Duque de Guisa le interrogó. Este infeliz le confesó que ha-

(1) Ne dicas: quomodò fecit mihi, sic faciam ei: reddam unicuique secundum opus suum.— Prov. c. 24. v. 29.

Tampoco digas: Como él me tratò á mí, así lo trataré yo á él: pagaré á cada uno segun sus obras.— Sr. Amat.— T.

(2) Capital de distrito, (Eure-et-Loira) al N. de Chartres.— T.

(3) Capital del departamento del Sena inferior, en la orilla de este rio, á 22 y media leguas N. O. de Paris.— T.

bia formado el proyecto de asesinarle. — «¿Qué mal te he hecho yo, le dijo el Duque con bondad, para intentar quitarme la vida? — Vos no me habeis hecho ninguno, le respondió el protestante; pero sois el mayor enemigo de mi religion. — Si tu religion, replicó el Duque, te conduce á asesinar-me, la mia quiere que yo te perdone: despues de esto juzga cual de las dos es la mejor.» Le hizo dar un caballo y cien escudos, y le despidió. Se sabe de que manera el autor de la Henriada ha explicado el sentimiento sublime de este héroe cristiano.

*De tu Dios, y el que yo sirvo,
La diferencia es muy grande.
El tuyo, manda te vengues,
Que injuries y que maltrates:
Y el mio, cuando tu brazo
Viene para asesinar-me,
Me manda te compadezca,
Que te perdone y te ame.*

VOLTAIRE.

Inspirar esta magnanimidad de sentimientos es especial atributo de la religion Cristiana. Si la moral de los filósofos paganos contaba el perdon de las injurias en el número de las virtudes, este era mas bien un precepto de vanidad, que una regla de costumbres. Pareciales que la venganza arrastraba tras sí un no se qué de bajo é impetuoso, que hubiera desfigurado el retrato brillante y la orgullosa tranquilidad de sus sábios, y tenian por afrentoso el no poderse hacer superiores á una ofensa. El perdon que concedian á sus enemigos se fundaba solo en el desprecio en que los tenian, y asi se vengaban desdenando la venganza. La doctrina del Evangelio es mucho mas pura y mas perfecta, no manda el desprecio sinó el amor: ordena á sus sectarios dar bien por

mal; y en esto procura aún mas nuestra felicidad que nuestra gloria.

Dos mercaderes de una ciudad, vecinos, y celosos el uno del otro, vivian en una enemistad bastante escandalosa. Uno de ellos entrando en sí mismo escuchó la voz de la Religion, que condenaba sus resentimientos. Consultó á una persona religiosa y de confianza, y la preguntó ¿qué le convendria hacer para reconciliarse? «El mejor medio, respondió, es el que voy á indicaros. Cuando vayan algunas personas á vuestra tienda para comprar, y no tengais lo que deseen, aconsejadles que vayan á casa de vuestro vecino.» Asi lo hizo. El otro mercader instruido de dónde le venian estos compradores, quedó reconocido á los buenos oficios de un hombre, que consideraba como su enemigo, fué á su casa para darle gracias, le pidió con lágrimas perdon del ódio que le habia tenido, y le rogó le admitiese en el número de sus mejores amigos.

Cuando hacemos mal á nuestro enemigo, encendemos mas aún su rencor, excitamos su furor, y llegamos nosotros tal vez á ser victimas. El mas pequeño enemigo puede dañar mucho: irritado y ulcerado, procura los medios de vengarse á su tiempo, y por desgracia los encuentra frecuentemente. Pero si les hacemos bien, introducimos el arrepentimiento en su alma, estendemos la confusion sobre su rostro, y de ordinario mudamos el ódio en estimacion y amor.

Sinó podeis hacer bien á vuestros enemigos, porque la ocasion ó los medios os faltan, vengaos de ellos, obligándolos á estimaros y confundidlos con vuestra buena conducta, siguiendo el probervio italiano. «Si quieres vengarte de tu enemigo condúctete bien.» Esta era la máxima de Platon.

Si considerásemos cuales son ordinariamente los

motivos que hacen hablar y obrar á nuestros enemigos, si pensásemos que es el interés, la envidia, ó alguna otra pasión tan baja, que casi siempre las desenfrena contra nosotros, ¿nos costaría tanto trabajo el poseernos, el vencer nuestro resentimiento, y el sufrir tranquilamente todas las necesidades que pueden decir ó hacer contra nosotros? Preguntaban un día á Zenón (B. 126), como trataría á un hombre que le dijese injurias. « Imitaría, respondió este filósofo, á los Principes que despiden un embajador sin respuesta. »

*El vengarse de un vil es deshonorarse ;
Despreciar su flaqueza é insolencia
Es toda la venganza justa y digna,
Que un noble corazón tomarse deba.*

FABULAS DE ESOPPO.

Se debería las mas veces no responder á las injurias y ultrajes, sinó con el desprecio, cuando no se tiene bastante grandeza de alma para sufrirlos tranquilamente, ó bastante virtud para perdonarlos por religion. Mostrarse demasiado sensible á la pena que un enemigo nos causa, es proporcionarle la satisfacción que él desea, y el placer de que nos vuelva á disgustar. No hagamos caso de sus ofensas, ó riámonos de ellas, y asi tomará el partido de dejarnos tranquilos. El afan de divulgar los discursos injuriosos y los procedimientos ofensivos es el mas seguro medio de perpetuarlos.

Sócrates (B. 127) asistió á la representacion de una pieza de Aristófanes (B. 128), en que sabia estaba cruelmente ridiculizado. Habiendo recibido un dia un bofeton de un insolente, se contentó con decir: « Es sensible el no saber cuando conviene armarse de un casco. »

Habla poco (1). Los jóvenes sobre todo deben poner atención en esta bella máxima, tan propia para hacerlos estimar. «Tú que eres mas anciano, dice el Eclesiástico, habla porque la modestia lo exige; pero habla con sabiduría. Por lo que toca á ti, ó joven, sé muy reservado en hablar, aún de lo que respecta á ti: condúctete en muchas cosas como si las ignorases: escucha en silencio, y no hables sinó para hacer preguntas (2).» Preguntaban á un hombre muy

(1) Una de las cosas, que hacen mas estimables á los hombres, es el hablar cuando conviene, y callar cuando importa; y á cualquiera que le falte esta virtud, le falta una de las mayores y mas apreciables circunstancias para ser estimado. El que habla mas de lo que debe y fuera de tiempo, enfada á todos los que le oyen. El dejar de hablar, cuando hace al caso, infunde desconfianza, ó hace formar concepto de poca capacidad ó falta de resolucion. Es preciso, pues, evitar ambos extremos. *Quien mucho habla, mucho yerra*, dice nuestro refran castellano. A ninguno sucedió mal por callar, y á muchos sí, por hablar. Hé advertido, dice Erasmo, que las palabras en demasía sobre ser fastidiosas, dán ocasion á mentir; denotan comunmente poco juicio, y en vez de satisfaccion, causan disgusto. Que se hable mucho, cuando el asunto es importante ó lo requiere, puede ser sufrible, pero usar de preámbulos y largos circunloquios para una friolera, es inaguantable. — T.

(2) Loquere major natu; decet enim te primum verbum diligenti scientia, et non impediatis musicam. Audi tacens, et pro reverentia accede tibi bona gratia. Eccl. c. 32, v v. 4, 5, 9, 10, 11 y 12.

Adolescens loquere in tua causa vix.

Si bis interrogatus fueris, habeat caput responsum tuum.

In multis esto quasi inscius, et audi tacens simul et quærens.— Eccles. c. 34, v v. 4, 5 y 9.

Tú, el mas anciano en edad, á quien toca hablar el primero habla sábia y prudentemente, mas no estorbes con *largos discursos* el oír la armonía de los instrumentos músicos.

Escucha en silencio, y con tu modestia te conciliarás el amor de todos.

Tú, oh joven, habla si es necesario á duras penas, en lo que á tí te toque.

Preguntado una y otra vez, reduce á pocas palabras tu respuesta.

En muchas cosas haz del ignorante y escucha, ya callando, ya tambien preguntando *algunas veces*.— Sr. Amat.—T.

docto ¿cómo había adquirido tanta ciencia? y respondió: «escuchando y preguntando lo que no sabía á los que podían enseñármelo.» En efecto, no hay tal vez cosa mejor para formar el espíritu de un joven, que el hablar poco; interrogar frecuentemente, escuchar mucho, y hacer reflexion estando solo, sobre lo que han dicho los otros en la conversacion.

El Espíritu Santo, nos enseña tambien, que el que oculta su insuficiencia vale mas que el que oculta su sabiduría, y que el loco mismo si sabe callar, pasará por sábio (1).

El silencio debería ser la cualidad de aquellos á quienes faltan todas las otras; pero por lo ordinario los que mas hablan son aquellos á quienes mas convendría callar. Un ignorante, que en nada tropieza ni encuentra duda, habla de todo y mete mucho ruido.

Quien no debía sinó escuchar, y sin embargo habla mucho y muy alto, independientemente de lo que dice, hace ver que es un fátuo, ó á lo menos un aturdido, y sinó dice cosas buenas, es juntamente un fátuo, un aturdido y un necio. No os apresureis, pues, como hacen muchas personas á hablar mucho para manifestar vuestro entendimiento, cubridlo al contrario con un cierto pudor. La modestia es un velo delicado, que no oculta los objetos sinó para darles mas precio. El que quiere pasar por hombre de espíritu, debe abstenerse de parecerlo demasiado. El querer brillar y ostentar mas saber que los otros, es un medio infalible para que nos concedan menos del que tenemos. Es

(1) *Melior est qui celat insipientiam suam, quam homo qui abscondit sapientiam suam.* — Eccles. c. 20 v. 33.

Stultus quoque si tacuerit, sapiens reputabitur: et si compreserit labia sua, intelligens. — Prov. c. 17. v. 28.

Mejor es el hombre que oculta su ignorancia, que el que tiene escondido su saber.

Aún el ignorante, si calla, será reputado por sábio; y pasará por entendido sinó desplega sus lábios. — Sr. Amat. — T.

darse un aire de vanidad que á todos choca, y rara vez se consigue persuadir á los otros de nuestro mérito, cuando les parece ó conocen que estamos demasiado persuadidos de él.

Se deben emplear el talento y las palabras con economía como el dinero; pues aunque recomendamos el hablar poco, tampoco queremos que se esté mudo. Si la moderacion en las palabras es el simbolo de la sabiduría, la taciturnidad absoluta es indicio de barbarie y de falta de instruccion. El necio que nada dice, no piensa nada. La lentitud y esterilidad del discurso, anuncian frecuentemente la del entendimiento. Se habla facilmente cuando se tienen muchas ideas, y se suceden con rapidez. Esto es propio de un buen talento; pero es peligroso y no estimable, sinó en cuanto va unido, lo que es bastante raro, á mucha prudencia y juicio.

Por mas entendimiento y mérito que uno tenga, no será jamás estimado sinó tiene el de hablar oportunamente, y saber callar. Es cierto que el fátuo, el hombre que se jacta de saber de todo, y habla mucho, al pronto engaña; pero pierde casi siempre al segundo cuarto de hora la estimacion que habia sorprendido en el primero. Se principia por admirarlo y se acaba por despreciarlo. Al contrario, el entendimiento modesto, que no procura aventajarse, en breve se hace amar por su modestia misma que es una especie de homenaje secreto que tributa á los otros; y como mucho entendimiento no podria ocultarse largo tiempo, cuando llega á dejarse ver, se acaba por admirarlo. Parece á una rica mina, que al pronto no demuestra sinó algunas particulillas de oro bastante oscuras, hasta que la fuerzan en alguna manera á descubrir las riquezas que encierra.

El que guarda silencio con trabajo, no conocerá jamás la sabiduria. Y asi la moderacion en ha-

blar fué siempre recomendada por los sábios. Esta era la primera lección que Pitágoras daba á sus discipulos. «O callad, les decia, ó decid alguna cosa mejor que el silencio.» En Egipto, que fué la cuna de las artes, de las ciencias y de la sabiduría, habia en su capital una estatua, que era el simbolo del silencio. Esta figura geroglifica, tenia un dedo sobre los lábios como para recomendar aquella virtud á todos los ciudadanos.

El que no tiene bastante entendimiento para hablar bien, ni bastante juicio para callar, es digno de compasion; pero los que están obligados á escucharlo son aún mas. Y así se huye de un hablador; se rodea para no encontrarlo cuando se le ha divisado desde lejos; se deja con gusto lo mas presto que se puede, y el placer que se siente en desembarazarse de él, es igual al que experimenta un hombre que se descarga de un pesado fardo.

Aún aquellos que hablan bien, deben evitar el hablar demasiado sinó quieren molestar. El grande flujo de la lengua aturde siempre, y causa al fin. Además, los muy habladores se entregan á una conversacion acalorada, y manifiestan el fondo del corazon sin percibirlo. Y así, las personas prudentes, escuchan mucho mas que hablan, porque es casi imposible hablar mucho, y hablar siempre bien. Preguntaban á Xenócrates (1), que estaba en una numerosa concurrencia, ¿por qué era él solo el que no decia nada? «Yo me he arrepentido algunas veces, respondió este sábio filósofo, de haber hablado, y jamás de haber callado.»

Es una cualidad rara y un dón precioso del cielo,

(1) Filósofo griego, nació en Calcedonia por los años 406 antes de J. C.; fué uno de los discipulos mas asiduos de Platon, y dirigió la academia despues de Espeusipo; enseñó por espacio de 28 años; y murió á los 92 de su edad. — T.

el saber callar ; lo que hizo decir á un sábio pagano : « Los hombres nos enseñan á hablar ; pero los dioses son los que nos enseñan á callar. »

Aquel maestro que pedia á un hablador doble estipendio, en razon de que segun él decia, debia enseñarle á hablar y á callar, tal vez no pedia bastante, porque la ligereza de la lengua es un mal casi incurable. ¿ *Has visto*, dice el Espiritu Santo, *un hombre propenso á hablar? Espera mas bien necesidades de él, que no que se corrija.*

El corazon de los insensatos, dice el Eclesiástico, *está en su boca, y la boca de los sábios está en su corazon* (1). Habiéndose burlado un hombre del Tasso (2) de una manera muy descomedida, este célebre poeta no respondió nada. Uno de la concurrencia dijo en un tono bastante alto, para que lo oyesen, que era necesario ser loco para no hablar en semejantes ocasiones : *Os engañais*, respondió el Tasso, *un loco no sabe callar.*

Los hombres de Estado y de consejo ; los grandes hombres en el gobierno, ó en los negocios, deben su reputacion y su fortuna á su discreccion. Aún entre las mujeres, las que mas se hacen estimar, son las mas sábias y reservadas en sus palabras. Las que gustan de hablar para hacer ver su talento ó su ciencia, son frecuentemente engañadas por su

(1) *In ora fatuorum cor illorum, et in corde sapientium os illorum.* — Eccles. c. 21. v. 29.

El corazon de los fátuos está en su boca, y la boca de los sábios en su corazon. — Sr. Amat. — T.

(2) Torcuato, llamado el Tasso, célebre poeta italiano; nació en Sorrento en 1544, y murió en Roma en 1595, cuando acababa de llamarle Clemente VIII, para que fuese solemnemente coronado como el primer poeta de su siglo, por su inmortal poema de *la Jerusalem libertada*; el primero sin disputa despues de los de Homero y Virgilio, y que aunque ha sido traducido en todas las lenguas de Europa, debe leerse en la hermosísima en que se escribió. — T.

vanidad, pues pierden la estimacion del mundo por las mismas cosas con que la buscaban.

El que guarda su boca, dice Salomón, guarda su alma; pero el que es inconsiderado en sus palabras, padecerá muchos males (1). El emperador Domiciano (B. 129), se entretenia frecuentemente en su gabinete en matar moscas con un punzon: ¡ocupacion ciertamente digna de tal principe! Una persona que queria hablarle, habiendo preguntado á Vibió Crispo, si habia alguien con el Emperador respondió: «no hay ni una mosca.» Esta burla le costó cara, pues se la refirieron á Domiciano el cual le hizo morir.

Es ser muy sábio el hablar poco, es serlo aún mas el pensar bien en lo que se dice. ¡Cuántos no piensan, sinó despues de haber hablado! pero la palabra ha salido de la boca, y la reflexion viene demasiado tarde. No digais jamás nada si es posible, que no hayais pensado antes. *Pon en tu boca, siguiendo el sábio consejo del Eclesiástico, una puerta y cerraduras: funde tu oro y tu plata, y haz una balanza para pesar tus palabras, y un justo freno para tu lengua, á fin de que no salga jamás palabra alguna de ella que pueda dañar á los otros, ó á ti mismo, que pueda ofender ó ser vituperada* (2).

(1) Qui custodit os suum, custodit animam suam: qui autem inconsideratus est ad loquendum sentiet mala. —Prov. c. 13. v. 3.

Quien guarda su boca, guarda su alma; pero el inconsiderado en hablar sentirá los perjuicios. — Sr. Amat. — T.

(2) Sepi aures tuas spinis, linguam nequam noli audire, et ori tuo facito ostia et seras.

Aurum tuum et argentum tuum confusa, et verbis tuis facito stateram, et frenos ori tuo rectos. — Ecles. c. 28. v v. 28 y 29.

Haz de espinas una cerca á tus orejas, y no des oídos á la mala lengua; y pon puerta y caudado á tu boca.

Funde tu oro y tu plata, y haz de ellos una balanza para tus palabras, y un freno bien ajustado para tu boca. — Sr. Amat. — T.

¡Cuántos males y desórdenes no hemos visto nacer de algunas palabras inconsideradas, y á cuántos pesares y arrepentimientos, no ha dado lugar frecuentemente una palabra dicha fuera de propósito!

Como la manera de conversar, es de la mayor importancia, y es tan raro como difícil el hacerlo bien, creemos deber añadir aquí, algunas reglas, que la sabiduría prescribe se observen en la conversacion. No faltará con frecuencia ocasión de ponerlas en práctica. «¡Oh jóven, dice el Sábio, no seas presuntuoso en medio de los grandes, ni hables mucho en donde haya ancianos! Los estallidos del trueno precederán á la piedra; pero la buena gracia acompañará á la modestia, y tu aire respetuoso te conciliará todos los sufragios (1).» En efecto ¿quién podrá negárselos á un jóven que escucha con atencion y que cuando tiene ocasión de hablar, lo hace brevemente, con exactitud, y con bastante talento para hacer desear que hable una segunda vez; que sabe decir á propósito una buena palabra, una historia corta, una reflexion juiciosa, y que percibiendo que todo el mundo está contento de él, se contiene por modestia, para dejar á los otros el placer de lucir á su vez, y tener el de aplaudirlos.

No os apodereis de la conversacion, ni parezcáis á aquellos petimetres vanos, ligeros y vivarachos, que son siempre los únicos que hablan, y á los cuales es necesario que los demás escuchen. Un fátuo que quiere hacer de ingenioso, no deja de hablar; pero este es un fátuo. Bueno es que cada uno manifieste talento é instruccion cuando le llegue el

(1) In medio magnatorum non præsumas; et ubi sunt senes, non multum loquaris. — Eccles. c. 32. v. 15.

En medio de los magnates no seas presumido, y donde haya ancianos no hables tú mucho. — Sr. Amat. — T.

turno; pero es una gran falta el hacer alarde de estas dotes antes de tiempo. Debemos escuchar con atencion á los demás, si queremos que nos escuchen con gusto.

Dejad decir, pues, cuando hayais hablado. Dad á los otros tiempo para que os respondan, y tened sufrimiento para callar cuando ellos hablen; agrada-reis mas escuchando bien, que hablando.

Pero la mayor parte, antes piensan en lo que ellos quieren decir, que en lo que les dicen. Ocupados enteramente en sus ideas, se apresuran á comunicarlas sin ninguna atencion á lo que dicen los otros. Frecuentemente, no dejan tiempo al que habla, para acabar lo que ha comenzado. Esto no es solamente groseria, sinó tambien falta de talento y de juicio (1). Nada es mas comun que este defecto, no solamente en los grandes habladores y en las personas que tienen mucha vanidad, sinó tambien en las de mucha viveza.

Evitad tambien con cuidado el usar en la conversacion un tono decisivo y absoluto; pues el que pretende sujetar á los otros á su modo de pensar, y quiere que sus sentimientos les sirvan de regla, choca y disgusta á todos. No demostreis jamás demasiado apego á vuestra opinion; y asentid voluntariamente á la de los demás.

Guardaos de mostrar en las concurrencias espíritu de contradiccion y de disputa. No es siempre el amor á la verdad el que lo inspira, sinó frecuentemente el orgullo. Quiere uno persuadir á los otros aquello de que está poseido á saber: que les lleva mucha ventaja en talento, luces y conocimientos.

(1) Qui prius respondet quam audiat, stultum se esse demonstrat, et confusione dignum. — Prov. c. 18. v. 13.

Quien responde antes de oír muestra ser un insensato, y digno de confusion. — Sr. Amat. — T.

Disputad raras veces. La disputa, si nó se templa con una gran cortesania, es casi siempre mas peligrosa que útil. De este choque mútuo de opiniones, debería salir una luz que sirviese para descubrir la verdad, y solo nacen de ordinario, chispas que encienden la cólera, y el ódio. Aunque no se debe amar la disputa, no conviene sin embargo adherirse á los errores, ó á las falsas preocupaciones, por efecto de flaqueza, ó de una baja adulacion. Defended osadamente la causa de la verdad; pero si veis que se obstinan en el error, mudad de conversacion, ó tomad el partido del silencio. El calor y la porfia en las disputas que se suscitan en la conversacion, sobre asuntos que no interesan ni á la Religion ni á la caridad cristiana, prueban mucho menos saber, que sobra de orgullo. A veces mas se gana cediendo, que triunfando; pues por lo regular se pierde la estimacion de aquellas personas, á las cuales se quiere sobrepujar. Si nó podeis atraeros á vuestro adversario, aparentad que cedeis á su dictámen, y os lo estimara mas.

Complaceos en dar ocasion á las personas que conversen con vos, para que luzcan, su talento, haciendo recaer la conversacion sobre aquellas materias, que mas á fondo conozcan. Ellas quedarán mas contentas de vuestra deferencia á medida que se hallen satisfechas de sí mismas. Se refiere á este asunto un chasco bastante chistoso que jugaron á una dama de mucho ingenio; pero grande habladora, y mas vana todavia. Dispusieron un dia el presentarla un hombre, que decian era muy sábio. Esta dama le recibió con afabilidad; pero deseosa de lucirse, se puso á hablar, y le hizo cien preguntas diferentes sin advertir que nada respondia. Concluida la visita: «¿Habeis quedado satisfecha de vuestro hombre? la preguntaron, y respondió — ¡Qué admirable es! ¡Qué

gran talento! » Este gran talento era un mudo.

No tengais la imprudencia de querer parecer en ciertas materias mas docto de lo que sois, ni hablar delante de personas instruidas de cosas que ignorais, ó que no sabeis sinó superficialmente, porque os exponeis con frecuencia á la confusion y al ridiculo. Estando en Leyden (1). Mr. de Voltaire, tuvo la curiosidad de ver al célebre Gravesande (B. 130), que enseñaba allí las matemáticas. Fué á hacerle una visita sin darse á conocer, y suscitó la conversacion sobre el sistema astronómico de Newton (B. 131). Habló tan mal de él, que el profesor quiso muchas veces variar de asuntos, pero inutilmente, porque Mr. de Voltaire volvia siempre á su tema. En fin, Gravesande, dijo: «ya veo señor, que no conoceis el sistema del astrónomo inglés sinó por ciertos elementos de Newton, muy mal trabajados, obra de Mr. Voltaire, que ha manifestado mucha ignorancia en la materia.—Ese soy yo, respondió modestamente el viájante—: Me pesa haberlo dicho, replicó el doctor holandés; pero no he dicho sinó la verdad, y no puedo desdecirme.

Si deseais agradar en la conversacion, no lo manifesteis demasiado. No sostengais una opinion verdadera ó probable, que parezca falsa, delante de los que no tengan bastante penetracion ó conocimiento para aprobarla. Luego que habreis conocido, por decirlo así, el grado de talento de aquéllos con quienes hablais, deteneos: todo lo demas que diriais, pasaría regularmente por ridiculo. El arte de agradar en la conversacion, consiste mucho menos en decir cosas finas y elegantes, que en no decir nada que no sea del gusto de aquellos con quienes se discurre. Es un indicio de mucho talento el saber conversar así.

(1) Ciudad del reino de la Holanda meridional á orillas del Rhin. — T.

El célebre Racine decia frecuentemente á su hijo: « No creas que sean mis versos los que me atraen todas las caricias con que algunos grandes señores me honran. Corneille hace versos cien veces mejores que los míos, y sin embargo nadie le estima: no le aman sino en la boca de los actores; en vez de que sin fatigar las gentes con la narracion de mis obras, de que jamás les hablo, me contento con mantenerles proporcionados entretenimientos, y con divertirlos en las cosas que les agradan. Mi talento con ellos, no consiste en hacerles conocer que tengo ingenio, sino en enseñarles que ellos lo tienen. Y así cuando el señor duque pasa las horas enteras conmigo, te admirarias si estuvieses presente, de ver que las mas veces, se vá sin que yo haya dicho cuatro palabras; pero poco á poco le pongo en humor de hablar, y me deja aun mas satisfecho de él que de mi. »

No os encargueis jamás del odioso papel de abatir á nadie, de decir cosas desagradables, y dar que sentir á quien quiera que sea. Siempre se pierde mucho en mortificar el amor propio de los otros; pues él procura vengarse, es ingenioso para buscar los medios, y de ordinario los encuentra al instante; porque, ¿quién es el que no presenta el flanco á su enemigo por alguna parte?

Pensad bien. Pensar en todas cosas con juicio y con sabiduria, es lo que se llama pensar bien, y lo que constituye *el buen talento*, cualidad mucho mas rara de lo que se cree; y ciertamente, preferible al *bello ingenio*. Es cierto que éste último tiene algo de mas brillante, y propio para conciliarse la admiracion; porque tan presto tiene aquella vivacidad y riqueza de imaginacion que concibe las cosas con fuego, las produce con facilidad, y presenta sin cesar objetos nuevos, retratos vivos y animados, é imáge-

genes estupendas; tan presto ostenta aquella fecundidad y sagacidad de entendimiento que une y combina con delicadeza las ideas, encuentra y percibe unas correlaciones justas y exactas, entre las cosas que parece no las tienen; se chancea con destreza; acomete y rechaza con prontitud, hace producir ingeniosas agudezas, dá lugar á los otros para ejercer su penetracion, ocultando una parte de la suya, y se encubre cuanto es necesario, para que ellos tengan el placer de encontrarla.

Cuando ésta flor brillante del entendimiento humano, está reunida en una misma persona, con un juicio sólido y profundo, no hay cosa sin duda mas admirable en la naturaleza. Pero desgraciadamente estas dos cualidades no andan siempre juntas, y el ingenio sin el juicio es muy poca cosa. Es con frecuencia mas peligroso que útil, porque ó bien se parece entónces á un corcel fogoso, que no teniendo freno, nos arroja al precipicio, ó á una falsa luz, que en vez de dirigirnos, nos estravía, y nos hace dar casi tantas caidas como pasos. Se ha dicho del entendimiento, que era en las manos de las pasiones un instrumento propio para cometer grandes faltas. ¡A cuántos hombres solo les sirve su demasiado talento, para su infelicidad y la de los otros!

No sucede lo mismo respecto del juicio. Éste es sin contradiccion, de todos los dones de la naturaleza, el mas estimable y necesario. No se abusa jamás del juicio, y sin él se abusa de todo. La mayor parte de nuestras faltas proviene menos del defecto de entendimiento, que del defecto de juicio. Se vén tan pocos sábios, al paso que el número de locos es infinito, porque el buen sentido no es tan comun como seria de desear.

El que piensa bien, mide todas sus acciones con las reglas de la prudencia, y no se conduce sinó

por las máximas de la sabiduría. En los negocios difíciles y en las circunstancias embarazosas, examina con cuidado, pesa con reflexion, elige con discernimiento, y no se determina sinó cuando tiene sólidas razones para hacerlo. Quiere mas detenerse en donde acaba el dia, que esponerse á estraviarse ó volver atrás.

Tan equitativo é indulgente, como justo y juicioso *el buen talento*, es inclinado á no pensar mal de nadie; recibe bien y echa á la buena parte cuanto vé ú oye. No es decir esto que apruebe el mal, pues condena lo que es malo; pero no lo cree fácilmente; dá una interpretacion favorable á todo lo que es susceptible de ella, y justifica todo lo que admite justificacion; prefiere engañarse pensando demasiado bien, que juzgando mal de los demás hombres.

Las necedades y locuras ajenas, no lisonjean su amor propio, y no toma motivo de ellas para hacer comparaciones en ventaja suya. No se cree de mas mérito porque algunos no le tengan; y la ridiculez ajena no le sirve de titulo para juzgarse mas perfecto de lo que realmente es. Encuentra en la conducta de los otros, razones para corregirse é instruirse, y no para engreirse ó aumentar su vanidad. En fin, sabe aprovecharse hasta de las desgracias de sus semejantes, y convencido de que se aprende á ser sábio con el ejemplo, se aprovecha hasta de sus menores faltas para no incurrir en ellas. Las reflexiones frecuentes que hace sobre sus propias flaquezas, le inspiran para con los otros la misma indulgencia de que él tiene necesidad, y aunque irreconciliable con el vicio, está dispuesto siempre, respecto de las personas, á excusar y perdonar todo lo que puede serlo.

En 1745, el principe Cárlos Eduardo, hijo primogénito del pretendiente al trono de Inglaterra, despues de haber perdido en Escocia una batalla decisiva,

fué perseguido por las tropas victoriosas, anduvo errante y solo mucho tiempo, y siempre próximo á caer en manos de los que le buscaban con el cebo de adquirir el gran premio que habian ofrecido por su cabeza. Habiendo caminado un dia diez leguas á pie, y viéndose acosado del hambre y de la fatiga, se entró en casa de un caballero que sabia no le era afecto; gran fortuna sin embargo, pues era uno de aquellos nobles que están persuadidos de que la verdadera nobleza consiste en tener sentimientos elevados, y asi es, que le dispensó todos los socorros que su situacion permitia. Algun tiempo despues, este caballero fué acusado de haber dado en su casa asilo á Eduardo, y citado delante de los jueces. Se presentó en efecto, con el valor que inspira la virtud, y les dijo: « Permitidme, que antes que se me haga el interrogatorio os pregunte, ¿quién de vosotros, si el hijo del pretendiente se hubiese refugiado en su casa, hubiera sido tan vil y tan cobarde, que le hubiese entregado? » A esta pregunta el Tribunal se levantó y despidieron al acusado.

Cuando Roma, que habia llegado ya á ser la señora del mundo, mas por sus virtudes que por sus armas, hubo de caer abrumada por el peso de su propia grandeza, y cuando los romanos, bajo el yugo de sus emperadores, habian cambiado su noble y generosa altivez en una baja y servil adulacion, vióse todavia á cierto filósofo dar un bello ejemplo de aquella elevacion de alma tan comun en los hermosos dias de la república. Llamábase Demetrio, y vivia en tiempo del emperador Caligula (B. 152). Como ejercia un poderoso influjo sobre el espiritu del pueblo, cuya estimacion se habia grangeado con su virtud y su sabiduria, el Emperador quiso atraerle á su partido é intereses, y le hizo ofrecer en su nombre doscientos talentos; pero él dió esta bella

respuesta que nos ha conservado Séneca (B. 153): « Si queria tentarme, debió por lo menos haberme ofrecido todo su imperio (1). »

A veces se encuentran en las clases mas ínfimas de la sociedad, personas dotadas de sentimientos dignos de las mas elevadas. Queriendo unos enemigos secretos de Creso, rey de Lidia (B. 154), hacer morir á este principe, se dirigieron á su panadera, y la ofrecieron una suma considerable de dinero, á condicion de que lo envenenase. Fácilmente podia hacerlo, pues su oficio le proporcionaba los medios; pero indignada de tan infame proposicion, se negó á lo que la pedian, y fué corriendo á ponerlo en noticia de Creso, quien movido de reconocimiento la hizo erigir una estatua de oro.

Sobre todo, los magistrados y los altos funcionarios deben hacer vanidad de pensar noblemente, siendo propio de su gloria el rehusar con denuedo todo lo que podria exponerlos á ser injustos ó ingratos. Tomás Moro (B. 155), célebre canciller, y uno de los mas grandes hombres de la Inglaterra, les dió un dia un ejemplo de esta virtud, que por mas que se recuerde nunca se pondrá demasiado á la vista. Cierta Lord, seguia un litigio considerable cuyo éxito temia. Para grangearse el favor del Canciller le envió de regalo dos frascos de plata de muy crecido valor. Moro los hizo llenar de un escelente vino y mandó devolverlos al Lord, el cual ganó el pleito por que era justo. Este dignisimo Magistrado, estaba persuadido y con razon, que todo juez que recibe algun regalo, da los primeros pasos hácia la iniquidad; y que cuando se escucha al que quiere comprar la justicia, se está ya muy cerca de venderla.

(1) Tambien decia Séneca de este filósofo, que la naturaleza le habia producido para hacer ver á su siglo, que un gran genio sabe preservarse de la corrupcion de la muchedumbre. — T.

Mr. Dugas, preboste de los mercaderes en Lyon, pensaba del mismo modo. Fueron los panaderos á pedirle permiso para subir el precio del pan, y les respondió: « que examinaria su peticion. » Al retirarse le dejaron con destreza sobre el bufete, un bolsillo con doscientos luises. Volvieron otro dia, no dudando que el bolsillo habria defendido bien su causa; pero el señor Dugas, les dijo: « Señores: yo he pesado todas vuestras razones en la balanza de la justicia, y no las he juzgado atendibles; pues no creo que convenga gravar al público por una carestia mal fundada. Además he distribuido vuestro dinero entre los hospitales de esta Ciudad, creyendo que vosotros no querriais hacer otro uso de él; y he comprendido, que supuesto os hallais en estado de hacer tales limosnas, no debeis sufrir pérdidas en vuestro oficio, como ponderais. »

Y guardad vuestros secretos. No confia uno su secreto, sinó porque no tiene bastante fuerza para guardarlo. El principe de Orange, que despues ascendió al trono de la gran Bretaña, estaba de marcha para una espedicion militar. Un coronel muy curioso le interrogó sobre su designio. El principe le preguntó, si en caso que lo supiese lo revelaria. El coronel le protestó que nó. — « Pues bien, replicó el principe: el cielo me ha concedido tambien á mi el don de saber guardar un secreto. »

Se dice que un hombre es mas fiel al secreto ajeno que al suyo, y que una mujer al contrario guarda mejor su secreto que el de otro. Haced ambas cosas; reünid la virtud de los dos sexos, sin tener sus defectos. Sed, y no sed lo que son. Guardad inviolablemente el secreto ajeno; pero no guardeis con menos escrupulosidad el vuestro; sobre todo si se trata de empresas y negocios graves é importantes. El menor mal que podria resultar de vuestra indiscreccion, seria el de

retardar su buen éxito, ya que no los frustráseis enteramente. El Cardenal de Richelieu (B. 136), decia ordinariamente que el secreto era el alma de los grandes negocios del gobierno. Los que mandan á los otros deben imitar al señor del mundo, que gobierna el universo por resortes que él solo conoce. La verdadera habilidad consiste en penetrar los designios de los otros, y saber ocultar los suyos. Carlos VIII, Rey de Francia, estaba tan persuadido de la necesidad del secreto, y le observaba tan rigurosamente, que contestando á una persona que le preguntó, qué haría la mañana siguiente, dijo: «Si yo supiese que mi camisa sabia mi secreto, la quemaria al instante (1).»

Lo que un hombre tiene encerrado en su corazon, no puede ser descubierto, y lo que confia á otro, no puede permanecer oculto. Es á lo menos arriesgar mucho, y siempre es imprudencia el hacerlo cuando no hay necesidad. Un secreto que pesa, está muy cerca de escaparse; y el que no puede retenerlo, está lejos de la sabiduría. Es una grande imprudencia el descubrir los propios, á las gentes que nos ocultan los suyos.

No ábras, dice el sábio, tu corazon á todo genero de personas, no sea que aquel de quien te fias, sea un falso amigo, y murmure despues de ti (1). Por un exceso de confianza se abre con frecuencia el corazon aún á los mas desconocidos, y como que se derrama el alma delante de ellos. Esta es una

(1) Muchos siglos antes, á saber: en el primero de la era vulgar, ya Valerio Máximo, escritor latino, atribuyó este propio dicho á Quinto Cecilio Metelo de Macedonia. — T.

(1) Non omni homini cor tuum manifestes: ne forte inferat tibi gratiam falsam, et convitietur tibi. Eccles. cap. 8.º, v. 22. No descubras tu corazon á cualquier hombre, no sea que te muestre una falsa amistad, y te afrente. — Sr. Amat. — T.

flaqueza á la cual nos arrastra la falta de experiencia y la afliccion ; pues la pena busca alivio , y la inesperienza nos oculta el peligro de nuestra franqueza , y asi los desgraciados y los jóvenes son casi siempre indiscretos.

Este es tambien el defecto de los grandes habladores , pues de ordinario revelan lo que mas les interesa tener oculto ¿deberán sorprenderse y quejarse sinó les guardan mejor su secreto que lo guardaron ellos ? A veces se descubre sin querer , lo mismo el secreto propio que el ajeno. Desconfiad , pues , de vos mismo , y estad siempre con el mayor cuidado. Un gesto , una mirada , una palabra , y hasta el silencio , pueden ser indiscretos y hacer os traicion. No conviene que puedan sospechar ó conocer por vuestro silencio , que quereis callar. El secreto es lo mismo que un tesoro , está medio descubierto cuando se sabe que se ha ocultado.

Tambien es muy arriesgado el confiar una sola parte de él. « Toda confianza , dice la Bruyere , es peligrosa sinó es entera , pues hay pocas ocasiones en que no convenga decirlo ó callarlo todo. Ha dicho ya uno demasiado de su secreto , á aquel á quien cree deber ocultar alguna de sus circunstancias. » Lo que se dice , hace las mas veces sospechar y descubrir , lo que no se ha dicho. Además , las primeras confianzas son un titulo para exigir otras nuevas , que no pueden ó no se atreven á rehusarse. Se cree todo perdido si se sospecha que no se tiene sinó una media confianza , y se empeña uno insensiblemente , de suerte que todo lo sacrifica por no perder el precio de su primera indiscreccion (1).

Quando querais confiar un secreto á alguno , tened

(1) Este último pensamiento ofrece bastante oscuridad , sin embargo no nos hemos atrevido á alterarlo , traduciéndolo de otro modo. — T.

siempre , en cuánto sea posible , una prenda de su fidelidad. Que su interés mismo le obligue á ser discreto , y que tema tanto el venderos , como vos temeis el ser vendido.

El hombre sábio se guarda mucho , sobre todo de confiar un secreto á tres clases de personas : á un hablador , á un niño , y á una mujer. Rara vez queda asegurada la confianza en tales depositarios ; pues jamás permanece en ellas cuando es solicitada con estudio y vivas instancias. Se sabe cuan cara le costó á Samsón (B. 137) su flaqueza. Caton el Censor (B. 138) decia , que habia tres cosas de que se arrepentia diariamente , « de haber pasado un dia entero sin haber aprendido nada , de haber caminado por agua cuando podia viajar por tierra , y de haber confiado un secreto á su mujer . »

Sin embargo , confesamos de buena fé , que hay mujeres muy discretas , y los que las han hecho la injusticia de creer que son incapaces de guardar un secreto , ignoraban sin duda este rasgo brillante de la historia de Atenas. Varios atenienses habian tramado una conspiracion para librar á su Patria del yugo de la tirania. Una mujer llamada Lion , era del número de los conjurados. El tirano lo supo , y la hizo poner en el potro para averiguar sus cómplices. Soportó los tormentos mas crueles ; pero viendo que su constancia la abandonaba , se cortó ella misma la lengua por temor de que se la escapase su secreto. Habiendo sido desterrado el tirano , los atenienses llenos de admiracion y de reconocimiento á esta mujer , erigieron en su honor una estatua de Leona , sin lengua , y pusieron en el pedestal esta inscripcion : « La virtud ha triunfado del sexo . »

Tened valor para guardar vuestros secretos ; pero no incurrais en la flaqueza de hacer un secreto de lo que no lo es , ó de lo que no merece serlo ; tal es el que algu-

nas veces se hace de la edad, á aquellos precisamente, que la saben ó que con facilidad pueden saberla.

¿Por qué avergonzarse de ser viejo? ¿No es ésta la edad de la sabiduría, el tiempo de la prudencia, y el reino de la razón? ¿No sucede por el orden natural de las cosas, la vejez á la juventud? Y ¿no es tambien una felicidad que todos desean y pocos obtienen? (1) Es, pues, una especie de locura el querer ocultar la edad, sobre todo cuando se puede leer en la frente, surcada de arrugas, para decirlo así, por las manos de la naturaleza.

MAXIMA TERCERA.

**No procureis informaros
De los negocios ajenos;
Sin parecer misteriosos
Disimulad bien los vuestros.**

*El sábio todo lo escucha,
Se explica en pocas palabras,
Pregunta, y responde siempre
Oportunamente, y habla
Rara vez delante de otro
Mas sábio que él, que allí haya.
No es curioso de saber
Lo que no le toca nada,
Y solo lo que le incumbe,
Es lo que su atencion llama.*

Dos negocios ajenos no son los nuestros; y el hombre sábio debe limitarse á lo que le concierna. Una curiosidad demasiado grande, es una descortesía escesiva, y frecuentemente, la señal de

(1) Todos desean llegar á viejos, dice Ciceron, y sin embargo, cuando llegan á la vejez la echan la culpa de sus trabajos: tanta es la inconstancia y la necesidad de los hombres. — T.

mucha imprudencia. Se dice, que este es el defecto de las mujeres; pero es el de todos los desocupados; pues las gentes ociosas son ordinariamente las mas curiosas. Los que tienen negocios á que atender, por lo regular no se curan de los otros. Los menos ocupados son siempre los que mas se ocupan de lo que no les corresponde.

No seais de aquellos preguntones eternos, que lo quieren saber todo, ni de aquellos hurones caseros, que procuran descubrir todo lo que pasa en lo interior de las familias. No quieren saberlo sinó para divulgarlo, ó para hacer de ello un mal uso: ambas cosas son indignas de un hombre de bien.

Nunca hagais ninguna pregunta imprudente, ó que pueda disgustar. No os mezcléis facilmente en los negocios de los otros, á menos que la caridad, ó vuestro deber os obliguen á ello; pues es muy raro que esto no cause algun disgusto. Pero el precepto de no mezclarse sinó en sus negocios, es casi siempre tan mal seguido, como sábio y necesario para la tranquilidad de la vida. Nada mas frecuente que el arrepentirse de haber faltado á él.

El sábio Pitaco (1), decia: «no divulgéis vuestros designios, á fin de que si se destruyen, no os espon-gais á la risa.» La mayor parte de los hombres no juzgan sinó por el éxito; y la envidia y la malignidad, se burlan de lo que éste no justifica. Ocultando vuestros negocios los libertais de la censura é irrisión.

(1) Uno de los siete sábios de Grecia, nació en Mitilene, sobre 649 años antes de Jesucristo, se unió á los hermanos del poeta Alceo para arrojar los tiranos de su pátria; mandó la guerra contra los atenienses, y venció en combate singular á su general Phrynon. Los mitilenenses en reconocimiento le confirieron el poder soberano; los gobernó diez años como padre amoroso, luego abdicó, y solo aceptó una parte de las tierras que le ofrecieron. Murió á la edad de 70 años en 579. La mas notable de todas sus leyes es la que castigaba con pena doble, los crímenes cometidos durante la embriaguez.— T.

El que habla de los suyos propios á todo el mundo, los verá frecuentemente frustrarse. Nacerán obstáculos por todas partes, y aún de personas de las cuáles se desconfiaba menos. Un designio conocido, es casi lo mismo que un designio frustrado. El gran secreto para salir bien en los negocios y empresas, es tenerlas reservadas.

Sin embargo, no conviene, como ya hemos dicho, abusar del disimulo, el cual degenera de ordinario en una mala sutileza, ó en una falsedad reprehensible, de la que apenas le separa un corto intervalo. La disimulacion no debe llegar sino hasta el silencio, pues no es permitido añadir á ella la mentira y el doblez, como tenia de costumbre Luis XI, rey de Francia, cuya máxima era: «Quien no sabe disimular, no sabe reinar (1).» Máxima odiosa de la manera que él la entendia, y practicó durante su reinado, que no fué sino una série de astucias, de intrigas, y de acciones de mala fé; monstruos que nacen de la desconfianza y disimulacion excesivas. La de este príncipe, lo era tanto, que no descubria á nadie sus proyectos. Esto es lo que le reprendió de una manera sagaz uno de sus cortesanos, que viéndole montado en un caballo pequeño, le dijo: «Señor, por mas débil que parezca vuestro caballo, es sin embargo el mas fuerte de vuestro reino. — ¿Cómo es eso? replicó el rey — Es, respondió el cortesano, porque lleva á V. M. y á todo su consejo.»

Sed reservado; pero no lo seais demasiado, ni en todas las cosas. Una reserva excesiva, y que hace misterio de todo, es ridicula, y ofende á aquellos con quienes se vive. Es indicio de un pequeño entendimiento querer hacer importante lo que no lo es.

Solo nos resta dar un consejo muy útil. No confiéis

(1) La misma de Tiberio y de todos los tiranos: «nescit regnare, qui nescit dissimulare.» — T.

jamás secretos importantes, sin una grande necesidad á los domésticos, y sobre todo á las mujeres, que incapaces de callar y fáciles en disgustarse, tarde ó temprano descubren lo que os interesa tener oculto.

MAXIMA CUARTA.

No tengais nunca soberbia,
Ni jamás os alabeis;
En medio de los sucesos
Modesto, humilde seréis (1).

Uando se medita con los ojos de la razon, qué es lo que suele inspirar soberbia á los hombres. ¿podemos dejar de reir, ó tener lástima de su locura? porque ¿qué justo motivo de orgullo, podrán encontrar en sí mismos? Por ventura ¿es la distincion del nacimiento? el esplendor de las dignidades? y los favores de la fortuna de que algunos gozan? Pero todas estas cosas, estrañas al hombre, y muy inferiores á él, no pueden hacerle mas estimable.

(1) El que se alaba á sí mismo, ó tiene en realidad el mérito de que se jacta, ó no. Si no lo tiene, peca de dos modos: ya porque falta á la verdad, ya tambien porque atribuyéndose cualidades que no posee y mostrándose superior á los demás, descubre su insolente soberbia. Si en realidad tiene prendas ó cualidades que merezcan alabanza, hace muy mal en dársela él mismo; así porque se constituye juez en causa propia, como porque con su alabanza ofende el amor propio de los demás que le oyen. En todas ocasiones, pues, debe el hombre, con la virtud de la modestia, que es parte de la humildad, reconocer su flaqueza, absteniéndose cuidadosamente de darse alabanzas á sí mismo, á menos que no lo exija la defensa propia y lícita de su honor y buena reputacion; en cuyo caso podrá usar de la alabanza publicando sus merecimientos, aunque procediendo siempre con la templanza y modestia posible. — T.

¿No es, en efecto, una gran pequeñez, el engrairse de la nobleza de su origen, cuando ésta no es el fruto de los trabajos, ni la recompensa del mérito propio? Cuando elogiaban á Alfonso, rey de Aragon por sus progenitores, respondia: «Yo cuento por nada lo que tanto estimais en mí, pues es la grandeza de mis antecesores lo que elogiáis, y no la mia. La verdadera nobleza no es un bien que se hereda, sino el fruto y recompensa de la virtud.»

Sin duda es ventaja la del nacimiento, pues es una prerogativa ilustre á la que el consentimiento de las naciones ha unido en todo tiempo unas distinciones de honor y de homenaje. Y así, se encuentran por lo regular en la nobleza, mas sentimientos y grandeza de alma, que en las clases plebeyas, pues los ejemplos domésticos elevan el alma y la inflaman de emulacion. Pero cuánto mas distinguido es el nacimiento, mayores deberes impone, aumentando la obligacion de tener mérito. La nobleza concedida á los padres, porque fueron virtuosos, ha sido transmitida á los hijos, á fin de que éstos lleguen á serlo. Si la equidad pide, que el heredero de los héroes, lo sea de sus dignidades y distinciones, ¿no tiene tambien derecho para exigir, que haga renacer sus grandes cualidades y virtudes? La gloria acaba donde cesa el mérito.

Dichoso el que honrado con un nombre ilustre, sabe mantenerlo, pero el que lo prostituye, es digno de compasion. La gloria de sus antecesores le cubre de vergüenza, pues es una luz que hace mas visibles sus defectos. Cuanto mas respeto se tiene á su nombre, con mas desprecio se mira su persona.

*Ese cúmulo de abuelos,
que tú estás siempre infamando,
son otros tantos testigos
que contra ti están hablando;*

*y el esplendor de su gloria,
oscurecido y manchado,
solo sirve para ver
tu ignominia mas en claro.*

¡Oh vosotros los que os engreis tan ridiculamente de la distincion de vuestro origen! ¿Ygnorais, por ventura, que procediendo todos los hombres de la misma estirpe, son todos hermanos, todos iguales, bajo este respeto, y que el que tiene mérito y talentos es mil veces mas apreciable que el que no los tiene? Esta es, la noble y sublime leccion, que el emperador José II (B. 139), dió á ciertos grandes de Alemania, que nada reconocian superior á su nacimiento. Varios señores de la corte de Viena, se quejaron á este principe de que no podian gozar decorosamente, y á su comodidad, de los paseos públicos, porque estaban ocupados por un tropel de pequeña nobleza y plebe, y suplicaron á S. M. Imperial, que hiciese cerrar el Prater, y ordenase que no se permitiera la entrada sinó á las personas de su calidad. Sorprendido el Emperador de semejante pretension, les respondió: « Si yo no quisiera ver á mis iguales, ni alternar con ellos, seria preciso que me encerrase en la bóveda de los capuchinos, en donde reposan las cenizas de mis progenitores: pero amo á todos los hombres sin distincion, y prefiero los que tienen virtud y talentos, á aquellos cuyo mérito consiste en contar algunos principes entre sus abuelos.»

La verdadera grandeza, es ordinariamente afable, dulce, popular. Al contrario, la que no es mas que aparente es feróz, inaccesible, celosa de sus privilegios, ágría, áspera y desdeñosa: ¿deberá sorprendernos el que ésta escite á menudo la envidia y las murmuraciones? Si quereis que todo el mundo os ame y estime, usad con todos mucha urbanidad y

cortesía. Si al contrario, con modales duros, soberbios, y altaneros, os hacéis insoportables á los que os tratan; seréis oborescidos de vuestros inferiores, odiados de vuestros superiores, y todo el mundo se mofará de vosotros.

Los insultos y ultrages, dice el Espiritu Santo, están reservados para los soberbios, y la venganza estará emboscada para caer sobre ellos como el leon sobre su presa (1). El Altisimo, que ódia el orgullo aún mas que los hombres, no tardará en unirse á los enemigos de los soberbios para humillarlos y destruirlos. *La casa del mas rico será aniquilada por el orgullo, y la hacienda del soberbio será destruida hasta la raiz.* (2).

«La soberbia, que ordinariamente es el vicio de los grandes, dice muy bien Masillon, no deberia ser sinó como el triste recurso de la plebe y de la oscuridad. Pareceria mucho mas escusable á los que nacen en el cieno, por decirlo así, el engreirse, ensalzarse, y procurar ponerse por la inchazon secreta del orgullo, á nivel de aquellos á quienes son tan inferiores por su dignidad y nacimiento. Al contrario, los grandes colocados tan alto por la naturaleza, no podrian encontrar mayor gloria que abatiéndose, y si hay algun orgullo que pueda serles permitido, es el de hacerse humanos y accesibles.»

(1) Illusio et improprium superbiorum, et vindicta sicut leo insidiabitur illis. Eccles. cap. 27 v. 31.

Los escarnios y ultrages son propios de los soberbios; mas la venganza divina, cual leon los cogerá de sorpresa. — Sr. Amat.—T.

(2) Objurgatio et, injuriæ annullabunt substantiam: et Dominus quæ nimis locuples est, annullabitur superbia: sic substantia superbi eradicabitur. — Eccles. c. 21. v. 5.

La arrogancia, y las injurias, reducen á humo la hacienda; y la mas opulenta casa será arruinada por la soberbia, así tambien serán aniquilados los bienes del soberbio. — Sr. Amat.—T.

El que es verdaderamente grande , no lo afecta ni procura parecerlo. Prefiere esconderse á si mismo , y ocultarse á los otros , y de esta suerte brilla mas cuando llegan á descubrirlo. Filopémenes (B. 140), el mayor guerrero que hubo en su tiempo en toda la Grecia , iba de ordinario muy simplemente vestido , y solia presentarse en público , sin ningun séquito. Llegó solo en este estado á casa de un ciudadano que le habia convidado á comer. La ama de casa , que esperaba al general de los Aqueos , y que no le conocia , le tuvo por un criado , y le rogó la ayudase á guisar. Filopémenes , dejó su manto y se puso á partir leña. A este tiempo llegó el marido , y lleno de sorpresa exclamó. ¿ Qué es esto , mi señor ? ¡ Qué estais haciendo con esa hachuela en la mano ! « Sufro amigo mio , le dijo sonriéndose , las consecuencias de mi rusticidad y poco aseo. » Atónita y confusa la mujer , le dió mil excusas , las cuales recibió Filopémenes , con bondad.

Las riquezas son , sobre todo , las que inspiran mas soberbia y altivez. El esplendor que cerca al hombre opulento , la magnificencia de que hace ostentacion , los honores que se le tributan , los respetos y especies de adoraciones , que con prodigalidad se le rinden ; todo esto le ofusca de tal modo , que él mismo no se conoce , y se desvanece en sus pensamientos. Se hace un pretendido mérito de su abundancia : se persuade que todo se le debe : no quiere depender de nadie , y si que todo el mundo dependa de él. Se envanece del gran número de sus amigos , y no sabe que estas almas bajas que el interés conduce , y que solo se aficionan á su fortuna , de ordinario no tienen sinó un interior desprecio , y un secreto aborrecimiento á su persona ; pero lo que mas sorprende y aturde es , que lisonjeado como parece lo está , de la multitud de sus cortesanos , no

procura aumentar su número con modales dulces y graciosos, siendo al contrario, frecuentemente enfadoso, de difícil acceso, de humor desigual, impaciente, colérico, orgulloso para los unos, chocante para los otros, é insoportable á todos.

Tales son principalmente, los nuevos favoritos de la fortuna, que nacidos en el polvo y en la oscuridad, han llegado al colmo de los honores y riquezas. Aquella pompa odiosa que los cerca, y que frecuentemente es el fruto vergonzoso de las vejaciones y rapiñas, la hacen todavia mas insufrible con sus desdenes orgullosos hácia los demas hombres. No hablan sinó de sus bienes, y se jactan continuamente de sus grandes riquezas, los que deberian tal vez avergonzarse de ellas y reprenderse cien veces al dia, las bajezas y crímenes con que las han adquirido. Porque, ¿cuántos ricos deben al latrocinio, á la injusticia, y á la infidelidad de sus padres, ó á sus propios delitos lo que tanto lisonjea su vanidad? Hay pocas fortunas improvisadas que sean puras é inocentes (1); pues la probidad y la moderacion, raras veces conducen por sí solas al templo de la fortuna. El famoso asentista la Noue, le enseñaba á un caballero una magnífica casa, que acababa de hacer construir. Despues de haberle hecho recorrer muchas y hermosas habitaciones, le dijo: ¿veis esta escalera *derobé* (1)? «Sí, replicó el caballero, la escalera es como todo lo demás de la casa.»

(1) Ningun hombre de bien, dice Publio Syro, se ha enriquecido de repente. En efecto, toda fortuna rápida se ha mirado como sospechosa, por los que conocen el curso regular de las cosas humanas; y desgraciadamente este siglo ilustrado en que vivimos, ofrece mas de una prueba de la verdad de aquella sentencia, y de los fundamentos de esta sospecha. — T.

(1) La palabra *derobé*, significa en francés, secreta y hurtada; y en este segundo sentido debe entenderse la réplica ó respuesta.—A.

Por mas alta que sea la fortuna á que habeis llegado , no hagais jamás de ella el objeto de vuestra vanidad. Las riquezas, á causa de su esplendor , y de las comodidades que proporcionan , ya atraen bastante por sí solas los ojos de la envidia ; no la irriteis con vuestra vana ostentacion, pues se complaceria en lanzaros los dardos picantes de su malignidad. No os dejeis embriagar de los favores de la fortuna ; manifestad que teneis el corazon bastante fuerte para sostenerlos. Sed siempre modesto en vuestra prosperidad , y no olvidéis jamás vuestro primer estado. Imitad al Canciller Bacon (B. 141) , uno de los hombres mas grandes de Inglaterra , y el primer genio tal vez de su siglo , pues tenia tanta modestia como mérito. La reina Isabel , haciendo la visita de sus provincias , quiso ver en Redgrave , la casa de campo que él habia hecho construir antes de su fortuna. Habiéndola recorrido toda, le dijo : «tú casa es muy pequeña Cancillér.—Señora , respondió Bacon : mi casa es bastante grande para mí, pero V. M. es quien me ha hecho demasiado grande para mi casa.»

Tambien se refiere otra bella respuesta de Sixto V. Todo el mundo sabe que , de simple pastor llegó á ser Religioso de S. Francisco , General de su órden , Cardenal , y en fin Papa. Jamás la fortuna habia tomado un hombre tan bajo para elevarle tan alto. Vióse sobre el trono pontificio un Soberano hábil , un gran político , un hombre nacido para mandar á los otros ; y tanto mas digno de su elevacion , cuanto no olvidó jamás la oscuridad de su origen.

Cualquiera persona que en su mayor elevacion se acuerda de su humilde nacimiento , es doblemente apreciable ; admírase su modestia , y se aplaude su fortuna , de la cual se muestra digno. Agatocles (B.142) , hijo de un ollero , no se ensoberbeció , ni de la dig-

nidad Real á que fué elevado, ni de las grandes victorias que obtuvo sobre los cartagineses. Colocado en el trono de Siracusa, quiso que siempre se le sirviese con vagilla de barro, y cuando le preguntaban la causa, respondia: «Yo quiero que el recuerdo de mi origen rebata el orgullo, que el vano aparato del cetro podia inspirarme.»

El Emperador Maximino (B. 145) que habiendo llegado de simple pastor al imperio, hizo morir á cuantas personas tenian algun conocimiento de su baja estraccion, no logró por este medio tan bárbaro como estravagante, sinó darla á conocer mas, y hacerla mas odiosa.

Tal es la necedad de nuestro orgullo, que todo lo que nos rodea, aunque no añada el mas pequeño grado á nuestro mérito, engrandece sin embargo la idea que tenemos de nosotros mismos. Una bella casa, un vestido mas rico que lo ordinario, un traje mas, aumenta la buena opinion que tenia uno de sí: y si no tiene precaucion, se estima mas á caballo ó en coche, que á pie. Pero dice muy bien la Bruyere: «tú te engañas Filemón, sí, con tu carroza brillante, ese gran número de pícaros que te siguen, y esos seis animales que te arrastran, piensas que te estiman mas; pues apartan todo ese aparato que te es extraño, para penetrar hasta tí, que no eres sinó un fátuo.»

Si el aire y modo altivo, no podria convenir sinó á los necios, no es lo mismo la altivez del corazon que inspira la nobleza de sentimientos, pues ésta se atribuye á las personas de probidad y de honor. Es la que impide hacer alguna cosa baja, vergonzosa é indecorosa. Venga quizás noblemente al mérito, de los ultrajes del rico insolente, que se atreve á insultarlo, ó de los desprecios del hombre feliz, que se olvida de lo que es. Dionisio el tirano, preguntaba con mofa á un sábio de su Côte, ¿por qué se veian los filósofos en casa de los grandes, y no los grandes en

casa de los filósofos.— «Esto es, le respondió, porque los médicos van á casa de los enfermos.»

Ni jamás os alabéis.

Es una grande ridiculez el alabarse á sí propio. El hombre sábio y juicioso no caerá en esta fatuidad. El que tiene mérito no habla de él, y deja á los otros el cuidado de publicarlo. «*Que otro te alabe, dice Salomón, y no tu boca; que sea un extraño, y no tus propios lábios (1).*»

Esto era lo que practicaba la célebre madama Dacier (B. 144). Tenia aquella estimable modestia que produce la ciencia, y que la acompaña tan raras veces. Su reserva era tan grande, que jamás dejaba traslucir en sus conversaciones la ventaja que podia tener en esto, sobre la mayor parte de las personas con quienes conversaba. Los que no la conocian, no podian descubrir en ella, sinó una mujer ordinaria, y no se cuidaban de sospechar la profundidad de su erudicion. Se refiere de esta Dama un caso que la honra sobre manera. Los sábios del norte que viajan, tienen gran cuidado de visitar en todos los paises á las personas distinguidas en las letras, como para tributar un homenaje glorioso á su mérito y reputacion. Llevan un libro en donde ruegan que pongan su nombre con alguna sentencia. Un sábio alemán que conocia á Madama Dacier por sus obras, estando en Paris, fué á hacerla una visita y la presentó un libro para que pusiése en él su nombre y una sentencia. Cuando vió en este libro los nombres de los hombres mas sábios de la Europa, se sobresaltó, y dijo, que se avergonzaria de escribir el suyo entre los de gentes tan ilustres. El

(1) Laudet te alienus, et non os tuum: extraneus et non labia tua. Prov. c. 27. v. 2.

La boca de otro, no la tuya, sea la que te alabe; el extraño, y no tus propios lábios.— Sr. Amat.— T.

alemán no se acobardó ; cuanto mas se escusaba , mas la estimulaba , y volvió varias veces al mismo asunto. En fin , vencida de sus instancias , tomó la pluma y puso su nombre con esta expresion de Sófocles (B. 145): « El silencio es el ornamento de las mujeres. » Al ver el extranjero este rasgo que manifestaba tan perfectamente su carácter , quedó lleno de admiracion.

Nada perjudica tanto á una persona , que por otra parte tiene mérito , como el ser vana. El que piensa que es sábio no lo será mucho tiempo. Si lo dice y propala , ya no lo es ; y aún puede ser que nunca lo haya sido. El que se alaba á si mismo , siempre pierde mas que gana , y ordinariamente persuade lo contrario de lo que se propone. Las personas vanagloriosas , intentan sembrar , por decirlo así , la estimacion , y no cojen sinó el desprecio. Un jóven se jactaba de haber aprendido en poco tiempo muchas cosas , y haber gastado mil escudos para pagar á sus maestros ; y otro de los que estaban presentes le dijo : « Si encontrais quien os dé ciento , por todo lo que habeis aprendido , os aconsejo los tomeis sin vacilar. »

Para ser aplaudido de lo que uno hace , es necesario no aplaudirse demasiado. El modo mas seguro de no obtener la aprobacion de los demás , es el mendigarla con nuestras palabras é indicaciones. La vanidad es siempre odiosa , y sinó va unida al mérito , aún es mas ridicula.

Evitad , pues , con cuidado el hablar jamás de vos mismo , y si la cortesia de los otros os obliga á repetir algun acaecimiento , cuya narracion os hace honor , sed muy breve , y hablad de él con el mayor rubor. Preguntaba una dama al conde Mauricio de Nassau (1) , célebre por el gran número de victorias

(1) Uno de los mayores capitanes de su tiempo , nació en 1567 , murió en 1625 , despues de haber tratado inútilmente de hacer levantar el bloqueo de Breda , por Espinola. — T.

que ganó á los españoles, ¿cuál era el mas grande capitán de su siglo? La modestia de este principe no le permitió nombrarse: el amor á la gloria y aquella noble estimacion de sí mismo, que tiene un hombre grande, y que no puede ignorarse, le impedian el ceder esta distincion á ningun otro, y así respondió: «Señora, el Marques de Espinola (B. 146), es el segundo.» Este era el General de los Ejércitos de España en los Países Bajos, y el mayor guerrero de su tiempo, sinó hubiese tenido al frente al conde Mauricio, contra el cual sin embargo, se sostuvo con gloria.

Esta manera de elogiarse, alabáudo á su rival, es muy diestra, pues ofende mucho menos que la vanidad totalmente desnuda, ó la modestia afectada de aquellos hipócritas humildes, que queriéndolo alabarse, y no atreviéndose á hacerlo abiertamente, emplean el artificio usado de decir mal de sí mismos. La vanidad penetra de parte á parte el velo con que quieren cubrirse, y no ganan con esta hipocresía sino un duplicado desprecio.

En general, á menos que no sea por el sentimiento de humildad cristiana, evitad tanto el vituperaros, como elogiarnos: observad la sábia máxima de Aristóteles (B. 147), que solia decir, que no convenia hablar de sí, ni mal ni bien; porque es ordinariamente vanidad el alabarse, y locura el vituperarse. Decir sin una justa razon bien de nosotros mismos, es fatuidad; el decir mal, es inutilidad; bastantes otros se encargarán de ello, y lo harán mucho mejor.

**En medio de los sucesos
Modesto, humilde seréis.**

Los holandeses parece olvidaron esta bella máxima, en los felices sucesos de la guerra en que tuvieron parte con motivo de la sucesion de España. El abate de Po-

lignac (B. 148), uno de los negociadores de la paz, indignado de la altanería con que le trataban en las conferencias de Gertruidenberg (1), les dijo: «Señores hablais á la verdad como gentes que no están acostumbradas á vencer.»

Este Abate, que poseia en supremo grado el talento de la negociacion, dió un bello ejemplo de la modestia que se debe tener en los buenos sucesos. Habiendole nombrado Luis XIV, auditor de Rota, partió para Roma en cualidad de tal. El Cardenal de Tremouille estaba allí entónces encargado de una negociacion importante, y envió á decir al rey que no podia salir bien, sin el auxilio del abate de Polignac. El rey le nombró por asociado y obtuvo del Papa todo cuanto deseaba. El Cardenal escribió al Rey, como habia pasado la cosa: el auditor de Rota, aseguró al Príncipe, que los buenos resultados de la negociacion sé debian únicamente al Cardenal. El rey, atónito y encantado de un procedimiento tan noble y raro de parte de estos dos ministros, se apresuró á publicarlo por toda su córte. Este príncipe, satisfecho de los servicios y mérito del abaté de Polignac, le obtuvo despues el capelo de Cardenal.

La modestia de Mr. de Turenne en los felices sucesos, era aún mas admirable, porque llegaba á lo mas sublime. No habia sido vencido mas que en un solo combate, en donde no mandaba tampoco sinó como segundo. Sin embargo, cuando habia ganado alguna victoria, y le felicitaban por este motivo, diciéndole que siempre salia victorioso, respondia: «Os habeis olvidado sin duda de que yo fui vencido en Mariendal (1).»

(1) Getrudemberga, antigua y muy fuerte ciudad del pais bajo, en el Brabante holandés uno de los principales baluartes de Holanda, á que pertenece desde el año 1595 en que se apoderó de ella el príncipe Mauricio. — T.

(1) O Mariental, ciudad de Wettemberg en Alemania. — T.

Pero ninguno estuvo dotado tal vez de una modestia mas pura que el célebre Mr. de Catinat (B. 149), uno de los grandes generales de Luis XIV. Enviando á la córté la relacion de la batalla de Staffarde (1), que acababa de ganar, estaban nombrados en ella todos los coroneles; y el rey por recomendacion del general, tenia con cada uno de ellos una obligacion particular. La Córté no supo las propias hazañas de Mr. de Catinat, sinó por cartas de diferentes particulares. Se supo que le habian matado el caballo que montaba; que habia recibido varios golpes en sus vestidos, y una contusion en el brazo izquierdo. Se hacia tan poca conmemoracion del General en su parte oficial, que una persona que le habia oido leer, preguntó: «¿estaba en esa batalla Mr. de Catinat?»

Se vió aún en el mismo siglo, aunque en otro género, un raro ejemplo de esta modestia de sentimientos, que caracteriza las almas superiores. El P. Sebastian, aquel excelente maquinista, de quien ya hemos hablado, habia enriquecido las manufacturas con bellos y útiles descubrimientos, y habia inventado aquellas figuras movibles, que causaron la admiracion de la Córté. Tuvo el honor de que le visitasen el Duque de Lorena, Pedro el Grande (B. 150), y otros varios principes. Pero la reputacion que tenia y se habia extendido por toda la Europa no le envaneció, y el gran Condé decia de él que era tan sencillo como sus máquinas.

Tal era tambien el padre Mabillón (1), sábio benedic-

(1) Pueblo y antigua abadía de los estados Sardos, en el Piamonte. — T.

(á) Monje benedictino de la congregacion de San Mauro, uno de los hombres mas sábios de su orden, nació en San Pierremont, en 1632, murió en París, en 1707. Es muy conocido por su tratado de los estudios monásticos. — T.

tino, cuya modestia era aún mas grande que su ciencia, la cual sin embargo era inmensa. El Sr. Tellier, arzobispo de Reims (1), le dijo á Luis XIV, al tiempo de presentárselo: « Señor, tengo el honor de presentar á vuestra Majestad el religioso mas sábio y mas humilde de vuestro reino.»

La modestia es siempre inseparable del verdadero mérito, y no se encuentra sinó en él. Los monos de los grandes hombres, afectan modestia, porque han oido decir que realza la gloria. Son humildes y modestos, por orgullo; pero su vanidad se hace traicion á si misma, manifestándose por la alegría de sus semblantes, y el testimonio de sus ojos desmiente el de sus lábios. La verdadera modestia, está en el corazón aún mas que en las palabras. Debe en cierto modo hacernos ignorar nuestras ventajas é ignorarse ella misma.

No es solamente la religion la que nos prohíbe atribuirnos la gloria de nuestros prósperos sucesos, y ser vanos y orgullosos; la simple razon nos habla en este mismo lenguaje. Ella nos dice, que es mayor el número de los héroes de fortuna, que el de los de mérito: que son muy pocos los acontecimientos debidos á la prudencia ó á la habilidad de los hombres, y que casi siempre ha sido el concurso de las circunstancias las que mas han influido en el éxito feliz ó desgraciado de las acciones mas ruidosas.

El hombre modesto, en medio de los mayores aplausos, se dice á si mismo lo que un heraldo repetía de cuando en cuando á cierto vencedor durante su marcha triunfal. « Acordáos que sois hombre»; como si dijese: «acordáos que esa gloria que os rodea y brilla

(1) Carlos Mauricio Tellier, comendador del órden de Sancti-Spiritus, Doctor y Provisor de la Sorbona, Consejero de estado ordinario, nació en Turin en 1642, y murió de muerte repentina en Paris, en 1710. — T.

á vuestros ojos con tanto esplendor, se desvanecerá como un sueño: esos títulos magníficos con que os honran, son vanos; pues con ellos pasaréis y desapareceréis como ellos.»

No hay vicio alguno que mas nos importe tener oculto, que el orgullo; porque no hay tampoco ningun otro, que nos haga mas odiosos; y los que se embriagan de su felicidad, son siempre los mas desgraciados: su afectada soberbia los expone al ridiculo, haciendo creer que son inferiores á su fortuna, que no saben sostener. La moderacion, en medio de la prosperidad, los haría parecer mas grandes que los hechos que los elevan, y sin perder nada de su gloria tendrían tambien la de la modestia.

Esta dá un nuevo esplendor á la grandeza; pues todos se apresuran á tributarle aquello mismo á que quiere renunciar; y obliga á los demás hombres á ver sin envidia su gloria y sus ventajas. Al contrario, la altivez y la soberbia, no hacen sinó aumentar el número de enemigos y envidiosos, que triunfan con un desprecio insultante, cuando este coloso de grandeza viene á tierra, como sucede ordinariamente. Esto es lo que hizo decir á un antiguo, «que consideremos, que cuanto mas elevados estamos sobre los otros, tanto mas humildes y modestos debemos ser.»

MAXIMA QUINTA.

**Venced siempre los pesares,
A que el alma se abandona;
Y no hagais que vuestros males
Dañen á alguna persona.**

Los motivos de pesar son tan frecuentes en el curso de la vida, que ninguno puede lisonjearse de evitarlos todos; pues no es permitido sinó á un loco el creer que no los tendrá jamás. Cuando uno es aún jóven y sin experiencia, no camina sinó sobre flores: todo le sonríe, todo es bueno, y se persuade que esta felicidad durará siempre. Pero tan dulce error no seduce largo tiempo. En breve se encuentra asaltado de la dureza, de la traicion, de los falsos juicios, de la iniquidad ó del capricho de los hombres, y de todos los sucesos molestos de que nuestra naturaleza tiene tanto trabajo en defenderse.

Es, pues, oportuno prepararse á todo contratiempo. Atesorad desde la juventud bastante prudencia y virtud para poder un dia familiarizaros con la paciencia, pues llegará el tiempo en que tendréis necesidad de ella. Si acaso la injusticia destruye vuestros proyectos, envenena vuestra conducta, y os posterga á indignos concurrentes; si os quita una parte de vuestros bienes è intenta manchar vuestra reputacion y honor, os será muy plausible el haber meditado anticipadamente sobre la injusticia de los hombres: pues los golpes previstos hieren ménos.

Está el hombre espuesto, yo lo confieso, á reveses tan estupendos y molestos que, el filósofo y el sábio cuando se encuentran en el caso, sienten que se conmueven á su pesar, todos los fundamentos de su sabiduria.

Pero lo que no es menos cierto es, que si hemos aprendido á no confiar en nada, si estamos bien convencidos de que la probidad y la buena fé no son ya las virtudes favoritas de los hombres, si sabemos precavernos contra todo evento, si nos preparamos con anticipacion á lo que se llama juego ordinario de la fortuna, y á las amarguras de esta vida, y si tenemos la precaucion de hacer provision de constancia contra las desgracias mas rigurosas antes que lleguen (1); no seremos abatidos al menor soplo de la adversidad, en las mayores infelicidades, tan poco nos creeremos tan infelices, y de este modo lo seremos menos.

Si la calumnia os acomete en lo que mas apreciáis, derramando su veneno sobre vuestra reputacion, y esforzándose en manchar su brillo y su esplendor, recurrid á la resignacion y armaos de una paciencia valerosa; no hay otro remedio mas seguro contra la calumnia. Mas tarde ó mas temprano, el tiempo descubrirá la verdad. Y aguardando con confianza, este momento señalado por la providencia, aún cuando todo el mundo entero se desencadenase contra vos, hallareis un recurso harto consolador en el testimonio de vuestra conciencia.

Cuando hablaban mal de Sócrates, decia: «Si el mal que dicen de mí es cierto, servirá para corregirme; si nó lo es, nada me importa porque no hablan de mí.»

(1) Nada hay constante debajo del sol, y todo está sujeto en este mundo á tantos accidentes y mutaciones, que apenas un dia subsiste en el mismo estado. El que hoy es dichoso, mañana es infeliz; el que se vé en altura, cae cuando ménos lo piensa en la miseria; él que ayer mandaba, hoy suplica; el que abundaba en riquezas ó nadaba en la opulencia, anda mendigando el preciso sustento; en suma, no puede el hombre contar con un instante seguro de felicidad. ¿Pues no será un necio el hombre, que cuando es feliz, no se previene para la adversidad, que casi siempre sigue á la fortuna?—T.

Quejándose su mujer de que le habian condenado á muerte injustamente, respondió : « ¿ Quisiéras que lo hubiesen hecho con justicia? »

Julio César y Augusto, dice Tácito (B. 151), sufrieron, sin manifestar emocion, las poesias insolentes y calumniosas de Bibáculo y Cátulo, y no se dignaron de bajarse á tomar el cuidado de suprimirlas. « Y ciertamente, añade este juicioso historiador, me costaria trabajo el decir lo que hicieron resplandecer mas con esto, ó su gran moderacion, ó su profunda sabiduria; porque si se desprecian las cosas de esta naturaleza, caen en el olvido ó se aniquilan; pero si se realzan, ó se pican de ellas, parece que se confiesan como verdades (1). »

La pérdida de los bienes es, despues de la reputacion, una de las mas ásperas pruebas. Pocas personas saben recibir unos golpes de esta naturaleza, sin murmurar contra la Providencia, sin entregarse al pesar y tal vez á la desesperacion. Aquellos á quienes sucede esta desgracia, están como inconsolables. Se lamentan de ella y la lloran casi de continuo, sin considerar que unos bienes tan frágiles, no les deberian ser tan apreciables, ni aficionarlos tanto. Sanázaro, excelente poeta latino, tuvo ésta flaqueza. El conde de Nassau, general de las tropas del Emperador en Italia, saqueó su casa de campo; lo que le causó tal pesar, que le resultó una enfermedad, de la que murió. Es una gran locura dejarse morir por unos bienes, mil veces menos preciosos que la vida. Pero la mayor parte de los hombres están tan apegados á ellos, que solamente un gran fondo de razon y de religion, puede hacerles soportar su pérdida con constancia.

(1) Namque spreta exolescunt; si irascere, agnita videntur.— T.

Mr. de Valincour (1), habiendo perdido su biblioteca en el incendio que consumió su bella casa de Saint-Cloud, respondió á los que procuraban consolarle de esta desgracia: «Me hubiera aprovechado muy mal de mis libros, si nó hubiese aprendido á saberme pasar sin ellos.»

Se sabe con qué heróicos sentimientos, de la resignacion mas sumisa, recibió el Santo Job (B. 152), la noticia de la pérdida de todos sus bienes. Mientras que el brazo de Dios se agravaba sobre él, bendecia la mano que le heria. Lleno de reconocimiento por los bienes que habia recibido, los volvia sin murmuracion al Señor Soberano que se los pedia. Pudieron quitarle todos sus tesoros, pero tenia uno mas apreciable que todos los demás que no le quitaron; el respeto y la sumision que debia á su Dios.

No os creais, sin embargo, escesivamente infeliz aun cuando esperimenteis como él, muchos reveses de fortuna. ¡Cuántos millones de hombres hay en el mundo cien veces mas desgraciados y mas dignos de compasion que vos! Pero siempre aumentamos las desdichas propias pareciéndonos que nadie ha sido jamás tan desgraciado como nosotros; y esta misma idea de singularidad en nuestras adversidades, nos place, porque autoriza nuestras murmuraciones. Quisiéramos que los hombres solamente se ocupasen de nuestras penas, como si fuésemos los únicos desgraciados en la tierra.

Nada queremos sufrir, como si la felicidad fuese el patrimonio exclusivo de unos seres imperfectos. Habiendo perdido Dario la mas querida de sus muje-

(1) Juan Bautista Enrique Troussel de: nació en 1653 de una familia noble, originaria de S. Quintin en Picardía. El candor y la probidad formaban el carácter de este hombre ilustre que aunque criado en la Corte, jamás supo fingir ni adular. Murió en París en 1750. — T.

res, estaba inconsolable. Demócrito (B.155) le ofreció resucitarla si podia encontrar en sus estados tres solas personas que no hubiesen tenido jamás motivo alguno de afliccion. Despues de muchisimas y exquisitas diligencias, hubieron de convencerse de que era imposible hallar lo que buscaban, y esta reflexion bastó para consolar al monarca.

En esta vida no debemos esperar felicidad completa y duradera, pues este mundo no es el paraíso terrenal, sinó para muy corto número de personas, que pagarán quizás bien caro algun dia, las delicias de una felicidad de que apenas han podido gozar. Es una gran desdicha el no ser jamás desgraciado; pues una prosperidad constante, corrompe, afemina y llena de orgullo. Filipo, rey de Macedonia, habiendo recibido tres buenas noticias en un mismo dia, exclamó: «¡Oh fortuna! enviame alguna pequeña desgracia para interrumpir una felicidad tan continuada!»

Si la pérdida que causa el motivo de vuestro pesar dimana de algun accidente, que vuestra prudencia no ha podido impedir ni precaver, soportadla con resignacion. Habiendo perdido un hombre la vista por un accidente, léjos de mostrarse mas triste decia chanceando para consolarse: «antes iba á todas partes solo, ahora iré siempre acompañado.»

Si el accidente puede repararse, y queda aún algun lugar á la esperanza, fortificadla con el pensamiento de un porvenir mas feliz. Las mas veces los negocios que parecian mas desesperados, ó que tomaban un giro poco favorable, llegan con el tiempo á ser los mas felices y ventajosos. Un mal puede traer un bien.

*Resiste al mal que te oprime,
Y una licita esperanza,
Te preserve de la suerte.
El aire sopla, mas pasa;
Una horrible tempestad*

*Hoy sobre ti se levanta ,
Pero mañana se extingue ,
Y al puerto llegas con calma.*

J. B. ROSSEAU (1).

«No renunciemos jamás á la felicidad dice el poeta Saadí. Los manantiales del bien y del mal están ocultos, é ignoramos cual debe abrirse para regar el espacio de la vida. ¡Oh hombre! en la adversidad sé paciente y espera.» La esperanza es el mayor consuelo de los infelices. Enjuga las lágrimas, é infunde valor, paciencia y alegría. S Carlos Borromeo (B. 154), no bien restablecido de una larga enfermedad, se vió precisado á ir á Roma, para la eleccion de un Papa. Partió en una litera con toda la provision de remedios que sus médicos le habian prescrito. Al llegar cerca de Bolonia, la mula que iba cargada con todas estas drogas, se cayó en un rio. Todos los botes se rompieron y el resto de los remedios se les llevó el agua. El Santo Cardenal, léjos de enfadarse, no hizo sinó reir; y sin permitir que volviesen á buscar otros, decia con aire risueño: que este accidente era un feliz anuncio de que ya no tendria necesidad de remedios.

Antes que llegue un mal desviadlo, si es posible: usad de prudeucia y precaucion; pero cuando ha llegado, es necesario conformarse con él, y olvidarlo lo mas presto que se pueda.

Asi lo practicaba Felipe II, rey de España. Habiendo puesto en el mar una Escuadra de sesenta navios, y diez mil hombres contra la Inglaterra, fué entera-

(1) Cèlebre poeta lírico Francés, hijo de un cordonero bastante acomodado, que procuró darle una excelente educacion, haciéndole estudiar en los mejores colegios de París. Se conocen de este poeta cuatro libros de odas, el primero de odas sagradas sacadas de los Salmos, dos de cantatas, dos de epístolas, dos de alegorías, dos de epigramas, uno de poesías sueltas, cuatro comedias en verso, y dos en prosa.—T.

mente destruida por la tempestad, y por la pericia de los ingleses; y esta desgracia puso en consternacion á toda España. Solo el Rey recibió la noticia de esta gran pérdida sin mudar de semblante. Estaba escribiendo algunas cartas, cuando entró el correo á darle estas tristes nuevas. «Nunca creí, dijo, que mi Escuadra fuese capaz de triunfar de la violencia de los vientos, ni del furor del mar; pero doy gracias á Dios, porque me ha dado bastante valor y medios para volver armar otra igual y tan poderosa (1).» En seguida volvió á tomar la pluma y siguió escribiendo con la misma tranquilidad que antes.

Si la muerte os quita alguno de vuestros parientes no afectéis una estoica insensibilidad. Dad un curso libre á vuestro justo dolor; pero no olvidéis el sano consejo que os dá el Eclesiástico. «Hijo mio, dice, derrama tus lágrimas sobre un muerto, y llora como una persona que ha recibido una herida muy sensible: tribútale los deberes de la sepultura; pero no estés inconsolable en tu afliccion, porque el exceso de la tristeza conduce á la muerte, y el abatimiento del corazon hace bajar la cabeza. No abandones tu corazon al dolor, y reflexiona que afligiéndote no haces bien alguno al muerto; pero sí te haces á tí mismo un mal muy grande (2).»

(1) Me parece, que estas espresiones, tales como las refiere el autor, no son hijas de la grandeza de alma, ni dignas de un rey amante de sus pueblos, antes por el contrario revelan la fria insensibilidad de un conquistador ambicioso, que mira con indiferencia la pérdida de millares de hombres. — T.

(2) Fili, in mortuum produc lacrymas, et quasi dira passus incipe plorare, et secundum iudicium contege corpus illius, et despicias sepulturam illius

Ne dederis in tristitia cor tuum; sed repelle eam á te: et memento novissimorum.

Noli obliviscere, neque enim est conversio, et huic nihil proderis et te ipsum pessimabis.—Eccles. c. 38. v v. 16, 21 y 22.

Hijo, derrama lágrimas sobre el muerto, y como en un fatal

Reprendian á un Principe jóven que no le convenia llorar la muerte de su preceptor. «¡Ay de mí! respondió: no soy yo, es la naturaleza la que llora: llorar con motivo no es una flaqueza; pero consolarse fácilmente sí lo es.»

Yo no os diré, pues, como algunos, que es necesario consolaros de vuestra pérdida, porque no tiene remedio. Este es un miserable consuelo, como si uno no debiese afligirse de un mal porque no curará, ó que una infelicidad puede dejar de serlo porque debe durar siempre. Es necesario violentarse para no perjudicar á la sociedad, haciéndola sentir continuamente unas penas de que no es la causa. Y bien que la violencia no sea un alivio, se acostumbra uno á ella, como á otras mil cosas desagradables, y ciertamente es ser virtuoso, el ser capaz de tales esfuerzos.

No exigimos, pues, que seais insensible, porque esto seria pedir demasiado á la naturaleza; pero pasados los primeros dias concedidos al dolor, dejad la soledad, corred á vuestros amigos y á los entretenimientos mas propios para disipar la fantasma que os aflige y persigue. ¿No es mas sabiduria procurar substraerse que entregarse á ella? La afliccion demasiado larga no es ya virtud, es hipocresia ó flaqueza.

Nunca fué mas digno de admiracion, San Luis rey de Francia, que entre los rigores de una carcel. Habiendo perdido con la batalla de Massoure, hasta su libertad, supo ser á un tiempo prisionero y rey cristianisimo. En la prision se le vió entregarse á sus ordinarios ejercicios de piedad con la misma tranquili-

acontecimiento comienza á suspirar, y cubre su cuerpo segun costumbre, y no te olvides de su sepultura.

No abandones tu corazon á la tristeza, arrójala de tí: y acuérdate de las postrimerías.

No te olvides de ellas, porque de allá no se vuelve; y no ayudarás en nada á los otros, y te harás daño á tí mismo.—Sr. Amat.—T.

dad de espíritu, que si estuviese en su propio Palacio: desechaba con firmeza todo lo que creía que era contrario á su honor ó á su conciencia. Su grandeza de alma asombró á sus mismos enemigos, los cuales llenos de admiracion por su virtud, y por su valor y esfuerzo, estuvieron á punto de elegirle por rey.

Tal es el ascendiente de la verdadera virtud, nunca mas grande, que cuando es mas desgraciada; pues entónces obliga hasta los enemigos mismos á convertirse en admiradores de su constancia.

Un hombre que es superior á sus desgracias, hace ver que no las merece. ¿Queréis conocer á fondo el carácter de alguna persona? examínadle en la desgracia, entónces conoceréis ó toda su grandeza ó toda su debilidad.

De todos los pesares á que estamos expuestos, no hay ningunos mas amargos que los que nos vienen de las personas de quienes menos debemos esperarlos. Cuanto mas amada es la mano que nos hiere, mas sensible es el golpe; y tal es la infelicidad de la condicion humana, que lo que debia procurarnos las mayores dulzuras de la vida, es frecuentemente el origen de nuestros pesares mas acerbos. En estos casos si teneis verdaderamente virtud y un buen entendimiento, oponed la igualdad de carácter al capricho, la dulzura á la brutalidad, y los grandes sentimientos á los procederés indignos. Reflexionad, que vale mas sufrir el mal, que hacerlo ó causarlo. Si padecéis por efecto de la sinrazon de otros, no sois el único en el mundo digno de lástima; si habeis dado motivo, os es necesario el castigo para haceros conocer vuestra falta, y estar mas atento á ella.

Consolaos con todas estas reflexiones; pero sobre todo no seais ingenioso en abultar vuestros males. El mas infeliz de todos los hombres, es aquel que cree serlo. No os hagais penas de imaginacion. Se

ven siempre gentes angustiadas que no tienen el mas minimo motivo para ello. Al contrario, tendrian todas las razones del mundo para creerse felices : salud, fortuna, honores, todo parece que se reune para contribuir á su felicidad. Sin embargo, al oirlos se diria que todo les falta. Estas no son sinó murmuraciones, reflexiones inquietas, y pavorosas extravagancias, pues no saben gozar de su felicidad. Una prudencia homicida envenena toda la vida, y el temor de las desgracias que verosimilmente no les sucederán jamás, es para ellos una desdicha efectiva. Esto es lo que hizo decir á un poeta, conocido por sus versos ingeniosos y delicados.

*Por la gracia del cielo no han venido
Estos males crúeles que has temido,
Pero ; cuántos pesares te han costado
Estos males que nunca tu has probado!*

CAILLY (1)

Yo sé que se encuentran de ordinario en la vida, ciertos dias, en que dominados por la melancolía sin saber el motivo, somos verdaderamente enojosos y pesados á nosotros mismos. Luego que sintais nacer en vosotros este mal humor, haced los mayores esfuerzos para superarlo, ó al menos impedir que se os conozca. Nunca os mostreis mas humilde, mas afable, mas cortés, que cuando sintais que os domina el mal humor.

La Religion, es entónces un recurso maravilloso,

(1) Santiago de Cailly; nacido en Orleans, de la familia de la famosa Doncella y heroína de su Pátria. Murió hácia el año de 1674. Fué caballero de la órden de S. Miguel y gentil hombre ordinario del rey. Dejó una pequeña coleccion de Epigramas, de los cuales, si bien hay algunos ingeniosos, fines y delicados, como dice el autor, se encuentran no pocos bastante triviales, aunque de una versificacion fácil y natural. — T.

pues debilita las exalaciones de aquel negro vapor que ofusca involuntariamente el espíritu, enseñando á soportarse á sí mismo en las desigualdades interiores, con la misma paciencia con que quiere se sufra á los demás. Este espíritu de humildad, que la Religión derrama en todo carácter, hace gozar al alma de un reposo y de una paz, que nada puede turbar.

Doy de barato, que las causas de vuestra melancolía, sean justas y legítimas, porque al fin no son pocas las que hay en el mundo de esta clase, ¿deberéis por esto rendiros á ellas? Este es un mal á la verdad; pero mal, que si quereis, podreis convertirlo en bien.

La adversidad es uno de los medios mas seguros, que Dios emplea para retraernos de nuestros extravíos. Hablad á la mayor parte de los hombres para que renuncien las pasiones que aman, y os mirarán como un censor importuno. Las representaciones mas vivas, las amenazas mas terribles de los juicios de Dios, no harán sinó una débil impresion. Pero llega uno á ser herido con las flechas de la adversidad; al momento desaparece el encanto, y se ven los objetos con otros ojos. Consumido de una fiebre lenta, desposeido de la dignidad á que habia sido elevado, vendido por unos amigos infieles, despojado de sus bienes, se reconoce al fin, que este cuerpo adornado con tanto lujo, y nutrido con tanta delicadeza, este rostro tan brillante, de que habia sido tan idólatra, no eran sinó una flor pasajera; las grandezas humanas, de que habia estado tan prendado, un puro humo; y todo lo que habia lisonjeado mas nuestras esperanzas, miseria, mentira y vanidad. La adversidad nos desengaña é instruye.

Ilustrados con la antorcha de la Religión, descubrimos fácilmente en las penas y aflicciones que nos suceden, la pena del pecado, la ejecucion y cumpli-

miento de los decretos de una justicia infinitamente sabia, y las saludables amarguras derramadas sobre los objetos de nuestras mas caras afecciones, para desprender de ellas nuestro corazon y atraerle hacia bienes mas sólidos.

Por eso es, que el Evangelio, ese libro divino, que debe ser la regla de nuestros sentimientos, y de nuestra conducta, llama dichosos y bienaventurados, á los que sufren, á los que lloran, á los calumniados, y á los que padecen persecucion por la justicia (1). ¿Qué no sufrió y padeció el mismo Jesucristo, nuestro legislador y maestro? Habiéndose propuesto servirnos de modelo y deguia para hacernos felices, ¿hubiera elegido las aflicciones, y nos hubiera impuesto el precepto de llevar la cruz en pos de él, si los trabajos y los padecimientos no fuesen el verdadero camino de la felicidad?

Sin embargo, os creéis los mas infelices de los hombres y los mas dignos de lástima; exhalais vergonzosos suspiros, prorrumpis en quejas y derramais torrentes de lágrimas sobre vuestra desgraciada suerte. Ingratos, detened esas lágrimas indignas y excesivas, pues hacen injuria á Dios. Quejándoos de vuestros males, os quejais de lo mismo en que os dá una de las pruebas mas ciertas de su amor. « Porque eras agrada-

(1) Beati, qui lugent: quoniam ipsi consolabuntur.

Beati, qui persecutionem patiuntur propter justitiam: quoniam ipsorum est regnum cœlorum.

Beati estis cum maledixerint vobis, et persecuti vos fuerint, et dixerint omne malum adversum vos mentientes, propter me.— S. Math. c. 5. v v. 5, 10 y 11.

Bienaventurados los que lloran: porque ellos serán consolados.

Bienaventurados los que padecen persecucion por la justicia: porque de ellos es el reino de los cielos.

Dichosos seréis cuando los hombres por mi causa os maldijeren, y os persiguieren, y dijeren con mentira toda suerte de mal contra vosotros.— Sr. Amat.— T.

bleá Dios, dijo el Angel á Tobias, ha sido necesario que fueses probado por la tribulacion (1). »

No es esto decir que yo condene absolutamente vuestros suspiros: no pretendo que seais de bronce, ni que os parezcáis á aquellos filósofos orgullosos, que vanagloriándose de ser insensibles, querian fundar su feróz virtud sobre las ruinas de la humanidad. Derramad lágrimas, convengo en ello; pero derramadlas como cristiano, derramadlas en el seno de Dios. Entónces dulcificarán vuestras amarguras, calmarán vuestros dolores, y tal vez, como se vió en los apóstoles, y se ha visto en varios santos, llegarán tambien á haceros feliz en vuestras penas.

Seria necesario para esto padecer con paciencia y sumision; pero ¿qué haceis? En vez de consentir humildementé, en vez de agobiaros con respeto bajo la mano que os hiere, y de recibir con resignacion lo que será preciso que recibais siempre á pesar vuestro; padeceis frecuentemente con mas obstinada oposicion á las órdenes del cielo, y con un orgullo, que aunque totalmente está abatido bajo la mano de Dios, hace esfuerzos para sublevarse contra él. Padeceis sin arrepentimiento, y sin entrar en las miras de misericordia y salvacion, que Dios se propone cuando os castiga.

Si algunos accidentes, ó la injusticia de los hombres, arruinan vuestra fortuna; si tiros calumniosos atacan vuestra reputacion; si enfermedades largas y violentas, os hacen sentir sus estragos; si la muerte

(1) Et quia acceptus eras Deo, necesse fuit ut tentatio probaret te. — Tob. c. 12. v. 13.

Y por lo mismo que eras acepto á Dios, fué necesario que la tentacion ó *afliccion* te probase. — Sr. Amat. — T.

impia viene á destruir vuestras mas dulces esperanzas, ó á robaros vuestro mas sólido apoyo: victima de los misericordiosos rigores del cielo, reanimad vuestro valor y fortificadlo con los motivos de la religion que acabamos de exponeros, motivos infinitamente superiores á todos los que la razon y sabiduria humana podrán inspirar. Estos, no hacen de ordinario, sino suspender por algunos momentos el dolor, sin curarlo, dulcifican los pequeños pesares, pero dejan á los grandes trabajos, toda su amargura. La Religion sola puede consolarnos verdaderamente, en todas nuestras tribulaciones por mas grandes que sean. Ella sola puede calmar todas nuestras penas, mitigar todas nuestras congojas, y volver toda su fuerza, y vigor á nuestro ánimo abatido por las desgracias.

¡Qué consuelo mas dulce que el de la religion, para una persona desgraciada, presa de los dolores y de las miserias de la humanidad! ¡Quién no aplaudirá los bellos sentimientos del filósofo estoico, Epiceteto (B. 155), cuando decia: «Dios es quien me ha formado: ojalá pudiese decirle en mis últimos momentos: Señor y Padre mio, tú has querido que yo padeciese y he padecido con resignacion: has querido que fuese pobre, y he abrazado la pobreza. Me has colocado en la humildad y no he querido la grandeza: Tú quieres que muera, y yo te adoro muriendo.»

Este héroe de la paciencia pagana era esclavo de Epafrodito, capitan de las guardias de Nerón. A este bárbaro le vino un dia á su fantasia, divertirse en torcerle una pierna á su esclavo. Epiceteto percibiendo que se la torcia y retorcía de cada vez con mas fuerza, le dijo sonriéndose y sin alterarse. «si continuais de esa manera me romperéis infaliblemente la pierna.» Y en efecto, habiendo sucedido así; «no os lo habia yo dicho, replicó con tranquilidad Epiceteto.» El filósofo Celso, oponiendo este hecho de mó-

deracion á los cristianos, les decia: ¿vuestro Cristo, ha hecho cosa mejor en su muerte?— Si, contestó S. Agustin, pues padeció y murió por nosotros.»

La religion sola nos hace recibir todo lo mas molesto que puede acaecernos con una paciencia, una resignacion, y aún una alegria, que no conoció ni dió jamás el soberbio estoicismo, el que obstinándose contra el sentimiento interior, por la vergüenza de parecer débil, ocultaba una desesperacion efectiva, bajo una aparente tranquilidad. Y en efecto, ¿qué consuelos podian encontrar los desgraciados en un sistema que abrumaba al hombre doliente y trabajado por la desgracia, bajo el yugo insoportable del destino, y añadía á sus aflicciones la necesidad todavía mas horrible de tener que ocultar sus lágrimas? La religion, muy diferente de esta orgullosa filosofía, no desfigura la virtud bajo unas bellas pero quiméricas ideas, y no tiene una falsa gloria en hacer al hombre insensible; pero sostiene y anima con los mas grandes ejemplos, con las mas consoladoras promesas: y lo que el mundo y la filosofía no han visto jamás, muestra en un cristiano afligido un hombre feliz, en medio de sus penas y aflicciones. «Todas mis tribulaciones, decia el Apóstol, me llenan de una alegria que no puedo manifestar ni contener (1).»

Cualquiera que seais, los que os veis atribulados por la afliccion, el dolor ó el pesar, arrojaos igualmente en los brazos de la religion, y probaréis los mismos sentimientos y los mismos consuelos. Pero por mas triste que pueda ser vuestro estado, guardaos

(1) Multa mihi fiducia est apud vos, multa mihi gloriatio pro vobis, repletus sum consolatione, superabundo gaudio in omni tribulatione nostra. — Epist. 2.^a ad Corinth. v. 7.

Grande es la confianza que de vosotros tengo, muchos los motivos de gloriarme en vosotros, y así estoy inundado de consuelo, reboso de gozo en medio de todas mis tribulaciones.—Sr. Amat. —T

sobre todo de fatigar al público con la relacion de vuestras penas, pues el ponderar y quejarse de continuo de los trabajos, solo es efecto de orgullo, ó de puerilidad. No habéis de ellas sinó á vuestros amigos mas íntimos y mas capaces de consolaros; y aún lo harán mucho menos que Dios. Si teneis bastante fuerza, no conféis vuestras penas sinó á él solo. Los hombres, por lo ordinario desprecian á los infelices, ó se compadecen poco de ellos. No son sensibles sinó á sus propios males. Frecuentemente la sensibilidad que nos manifiestan, está solo en los lábios, ó como la de los amigos de Job, es una piedad orgullosa, aún mas cruel de soportar que las mayores adversidades.

Si éstos desórdenes y disgustos, son domésticos es aún menos oportuno el quejarse de ellos. Los que los padecen, deben avergonzarse al referirlos, tanto como aquellos que los causan, pues no hay razon jamás para divulgarlos. Un marido que experimentaba frecuentemente el mal humor de su mujer, no le oponia otras armas que el silencio. Uno de sus amigos, le dijo: «Se conoce bien que teneis miedo á vuestra mujer.—No es á ella á quien temo, respondió el marido, sinó al ruido que causaría su deshonor y el mio.»

Los que hacen padecer á los otros, por sus pesares son tanto mas injustos, cuanto las mas veces se los deben imputar y atribuir á si mismos. El mal que les sucede, se lo atraieron por su culpa, y ellos son los primeros artífices de sus propias penas. Han sido insultados de una manera atroz, por que quizás ofendieron á todo el mundo con su orgullo y altanería. Acaban de perder un pleito que los arruina; pero ellos lo intentaron, y por una ciega codicia, ó por un obstinado rencor, no quisieron ceder ni prestarse á ninguna transacion. Pade-

cen en todos sus miembros dolores agudos y crueles, porque entregados sin precaucion ni medida á los placeres de la sensualidad han hecho escesos capaces de arruinar el temperamento mas fuerte. Supuesto que no son infelices sinó por su culpa, ¿no es tanta locura como injusticia, echarla á los otros y vomitar contra ellos todo el veneno de su mal humor?

No digais que vuestro mal es uno de aquellos que no pueden curarse sinó mudando de organizacion y de temperamento. Esta preocupacion nace del desaliento, á que el hombre se entrega cuando ha probado la dificultad que hay de combatir su amor propio y sus pasiones; pero es falso, que no llegue á corregirse del defecto de que hablamos, cuando sin acobardarse se esfuerza sinceramente á conseguirlo. La imposibilidad que se pretexta, no es sinó falta de ánimo, y una cobarde flaqueza que nos hace ceder al humor, porque al pronto costaria un poco resistir y vencerlo. Pero queriendo evitarse un corto trabajo, que al fin vendria á triunfar, se nutren y se mantienen unos enemigos domésticos que renacen y se multiplican, porque no se ha querido domarlos. Se abandona uno á su natural vicioso; no opone nada á la inclinacion; se deja señorear del humor y le cede vergonzosamente el dominio que debiera conservar la razon.

MAXIMA VI.

Soportad bien los humores
 Y los defectos de algunos ;
 Y sed de los infelices
 El apoyo mas seguro.

Estamos obligados á vivir con los hombres de diversos genios y caracteres, y seria indicio de muy mala condicion el no poder soportar el carácter de los demás.

Felices los que han nacido con menos imperfecciones, porque nosotros las tenemos todas, y el que cree no participar de alguna locura, no es nada sábio. Y puesto que todos tenemos nuestras flaquezas y defectos, ¿por qué hemos de negar á los otros la misma indulgencia que esperamos de ellos, y de que igualmente tenemos necesidad? (1) Pero el amor propio que nos dá tanta indulgencia para con nuestros defectos, nos hace intolerables los de los otros.

*Linces para ajenas faltas
 Siempre las vituperamos,
 Y topos para las nuestras
 Siempre nos las perdonamos.*

(1) Quid autem vides festucam in oculo fratris tui: et trabem in oculo tuo non vides?

Aut quomodo dicis fratri tuo: Sine ejiciam festucam de oculo tuo: et ecce trabs est in oculo tuo?

Hypocrita, ejice primúm trabem de oculo tuo, et tune videbis ejicere festucam de oculo fratris tui.—S. Math. c. 7. v v. 3, 4 y 5.

Mas tú ¿con qué cara te pones á mirar la mota en el ojo de tu hermano: y no réparas en la viga que está dentro del tuyo?

O ¿cómo dices á tu hermano: Deja que yo saque esa pajita de tu ojo: mientras tú mismo tienes una viga en el tuyo?

Hipócrita, saca primero la viga de tu ojo, y entónces verás cómo has de sacar la mota del ojo de tu hermano: — Sr. Amat. — T.

Un filósofo pagano repetía con frecuencia á sus discipulos esta bellissima màxima: « perdonadlo todo á los otros, y no os perdoneis nada á vosotros mismos. »

Quando uno se considera bien , y se aplica á conocerse , se encuentra tan lleno de defectos , que no le cuesta trabajo escusar en otro, los que parecen menos escusables , á menos que por deber no esté obligado á corregirlos ó castigarlos. Aún el hombre sábio y mas condolido de las flaquezas de la humanidad, lo hace con mucha moderacion y dulzura, y perdona tanto mas fácilmente , quanto no ignora que él mismo á cada paso tiene necesidad de perdón.

¡ Pero cuán rara es esta bondad indulgente, y cuán difícil á la mayor parte de los hombres estar contentos de nadie ! Llenos de amor propio , solo están satisfechos de sí mismos , y tal es su injusticia, que los que mas hacen sufrir , son casi siempre los menos sufridos.

La sabiduría debe descubrirnos nuestros defectos, y la caridad ocultar á nuestros ojos los del prójimo. Sinó podemos dejar de ver los defectos mas notables ó visibles , porque esto argüiría falta de entendimiento , no reparemos en ellos sinó para evitarlos, y fijemos desde luego la vista en nuestras propias flaquezas, á fin de aprender á soportar las ajenas.

Quando encontréis algunas personas que os desagraden, ocultad cuidadosamente vuestra aversion, pues el hacérsela conocer, seria faltar á la bondad y aún á la cortesía. Amad á las gentes de talento, á los sábios , y á las personas amables ; pero sufrid y tolerad á los necios , á los locos, y á los importunos , pues es una gran flaqueza no saber conllevar las de los otros.

El reirse de los que tienen alguna deformidad corporal , es una puerilidad que no debe disimu-

larse ni aún á los niños. ¿No debería suceder lo mismo con los defectos del carácter? ¿Es acaso menos digno de lástima, tener el corazón siniestro, el entendimiento torcido, y un genio áspero, ó quejumbroso, que el ser cojo, ó corcobado? Es verdad, que no se puede ni estirar la pierna, ni enderezar la estatura ó la persona, y si corregir los defectos del carácter; pero se debe convenir en que es cosa muy difícil, y el trabajo que cuesta á los hombres el corregirse, es un aumento á sus defectos, que exige de nosotros una doble indulgencia.

Esta virtud es absolutamente necesaria para vivir en paz con los hombres; pero es de un uso mucho mas indispensable y frecuente entre los parientes y personas que habitan bajo de un mismo techo. Sócrates, cuya moderacion, respecto á sus enemigos, hemos visto ya, puede tambien aqui servir de modelo. Sin salir de su casa, halló con qué ejercitar su paciencia. Tenia una mujer de un genio caprichoso, altivo y violento. Él la conocia muy bien, y decia que la habia elegido espresamente, porque si conseguia el soportar sus asperezas, no habria ya persona en el mundo con quien no pudiese vivir. Si la habia tomado con esta mira é intencion, debió ciertamente estar satisfecho de ella. La mujer le hacia todo género de injurias, ultrajes y afrentas; y un dia, despues de haber proferido cuantas puede sugerir el furor á una mujer de este carácter, al salir Sócrates de casa, por no oirlas, se asomó á la ventana y le echó un jarro de agua por la cabeza. Él sin embargo, no se alteró, y dijo solamente: «Ya sabia yo que despues de los truenos vendria la lluvia.»

La dulzura, la paciencia y la indulgencia para con los defectos de los esposos, no son menos necesarias á las mujeres, y tal vez lo son aun mas. Vicentina

Lomelin, aquella illustre genovesa, fundadora de las *Celestinas de la Anunciata*, cuya caridad benéfica, hemos aplaudido en otro lugar, estaba casada con Esteban Centurion, caballero Genovés, pero desde los primeros dias de su matrimonio, encontró en él mas espinas que rosas. Aunque su marido la tuvo mucha estimacion y afecto, sin embargo la hizo padecer muchísimo, porque era de génio naturalmente vivo, colérico y descontentadizo, hallando siempre que oponer y replicar á todo cuánto ella decia ó hacia, y las mas veces sin motivo alguno, como él mismo lo confesaba. A tan duros tratamientos, no opuso nunca sinó la paciencia, la amabilidad, y el sufrimiento, en términos que el marido hubo al fin de correrse avergonzado de sus caprichos y asperezas; reconoció que su mujer siempre igual, siempre complaciente, era, digna de toda su ternura. En breve la paz y la calma sucedieron á las tempestades y á las desavenencias. Querida y respetada de su esposo, tuvo aún la dicha de verle, así como ella, dedicarse enteramente á Dios, y practicar juntos sus buenas obras y piadosos ejercicios.

Si los esposos deben soportarse mutuamente sus defectos, ¿ con cuánta mayor razon deberán los hijos soportar los de sus padres, y tenerles un respeto ciego, aún cuando tengan mas que sufrir? Un griego maltrataba á su hijo, porque segun él decia, nada habia aprendido en la escuela de Zenón. El hijo, que recibia este injusto tratamiento, respondió sin murmurar: « Padre mio; ¿ no me he aprovechado bastante, supuesto que he aprendido á sufrir con paciencia? »

Lo que los hijos deben hacer por los padres, lo debemos con alguna proporcion los unos por los otros. Este es el medio de hacer el comercio de la vida mas agradable y aún mas dulce. Nuestra aten-

cion con los otros, nos la atraerá de su parte. Nuestra indulgencia en soportar los defectos ajenos, nos hará á nosotros mismos mas soportables; hará á nuestros lazos mas constantes, y el cumplimiento de nuestros deberes mas gracioso y fácil.

La paciencia, esa virtud tan necesaria, que tan frecuentemente perdemos sin motivo, se adquirirá con el ejercicio, y nos procurará los frutos mas dulces. No solamente nos hará amar á los otros, sinó que endulzará nuestras penas; al paso que la impaciencia las multiplica y las agrava, de manera que nunca se sufre tanto, como cuando no se quiere sufrir nada.

En la sociedad, es la razon la que debe rendirse la primera; y supuesto que los locos forman el mayor número, los sábios deben cederles en las cosas indiferentes y permitidas, pues este es, tal vez, el mejor medio de hacerles percibir y reconocer su locura. Queriendo el Mariscal de la Ferté dar un pesar á Mr. de Turenne, molió á palos á uno de sus guardias, el cual no dejó de quejarse á su amo. «Tú eres un picaro bribon, le dijo Mr. de Turenne: Mr. de la Ferté no te hubiera apaleado sino lo hubieras merecido.» Despues le hizo llevar á Mr. de la Ferté para que hiciera con él la justicia que quisiese. El Mariscal, que por esta accion no pudo dejar de reconocer la prudencia de Mr. de Turenne, dijo con una voz de desprecio contra sí mismo. «¡Por vida de...! aquel hombre será siempre sábio, y yo siempre loco.»

Aludía este suceso, à que Mr. de Turenne, habia hecho en otra ocasion resplandecer su moderacion y sabiduria con el mismo mariscal. Un dia que se preparaba á atacar las lineas de una plaza sitiada, halló que le faltaban algunos pertrechos; y acordándose que Mr. de la Ferté que mandaba con él, tenia algunos supérfluos, se los envió à pedir por uno de sus guardias. Este volvió muy turbado, contando varias

cosas desagradables que el mariscal le habia dicho, reusando darlos. Mr. de Turenne, volviéndose á los oficiales que estaban presentes les dijo: «Supuesto que está colérico y de mal humor, convenirá pasarnos sin ellos, y hacer como si los tuviéramos.» Atacó las lineas, las forzó, y tuvo toda la gloria del suceso, el cual no le vengó menos del mariscal envidioso, que la moderacion que habia manifestado.

Los grandes deben á los pequeños, y á los débiles, el apoyo de su autoridad, y de su poder: los ricos deben á los pobres y á los infelices el apoyo de su crédito y de sus riquezas, ya hemos tenido lugar de hablar en otra parte de esta doble obligacion, que la ley natural y divina les impone; pero nunca se pondrán demasadamente á la vista, unos deberes por desgracia olvidados y menospreciados con sobrada frecuencia.

El Soberano Señor de los hombres, ha querido que hubiese grandes y pequeños; unos que mandasen, y otros que obedeciesen; porque la subordinacion es absolutamente necesaria para la conservacion de la sociedad; y una total independenciam, seria un origen fecundo y continuo de usurpaciones y homicidios; pero ha atemperado esta desigualdad tan grande de condiciones, queriendo que las ventajas que reportan unos en ser superiores al comun de los hombres, se compensen con la mayor obligacion que tienen de vivir para ellos.

Si habeis nacido grande, que vuestra ternura generosa y benéfica sea el auxilio de todos los infelices. No imiteis á aquellos grandes y ricos siempre enfadosos ó melancólicos, desdeñosos ó soberbios, que no contestan á los ruegos y plegarias de los miserables, sinó con sofiones, que irritan y desesperan, y tal vez con reprehensiones amargas como

si fuera uno de los privilegios de la fortuna y de la grandeza, el poder insultar impunemente á los pequeños y desvalidos.

No creais que sea envileceros el fijar la vista en los afligidos y atribulados, y el permitirles que vengan á llorar en vuestra presencia. Al contrario, pensad que las miradas de los grandes sobre los infelices, aumentan su gloria, y que si tienen compasion y misericordia, no serán por esto sinó mas grandes delante de los hombres, y sobre todo á los ojos de aquel á quien deben imitar en la tierra. « Sirve de padre á los huérfanos, dice el sábio, y de Esposo á sus madres y serás como el hijo amado del Altísimo, que tendrá mas ternura que una madre tiene á su hijo (1). »

La historia de Portugal nos presenta tambien un hecho ciertamente heróico del amor que se debe tener á los parientes. En 1585 unas tropas portuguesas que pasaban á las indias, naufragaron. Una parte abordó al pais de los cáfres (2), y la otra se entró en el mar sobre una barca construida de los despojos del navio. Percibiendo el piloto que el bastimento estaba muy cargado, avisó al gefe Eduardo de Mello, que iban todos á pique, sinó se arrojaban al mar una docena de victimas. Cayó la suerte entre otros á un soldado, que tenia tambien un hermano suyo en la barca. El que habia quedado li-

(1) In judicando esto pupillis misericors ut pater, et pro viro matri illorum: et eris tu velut filius Altissimi obediens et miserebitur tui magis quam mater.—Eccles. cap. 4.º v. 10 y 11.

En el juzgar sé misericordioso, con los huérfanos, *portándote* como padre, y como esposo de su *pobre* madre. Y serás tú como un hijo obediente al Altísimo, y este Señor será para contigo mas compasivo que una madre. — Sr. Amat.—T.

(2) Habitantes de la cañería, vasta region del Africa austral que se estiende á lo largo del Océano indiano, desde el cabo negro hasta la punta de Luavo.—T.

bre era el mas jóven, el cual se arrojó á los pies de Mello, y le pidió con instancia, que le dejase ocupar el lugar de su hermano mayor. « Mi hermano, dijo él, es mas capaz que yo, socorre á mi padre, á mi madre, y hermanas; y si lo pierden, morirán todos de miseria. Conservad sus vidas, conservando la suya, y hacedme perecer á mi, que no puedo servirles de socorro alguno.» Accedió Mello, y le hizo arrojar al mar. El jóven siguió la barca por espacio de seis horas, y al fin la alcanzó. Le amenazaron con la muerte si intentaba introducirse en ella; pero el amor á su conservacion superó las amenazas y se agarró al bastimento. Quisieron herirle con una espada: la cogió, y la retuvo hasta que entró dentro. Su constancia conmovió á todos: le permitieron en fin que se quedase con los otros, y consiguió asi salvar su vida, y la de su hermano.

El verdadero amigo, dice la Escritura, ama en todo tiempo; y el hermano se conoce en las aflicciones (1). Sed el hermano y el amigo de todos los infelices que tienen necesidad de vuestro socorro, y lo imploran. Procurad hacerles por medio de los otros, el bien que no podeis hacerles por vos mismo. Es ser benéfico y caritativo el estimular á las personas ricas á serlo: se participa de su mérito y de su gloria, é igualmente de su felicidad. Habiendo sido arruinada la ciudad de Verdun (1), por las guerras, y reducidos sus habitantes á la mas es-

(1) Omni tempore diligit qui amicus est, et frater in angustiis comprobatur.—Prov. c. 17. v. 17.


Quien es amigo *verdadero* lo es en todo tiempo; y el hermano se conoce en los trances apurados. — Sr. Amat.—T.

(1) Ciudad fuerte de Francia; departamento del Meuse, sobre el cual está situada, y que la divide en cinco partes, de las cuales la mas considerable se llama ciudad alta. Fué bombardeada y tomada por los prusianos en 1792, y entregada en el mismo año á las tropas francesas, despues de la batalla de Valmy. — T.

trema pobreza, Didier, que era obispo de ella, pidió socorros á Teodoberto, rey de Austrasia, bajo cuya dominacion estaba aquella ciudad. Este principe le envió siete mil sueldos, cantidad considerable para aquellos tiempos; la cual fué distribuida entre los mercaderes. El comercio se reanimó, y las fortunas de los particulares se realzaron. El obispo llevó dicha cantidad al rey, el cual no quiso tomarla, y dijo á Didier estas bellas palabras: «Ambos somos felices, tú por haber proporcionado la ocasion de socorrer, á mis pobres vasallos, y yo por no haber dejado de hacerlo.»

MAXIMA SEPTIMA.

**Reprende sin aspereza,
Y sin lisonja alabad;
No desprecieis nunca á nadie,
Y la chanza á bien llevad.**

as palabras duras, y los malos modos no han corregido jamás á nadie; pues no hacen sinó indisponer é irritar contra el remedio. Frecuentemente no es tanto la verdad la que hiere, como la manera de decirla. Nunca reprendais sin estar bien asegurado de la falta; pues en la duda vale mas aparentar que se ignora. Se injuria y se ofende al prójimo, cuando se le reprende sin razon aventurando, en tales casos, el fruto de las correcciones mas justas: reprende á los otros con la misma moderacion y prudencia con que quisierais se os reprendiese.

Dulcificad, pues, lo mas que os sea posible las reprehensiones que esteis obligado á dar: las mejores, son las que están sazonadas con elogios, ó se dan indirectamente. Ved aqui un bello ejemplo. Enrique

IV, era bueno y familiar. Un caballero de provincia, hablando un día á este monarca, y abusando de su condescendencia, llevó la familiaridad hasta faltar al respeto que le debía. El rey para hacerle diestramente conocer su falta, llamó á uno de sus privados, y le habló con mucha libertad. Pero este no se olvidó de su obligación, y cuánto mas familiaridad le manifestaba el Principe, mas atento y respetuoso estaba. El caballero conoció el yerro que habia cometido, se arrojó á los pies del rey, y le dijo: « Señor, pido perdón á V. M., pues estoy tan confuso de mi falta, como agradecido á la bondad con que me la habeis hecho conocer. »

Esta manera dulce y cortés de reprender, sin que la persona misma pueda ofenderse, debe servir de modelo. Si por vuestro estado, os veis alguna otra vez obligado á reprender, hacedlo, en hora buena, porque no conviene caer en la floja indolencia de ciertas gentes que no quieren causar disgusto á nadie, por temor de no causarse á sí mismas la menor pena; pero reprended siempre, en cuanto os sea posible con dulzura y sin enojo. Que vuestras amonestaciones no sean tanto lecciones, como consejos; que parezcan dictadas por la amistad é inspiradas por el interés que os tomáis en la persona á quién las dirigis. La razon puede iluminar, pero el sentimiento es el que persuade, y cuando habla el corazon, está seguro de tocar al corazon del que escucha. Es necesario vituperar el vicio sin irritar al vicioso.

*No se corrije el orgullo,
Que se abate incautamente,
Pues bajo el pie que la oprime
Se revuelve la serpiente.*

Con esta gran dulzura, atrajo S. Francisco de Sales un gran número de herejes al gremio de la Iglesia. Los autores de su vida atestiguan, que convirtió mas de setenta mil, entre los cuales habia muchos distinguidos por su nobleza ó por su ciencia. Lo que hizo decir al docto cardenal Perron (B. 156), « que no habia herejes que no se pudiesen convencer; pero que era necesario dirigirse al obispo de Ginebra para convertirlos. »

Sin embargo, él sabia algunas veces animar su celo con una justa indignacion, cuando convenia. No queria que bajo pretexto de bondad y mansedumbre se dejase el crimen impune, ó que se diese ocasion de cometerlo con mas osadía.

Nosotros debemos del mismo modo cuando se trata de los intereses y de la gloria divina, entregarnos si es necesario, á una santa cólera. Cuando uno ama sinceramente á Dios, se penetra vivamente de lo que le ofende, pero es oportuno frecuentemente el atemperar la amargura del celo con la dulzura de la caridad, que hace caminar con prudencia, y detenerse donde conviene. Y asi vemos al mismo Jesucristo, aunque fué el mas humilde de los hombres, indignarse á la vista de los profanadores del templo, hacer un látigo de cuerdas (1), y echarlos fuera.

(1) Et intravit Jesus in templum Dei, et eiciebat omnes vendentes et ementes in templo: et mensas numulariorum, et cathedras vendentium columbas evertit et dicit eis: Scriptum est: Domus mea Domus orationis vocabitur: vos autem fecistis illam speluncam latronum. — S. Math. c. 21. v v. 12, y 13. — S. Marc. c. 11, v v. 15, 16 y 17. — S. Luc. c. 19. v v. 45 y 46.

Habiendo entrado Jesus en el templo de Dios, echó fuera de él á todos los que vendian allí y compraban: y derribó las mesas de los banqueros ó cambiantes, y las sillas de los que vendian las palomas para los sacrificios: y les dijo: Escrito está: Mi casa será llamada casa de Oracion: mas vosotros la teneis hecha una cueva de ladrones.—Sr. Amat.—T.

Se puede sin duda obrar alguna vez del mismo modo cuando se habla á unas gentes estúpidas y groseras, cuyo sentimiento totalmente está en sus oídos, ó á unos niños, cuya imaginacion volátil y disipada, no haría siempre bastante atención á lo que se les dijese con una tranquila dulzura. Pero no conviene jamás ni con ellos ni con cualquiera que sea, hacer una costumbre de ella, ni mezclarla con la dureza y la acrimonia.

Se imagina uno tal vez que es necesario reñir y reprender ásperamente á sus domésticos para estar mejor servido; y al contrario este es el verdadero medio de estarlo mal. Regañando, se disgusta mas que se anima: no se consigue á lo mas sino hacer hipócritas, que saben bien, en ausencia de sus amos, resarcirse de la coaccion que les ha causado su presencia. Un hombre sábio, y moderado sabe hablar como amo, á un doméstico, sin injurarlo y sin decirle ninguna palabra de que se pueda ofender. Le reprende sus faltas con firmeza, sin faltar al respeto que debe á la dignidad del hombre. Afea y censura los efectos de su mala voluntad, sin vituperar nada de lo que la naturaleza ó la fortuna ha hecho en él. Procura corregir al culpable, y no mortificarlo. Y así léjos de darse por ofendido, le aprecia, le dá gracias y le estima mucho mas. El tono regañon, las palabras ágrias, y una dura inflexible severidad alteran, exasperan y atraen el ódio: pero tambien demasiada dulzura autoriza el mal, y la falta de respeto. Sed humilde, pero firme, cuando es necesario y debeis serlo; pues es ser vicioso el no reprimir el vicio cuando se está obligado á hacerlo. No reprender el mal con firmeza, cuando se puede y se tiene poder para ello, es hacerse cómplice del mismo.

Esto es lo que hace tan criminal la compasiva debilidad y flaqueza de los padres, que por la loca ternura

que tienen à sus hijos, disimulan y hacen la vista gorda, para no percibir las faltas mas grandes, se retiran tambien y desaparecen para tener un pretexto de no ver ni decir nada. Si alguna vez se creen obligados á reprenderles sus desórdenes, por demasiado grandes ó por escandalosos, es con una flaqueza que nada remedia, que aumenta el mal, y hace à los hijos mas desvergonzados, libertinos y viciosos.

Esto no es decir, que se deban emplear de continuo las reprensiones y correcciones. Al contrario, no se debe hechar mano de ellas, sinó las menos veces que sea posible; pues lo que hiere con mucha frecuencia, deja al fin de hacer impresion. Conviene usar de firmeza; no de rigor. Si uno supiese conservar mejor su autoridad sin comprometerla inoportunamente, ó sin dejar tomar à un hijo sobre sí, un ascendiente que no podrá nunca hacerle perder; si le acostumbra con tiempo al respeto y à la obediencia, sin permitirle faltar à ella jamás; si le corrijiere en los principios las pequeñas faltas, sin darle tiempo para que se conviertan en hábito; no tendria necesidad en adelante de emplear las reprensiones duras que cuestan mucho al amor, ni tomar el camino tal vez inútil y siempre enojoso de los castigos severos.

Lo que acabamos de decir para los padres, conviene tambien, por muchos respetos, à las personas públicas y constituidas en autoridad. La severidad que mantiene el buen orden, es la custodia de los estados. Sobre todo, es absolutamente necesaria, cuando es menester contener la muchedumbre, que no puede refrenarse sino con el temor, ó cuando es preciso reprimir el vicio, que se ha hecho muy atrevido por la impunidad, ó cuando hay necesidad de abatir el orgullo y la insolencia. Esta es aquella loable constancia que ha hecho tan célebre el nombre de Mr. de

Harlai. Este grande Magistrado, cuya áustera integridad no se serenaba ni aún para sonreirse á la virtud, y á la inocencia, á quien hacia justicia, era para el vicio, de una severidad inflexible, que no hacia acepcion de personas. Era el azote de la trampa, de los embrollos del Foro, y de la injusticia. Respondiendo al cuerpo de Procuradores, que fueron á felicitarle luego que le hicieron procurador general, y á pedir su proteccion. «Mi proteccion, les dijo, los bribones no la tendrán jamás; los hombres de bien no la ne cesitan.»

Pero lo que hizo siendo primer presidente, prueba aún mejor su severa constancia. Un rico asentista, tomaba los granos en un año de carestía, á un precio muy bajo para venderlos mas caros. Mr. de Harlai le envió á buscar. El asentista fué en una magnífica carroza y gran número de lacayos con lujosas libreas. Los caballos lozanos, y fogosos hacian estremecer el pavimento al entrar en el pátio, con un estrepitoso ruido parecido al del trueno. Llevaba el asentista un vestido riquísimo bordado de oro. Mr. de Harlai le dejó de intento, que tomase un poco el frio en su antesala. En fin, le hizo entrar. «Os he hecho esperar, le dijo, consultando á mi vanidad: vuestra carroza adornaba mi pátio, y vuestra persona mi antesala.—De repente muda de semblante, pasando de sereno á sombrío.—Señor, prosiguió él con un tono capaz de llenar de pavor al culpable; yo os he enviado á llamar para deciros que he sabido, que prevaliéndoo de la carestia de granos, haceis un acopio grande de ellos. Pretendeis sin duda enriqueceros con la miseria del pueblo, y engrosar vuestra hacienda. Yo burlaré vuestros proyectos. Si todos esos granos que habeis acumulado no están vendidos en el término de un mes, os haré ahorcar. El oro y el favor no podrán libertaros de la justicia. El asentista se retiró atónito. Tuvo

la osadía de quejarse al rey del modo con que le habia tratado el Presidente, y el rey le dijo: «Yo te aconsejo que ejecutes las órdenes que te ha prescrito, por que si te ha amenazado con que te ha de hacer ahorcar, lo hará como lo dice.»

Cuando la necesidad de contener el escándalo, ó la inutilidad de las reprensiones no os obliguen á reprender en público, hacedlas siempre privadamente, pues se reciben mejor los avisos, por humillantes que sean, cuanto menos se mortifica la vanidad. Observad la ley de la caridad y del Evangelio. Escusad al culpable; una confusion que no merece, servirá frecuentemente mas para exasperar que para corregir. Reprendiendo un dia Sócrates en público á uno de sus amigos, le dijo Platón, que debia haber hecho aquella reprension en particular.—«Teneis razon, le respondió Sócrates, pero vos tambien deberiais haberme dado este aviso en particular.»

Además, si no estais encargado de reprender á los otros, no lo hagais facilmente, ni imiteis sobre todo la indiscreta vivacidad de algunos, que turban el reposo de todo el mundo, porque no tienen jamás sosiego. Es un mal oficio el de censor, pues se hace aborrecer, y á nadie corrije. Un filósofo respondió un dia á uno de estos censores de profesion: «¿cómo me corregiré yo de mis defectos, si tú mismo no te corriges del prurito de corregir?»

Sin embargo, uno de los primeros deberes de la amistad; uno de los mayores servicios que se pueden hacer, es advertir á un amigo las faltas que ha cometido á fin de que evite recaer en ellas, é ilustrarlo sobre sus defectos, que ignora ó toma por virtudes, por una ilusion bastante ordinaria del amor propio. Pero la sinceridad, que debe ser el alma de la amistad, es frecuentemente lo que la destruye. La mayor parte de los amigos no quieren ser reprendidos, ó si

permiten algunas veces que lo hagan, exigen tanta prudencia, respeto y circunspeccion, que es difícil el no causarles alguna pena; y reciben tan friamente el segundo ó tercer aviso, que se toma el partido de callar, disimular y adular. Sin embargo, se ha dicho, y es verdad, que un enemigo que nos reprende aún con aspereza, nos es mas útil que un amigo adulador y demasiado indulgente; porque el primero, nos dice frecuentemente la verdad, y el otro no nos la dice jamas. Un poeta del último siglo tuvo razon de decir.

¡Cuanto me es apreciable, cuánto estimo

El lenguaje severo de un amigo!

¡Y cuánto me es odiosa y displicente

La adulacion servil que usa conmigo

Un esclavo impostor, que por dar gusto

Me engaña con astucia y artificio!

¡Ah, pérfido, que lejos de ilustrarme,

Procuras conducirme al extravío

Con tus discursos falsos y cobardes!

Guerra me dás, cuando la paz te pido,

Y las verdades, que me ocultas siempre,

Son otros tantos males y perjuicios.

EL ABATE TESTÚ (1).

Pocas personas piensan tan bien sobre este punto como Helvecio (B. 157). Tenia un secretario anciano nombrado Bandot, de un carácter pensador, caústico é inquieto. Con el pretexto de que habia visto á Helvecio en su infancia, se permitia el tratarlo

(1) Santiago Testú; poeta francés, que murió á principios del siglo 18.º, se dedicó al ejercicio del púlpito, en que adquirió gran celebridad, y fué nombrado predicador del rey; pero tuvo que abandonarle á causa de la debilidad de su salud; publicó en verso, muchos y bellos trozos de la Escritura y de los Padres, con el título de *Estancias cristianas*. Por lo demás, fué un hombre de carácter veleidoso, como buen francés; tan pronto entregado al mundo, como á la devocion.— T.

siempre como un preceptor brutal trata á un niño. Helvecio, le escuchaba con paciencia, y algunas veces dejándolo, decia á su esposa : «¿será posible que yo tenga todos los defectos y todas las faltas que él me encuentra? No sin duda ; pero en fin, tengo algunas ; y ¿quien me hablaría de ellas, si yo no tuviese á Bandot?»

Estimad del mismo modo que os reprendan y corrijan. Si tuviéseis en el rostro una mancha que os hiciese ridiculo, ¿No quedariais bien satisfecho de que os lo advirtiesen? Mostráos reconocidos á los que hayan tenido bastante amistad y confianza para haceros conocer las tachas de vuestra alma. *Aquel*, dice el Espíritu Santo, *que ama la correccion , ama la ciencia ; pero el que aborrece la reprehension es un insensato* (1).

La vergüenza llega á ser una virtud, cuando es el remordimiento el que la causa. No os corraís, pues, de confesar vuestras faltas. El hombre de alma elevada, no teme reconocerlas y repararlas. Carlos IX, rey de Francia, yendo un dia de caza vió á un caballero que corria delante de él ; le llamó varias veces para que se detuviese, pero sin darse por entendido seguia corriendo. Habiéndole el rey alcanzado le sacudió algunos golpes con una vara diciéndole : «á ver si asi te detendrás.» El caballero, sensible á tan duro tratamiento, se volvió hácia el Principe, y le dijo : «¿en qué he ofendido yo á V. M. para que me trate de esta suerte? ¿Son estas acaso las recompensas debidas á las muchas heridas ganadas en servicio de V. M?» y diciendo esto se desabrochó el vestido y le manifestó sus cicatrices. Soy libre y caballero, y no debo

(1) Qui diligit disciplinam, diligit scientiam : qui autem odit increpationes insipiens est. — Prov. c. 12 v. 1.º

Quien ama la correccion , ama la ciencia ; mas el que aborrece las reprehensiones , es un insensato. — Sr. Amat. — T.

sufrir palos como un esclavo.» Cárlos IX, reconoció su falta, se excusó de ella, y protestó que estaba pronto á darle una satisfaccion concediéndole la gracia que le pidiese.

Un jóven se avergüenza cuando le sorprenden en una culpa, y le hacen ver que ha faltado. Pero frecuentemente esta vergüenza dimana menos del arrepentimiento que reconoce su falta, y desea corregirla, que del orgullo que se encuentra humillado. Se enfada contra los que le dan reprensiones, en vez de enfadarse contra si mismo por haberlas merecido. El Marques de S. Andrés dió con tal motivo una bella respuesta. Habia ido á pedir un pequeño gobierno á Mr. de Louvois, ministro de la guerra. Este se lo negó, acordándose de algunas quejas que habian dado contra él. El Marqués, lleno de cólera dijo: « ¡ Por vida de!... Si yo volviese á empezar el servicio, ya sé bien lo que haria. — ¿Qué harias? le preguntó Mr. de Louvois con un tono brusco: —Arreglaría tan bien mi conducta, replicó S. Andrés, que no encontrariais motivo para volver á hablar de ella.» El ministro que no esperaba esta respuesta, y que se preparaba á mortificar al Marqués, si se le hubiese escapado alguna palabra poco respetuosa, quedó sorprendido tan agradablemente, que le concedió el gobierno que pedia.

Es un mal orgullo el creer que no se puede errar; y el hombre que piense, no se ofenderá jamás de que otro, sea quien fuere, le haga conocer su deber. Cuando Soliman II, el mas grande emperador que han tenido los turcos, marchaba á la conquista de Belgrado (1), una mujer de la plebe se le acercó y se quejó

(1) Ciudad de la Servia, en otro tiempo capital de este principado, situada á orillas del Danubio, cerca de la confluencia del Save. Es una de las plazas mas fuertes de Europa y muy célebre en la historia militar de los Turcos. —T.

amargamente de que mientras dormia, unos soldados la habian quitado unas bestias, que formaban toda su riqueza. «Era preciso que estuvieses sumérgida en un sueño bien profundo, la dijo riendo el sultan, supuesto que no has sentido entrar los ladrones. «Si Señor, yo dormia, respondió ella: pero era en la confianza de que V. A. vigilaba por la seguridad pública.» Solimán, bastante magnánimo para aprobar esta razon, aunque tan atrevida, reparó convenientemente un daño que debería haber impedido.

Amad como él la verdad, y mostrad vuestro reconocimiento á los que os la hacen conocer, de qualquiera manera que sea. Tened sobre este punto la misma sublimidad de pensamientos que el célebre Menzikof. Habiendo sido causa de que por su incuria y negligencia se introdujesen muchos abusos en el ejército Ruso, fué reprendido severamente por el Czar, Pedro el Grande, á quien cierto oficial subalterno habia dado parte. Menzikof, que á fuerza de diligencias, llegó á descubrir su acusador, le hizo comparecer á su presencia y le dijo: «Sin duda debeis ser un hombre demasiadamente honrado cuando habeis preferido exponeros á mi resentimiento, á que el Czar ignorase una cosa que le interesaba. Sed en adelante mi amigo: auxiliadme con vuestras luces, y admitid desde luego un regalo de dos mil ducados, como una pequeña muestra de mi estimacion.»

El adulator admira y se arroba. La verdad, dice Despreaux, no tiene este aire impetuoso. Ella es mas sencilla y mas modesta. Un hombre que dice lo que piensa, lo dice simplemente, y con un aire de sinceridad que quita toda sospecha; pero las admiraciones y exclamaciones de los que tributan alabanzas, deben parecer sospechosas, pues las personas sinceras no prodigan los elogios.

Es una cosa bastante rara el saber manejar la ala-

banza y dispensarla con agrado y justicia. El orgullo grosero no alaba sino á sí mismo; y lo desprecian. La vanidad fina y delicada no alaba sino porque la alaben y la perciban; el misántropo no alaba, porque no está contento de nadie, ni nadie está contento de él: el adulador se desacredita, y no hace honor ni á él ni á los otros; y el hombre sábio alaba lo que merece serloado.

Es en alguna manera tomarse parte en las bellas acciones, el elogiarlas de buen corazón. Una alabanza delicada y hecha con oportunidad, hace tanto honor al que la dá como al que la recibe. El gran Condé fué á saludar á Luis XIV, despues de la batalla de Senef (1), que acababa de ganar. El rey estaba en lo alto de la escalera. El Principe de Condé, á quien costaba trabajo el subir, porque habia estado muy mal tratado de la gota, dijo en medio de los escalones: «Señor, pido perdon á V. M. si le hago esperar. — El Rey le respondió: Primo mio no te apresures, cuando uno esta cargado de laureles, como tú lo estás, no puede andar de prisa.»

El cumplido que cierto soldado hizo al Mariscal Turena, no debió lisonjearle menos, porque no envolvia adulacion ninguna. El soldado, se hacia llamar Turena, lo que sabido por el General, le manifestó haberse ofendido mucho. «Vive Dios, mi General, le dijo el soldado, que si yo hubiese tenido noticia de un nombre mejor que el vuestro le hubiese tomado para mí.» El Mariscal Villars (1), uno de los mas grandes generales que ha tenido la Francia, despues de Turena, oyó á uno de sus oficiales, que habiando con

(1) Ciudad de Bélgica (en Hao) cerca de Nivelles. — T.

(1) Luis Hector, Marqués y Duque de Villars; nació en Moulins en 1653, y murió en Turin en 1734; fué notable, no solo por sus prendas intelectuales, sino tambien por las personales; dotado de una ambicion sin límites y de un orgullo desmedido, manchó sus glorias con escandalosas rapiñas. — T.

sus amigos les decia : « Hoy voy á comer con Villars. El Mariscal le dijo con bondad : por mi empleo y categoria , no por mi mérito , no digais á secas Villars , sinó el Sr. de Villars. — Monseñor , le respondió al instante el oficial : no se dice el Sr. de César , y yo he creído , que nó debia decir tampoco el Sr. de Villars. »

Los elogios justos , son la recompensa mas bella del mérito y de los talentos ; y excitan á la virtud , pues el que ama los elogios , pone cuidado en merecerlos. Tambien se debe alabar á los jóvenes para alentarlos ; pero es necesario darlos con moderacion , para no envanecerlos demasiado ; pues la alabanza , asi como el vino , aumenta las fuerzas cuando no llega á embriagar.

Las alabanzas , cuando son excesivas y desproporcionadas , causan igual perjuicio al que las da que al que las recibe. Este , si tiene sentido comun , conoce el insulto que se le hace , y le castiga por lo menos con un soberano desprecio. Un adulator leia delante de Alejandro lo que habia compuesto de su historia. Llegando á un pasaje en que le hacia combatir con un tropel de Elefantes , de los cuáles mataba uno á cada golpe , Alejandro trasportado de cólera , tomó el libro , lo arrojó á un rio , por donde á la sazón iba á pasar , y amenazó al autor con que le haria arrojar tambien á él si escribia de aquel modo. Habiendo pedido uno permiso al Emperador Niger , para leer delante de él su panegirico : « es propiamente burlarse , respondió hacer el panegirico de un hombre vivo , y sobre todo de un Emperador : eso no es alabarle porque obra bien , sinó adularle á fin de que recompense , y por lo que á mi toca , quiero ser amado durante mi vida y elogiado despues de mi muerte. »

No desprecieis nunca á nadie.

El desprecio aparta los corazones, y la estimacion los concilia. Aunque no amemos siempre á los que admiramos y estimamos; amamos siempre á los que nos admiran y estiman. Pero si la estimacion no hace jamás ingratos, el desprecio hace siempre enemigos irreconciliables! Los hombres perdonan algunas veces el ódio, pero jamás el desprecio.

Si todos nos estimásemos reciprocamente, reinaria la paz y la dulzura en la Sociedad. Esa inclinacion funesta que tenemos á manifestar desprecio por algunas personas, que realmente no lo merecen, es el origen de casi todos los desórdenes y males que reinan en ella. De aquí nacen las murmuraciones malignas, las sátiras mordaces y las faltas injuriosas que producen alternativamente los ódios mortales, las largas enemistades y las venganzas funestas.

«Es una cosa monstruosa, dice la Bruyere, el gusto y la facilidad que tenemos de burlar, desaprobamos y despreciar á los otros; y al mismo tiempo la cólera que experimentamos contra los que se mofan de nosotros, ó nos desaprueban y desprecian. Pongámonos por un momento en el lugar de aquel á quien queremos ofender, y es bien cierto que no le ofenderemos.» El olvido de esta sabia máxima, y el deseo que tenemos de elevarnos sobre los demás, nos inspiran esa inclinacion que tenemos á despreciar; y si alguna vez nos comparamos con los otros, es siempre para darnos la preferencia. De aquí, ese desprecio que se llama insolencia, altivez ú orgullo, segun que tiene por objeto á nuestros superiores, nuestros inferiores, ó nuestros iguales. Sin embargo, á nadie conviene ser orgulloso y menospreciador. Con los iguales el orgullo es necedad, con los superiores locura, y con los inferiores extravagancia y ridiculez.

Es por desgracia demasiado general el menospreciar á los pobres, y estimar á las personas á proporcion de sus riquezas. ¿Deberemos admirarnos, pues, que los ricos miren con tanto desprecio á los pobres y poco favorecidos de la fortuna? Las personas que adquieren de repente grandes riquezas, apenas pueden creer que hay otro mérito que el dinero; y así desprecian la nobleza, el talento, la ciencia, y las ventajas mas estimables, á las cuales ningun brillo pueden añadir los bienes de fortuna.

Las condiciones humildes en que la Providencia ha colocado al comun de los hombres, las funciones mecánicas ó laboriosas que ejercen en la sociedad; lejos de degradarles, deben por el contrario hacerlos mas estimables cuando las desempeñan bien y con honradez. Luis XII, cuando todavía era duque de Orleans, supo que un gentil hombre de su casa habia maltratado un paisano, y mandó que no se le sirviese pan, á este gentil hombre, sinó solamente carne. Habiendo sabido que él murmuraba de esta disposicion, le hizo llamar y le preguntó: ¿cual era en su concepto el alimento mas necesario? El Gentil hombre le respondió que el pan. «Pues bien: ¿por qué, replicó el Príncipe con severidad, eres tan injusto y obras con tan poca razon, que maltratas á los que te lo ponen en la mano?»

Una preocupacion harto comun, singularmente entre las mujeres, y que manifiesta mucha cortedad de entendimiento, es, el hacer menos caso de una persona, porque no tiene el talle tan hermoso, ó la figura tan ventajosa como otra. El mérito, acompañado de éstas cualidades naturales previene sin duda favorablemente; pero ¿deja de ser estimable porque se halle desposeido de ellas? Lejos de estar siempre unidas estas cosas, de ordinario andan separadas, como si la naturaleza celosa de sus dones, amase el distribuirlos.

El diamante que cae en el cielo no es menos precioso; y el polvo que el viento eleva hasta el cielo, no es por esto menos vil. « No alabes á un hombre por su buena figura, dice el Sábio, y no le desprecies porque su exterior no tenga nada que lo realce. La abeja es pequeña entre los insectos volátiles; y sin embargo, su fruto supera á lo que hay mas dulce (1). »

Un oficial de un mérito raro por sus virtudes y talentos militares, pero de una figura contrahecha y raquítica; fué nombrado gobernador del Canadá (1), y le enviaron los iroqueses unos diputados para renovar su alianza con los franceses. Luego que arribaron á Quebec (1), fueron introducidos en casa del Gobernador. El principal de la embajada habia preparado un discurso, en el que empleaba todo lo mas rico y mas pomposo que tenia su lengua, para hacer el elogio de la fuerza del cuerpo, de la buena estatura y figura del general, cualidades que aquellos salvajes estimaban con preferencia. Sorprendido de ver una cosa enteramente diferente de lo que habia imaginado, conoció que su arenga no cuadra-

(1) Non laudes virum in specie sua, neque spernas hominem in visu suo;

brevis in volatibus est apis, et initium dulcoris habet fructus illius. — Eccles. c. 41. v v. 2 y 5.

No alabes al hombre por su bello aspecto, ni desprecies á nadie por su sola presencia exterior.

Pequeña es la abeja entre los volátiles; mas su fruto es el primero en la dulzura.— Sr. Amat.—T.

(1) Vasta region de la América del N. (posesiones inglesas), tiene por límites al N. el Labrador, el mar de Hudson, y la nueva Gales meridional, al O. vastos desiertos, al S. los Estados unidos y al E. el nuevo Brunswick, el golfo de S. Lorenzo y el labrador. — T.

(1) Ciudad de la América inglesa, antigua capital de todo el Canadá, y en el dia del bajo Canadá, á orillas del S. Lorenzo y el S. Carlos. — Desde 1763, la posee la Inglaterra.—T.

ba al personaje, y sin desconcertarse le dijo: «Es necesario que tengas una grande alma, supuesto que el gran rey de Francia te envia aquí con tan pequeño cuerpo.»

El Canciller Bacon no tenia una idea tan ventajosa de los hombres, que solo son superiores á los otros por su mayor estatura. Un embajador de Francia, cerca del Rey de Inglaterra, Jacobo I, al presentar sus credenciales pronunció un discurso en que manifestó mas vivacidad y ligereza, que juicio y entendimiento; y el rey despues de la audiencia, preguntó á Bacon, ¿qué pensaba del embajador? — El Canciller respondió «que era un hombre grande y bien hecho. — Pero tú, replicó el rey ¿qué opinion tienes de su cabeza? ¿Es hombre capaz de llenar cumplidamente su encargo?— Señor, respondió Bacon, las gentes de gran talla se parecen, algunas veces, á las casas de cuatro ó cinco pisos, de las cuales la habitacion mas alta, es la que suele estar peor amueblada.»

Los pequeños vasos encierran muchas veces las cosas mas preciosas y estimables. Habiendo preguntado el príncipe de Condé á un Teniente General, quien podia darle una idea exacta de la situacion de los enemigos, éste le llevó un soldado de muy mala figura. El príncipe lo desechó, y pidió otro. El Teniente general hizo comparecer sucesivamente dos de mejor aspecto, los cuales fueron aceptados, y cumplieron muy mal su comision. Recurrieron al primero, y éste dió una cuenta tan exacta, que satisfecho el príncipe, se obligó á concederle la gracia que desease. El soldado pidió al instante su licencia. Atónito el príncipe, le ofreció hacerle Capitan: «Monseñor, le respondió el soldado, vos me habeis despreciado, yo no sirvo mas al rey.» El gran Condé, esclavo de su palabra, satisfizo á la demanda del soldado, manifestando á todo el mundo el pesar que le costaba.

Esta injusta prevencion que hace estimar, ó despreciar las personas sobre el testimonio tan equivoco de la figura, juzga tambien del mismo modo sobre el de los adornos, porque de ordinario es el vestido el que decide de la estimacion ó del desprecio: como si la necesidad no pudiera jamás ocultarse bajo un rico y magnifico vestido, ó el mérito fuese incompatible con un traje tan sencillo y modesto como él. Las gentes sensatas no conceden la consideracion al vestido, sino hasta que han conocido la persona. Esto es lo que los Rusos expresan por este bello proverbio: «Se recibe al hombre segun el traje que viste, y se le despide segun el entendimiento que ha mostrado.» Pero la mayor parte se dejan prevenir por lo exterior, y juzgan del fondo por la superficie. Cierta sabio se presentó en la córte, con un vestido que no anunciaba la opulencia. Un príncipe jóven que le vió, dijo con desprecio: ¿Quién es ese miserable que dejan entrar? «Príncipe, le respondió su prudente ayo, ese es un *hombre*:» y le recordó en otro momento todo lo que aquella palabra encierra de augusto. Le hizo ver por cuantos títulos merecia el sabio mas consideracion que muchos otros que iban magníficamente vestidos. El príncipe estaba dotado de mucho entendimiento, y se avergonzó de lo que el orgullo le habia hecho decir. Hizo comparecer al sugeto que al pronto habia rehusado ver, y le recibió con suma benevolencia.

Si los juicios de estimacion ó desprecio, que se forman á primera vista, y solo por el traje ó la figura, son casi siempre tan falsos como injuriosos, no lo son menos los que se hacen respecto de los pueblos entre sí diferentes. Las sátiras contra toda una nacion ó todo un sexo, son siempre injustas, puesto que insultan á un considerable número de personas á las cuales de ninguna manera convienen. Sabida es la bella respuesta de un filósofo Scythia á un ateniense que le echaba en

cara su patria: «Yo soy, le dijo el filósofo, la gloria de mi país, y tú la afrenta del tuyo.» El sabio, no participa jamás de esta preocupacion nacional, y sabe apreciar el mérito bajo cualquiera clima, que haya nacido.

Entre las gentes mal educadas se hace gala de despreciar las mujeres y hablar mal de ellas, como si las virtudes, los talentos, y las bellas cualidades del espíritu y del corazón, no fuesen comunes á ambos sexos. Oyendo una dama á un jóven atolondrado, que despreciaba á todas las mujeres, preguntó á varias personas que estaban con ella. «¿Este jóven no tiene madre?»

¿Pues qué diremos de los que no hablan sinó con desprecio de las personas especialmente consagradas á Dios? Esto no es solamente irreligion é indecencia, sinó tambien falta de equidad y de justicia. Hay entre los eclesiásticos y religiosos, unos hombres de un mérito superior á los que los desprecian. El abate Alberoni, habiendo llegado á ser, segun llevamos dicho, de simple cura de un lugar de Italia, limosnero del duque de Vandoma, comia á la mesa de los gentiles hombres de este principe. El orgullo de estos se creyó humillado, y propalaron algunas murmuraciones. Súpolo el Duque, y una noche mandò que le preparasen la cena en su cuarto y añadiesen un cubierto. Como nunca cenaba, todos los oficiales del ejército que iban á hacerle la corte, y además todos los domésticos, se sorprendieron de esta novedad. Lo fueron mucho mas, cuando habiendo sacado á la mesa el primer plato, el Duque dijo á Alberoni, que se sentase: «Algunas personas, añadió tienen reparo de comer con mi limosnero, pero en quanto á mi, lo tengo por honor, á causa de su carácter de sacerdote, y de su mérito personal.»

Se trata generalmente á los religiosos de gentes in-

útiles, y los que les hacen este improprio, son tal vez aquellos á quienes convendria mejor. Un libertino decia un dia: «¿De qué sirven en el mundo tantos sacerdotes, tantos religiosos y religiosas?—¿De qué servís vos en él, le respondieron?» Aquellos que mirais como los mas inútiles, hacen en la tierra lo que vos deberíais hacer y no haceis. Cumplen por todos los hombres un deber que la mayor parte de los mundanos no quieren cumplir. Ellos están ocupados todos los dias en alabar y dar gracias al Soberano Señor del Universo, al Supremo dispensador de todos los bienes. Ellos ruegan por la prosperidad de los reinos, de las ciudades y de las familias. ¿Puede esta funcion parecer vil y despreciable?

Cuando se dirige una reflexiva mirada sobre muchas cosas que inspiran altanería y soberbia, á un gran número de hombres, no podemos dejar de llenarnos de admiracion. ¿No es, en efecto, la cosa mas ridícula, que un bordado por ejemplo, un cordon, un lazo, sean parte, para que un hombre se tenga en mas estima, ó sea mas considerado por los demás: que un hombre ricamente vestido, quiera ser menos contradicho que otro, y que realmente lo sea: que se pretenda mayor consideracion por unos caballos mas finos, mas briosos ó de mejor raza, por unos equipages mas vistosos, por unas libreas mas brillantes, ó por unos muebles mas preciosos, y que en realidad se obtenga? Mas tal es nuestra miserable flaqueza, que apenas estimariamos las riquezas, sinó nos proporcionasen el placer de disfrutar lo que los otros no poseen y el de aventajarles.

Pero ¿cómo puede uno dejarse ofuscar por el orgullo, cuando reflexione seriamente sobre la fragilidad de estos bienes deleznable y fugaces? ¿No esta mas cerca de la pobreza, que las grandes riquezas? Son necesarios mil escalones para subir al templo de la fortuna, y

basta uno solo para venir abajo. Una prosperidad que parecia inalterable, se arruina en menos tiempo que se tarda en decirlo. Las mas obscuras noches, suceden á los dias mas claros y serenos, y la tempestad sobreviene tal vez en el momento en que el cielo parecia mas despejado. Y asi nos recomienda el Sábio, que pensemos en la pobreza en el tiempo de la abundancia, y de la mañana á la tarde se cambia el tiempo, y todo esto, sucede en un momento á los ojos de Dios (1).

Y la chanza á bien llevad.

De cualquiera cosa que se diga burlando, no os ofendais fácilmente. Consentid la chanza, pues es la señal mas segura de un buen entendimiento. Solamente los pequeños ingenios se ofenden de todo, y los que son despreciables, temen ser despreciados.

No os parezcáis á aquellos caracteres quisquillosos, que se imaginan siempre que, dirijen contra ellos los tiros que se lanzan, ó que se pican de las chanzas mas inocentes. Nunca es permitido el burlar con ellos: todo les ofende, todo está para ellos cercado de espinas, y se pican de lo que les toca mas ligeramente. Aún la cortesía mas honesta, siendo un poco libre y familiar, choca á estos entendimientos recelosos, y

(1) *Memento paupertatis in tempore abundantiae, et necessitatum paupertatis in die divitiarum.*

A mane usque ad vesperam immutabitur tempus, et haec omnia citata in oculis Dei. — Eccles. c. 18. v. v. 25 y 26.

Acuérdate de la pobreza en el tiempo de la abundancia, y de las miserias de la pobreza en tiempo de las riquezas.

De la mañana á la tarde se cambiará el tiempo, y todo esto se hace muy pronto á los ojos de Dios. — Sr. Amat. — T.

encuentran algunos en ella yo no sé qué, que les hierre. Los veis repentinamente fuera de sí mismos entrar en unas fogosidades terribles, porque habeis dejado escapar la mas ligera chanza, ó porque su imaginacion herida ha visto en vuestros ojos alguna de aquellas miradas equívocas que no entendian. Se persuaden que habeis querido ofenderles, y se ofenden. Aunque no hayais pensado en ninguna manera insultarlos ó disgustarlos, se creen acometidos, y os acometen como furiosos. Tal era Cyrano de Bergerac (4), autor del *Pedante burlado*. La nariz de Cyrano, que era totalmente desfigurada, le hizo matar mas de diez personas, pues no podia sufrir que le mirasen fijamente, y echaba al instante mano de la espada.

Si se burlan de vuestra figura, reid el primero. El secreto grande para impedirlo es saberla prevenir, y el medio mas eficaz de contenerla es tomarla á bien. No es propio sinó de las gentes sin entendimiento, ó sin educación, el enfadarse contra aquel que los burla, ó responderle con injurias. Esto no es decir que convenga dejarse burlar como un necio, ó parecer insensible á los tiros mas picantes, pero se debe replicar á propósito, y procurar hacer recaer sobre los que nos burlan los tiros que despiden sobre nosotros.

(4) Saviano Cyrano de: autor cómico, nació hácia el año 1620, en el Castillo de Bergerac en Perigord, murió en 1655; tuvo una juventud muy disipada, entró de cadete en el Regimiento de la guardia, donde se hizo notable por su valentía, y era duellista por excelencia. Habiendo recibido dos graves heridas en la guerra, se retiró del servicio y se dedicó á la literatura. Compuso varias comedias y tragedias célebres, entre otras, la que cita el autor.— T.

MAXIMA OCTAVA.

**El ver libertinos, fátuos
Y pedantes evitad;
Escojed vuestros amigos,
Gente honrada visitad.**

Los libertinos escandalizan, los fátuos importunan, y los pedantes fastidian. Pero podria aconteceros otra cosa todavia peor, á saber: la de llegar á imitarlos, frecuentando su trato y compañía.

Los libertinos. El peligro mas comun é inevitable, al cual estais espuesto en el mundo, es el mal ejemplo y compañías peligrosas. Nada es mas elocuente que el ejemplo. Se vacila algunos momentos; pero en breve se dice lo que se oye decir, se hace lo que se vé hacer, se camina á largo paso por los caminos anchos y trillados de la iniquidad, y aún frecuentemente se hace una falsa gloria de esceder en libertinaje á aquellos de quienes al pronto se ha tenido horror.

Padres que teneis virtud, y quereis conservar en vuestros hijos la que habeis procurado inspirarles; vosotros por mas que hicieseis no podriais fortalecerlos demasiado contra los funestos efectos que producen los malos ejemplos.

El jóven agitado á un mismo tiempo de la fiebre que le devora, y tentado por los malos ejemplos corruptores que el mundo ofrece á sus ojos, tendrá mucho trabajo en sostenerse, si vosotros no lo afirmáis. Fortificadlo, pues, armadlo con tiempo de los mas sábios consejos y repetid la instruccion al paso que el peligro se aumenta: no dejeis de trabajar hasta que el carácter esté totalmente formado. Hacedle sobre todo conocer bien aquellos cuya compañía debe imitar mas, y decidle con aquel celo que debe inspiraros vuestra ternura y

aquel tono persuasivo que es propio del amor. «¡Oh hijo mio! yo he trabajado sin intermision hasta el presente en sembrar en tu alma las preciosas semillas de todas las virtudes y en hacerlas nacer. Yo siento crecer mi amor con tus felices inclinaciones. Pero cuanto mas te amo, mas tiemblo por tí que no llegues á juntarte con compañías sospechosas y peligrosas »

Los fátuos. El fatuo, ó *el petimetre*, es la especie de hombre mas vano y despreciable que alienta sobre la superficie de la tierra. Un escritor moderno ha hecho de un fátuo un retrato muy parecido. Vamos á referir las acciones mas sobresalientes y propias para hacer conocer toda la ridiculez de este carácter. ¡Cuántos jóvenes necios, mal educados, podrán reconocerse en ellas!

Un fátuo es un hombre cuyo carácter lo forma la vanidad, que obra solo por ostentacion, y queriéndose elevar sobre los otros, hace todo lo que puede para ser despreciado de todos. Familiar con sus superiores, importante con sus iguales, impertinente con sus inferiores; á los primeros los tutea, á los segundos los protege, y á los terceros los desprecia. Mira de reojo, y no os vé en medio de la concurrencia mas respetable y de la conversacion mas seria. Que lo sufran, ó que lo echen fuera, saca la misma utilidad. Ofrece un puesto en su coche, y deja tomar el menos cómodo. No tiene conocimiento alguno, y sin embargo dá consejos á los doctos y á los artistas. Habla al oido á sus criados. Se vá, creéis acaso que á cumplir alguna cita, nada de eso; se vá á cenar á su casa. Se hace dar misteriosamente en público unos billetes verdaderos ó supuestos. Forma un largo cálculo de sus rentas, dice que no tiene mas que setenta mil libras al año, y que no puede vivir. Consulta la moda asi para sus desvarios, como para sus vestidos, para sus indisposiciones, como para sus coches, y para su médico,

como para su sastre. No quiere reconocer un pariente pobre ó poco conocido, y se jacta de la amistad de un grande, á quien no ha hablado jamás, ó de quien nunca ha merecido una respuesta. Por poco que tenga de bribon, siempre será el contraste del hombre de mérito. En una palabra; este es un hombre de espíritu para los nécios, que lo admiran, y un necio para las gentes sensatas, que lo desprecian.

El fátuo está enamorado de sí mismo; y así quiere insinuarse. Cree agradar á todo el mundo, y ser admirado aún de los que le hacen mofa. Aunque no se perciba en él ninguna cosa grande, fuera de la opinion que tiene de sí mismo, está todo lleno de su pretendido mérito, y cree que nadie le iguala. Tiene la mas alta idea de sus talentos, y vive el hombre mas contento del mundo con su persona.

El fátuo está entre el impertinente y el necio: no tiene la insolencia del primero, ni la barbaridad del segundo; pero lo mismo que el uno y el otro, choca, fastidia y disgusta. El necio no tiene bastante espíritu para ser fátuo, y el fátuo no tiene bastante juicio para ser hombre de espíritu. El fátuo que carece absolutamente de él, abusa á todas horas, y no sabe servirse á propósito. Es tan afectado en sus espresiones como en sus modales.

El fátuo, que no tiene nada ó tiene poco entendimiento, se consuela despreciando á los que lo tienen. Un fátuo de esta especie se quejaba en una concurrencia del gran gasto que estaba obligado á hacer para mantener diez caballos. —En vez de tener tantos caballos en vuestra cuadra, le dijeron, ¿por qué no reservais una parte de vuestra renta para procuraros la compañía de gentes de espíritu? —El fátuo, que no conocia bien el buen consejo que le daban, respondió: « Mis caballos me arrastran; pero las gentes de espíritu... esas, le replicó otro, os llevarán sobre sus espaldas.»

Y los pedantes. Entendemos por pedante un presumido sábio (1) grosero y porfiado, que tiene mas uso de los libros que del mundo, y mas lectura que juicio. El pedante quiere hacer alarde de su ciencia, la ostenta á los ojos de los ignorantes, y fuerza la conversacion para tener lugar de manifestarla. Esparce gravemente sus pensamientos, ó por mejor decir, los de los otros; porque no piensa nada, se contenta con saber lo que los otros han pensado; y es un mulo cargado de bagage ajeno. Cita sin cesar algun autor antiguo ó moderno. Habla latin delante de las mujeres, y griego delante de los que ignoran esta lengua (2); y tiene razon, porque frecuentemente es interés suyo que no le entiendan. Lleno de orgullo y vanidad, no abre la boca sinó para contradecir, no respira sinó la disputa y la altercacion, y dice su parecer con un tono decisivo y magistral. Raciocina poco, aun-

(1) La modestia es el carácter del *Sábio*: la vanidad y la presuncion el del *Pedante*. El primero, cuanto mas sabe, mas confiese que ignora: el segundo, con haber aprendido poquísimo, cree ya saberlo todo. El *Sábio* habla siempre con timidez, duda, y jamás decide con ligereza: el *Pedante*, por el contrario en nada tropieza, y en todo raja y diserta con tono afirmativo y magistral. Los estudios del *Sábio* son tan largos como profundos: los del *Pedante* tan cortos como superficiales. Aquel lee poco y medita mucho: éste, al contrario, todo lo desflora y en nada profundiza. El uno, aspirando vanamente, al título de *enciclopédico*, apenas adquiere una leve tintura de las principales ciencias, y queriendo saber de todo, viene á no saber de nada: el otro dedicado exclusivamente á uno ú otro ramo en particular, logra salir aventajado en él, y tal vez, trasmitir su nombre con gloria á la posteridad. En una palabra, el *Sábio* y el *Pedante*, difieren esencialmente, como el oro del oropél.—T.

(2) Este es un defecto común y bastante general entre *pedantes*, y el que con tanta sal, como fina urbanidad y gracia, ridiculiza nuestro célebre Moratin, en la persona de don Hermógenes de su *Comedia nueva*. — T.

que es un grande hablador. És, en una palabra, como lo pinta Boileau.

*Un pedante embriagado
De su ciencia loca y vana,
Todo embutido de griego,
Todo inchado de arrogancia;
Y que mil autores juntos
Aún palabra por palabra
En su idéa acumulados,
No han formado, ¡cosa rara!
Sinó un necio presumido,
Y lleno de estravagancias.*

Un pedante de esta especie decia un dia al poeta Teófilo: vos teneis mucho entendimiento, es lástima que no seais docto. « Vos sois docto, replicó Teófilo, es lástima que no tengais entendimiento. »

No hay porque admirarse si la ciencia produce de ordinario mucha vanidad: un erudito debe naturalmente ser mas vano, que un hombre de talento y aún de ingenio. El ingenio inventor tiene una esfera de poca extension. El entendimiento que produce y combina, está siempre mal contento de sí mismo, y se sabe este buen verso de Despreaux, tan admirado de Moliere. « Él agrada á todo el mundo y no se sabe agradar. » — Pero la erudicion es inagotable, éste es un pais inmenso: se vén en él todos los dias crecer sus riquezas, y pone su gloria en gozar de una ciencia, loable sin duda por algunas consideraciones, pero que no vale siempre el tiempo que se emplea en adquirirla, y hace tal vez á uno ridículo por la importancia con que se aficiona á ella.

Siendo la pedanteria segun la observacion de la Rochefoucault, un vicio del entendimiento aún mas que de la profesion, no es raro el encontrar tambien en el mundo pedantes de otra especie, y que no se

duda quizás que lo son. Estos son aquellos que quieren hacer ver que saben y que han leído, que exajeran con cuidado un error de historia ó de geografía, escapado en la conversacion, una palabra mal pronunciada, un término poco exacto, ó una expresion impropia ó poco usada.

El que manifiesta su ciencia inoportunamente no hace ver sinó su vanidad. Se debe amar la ciencia, y trabajar en adquirirla; pero no conviene nunca hacer ostentacion de ella. Este defecto tal vez no se debe temer al presente mucho, principalmente con referencia á la erudicion profunda. Al contrario se dá en otro extremo. Es una especie de mérito hoy en el dia el hacer poco caso de la erudicion, y es tambien un mérito que se contentan muchas gentes de tenerlo. Despues que algunos buenos ingenios se han complacido en ridiculizar á los sábios y la ciencia, á la cual tratan de pedantería, se teme á una calificacion tan injuriosa, y todos se guardan bien de tomarse el trabajo de adquirir erudicion, la cual daria lugar á los tiros punzantes de los bufones.

Pero á pesar de la crítica amarga de estos ignorantes censores, las gentes sensatas harán caso siempre del saber. Aquel que nada sabe, ¿puede ser estimado? Nacen todos los dias ocasiones en que el amor propio padece vivamente por su ignorancia; y uno está como avergonzado y deshonorado. La ciencia adorna el espíritu, estiende las luces, y suministra materia para la conversacion amena, y variada. Uno dijo muy bien, que el hombre sábio debe emplear la primera parte de su vida en conversar con los muertos, la segunda con los vivos, y la tercera consigo mismo. Cualquiera que omite el trato con los muertos, no será jamás agradable á los vivos.

Esto no es decir que convenga encerrarse uno en su gabinete y afanarse por adquirir una vasta y pro-

funda erudicion. Es necesario saber ; pero con preferencia á todo, saber vivir. Escoged un justo medio entre la absoluta ignorancia y la consumada y profunda sabiduría. Procurad mas bien adornar el entendimiento que cargarlo. Cultivad vuestra memoria sin abrumarla. Estended vuestros conocimientos ; pero no con demasia , y sin hacer jamás ostentacion de ellos. Contemporizad y manejad con destreza el amor propio de los demas, y si manifestais vuestra ciencia, que sea con modestia , y como á pesar vuestro. Huid del *pedantismo* de un erudito farraguista ; pero mas aún si cabe, de la futilidad y *romanticismo* de un erudito á la violeta.

Imitad mas bien la laudable modestia de Platon, que volviendo un dia de Sicilia á la Grecia, y habiéndose detenido en Olimpia, para ver los juegos que á la sazón se celebraban, permaneció por algunos dias alojado con unos extranjeros de distincion. Concluidos los juegos , y regresando todos juntos á Atenas, se los llevó á su casa ; y como manifestasen un gran deseo de ver y conocer á Platon , el famoso discípulo de Sócrates, hubo de decirles con agrado y sonrisa : *aquí le teneis*.

Escoged vuestros amigos.

Haceos amar , si es posible , de todo el mundo ; pero no tengais sino un cierto número de amigos, y escojedlos bien. El impio , el jurador y el libertino , amigos perniciosos. El jugador de profesion y el intrigante , amigos peligrosos. El hombre vano, aquel que quiere hacer fortuna á cualquiera precio que sea , amigo falso. El bufon malvado, aquel que quiere ostentar agudeza , y el que habla sin sustancia , amigos fastidiosos. El maldiciente y satirico, amigos temibles. El adulator y el que dá malos con-

sejos; amigos funestos. El de carácter fantástico y extravagante, aquel que se enfada fácilmente, y que se ofende sin motivo, amigos difíciles. El genio caprichoso, y el que os hace comprar demasiado caros sus servicios, amigos tiranos; cuyo ódio será menos insoportable que la amistad.

No conteis en el número de vuestros amigos á esos gastrónomos que juzgais tienen buen corazón por su grande apetito, y que profesan una verdadera amistad, porque tienen un vasto estómago. Tales comilones os harán las mayores protestas de amistad mientras estén en vuestra mesa, y os harán mil promesas, mientras se diviertan y coman á costa vuestra; pero cuando esto les falte no se acordarán de nada. Los festines y banquetes ordinariamente no sirven, sinó para dar de comer á ingratos y aduladores. Un gorrista de esta especie hablaba muy mal de una persona en cuya casa acababa de comer bien. « Esperad á lo menos, le dijo uno, que hayais hecho la digestion.»

La amistad, esta dulce union de los corazones, no puede ser verdadera y sólida sinó cuando tiene por fundamentos el honor y la virtud. Cuando es esta la que une los corazones, forma un lazo, que nada puede romper. Proponéos, pues, una máxima inviolable de no elegir por amigos sinó á los hombres de bien, porque no hay otros verdaderos amigos, y estos amigos preciosos no son sinó para los que se les semejan. Aficionaos al hombre recto y veraz, que no ama ni los disfraces ni los rodeos de la sagacidad, incompatibles con la sinceridad é ingenuidad que exige la amistad. Buscad un genio humilde y fácil que forma el mayor agrado de la intimidad; un carácter complaciente y simpático al vuestro, porque no hay sinó la uniformidad de carácter, que pueda hacer las uniones durables, pues la simpatia estre-

cha los corazones, y cierra los lazos de la amistad. Si aquel que quereis tomar por amigo une á estas cualidades un buen corazón, aún cuando tenga algunos pequeños defectos no vacileis, pues el trato no dejará de ser excelente para vos.

¡ De cuánto no sirve un buen amigo ! La fortuna puede elevarnos bastante para libertarnos de una infinidad de necesidades ; pero por mas poder que tenga , no hará que nos podamos pasar sin un fiel amigo. Cuánto mas felices seamos, tanto mas lo necesitaremos , aunque solo sea para darnos buenos consejos , para decirnos la verdad , y para advertirnos nuestros defectos. La fortuna , que es ciega , hace ciegos á sus favorecidos , y ¿ cómo nos corregirá nuestros vicios cuando comienza quitándonos las virtudes ? En un puesto elevado, en que todo se cree permitido , ¿ qué no nos permitiremos ? ¿ En qué faltas imperdonables , en qué vicios infames no caeremos , sinó tenemos un amigo fiel , que presentándonos el espejo de la verdad , nos la haga conocer , nos instruya, nos sostenga con sus consejos, y nos detenga en el borde del precipicio adonde vamos á arrojarnos ? Pero nunca se conoce mejor la necesidad de un tal amigo sinó cuando se ha perdido. Augusto lo conoció , y confesó. La fortuna que le habia colmado de sus favores , le añadió el mas precioso de todos ; el de dos buenos y fieles amigos. Cuando ya no los tuvo , entonces conoció todo su precio y la necesidad que tenia de ellos. Habiendo hecho una accion inconsiderada , no tardó en conocer la falta, y arrepentirse de su indiscrecion: « Esta desgracia, dijo, no me hubiera sucedido si Mecenas ó Agripa (B. 158) hubiesen vivido. »

Tened, pues, buenos amigos; buscadlos, con esquisita diligencia porque son un manantial de agrados y de buenos consejos; pero al principio sabedlos distinguir

y escoger. No seais ambicioso de tener un gran número. Aunque alguno ha dicho que una mujer, algunos hijos, menos criados y muchos amigos hacian la felicidad de una casa; no creais necesaria la multitud de amigos para la prosperidad de la vuestra. Aquel que llama á toda suerte de personas sus amigos, no los tiene. Contentaos con tener dos ó tres de un trato seguro, acomodado y agradable, de quienes podais sacar y gustar todas las dulzuras de la amistad. Limitáos tambien á uno solo sino encontrais mas que uno, en el cual podais confiar. Un buen amigo solo, vale mas que muchos equivocados. ¡Cuántos hay de estos, y qué raros son los verdaderos amigos! A un jóven, á quien su padre preguntaba de dónde venia, habiendo dicho que de ver á uno de sus amigos, — dijo el Padre: «Con que ¿tienes varios? ¡Ah! ¡tú eres infinitamente mas feliz que yo, pues en setenta años que há que estoy en el mundo, apenas he podido encontrar uno!» Estan dificil encontrar verdaderos amigos, quanto el hallar personas que amen nuestros intereses tanto ó mas que los suyos; que nos hagan conocer y corregir nuestros defectos, y que nos prevengan y socorran en nuestras necesidades: se habla continuamente de la amistad en las sociedades, en las compañías, entre los grandes y entre la plebe: se vé en todos los semblantes, en todos los lábios, y está en todas partes, excepto en los corazones.

Así son en efecto la mayor parte de los amigos, tales como los vemos hoy en dia, y se han visto en casi todos los tiempos. Unos amigos pasajeros, que no lo son sinó en la estacion risueña, y que desaparecen con los hermosos dias de la fortuna; semejantes á las golondrinas, que vienen en tropel con la primavera, y se marchan cuando se acerca el invierno. Unos amigos interesados, que buscan y cultivan vuestra amistad mientras que les es útil y necesaria, y que la

desprecian cuando no tienen mas necesidad de ella, ó no les puede producir ninguna utilidad; semejantes á aquellos animales domésticos, que van corriendo á recibir su comida, y se retiran luego que lo han tomado. Unos amigos fanfarrones, que os ofrecen mil servicios en todos los casos en que tendréis necesidad de ellos, y que no pueden ó no quieren hacer nada cuando ha llegado el tiempo; como aquellos árboles que se ven cargados de flor, y que no dan fruto. ¿Qué diré en fin? Unos amigos orgullosos, que se vanaglorian de vuestra amistad mientras le es decorosa, y que se avergüenzan de ella si llegais á decaer, ó la fortuna les hace superiores á vosotros; semejantes á aquellos caballos fieros y fogosos que se ensoberbecen bajo el peso del ginete, y huyen de él cuando cae.

Si os veis elevado por la fortuna, fiel al consejo del Sábio, conservad en vuestro corazón la memoria de vuestro amigo, y no le olvideis nunca en la obscuridad, aún cuando os viéreis colmado de riquezas. Sacrificad siempre voluntariamente el orgullo y el interés á la tierna amistad, y no os parezcáis jamás á esos falsos amigos de que acabamos de hablar. Sea el corazón únicamente el que os aficione á vuestros amigos, sin respeto ninguno á su buena ó mala fortuna. Por desgraciado que sea el suceso que les acontezca, acordaos que el declararse amigo de otro es comprometerse á serlo en todos los tiempos, en todas las circunstancias y situaciones de la vida. Tan superior á los reveses, como inaccesible á la envidia, la verdadera amistad participa igualmente de la desgracia como de la ventura del amigo; y en el infortunio de este, es cuando aquella se muestra con mas esplendor. La prosperidad dá amigos y la adversidad los pone á prueba. Aunque la fidelidad constante en las desgracias, sea bastante rara, se encuentran sin embargo algunos ejemplos de ella, y los fastos de la

amistad nos conservan algunos que pueden servir de modelo. Hé aquí, dos harto notables y sorprendentes.

El filósofo Calístenes (B. 159), habiendo seguido á Alejandro en sus conquistas, fué acusado de traición hácia este Príncipe, el cual le hizo mutilar, y le condenó á estar encerrado en una jaula de hierro á la retaguardia del ejército. Lisimaco (B. 160), uno de los capitanes de Alejandro y amigo fiel de Calístenes, no dejó sin embargo de ir á verle. Este filósofo, despues de haberle dado gracias por esta atención animosa, le rogó en nombre de los dioses, que fuese por la última vez. «Dejadme, le dijo, soportar yo solo mis desdichas, y no tengais la crueldad de unir á ellas las vuestras.—Yo os veré todos los dias, respondió Lisimaco: si el rey os viese abandonado de las gentes virtuosas, perderia todo remordimiento, y comenzaria á creeros culpable. ¡Oh! yo espero que no tendrá el placer de ver que el temor de caer en su desgracia, me há hecho abandonar un amigo infeliz.»

El segundo caso que tenemos que referir, no hace menos honor á la amistad. Freind (B. 161), primer médico de la reina de Inglaterra, se habia opuesto con fuerza en el parlamento al ministerio. Habiéndose malquistado por esta conducta con la córte, le suscitaron algunas desavenencias, y fué encerrado en la torre de Londres. Cerca de seis meses despues, cayó malo el ministro. Envió á buscar al célebre médico Mead (B. 162). Este, despues de haberse hecho cargo de la enfermedad, dijo al ministro, que él respondia de su curacion, pero que no le daria ni aun un vaso de agua, sinó salia de la torre su amigo Freind. Viendo el ministro algunos dias despues, que se aumentaba su enfermedad, hizo suplicar que se le concediese la libertad á Freind. Expedida la órden, el enfermo creyó que Mead iba á ordenar lo que convenia á su

estado; pero este médico persistió en su resolución, hasta que su amigo volviese á su casa. Ejecutado esto, Mead asistió al ministro, y le procuró en breve tiempo una curacion perfecta. La misma noche llevó á Freind cerca de mil guineas, que habia recibido por sus honorarios, asistiendo á los enfermos de su amigo mientras su detencion, y le obligó á recibir esta cantidad.

¡Oh, felices los que encuentran tales amigos! Vos mereceis tenerlos, si sois un amigo fiel y constante. Si habeis hecho una eleccion, que esta sea para toda la vida, y os hallareis mejor. *No dejes un amigo antiguo, pues el nuevo no será semejante á él* (1). No es decir que si se proporciona hacer una amistad nueva, se debe siempre refutarla, pues hay algunas que pueden ser útiles y agradables; pero no abandoneis por esto la amistad antigua y preferid tambien siempre los amigos antiguos á los nuevos (2). Cuanto mas

(1) Ne derelinquas amicum anticuum; novus enim non erit similis illi.— Eccles. c. 9. v. 14.

No dejes el amigo antiguo, porque no será como él el nuevo.— Sr. Amat.— T.

(2) Suscítase en este lugar una cuestion algo difícil, (dice Ciceron en su precioso diálogo de la amistad,) á saber: si se deben preferir en algun caso las amistades nuevas, siendo dignas, á las antiguas, como solemos anteponer los potros á los caballos viejos. Duda indigna de un hombre, porque no se debe dar lugar en las amistades al fastidio como en las demás cosas. Las mas antiguas son, como los vinos añejos, mas agradables; y es verdadero el dicho comun de que, para ser perfectos amigos es menester haber comido juntos muchos celemines de sal. No por esto quiero que se desechen las amistades nuevas, si dán esperanza, y manifiestan como las yerbas buenas el fruto que darán; pero se deben mantener en su lugar las antiguas, pues es mucha la fuerza de la antigüedad y el trato. Y en la misma semejanza del caballo, de que acabo de hacer mencion, ninguno habrá que no se sirva con mas gusto, no habiendo otro inconveniente, del que acostumbra, que de un potro no experimentado. Y no solamente en este que es un animal, sino aún en las cosas inanimadas tiene su fuerza la costumbre; pues entre los lugares montuosos y silvestres, nos agradan mas aquellos en que mas tiempo nos hemos divertido.— T.

envejece la pasión del amor, mas feble es: pero la amistad se vuelve mas fuerte envejeciendo; y es tambien mas dulce y agradable, como aquellos vinos añejos que lisonjean mas deliciosamente el gusto.

No mudeis pues. Un amigo nuevo no valdrá jamás para vos, lo que un amigo antiguo. Si la persona que amais mucho tiempo há, es menos perfecta ó menos decorosa, os es mas propia y mas acomodada á vuestro génio. No son la nobleza, el entendimiento ó la ciencia, las que forman las dulzuras de la amistad; es la conformidad del corazon, y la simpatía de las inclinaciones. Por otra parte, todo vestido nuevo incomoda algun tiempo, y todo nuevo conocimiento molesta: las reservas y las ceremonias son largas: es necesario estudiarse, y conocerse bien antes de entregarse con confianza; y son siempre unos grandes negocios para un hombre sábio y prudente los principios de una amistad. En una palabra, acordáos de lo que algunos han dicho, «que cualquiera que puede dejar de amar á un primer amigo, es indigno de tener un segundo.»

No rompáis fácilmente con vuestros amigos. No hay, ciertamente, uno de ellos, que no sea capaz de faltar; pero no hay faltas que no se deban mirar con disimulo. Es necesario, para que la amistad subsista, que los amigos se toleren y disimulen recíprocamente. Cuando uno ha concedido á otro su amistad, está obligado, no solo á compartir con él sus penas, sinó tambien á tolerar y aún á cubrir sus faltas.

Solo en el caso de que fuesen muy graves, ó absolutamente opuestas á las leyes de la amistad, es cuando sería permitido romperla. El hombre que echa en cara á su amigo alguna tacha en su familia, algun servicio que le haya hecho, ó que le manifieste desprecio ó altanería, merece perderlo.

Lo que sobre todo debe hacernos romper los lazos de la amistad es, si llegan á ser funestos ó peligrosos, en términos que ni la religion ni la conciencia permitan continuarlos. Se debe ser buen amigo; pero se debe serlo mas del honor y de la virtud. Puede suceder tambien que el amigo caiga en tales faltas ó se entregue á algunos vicios, cuya infamia refluya sobre sus amigos. En tal caso es prudencia y sabiduria romper, ó por mejor decir, dejar morir poco á poco la amistad, aunque sin romper de repente y con publicidad; pues como decia Caton, « vale mas descoser que rasgar (1). » Se debe respetar mucho la amistad antigua; y aunque es permitido á un hombre bien, que se haya engañado en la eleccion de sus amigos, el abandonarlos, esto debe ser siempre de modo que estos reconozcan en cualquiera ocasion haber sido amigos de un hombre honrado.

No condeneis á vuestros amigos sin oirlos antes, ó sin estar bien asegurado de que son culpables. Cuando se trata de desavenirnos, ó negar nuestra amistad á una persona á quien por algun tiempo la hemos dispensado, debemos proceder con gran prudencia, y nunca será excesiva nuestra precaucion. Es necesario no ser ligero en oír, ni demasiado pronto en creer. ¡Cuántas veces una relacion falsa, ó un puro chisme, han sido motivo de enemistad y aun de ódio entre personas que se habian profesado una amistad sincera y verdadera!

Proceded en la eleccion de amigos, como en la de Esposa. Mucha circunspeccion, mucho tino y prudencia, antes de contraer los lazos de la amis-

(1) Amicitia non tantum discindenda, quam disuenda.

En las amistades, dice Ciceron en sus *Orictos*, que ó nos desagradan ó no nos tienen cuenta, juzgan los sábios que es mas decente ir las descosiendo, por decirlo así, poco á poco, que romperlas de una vez.— T.

tad ó del matrimonio. Mucha dulzura, mucho miramiento, y una gran confianza despues de contraido aquel vinculo. Por falta de estas prendas y condiciones, son tan raras las buenas amistades como los matrimonios felices. Tened los ojos de un Argos (1), para conocer y penetrar los defectos de la persona con quien querais estrechar una intima amistad, pero despues de contraida esta union, volveos ciego, y sinó podeis dejar de notar los defectos de vuestro amigo, advertidse los con bondad y sabed soportarlos. No se puede ir lejos en la amistad si los amigos no están dispuestos á sufrirse y tolerarse reciprocamente. Al contraer este vinculo, es necesario no olvidar los defectos inherentes á la humanidad, que debe escusar siempre el amigo mas virtuoso.

Si quereis conservar vuestros amigos, obrareis sábiamente, siendo cortés siempre con ellos, pues la familiaridad que permite la cortesía, y la libertad permitida entre amigos, siempre debe ir acompañada de varios respetos y miramientos, particularmente en presencia de otros. Se han visto deshechas muchas amistades, ó á lo menos considerablemente alteradas, porque, á pretexto de obrar con libertad y sin ceremonias, han llegado insensiblemente los amigos, á tratarse sin atención ni cortesía.

Se adquiere el mérito cuando se frecuenta el trato de los que lo tienen. Si quereis llegar á ser virtuoso y hombre de mérito, aficionáos á los que lo son; no los dejeis; conversad con ellos lo mas frecuente que

(1) Apellidado *Panoptés*, es decir que lo vé todo; tenia, segun la fábula cien ojos, de los cuales cincuenta estaban abiertos, mientras el sueño tenia cerrados los otros cincuenta. Juno le confió la vigilancia de Io, á quien acababa de transformar en vaca; pero Mercurio supo dormirlo enteramente al son de su flauta, y le cortó la cabeza. — T.

os sea posible , y fijad continuamente en ellos vuestras miradas. A la vista de las obras maestras de Rafael, y de Miguel Angel (B. 163), los jóvenes pintores se inflaman y redoblan sus esfuerzos : del mismo modo un jóven contemplando los modelos que una sociedad escojida ofrecerá sin cesar á sus ojos , sentirá su corazon encenderse de una dulce emulacion, y abrasarse del deseo de imitarlos.

El Célebre de Vic (B. 164), vice-almirante y amigo de Enrique IV, luego que llegaba á una Ciudad , se informaba siempre de quienes eran los hombres mas recomendables por su virtud , é iba corriendo al instante á visitarlos. De cualquiera condicion que fuesen los convidaba á comer ó cenar á su mesa.

Se adquieren las costumbres con las personas que las tienen ; se toman los modales corteses y graciosos con las gentes amables y bien educadas , y se estienden los conocimientos con los hombres eruditos y sábios. Francisco I, que fué en Francia el padre y el restaurador de las letras, puede servir de ejemplo en este último extremo. Él sabia mucho sin haber casi estudiado nada ; pero mientras comia , al levantarse, al acostarse , y en todo el tiempo que no se ocupaba en sus negocios ó en la caza , conversaba con hombres verdaderamente sábios , que le instruian.

Haced por estrechar vuestras relaciones , con las personas corteses é instruidas , de un entendimiento justo y de un gusto seguro. Introducidos , y estimad el ir á aquellas casas respetables, en donde todo lo que se vé, todo lo que se oye, solo respira buenas costumbres, decencia y cortesía ; pero acordáos que para ser admitido en ellas es necesario tener conducta y sabiduria, una conversacion reservada y modesta que previene un espíritu humilde y adornado, que sirve de recomendacion. Ved á las gentes honradas, estimad-

las, y trabajad para haceros estimar. Ligaos estrechamente con ellos, pues el provecho es seguro, y estos nudos duran siempre. En breve sentireis las felices y fecundas influencias que derramarán sobre vos. Su trato pulirá vuestros modales, aumentará vuestros conocimientos, y formará vuestro gusto. Todo lo que no sea ni grande, ni bueno, ni delicado, ni cortés, ni honesto, ni virtuoso, os parecerá insípido, despreciable y odioso. ¡Qué diferencia entre el comercio de estos hombres escogidos, con los cuales durante la mas larga vida se encuentra siempre en qué aprovechar, y el de los libertinos, los groseros, gentes sin costumbres, sin religion, y sin cortesia, con quienes siempre hay que perder! La sociedad de los primeros perfecciona y dá honor, y la de los otros corrompe y deshonra. *El que frecuenta los sábios, dice Salomón, llegará él mismo á serlo; y el amigo de los insensatos llegará á ser semejante á ellos* (1).

Feliz aquel que, libre de ambicion, y no teniendo necesidad de proteccion ni de gracias, puede decir como el poeta :

No quiero ser de los grandes

Un fastoso esclavo necio,

Ni fatigarlos de mi,

Ni fatigarme yo de ellos.

RACINE *el hijo.* (B. 465).

Si teneis precision de verlos no lo hagais, ni muy raras veces ni con sobrada frecuencia. Trata á los grandes como al fuego, decia Diógenes « ni estés muy cerca de él, ni demasiado lejos. »

(1) Qui cum sapientibus graditur, sapiens erit: amicus stultorum similis efficietur.—Prov. c. 13. y. 20.

Quien anda con sábios, sábio será, el amigo de los necios se asemejará á ellos.—Sr. Amat.—T.

Elogiaban mucho la fortuna de Calistenes, porque comia á la mesa de Alejandro. Diógenes respondió: «cabalmente en eso es en lo que yo le juzgo infeliz, porque se vé obligado comer á las horas y al gusto de otro.»

MAXIMA NOVENA.

Procurad nunca hablar mal

De las personas ausentes;

Y burlaos con prudencia

De las personas presentes.

Decir mal de los ausentes es una vileza: el que murmura de los que no pueden defenderse, parece al que con las armas en la mano, acomete á un hombre inerte. Pero la maledicencia, no es solamente una cobardía, sino también una indignidad, y una bajeza. Si se añade á ella la calumnia, es un negro delito, y desde la maledicencia á la calumnia, no hay sino un paso. El que se permite la una, añadirá á ella en breve la otra, aún sin querer. Se aumenta y se muda casi sin percibirlo. Un hecho referido por diez bocas maldicientes, no es ya el mismo. Todo maldiciente, es pues, casi siempre un calumniador, un bribon y un mal hombre.

El que quita el honor, ó contribuye á hacerlo perder, es un homicida tanto mas criminal; cuanto quita injustamente á un hombre de bien lo que ama mas que la vida. El emperador Caracalla (B. 166), que habia hecho morir á los médicos, que no habian abreviado la vida de su padre, habiendo muerto á su hermano Geta (B. 167), entre los brazos de su madre con falsos pretextos, quiso obligar á Papiniano (B. 168), el mas célebre jurisconsulto de

su tiempo, á componer un discurso para escusar este homicidio delante del Senado ó delante del pueblo. Pero este hombre grande, le respondió: «Principe, es mas fácil cometer un parricidio, que escusarlo; y es un segundo parricidio acusar á un inocente despues de haberle quitado la vida (1). El Emperador irritado de esta respuesta le hizo cortar la cabeza.

Es una gran desgracia para los hombres de bien, aún los mas irrepreensibles, el estar expuestos á los tiros envenenados de la calumnia. Si llega á derramar su hiel y su veneno, no hay nada que no manche. Si no puede destruir enteramente la buena reputacion, al menos la debilita y empaña su brillo y esplendor; pues es como el fuego que ahuma, lo que no puede abrasar.

Los daños que causa la lengua, ó son irreparables de suyo, ó casi nunca se reparan. Una palabra picante ó sarcástica es muy ejecutiva; pero la herida que causa suele ser mortal. Nunca se obrará con demasiada circunspeccion, en materias tan delicadas, como las que conciernen á la reputacion y al honor. Las personas que lo tienen, temen hacerlo perder, aún á aquellas que son menos dignas de él, como se vé por el caso que vamos á referir. Alfonso Rey de Aragon, fué un dia á casa de un joyero con muchos de sus cortesanos; apenas salió de la tienda, cuando el artifice fué corriendo á quejarse al rey de que le habian quitado un diamante de gran precio. El rey, volvió á entrar en la tienda con todo su séquito, é hizo que presentasen una vasija llena de salvado. Mandó en seguida que cada uno de sus cortesanos, metiese en ella

(1) Parricidium non tam facile excusari potest, quam fieri, essetque duplex parricidium innocentem condemnatum accusare.—T.

la mano cerrada y la sacase abierta. Él comenzó el primero. Ejecutada esta ceremonia, hizo volcar la vasija sobre una mesa y se halló el diamante. El cuidado que tuvo este principe de salvar el honor de aquel que habia cometido el robo, y el medio ingenioso que al efecto empleó, hacen el elogio de su talento y de su grandeza de alma.

El ejemplo de este principe, tan atento á no quitar el honor y la reputacion, debe confundir á muchas personas que son bien poco escrupulosas sobre este punto. Se las vé con un aire satisfecho destrozando la reputacion de los otros, complacerse hasta en citar nombres y personas, ó designarlas de manera, que no se pueda dudar quienes sean; hacer burla de los ausentes poniéndolos en ridiculo, ponderar sus faltas y publicar por todas partes los secretos verdaderos ó falsos de las familias, de manera que nadie puede librarse de sus viperinas lenguas. Se acusa sobre todo á las mujeres de que tienen este defecto, y de que casi todas ellas son maldicientes. Esto sin embargo, no es por horror al vicio, pues las que mas murmuran no son las menos viciosas, y sinó tuviesen defectos, no tendrian tanto gusto de notarlos en los otros. Su natural ligereza les impide reflexionar bien sus palabras, de suerte que murmuran casi sin apercibirse de su murmuracion. La ociosidad y el afan de hablar, las inclina á hacer de la maledicencia materia de conversacion, y así es que muchas, sin apelar á aquel recurso permanecerian mudas ó nada tendrian que decir.

Hay tambien algunos que no hablan tan voluntariamente de los defectos ajenos, sinó para hacer creer que ellos no los tienen, ó que los suyos no son tan grandes. Pero de ordinario, es en estos casos, el amor propio quien se engaña á sí mismo, porque

no dejan de vengar sobre sus defectos los que han censurado en los otros. No convidemos, pues, á la malignidad á buscar en nosotros con que humillarnos y confundirnos. Es difícil el no darle margen descubriendo algun flanco; y no hay caso alguno en que no sea útil y provechoso renunciar al bien que digan de nosotros, á condicion de no decir mal de nadie.

Fué, pues, una gran fanfarronada ó un efugio del amor propio, siempre ingenioso en engañarse, la respuesta que dió en cierta ocasion el célebre Boileau Despreaux. Representábanle que si se dedicaba á escribir satiras se granjearia enemigos que fijos siempre los ojos sobre él, trabajarían en desacreditarle. «Y bien respondió, yo seré siempre hombre de bien y no los temeré». ¿Pero ignoraba, acaso, que es muy difícil conservar siempre la hombría de bien, y tener por oficio escribir sátiras? ¿Por ventura, el mejor poeta satirico no falta esencialmente á la probidad, cuando exajera las cosas y sin consideracion ni respeto, sacrifica sus contemporaneos á la risa de su siglo y de la posteridad, como se dice con bastante fundamento haberlo hecho Boileau Despreaux? En efecto, este poeta, que se inmortalizó con su *Facistól*, su *Arte poética* y sus *Epístolas*, gozaría hoy una gloria mas pura, sinó hubiese compuesto sátiras.

Esto no es decir que no sea algunas veces permitido, y que no sea tambien útil el criticar los malos autores, y tomar por obra la defensa del buen gusto contra sus enemigos, como se puede quitar la máscara del error, de la hipocresía perniciosa, y hacer conocer las gentes peligrosas á fin de que no dañen á nadie. Pero es que un satirico no se detiene casi nunca en los justos limites. La sátira, al pronto moderada y legítima, llega á ser en breve excesiva, picante, personal y parcial. Con pretexto de vengar el

buen gusto, se vengan á sí mismos, satisfacen su resentimiento y su rencor. Para divertir al lector, utilizan los tiros de la sátira, muerden y despedazan sin consideracion. No excusan mas cuando una vez se ven aplaudidos de sus primeros ensayos; y desgraciadamente la sátira ingeniosa lo es casi siempre. Ella agrada á nuestra malignidad, que ama sobre todo ver ridiculizar, porque no hay otro abatimiento mayor, ni que sea con menos desquite, pues se tiene vergüenza de estimar en adelante á aquellos de quienes se ha mofado. Por esto la reputacion de Quinault (B. 169) tiene aún hoy dia tanta dificultad de restablecerse, y la de Cotin (B. 170) no se ha podido relevar. Sin embargo, léase *la historia de la Academia francesa* y se verá, que los Cassagne y los Cotin, cuyos nombres llenan tan frecuentemente los mordaces hemistiquios de esa cruel y muy ingeniosa sátira, merecen por muchos respetos la estimacion pública que les há hecho perder.

Cassagne (B. 171) era muy buen poeta y predicador estimado. La oda que compuso en alabanza de la Academia francesa, hizo que le recibiesen en ella á la edad de veinte y siete años y el poema que publicó el año siguiente, en que introdujo á Enrique IV, dando instrucciones á Luis XIV, le adquirió la estimacion de Mr. Colbert. Estaba á punto de predicar en la córte, cuando Boileau, habiendo puesto su nombre con el de Cotin en su tercera sátira, con este tiro picante le hizo renunciar al púlpito, y le interrumpió en medio de su carrera. Despues de haber hecho los últimos esfuerzos para volver á ganar la estimacion del público con sus obras, sucumbió bajo el peso del estudio y de la melancolia. Sus padres, advertidos de que su cabeza se desarreglaría, se vieron obligados á llevarlo al hospital de S. Lázaro, en donde murió de cuarenta y seis años. ¡Triste efecto de la sátira, y

que debia hacer bien amargo para el mismo autor, el placer que por otra parte podia causarle! (1)

En cuanto al abate Cotin, tal vez hubiera tenido la tranquila suerte de tantos otros que no valian mas que él; pero tuvo la desgracia de indisponerse con Moliere (B. 172), y Boileau, Estos dos escritores igualmente mordaces, atacaron al desgraciado Cotin, de la manera que todo el mundo sabe, y este infeliz agobiado de los tiros picantes del satirico y de la escena de *Trissontin* (2), hubo de sucumbir para siempre.

Boileau, tenia mas razon de lo que él mismo pensaba, cuando dijo en el principio de una de sus sátiras:

*Musa mudemos de estilo,
Y la sátira dejemos,
Pues siempre es el decir mal
Un oficio muy perverso.*

Si sois celoso de vuestra propia felicidad y de la estimacion de los hombres, no digais mal de nadie. Hay algunos que creen agradar y lucir con esto; pero son detestados y despreciados. Y ¿quién lo merece mejor? Porque si la envidia ó el odio es el que hace hablar al maldiciente, como sucede casi siempre, ¡qué bajeza! Si obra á sangre fria y sin interés contra las personas de quienes no ha recibido mal alguno, con todo el impetu y cruel venganza con que pudiera hacerlo contra unos enemigos declarados, ¡qué negro

(1) Y á vista de este suceso, dice el autor del *Diccionario Histórico biográfico universal*, ¿podrá sostenerse, que las sátiras de Boileau, y las parecidas de que se trata, son compatibles con el espíritu del Evangelio, con el de la caridad cristiana, ni aún con los derechos de la Sociedad humana? — T.

(2) Con este nombre le ridiculizó Moliere en su comedia de *las mujeres sábias*. — T.

carácter! Por cualquiera parte que se mire el maldiciente, no se puede dejar de despreciar y aborrecer.

No basta el no maldecir, es preciso tambien cerrar de todo punto los oidos, á la maledicencia. El que la escucha es casi tan culpable como el que la dice y se hace cómplice en ella; y así nos recomienda el Sábio que no prestemos oidos á las lenguas maldicientes. *Haz, dice, como un cercado de espinas á la entrada de tus oidos, y no escuches la lengua malvada* (1). El mas seguro medio para hacerla callar, es el no escucharla. *El viento aquilón disipa la lluvia, y el semblante, triste hace callar á la lengua maldiciente* (2).

Los que tienen autoridad, están obligados á cerrar la boca al maldiciente. «No permitas, decia S. Luis á su hijo, que nadie tenga la osadia de pronunciar delante de ti ninguna palabra que pueda conducir á cualquiera que sea al pecado, ni insultar con la maledicencia, la reputacion de los otros, ya estén presentes ó ausentes.» Luis XIV, que tenia todas las cualidades de un gran rey, no solamente se habia prohibido la maledicencia, siempre indecente en la boca de un Principe, sino que tambien la desarmaba cuando se atrevia á comparecer delante de él. Queriendo un petimetre ridiculizar la incapacidad de un Caballero jóven, dijo á éste principe: que se podría hacer un grueso libro de lo que este Caballero no sabia: tomando el

(1) Sepi aures tuas spinis, linguam nequam noli audire, et ori tuo facito ostia et seras.

Haz de espinas una cerca á tus orejas, y no des oidos á la mala lengua, y pon puerta y candado á tu boca. — Eccles. c. 2. v. 28. Sr. Amat. — T.

(2) Ventus aquilo dissipat pluvias, et facies tristis linguam detrahentem.

El viento Norte disipa las lluvias: y un semblante severo reprime la lengua murmuradora. — Prov. c. 26. v. 23. — Sr. Amat. — T.

rey entónces un aire severo, contestó al bufon. «Y se haría uno muy pequeño de lo que tú sabes.»

Si habeis oido alguna palabra contra la reputacion del prójimo, guardáos de repetirla; y como dice el Espiritu Santo, hacedla morir en vos mismo (1). El mal que sabemos de otros debe sumergirse en nosotros cuando no hay una urgente necesidad de volverlo á decir. Cuando contaban á la virtuosa reina de Francia, esposa de Luis XV, cualquiera cosa que ofendia al honor del prójimo, al pronto rehusaba el creerla. Hecha la cosa pública, excusaba ó compadecia á la persona y no hablaba mas de ello.

No se debe respetar menos la memoria de los muertos que la reputacion de los vivos. Hablaban un dia en presencia de Milord Bolingbroke (B. 175), de la avaricia de que habia sido acusado el duque de Marlborough, y citaban casos refiriéndose al testimonio de milord, que habia sido su enemigo declarado: « Este era un hombre tan grande, dijo Bolingbroke, que yo hè olvidado enteramente sus vicios.»

Y burlaos con prudencia

De las personas presentes.

Es tan raro y difícil el reir de los otros sin ofenderlos, que valdria mas abstenerse absolutamente de hacerlo. El amor propio es tan delicado, que es casi imposible el tocarlo sin herirlo, á menos que no se haga con sutileza y prudencia. Es necesario que la burla vaya mezclada con tantos respetos y estimacion, que la persona que es el objeto de ella, quede menos ofendida que lisonjeada.

(1) Audisti verbum adversus próximum tuum? commoriatur in te, fidens quoniam non te disrumpet. —Eccles. c. 19. v. 10.

¿Oiste alguna palabra contra tu prójimo? Sepúltala en tu pecho, seguro de que no reventarás por retenerla. —Sr. Amat.— T.

Y Se debe tambien examinar con quien se burla. Los groseros, los ignorantes y los necios, siempre están prontos á enfadarse, y á creer que se mofan de ellos ó que los desprecian. «No conviene jamás, dice la Bruyere, arriesgar la chanza, aún la mas humilde y permitida, sinó con gentes corteses, ó que tienen entendimiento.»

En general debe usarse rara vez de la burla. Verdad es, que cuando es fina, chistosa y delicada, es la sal de la conversacion, la cual se vuelve insipida y molesta si todo es sério en ella. Con todo, es necesario mucha prudencia para mantenerse en un medio, y no caer en extremos: es necesario mucho juicio para no hablar fuera de propósito, y atender mucho á lo que se habla, para no decir cosa que pueda ofender.

No os metais, pues, á decidior y burlador de los otros sinó poseeis el arte difícil de hacer reir, discretamente y con gracia, obrando siempre con mucha circunspeccion. Observad cuidadosamente el humor, el tiempo, el lugar y las ocasiones, pues lo que hoy es bien recibido, acaso no lo será mañana. Sazonad, por decirlo así, la burla, y mezcladla finamente con la alabanza. Poniendo de nuestra parte el amor propio de los otros, podemos estar seguros de no disgustarles; pero esto es cabalmente lo que no se hace, y las chanzas mas suaves, mas moderadas y mas inocentes, degeneran casi siempre. Entre los tiros que despide un carácter jocoso, se lanza tal vez alguno tan punzante, que penetra hasta el corazon, sucediendo con algunos juegos del entendimiento lo que con los juegos de manos.

El hombre inclinado ó propenso á chancearse con todos, no merecerá por mucho tiempo su estimacion, y si á la burla añade el escarnio, como sucede ordinariamente, pronto se hará despreciable y odioso.

El peor de todos los caracteres, es el de mofador, pues se granjea muchos enemigos y ningun amigo, y frecuentemente convierte los amigos en enemigos irreconciliables.

Y es que el hombre perdona fácilmente, y quizá se reconcilia con el que le hace alguna injusticia; pero el escarnio, es de todas las injurias la que menos se olvida, porque es el language mas cierto del desprecio. Ocasiona al amor propio el golpe mas sensible, porque nos quita la buena opinion que tenemos de nosotros mismos, y quiere hacernos ridiculos á los ojos de los otros y á los nuestros propios. Es una verdadera injuria disfrazada, y lo que la hace aún mas ofensiva, es que al mismo tiempo que nos abate, parece eleva sobre nosotros al que nos burla, y en cierto modo lo hace nuestro superior y amo.

La burla es siempre mal recibida de aquel á quien se dirige, y no hace honor al que la usa. Con los inferiores y de cortos alcances es una afrenta; con un grande ó un superior es un riesgo; y con los iguales, la volverán con usura, y cubrirán frecuentemente al burlador de confusion. Porque luego que aquel contra quien se arroja el tiro, sabe rechazarlo diestramente sobre el que lo ha despedido, lo expone á la risa, y él mismo lo abruma con la ridiculez de que queria cubrir á otro.

No conviene burlarse ni aún de los amigos, si se quiere conservarlos. Racine gustaba de burlas, y en ellas era amargo y picante. No perdonaba ni aún á sus mejores amigos, cuando á estos se les escapaba alguna cosa que él pudiese zaherir. Molestado un dia Despreaux, de sus pesadas burlas, le dijo, despues de una larga disputa: «¿Teneis deseo de enfadarme? — Dios me guarde de semejante cosa respondió su amigo. — Pues bien, repli-

có Despreaux , teneis razon porque me habeis enfadado.» En otra ocasion , habiendo propuesto Despreaux , á la Academia , una cosa que no era justa , Racine no se limitó á usar de una simple chanza , propia muchas veces del calor de la disputa , sinó que se propasó tanto , que Despreaux se vió obligado á decirle : « Yo convengo en que no tengo razon ; pero prefiero no tenerla , á tenerla como vos.»

Hay personas que no saben hablar sin hacer burla , ni chancearse sin ofender. Sus palabras áeres y mordaces , sus burlas siempre mezcladas con hiel y ajenjo , las hacen odiosas ; pues si todos gustan de un dicho agudo , satirico y picante , casi siempre detestan á los burlones y satiricos.

Hay pequeños defectos que se abandonan fácilmente á la censura , y que con facilidad perdonamos cuando se usan con nosotros , y estos son precisamente los únicos de que podemos usar con los demás. Tambien se necesita mucho talento y finura para chancearse con otro , y mucha superioridad sobre él , para que no tenga derecho á ofenderse ni á creer que se le falta al respeto debido.

Se puede reir de un hombre vano y orgulloso , el cual se propasa , por decirlo asi , de la burla ; pero es vergüenza el mofarse de un mentecato , asi como es puerilidad y necedad el burlarse de las deformidades del cuerpo. El que insulta á la naturaleza , merece que le hagan una repension mayor y mas sensible , que es la de que no tiene entendimiento , ni sabe vivir. Un caballero de *Sancti-Spiritus* , cuyo ingenio pasaba por muy corto , veia brillar un grueso diamante en el dedo de una dama , que sin ser hermosa , tenia la mano bastante flaca y descarnada , y dijo riendo á uno de los que estaban á su lado : « mas quisiera el anillo que la ma-

no. —Y yo, replicó la dama que lo entendió, quisiera mas el cabestro que la bestia.»

El verdadero uso de la burla, cuando se puede emplear, no debe servir sinó para mostrar la ridiculez de un vicio ó de un defecto que se puede corregir. ¿Qué placer no causa sin embargo una persona, cuyo cuerpo tiene alguna deformidad é imperfeccion? ¡Qué materia de burla! ¡Qué campo para hacer brillar el talento, ó por mejor decir, para hacer ver que se carece de él! Un necio se burlaba de un hombre de claro entendimiento, porque tenia las orejas grandes. « Es cierto, le respondió la persona á quien burlaba, que yo tengo las orejas demasiado grandes para hombre; pero convenid tambien, en que vos las teneis muy pequeñas para asno.»

MAXIMA DECIMA.

Consultad sin violencia,
Y los pleitos evitad;
Donde reine la discordia
Procurad llevar la paz.

Esta máxima encierra uno de los consejos mas prudentes que puede dar la sabiduria, y siguiéndola, se evitará el cometer muchas necesidades. *Los que hacen todo con consejo*, dice el mas sábio de los reyes, *son conducidos por la sabiduria* (1).

(1) Inter superbos semper jurgia sunt: qui autem agunt omnia cum consilio, reguntur sapientia. — Prov. c. 13. v. 10.

Entre los soberbios hay continuas reyertas; mas los que obran siempre con consejo, se gobiernan prudentemente. — Sr. Amat.—T.

En cualquiera edad, estado y oficio, se puede sacar un gran fruto del consejo de los otros. Por mas hàbil é instruido que uno sea, es frecuentemente para sus propios negocios como un médico enfermo, que tiene necesidad de consultar á los otros. Se vén gentes muy hábiles tomar consejos de personas de un entendimiento inferior, pero capaces de reflexiones juiciosas, que pueden ocultarse á los mas ilustrados. El menos hàbil puede algunas veces instruir al que lo es mas. El hombre de talento, sea quien sea el que habla, escucha lo que se dice, y se aprovecha de ello. Sabe sacar de cada uno alguna chispa ó rayo de luz, y de estos pequeños reflejos, sabe hacer nacer tanta claridad como necesita para conducirse bien en sus empresas.

*Escuchad á todo el mundo
Siendo asiduo consultante;
Pues suele tal vez un necio
Dar un consejo importante.*

DESPREAUX.

Cuando pidais consejo, hacedlo sinceramente, porque muchas gentes no consultan sinó para tener aprobadores. No piden un consejo, sinó cuando se prometen tenerlo tal como desean. Por lo que toca á vos, estad sinceramente dispuesto á recibir bien los consejos que os dén, por mas contrarios que sean á vuestras miras, por poco lisonjeros, y aún por mas duros que los encontreis. Dejad una entera libertad para que os digan lo que piensan, pues de otro modo es inútil consultar. Apeles (B. 174) que fué el mejor pintor de la antigüedad, exponia sus pinturas al público despues de haberlas acabado, y se ocultaba detras, á fin decia él, de oír la

censura sincera que hiciesen de ellas, y conocer mejor sus defectos.

*Uno que tal vez os burla ,
Os parece que os aplaude :
Estimad que os aconsejen ,
Pero nunca que os alaben.*

DESPREAUX.

No son solamente los autores los que deben pedir voluntariamente consejos, y recibirlos con docilidad; sinó tambien, como ya hemos dicho, todos los que quieren conducirse sábiamente. Pero muchas gentes tienen á mala vergüenza el someterse á los consejos de otros, y por un honor el no gobernarse sinó por si mismos. « Un principe decia: que queria mas hacer una necesidad por su propio parecer, que una bella accion por consejo de otro. » Hablando asi no tanto hacia su retrato, como el de muchos otros, y sobre todo de los jóvenes, que no gustan ni de pedir consejo ni de recibirlo, porque creen siempre pensar mejor que los mas sábios é ilustrados. Pero cuando uno es jóven, comete muchas faltas por no tomar consejo mas que de sí solo, *Hijo mio*, dice el Sábio, *no hagas nada sin consejo, y no te arrepentirás de lo que hayas hecho* (1).

Complaceos en pedir consejo, y llevad por máxima el no hacer jamás nada de consecuencia sin haber consultado. Cuanto mayores son los intereses, y el éxito importante, mas necesario es el consejo, pues éste siendo sábio, impide frecuentemente cometer

(1) Fili, sine consilio nihil facias; et post factum non poenitebis. — Eccles. c. 32. v. 24.

Tù, hijo mio, no hagas cosa alguna sin consejo, y no tendrás que arrepentirte despues de hecha. — Sr. Amat. — T.

grandes errores. Mientras que la pasión tiene fijos nuestros ojos en el objeto á que aspiramos, no vemos lo que nos cerca ni lo que nos sigue, y un amigo fiel é ilustrado nos lo hace ver. Enrique IV, no siendo aún sinó rey de Navarra, queria casarse con la condesa de Guisa, á quien amaba. Preguntó á d'Aubigné su parecer sobre este matrimonio, y contra la sábia máxima de no hacer conocer jamás, á quien se consulta á qué parte se inclina, le manifestó el gran deseo que tenia de tomar este partido. Le alegó el ejemplo de varios principes que habian encontrado su felicidad casándose con unas mujeres que amaban, aunque fuesen inferiores á ellos por su condicion. Este príncipe decia bastante para determinar á d'Aubigné á que le diese un consejo conforme á su inclinacion. Pero incapaz de adularle ni de hacer traicion á su deber, d'Aubigné (B. 175) le respondió con noble atrevimiento, y le declaró, que faltaria á sus mas esenciales deberes si llegase á cometer semejante acto de debilidad.

Enrique no se ofendió de la libertad con que d'Aubigné le habia hablado. Al contrario le dió gracias por su generoso consejo, y lo que todavia es mas grande, lo siguió puntualmente. ¡Qué tesoro para un Rey, es tener un consejero de semejante caracter (1)! Este es el mismo d'Aubigné que se negó á escribir la historia de Enrique III, á lo cual queria obligarle este príncipe, diciéndole: «Soy Señor un criado demasiado afecto á V. M. para escribir vuestra historia.»

Solamente el insensato se fia de sí mismo. Quanto menos talento tiene el hombre; es de ordinario

(1) Preguntado Alejandro, dónde tenia sus tesoros contestó: *en los amigos*; y habiendo visitado el sepulcro de Aquiles: «¡cuán feliz eres, Aquiles, exclamó, por haber encontrado en vida á un amigo fiel como Pátroclo y en Homero un cantor de tus hazañas despues de muerto!»—T.

mas orgulloso, y está mas pegado de sí, pues se persuade que sabe mas que los otros. Creería humillarse, y hacer la confesion de su inferioridad, si consintiese en seguir los consejos que otro le diese.

Este defecto parece poca cosa en un principio; y sin embargo sus efectos son terribles. De aqui nacen la presuncion, la buena opinion de si mismo; y el apego obstinado á su propio dictámen: vicios que anuncian la cortedad de entendimiento, la fatuidad y la necesidad. De aqui los falsos juicios, las medidas mal tomadas, y las acciones inconsideradas, las cuales son seguidas de la venganza y de la ridiculez. Los sugetos mas depravados no han llegado á ser tales, sinó por haber rehusado el escuchar y seguir los consejos de personas que los encaminaban á lo bueno. Mientras que Nerón siguió los sábios consejos de Burro y de Séneca, en todo el imperio resonaban sus alabanzas. Pero luego que la adulacion le corrompió, llegó á ser la execracion del universo.

Escuchar con gusto los consejos y las amonestaciones de las personas propectas, es indicio de un buen entendimiento que aspira á la perfeccion. Hacéos, pues, siempre un honor y un deber de tomar y seguir los buenos consejos de los que tienen mas sabiduría y experiencia que vosotros. La experiencia que se adquiere á fuerza de caer en muchas faltas, es un maestro que cuesta demasiado caro. No imiteis á aquellos jóvenes, que no llegan á ser sábios, sinó despues de haber agotado un caudal de locuras, que en todo lo que tienen que ejecutar no consultan jamás sinó á sí mismos, ó á otros jóvenes tan inespertos como ellos.

Desconfiad de vos mismo, y de vuestro propio juicio; pero no os fieis tampoco ni de toda clase de personas ni de todo género de consejos. Todos aquellos á quienes se consulta se jactan por lo regular de sus consejos; pero no todos los que se dan son

igualmente buenos. Discernirlos y conocerlos bien, es la obra maestra de la prudencia, y tal vez no es menor habilidad, el saber discernir un buen consejo, que el aconsejarse á sí mismo.

El hombre sábio no se avergüenza de consultar á los demás; pero no sigue ciegamente ni se hace esclavo de sus opiniones: las pesa, las aprecia, y se determina despues de reflexionarlas mucho en su interior. No os creais siempre obligado á seguir los consejos que os dén. Escuchadlos como amigo, exanadlos como juez, y ejecutadlos como dueño: desechad los malos, aprovechad los buenos, y entre estos últimos, preferid siempre los mejores. Si el que os ha dado un consejo, se enfada porque no le habeis seguido, vale más que un hombre se ofenda injustamente, que dar á muchos justos motivos de queja. Hay jentes á quienes es muy desagradable el haber consultado, pues cuando no se siguen sus dictámenes se dan por ofendidos, y prorrumpen mil improprios. Esto os debe tener en guardia y haceros estar atento á conocer bien las personas antes de abrirles vuestro corazon.

La primera cualidad que deben tener aquellos cuyo consejo se busca, es la de ser hombres instruidos y tener conocimientos en la materia sobre que versa la consulta. Cuando uno está entre tinieblas la luz es lo primero que necesita para salir de ellas. Dirigios á personas sábias, prudentes, hábiles en la materia, y consultad con preferencia á los ancianos; pues á estos pertenece el consejo, así como la ejecucion toca á la juventud.

Otra segunda cualidad no menos necesaria en los consejos, es la del desinterés. Este suele ser muy raro, y en este punto debe desconfiarse, algunas veces, hasta de los hijos, de los domésticos y de los propios amigos. Por mas fieles que os parezcan, aquellos

á quienes consultais, tened cuidado de sondear su corazón y penetrar sus intenciones. Sabed cuáles son sus necesidades, sus inclinaciones, y sus intereses. Tal vez el que parece os aconseja únicamente por vuestro bien, no consulta sinó el suyo. ¡Cuántos negocios emprendidos por consejos de esta clase, han arruinado al emprendedor, y enriquecido al consejero!

Cuando el emperador Carlos VI, confió en 1717 al príncipe Eugenio, la conducta de la guerra, que sostenía contra los turcos, le dijo, que por mas confianza que tuviese en sus talentos, quería establecer sobre él un Gefe, á quien debía consultar, y obrar en su nombre. El Príncipe, un poco admirado, preguntó quien era este Señor. Carlos le presentó al instante un crucifijo guarnecido de diamantes, con esta inscripción: *Jesucristo generalísimo*: «No olvidéis, Príncipe, jamas, añadió, que vais á combatir por la causa de aquel que ha derramado su sangre por la salvacion de los hombres: bajo sus auspicios vais á atacar y vencer á sus enemigos y los del nombre cristiano.» En efecto, el Príncipe Eugenio (B. 176), les ganó en el mismo año cerca de Belgrado, aquella famosa victoria, en que mas de veinte mil infieles quedaron en el campo de batalla, y que fué en breve seguida de la paz, que los turcos se vieron obligados á pedir.

No consulteis ordinariamente á muchas personas. La multitud de consejos, asi como el gran número de recetas en las enfermedades, llena de incertidumbres é irresoluciones, pues no se sabe lo que se debe hacer, porque se ha querido saberlo demasiado. Limitaos, por lo ordinario, á tomar consejo de algunas personas instruidas, y de una probidad reconocida, que os estén sinceramente aficionadas, que conozcan vuestros verdaderos intereses, y que los amen.

Consultad voluntariamente, y aconsejad con dificultad. Si es fácil el dar consejos, no lo es igualmente

el darlos buenos. ¡Cuántas veces tambien sucede, que los que parecen mejores, tienen funestas consecuencias, que no se hubieran podido naturalmente preveer! Y aunque no se deban siempre juzgar los consejos por el éxito que puede engañar las miras mas prudentes de la sabiduria humana, es siempre desagradable el haber sido la causa aunque inocente de la infelicidad de un amigo.

No deis los vuestros sinó con mucha discreccion y prudencia. La caridad empeña, y la justicia obliga en ciertas coyunturas, á precaver cuando podemos hacerlo, las locuras, ó las desgracias del prójimo: la Escritura nos advierte que no retengamos la palabra que pueda serle saludable, y que no ocultemos nuestra sabiduria en su beneficio (1). Pero esta misma sabiduria debe conducirnos y presidir á los consejos útiles que demos, para no darlos sinó oportunamente, cuando nos los pidan, ó están dispuestos á recibirlos bien. No tengais, pues, como algunos, la vanidad ó el furor de dar consejos á todo el mundo, en todos tiempos, y con cualquier motivo. Los consejos, así como las alabanzas, son menos apreciados á medida que se prodigan.

En general, y á menos que no esteis obligado á ello, si no os piden vuestro parecer, no lo deis, y no os enfade el que no os consulten, y sí á otros. Los mas sábios consejos no salen bien siempre; y el vituperio recaerá, aunque injustamente, sobre vos solo. Acaso habréis dado demasiado ligeramente algunos consejos decisivos sobre la fortuna, sobre la

(1) Ne reveraris proximum tuum in casu suo.

Nec retineas verbum in tempore salutis. Non abscondas sapientiam tuam in decore suo. — Eccles. c. 4. v. v. 27 y 28.

No respetes á tu prójimo cuando cae ó peca:

repréndele, y no reprimas tu palabra ó *aviso*, cuando puede ser saludable: no encubras tu sabiduria en ocasion en que debes ostentarla. — Sr. Amat. — T.

eleccion de un estado de vida, sobre un empeño en que la libertad no se recobra, y toda la vida estareis atormentado por vuestros propios remordimientos, ó por los improperios de las personas que hayais hecho infelices.

Esto no es decir sin embargo, que cuando os pidan consejo, y esteis en estado de darlo, no podais y no debais hacerlo en muchos casos, pues siempre debemos prestarnos á aconsejar y dirigir á los que necesiten de nuestras luces y auxilios, asi como debemos dar limosna á los que se hallan necesitados. Pero sea el que quiera que os consulte, no temais en hacerle conocer su deber, y ninguna consideracion humana os estimule á disfrazar vuestros sentimientos. Tened valor para decir aún á los poderosos, no lo que les placiera, sinó lo que es justo, y lo que deben hacer; y no seais tan cobarde que hagais traicion á la verdad.

Y los pleitos evitad (1).

Nunca será demasiado el horror con que se miren los pleitos, pues son la ruina de las familias, el

(1) Aún los que son justos se deben entablar con mucho pulso, y solo despues de haber tentado inútilmente todos los medios de conciliacion. Los pleitos generalmente hablando, no traen consigo otra cosa, que enemistades, pesadumbres, disensiones, y destruccion de las conciencias y de las casas. La amistad que se quiebra una vez, por mas que se vuelva á juntar, siempre se le conoce la soldadura; y por allí queda tan débil, que al menor golpe se rompe de nuevo. Las discordias y contiendas, son incompatibles con la amistad que forma las delicias de la vida. La culebra de la fábula, á quien el labrador cortó la cola porque le comió el hijo, por mas que aquel pretendió volverla á su compañía, lo rehusó y resistió, dando por razon, que ni ella se podría olvidar de la cola cortada, ni él del hijuelo comido. — Erasmo. — T.

origen fecundo de muchas inquietudes, y de una multitud de penas y aún pecados. A pretexto de defender sus derechos se permiten algunos los improprios mas indecorosos, las recriminaciones mas injustas, y las palabras mas ofensivas, las cuales, sin mejorar la causa que se ventila, enconan mas los ánimos de los litigantes. Estos emplean la trampa y supercheria, y si el artificio les sale bien, este suceso les empeña á servirse de él en otros nuevos pleitos, que se emprenden quizás sin consultar el buen derecho y la justicia. Cuando, á pesar de estas artes, pierden alguno, porque no es posible ganarlos todos, conciben un despecho y un resentimiento que dura algunas veces toda la vida, y siembra para siempre, (en especial si ha sido entre parientes), un rencor escandaloso, que se perpetúa en las familias.

Se expone uno en los litigios á perder la caridad, la concordia y la union, y hasta la probidad y el honor. Y pregunto, ¿la ganancia de un pleito, puede nunca compensar tantas pérdidas? Y la esperanza de ganarlo, esperanza engañosa y tan frecuentemente desmentida por cualquiera evento, ¿puede asegurar bastante contra el temor de perder con la hacienda, lo que vale mil veces mas que todas las riquezas?

Es cierto que tenemos derecho para demandar ante los Tribunales, lo que nos pertenece. Para eso están establecidos en la Sociedad, que no seria sinó una orda de salvages y una reunion de criminales sin el ejercicio de la justicia. Pero la razon y la sabiduria, ¿permiten acaso perseguir sus derechos con tanta animosidad y rigor, cuando en ello se aventuran ó se arriesgan los importantes intereses del alma? ¿Todos los bienes del mundo, éstos bienes tan frágiles, tan caducos y perecederos, son nunca dignos de ponerse en

parangón con los que están prometidos á la virtud, á la caridad y al desinterés?

Amad pues la paz, porque no es tan decoroso el vencer á los enemigos, como el no tenerlos; y menos gloria cabe en arruinar la fortuna de nuestros adversarios, que en ganar su corazon. Prestaos voluntariamente á todas las vias honestas de un acomodamiento ó transacion, pues siempre se gana un pleito, en no tenerle que seguir.

Aunque la justicia no se compra ni se vende, sin embargo, ordinariamente cuesta mucho el obtenerla, y despues de haberla obtenido es uno casi siempre menos rico que antes (1).

Temed los pleitos; pero no manifesteis demasiado temor, pues este sería el verdadero medio de tenerlos. Manteneos con dignidad en vuestro puesto, pero no omitais nada para evitarlos en cuanto esté de vuestra parte, pues sería la mayor locura el desearlos y buscarlos. Siempre es gran necedad el tenerlos, sea con quien fuere, cuando se pueden evitar; pero es el colmo de la extravagancia, el seguirlos contra los parientes, y contribuir á la ruina de estos y á la propia, y al enriquecimiento de los estraños.

Evitad mas todavia promover pleitos, por motivos livianos y causas de poca importancia, que llegan sin embargo á ser de mucha, por el empeño y terquedad con que se las sostiene, y por los gastos que ocasionan. No hagais pública vuestra afren-

(1) Aludiendo sin duda á este inconveniente, decia un antiguo satírico; hablando de los pleitos:

Tiene mas cuenta al que me quita

La capa, darle encima yo dinero,

Que no quejarme al Juez; pues en traslados

Pedimentos y gages que regale,

Se me vá mas que no la capa vale. — T.

ta ó vuestro deshonor ignorado, llevando á los Tribunales los insultos ú ofensas que sería mucho mejor disimular ó despreciar. Exhortaban á Sócrates sus amigos á que pidiese la satisfaccion de un ultraje que le habia hecho un hombre grosero y sin crianza. « Y bien, respondió el filósofo: ¿ si un caballo ó un asno, me hubiese dado una coza, pretenderiais tambien que le citase á juicio? »

Dónde reine la discordia

Procurad llevar la páz.

Reconciliar los parientes ó los amigos indispuertos entre sí, reunir dos esposos divididos, restablecer la concordia en las familias, y componer los pleitos, es una cosa tan bella delante de los hombres, como acepta y agradable á los ojos de Dios.

Un Cura encontró en su parroquia mas de cien pleitos cuando entró en ella, y cuando murió no dejó sinó uno: todos los demás los habia cortado y transigido por medios pacíficos y amistosos; y así sus funerales fueron honrados con un sentimiento general, y con las lágrimas de todos sus parroquianos, que le miraban como á un Santo y como á un Padre.

Hacéos siempre un placer de restablecer la paz, la concordia y la union; y si lo conseguis, creed que ésta es una de las mas bellas y gloriosas acciones de vuestra vida. Cuanta mas dificultad y trabajo hayais encontrado en ello, mayor será vuestro mérito y vuestra gloria; porque es preciso confesar que esto no siempre es fácil y hacedero. Hay corazones tan duros y enconados los unos contra los otros, que algunas veces es muy difícil, sinó im-

posible, el reunirlos. Hay entendimientos tan ofuscados, y hombres tan tercos, que no se puede hacerlos dóciles á la voz de la razon. Hay en fin, genios tan opuestos y discordes entre si, que es imposible conciliarlos y ponerlos en armonia.

« Evita, dice el Eclesiástico, el pasar por un sembrador de chismes, y cuida de que tu lengua no llegue á ser para tí una red ó un motivo de confusion, porque la lengua doble será castigada con rigurosos castigos, y el sembrador de chismes se atraerá el ódio, la enemistad y la infamia (1). » Y en efecto ¿qué sucede? Se dan esplicaciones, se justifican unos con otros; los amigos vuelven á serlo; los hermanos se reconcilian; todo se lo perdonan los esposos; se repara lo que se habia dicho en un momento de irreflexion ó mal humor, y aquellos á quienes el chismoso habia desunido, se conciertan y ponen de acuerdo en aborrecerle y odiarle.

Además, analizando bien los dichos y relaciones de los otros. ¿Qué resulta con frecuencia? ¿Son siempre fieles y exactos? ¿No están las mas de las veces disfrazados y envenenados? ¿No es casi siempre la envidia ó el ódio lo que conduce á hacerlos? Ninguna clase es mas despreciable y odiosa, que la de las gentes cuenteras. « Hay seis cosas, dice Salomon, que el Señor aborrece, y su alma detesta la séptima: los

(1) Non appelleris, susurro, et lingua tua ne capiaris, et confundaris.

Super furem enim est confusio et pœnitencia, et denotatio pessima super bilinguem: susurratori autem odium, et inimicitia, et contumelia. — Eccles. c. 5. v. v. 16 y 17.

Guárdate de ser chismoso ó *detractor*, y de que tu lengua sea para tí un lazo y motivo de confusion.

Porque el ladron cae en la confusion y arrepentimiento al verse sorprendido; y el hombre de doble lengua en una infamia grandísima: pero el chismoso ó *detractor* se acarrea el ódio, la enemistad, y el oprobio. — Sr. Amat.— T.

ojos altivos, la lengua sujeta á mentir, la mano que derrama la sangre inocente, el corazon que medita negros designios, los pies ligeros para correr al mal, el testigo falso que profiere mentiras, y el que siembra las divisiones entre los hermanos. Cuando no haya mas leña, dice tambien, el fuego se extinguirá y cuando no haya mas sembradores de chismes, se aquietarán las querellas (1).

Una persona sábia se guardará pues igualmente asi de contar chismes como de escucharlos. El que los lleva, turba el reposo de los otros, y el que los escucha daña á su propia tranquilidad. Una persona mal intencionada, queriendo indisponer á Platon con uno de sus discipulos, le dijo que este discipulo habia hablado mal de su maestro, — «Yo no creo nada», respondió Platon, y me costaría mucho trabajo el persuadirme que un hombre á quien amo tan de buena fé, tuviese el alma tan vil é ingrata que me desacreditase como dices; pero viéndole que el otro apoyaba con grandes juramentos lo que habia proferido: Es preciso, replicó, que yo tenga efectivamente los defectos de que me hablais, y que

(1) Sex sunt quæ odit Dominus, et septimum detestatur anima ejus:

Oculos sublimes, linguam mendacem, manus effundentes innoxium sanguinem.

Cor machinans cogitationes pessimas, pedes veloces ad currendum in malum.

Proferentem mendacia testem fallacem, et eum qui seminat inter fratres discordias.—Prov. c. 6. v v. 16, 17, 18 y 19.

Seis son las cosas que abomina el Señor, y otra además le es detestable.

Los ojos altaneros, la lengua mentirosa, las manos que derraman la sangre inocente: el corazon que maquina perversos designios, los pies ligeros para correr al mal: el testigo falso que forja embustes, y el que siembra discordias entre hermanos.— Sr. Amat. — T.

ese que me quereis hacer sospechoso, haya creido oportuno avisarme de ello.»

Cerrando los oídos á los fabricantes de consejas se les cierra en breve la boca, porque prestándoles atencion se les estimula y anima. Al contrario, oigaseles con indiferencia; muéstrese desprecio á lo que dicen: este es el medio de desconcertarles, y de quitarles la gana de venir con nuevos chismes. Esta es la conducta que observan con ellos los hombres prudentes. Fueron un dia á decir á un célebre filósofo que no le habian excusado nada en una concurrencia, y que habian dicho de él mil cosas que le hubieran ocasionado disgusto si las hubiese oido. El recibió este chisme de una manera que debió sorprender al que lo referia. «Si me conociesen bien, le respondió, podrian decir de mí mucho mas, sin que yo tuviese derecho á enfadarme. Yo quedo estrechamente obligado á los que hablan así de mí en ausencia mia; y si hablasen delante de mí, como podrian hacerlo, me llenaria de vergüenza y confusion; y así os ruego le manifesteis mi reconocimiento.»

Gustavo III, rey de Suecia, señaló los principios de su reinado con varias acciones bellas, entre las cuales se puede colocar ésta. Habiendo pedido una persona permiso para hablarle, diciendo, que iba á darle parte, que cierto funcionario conspiraba contra S. M. no ignorando el Rey que el denunciador era enemigo del que pretendia fuese culpable, le despidió diciéndole: «Anda á reconciliarte con tu enemigo, y podré entonces escucharte y creerte.»

MAXIMA ONCE.

**Con los que no conocéis
Usad toda difidencia ;
Y aún tambien á los amigos
Debeis tratar con prudencia.**

Por mas precaucion que se tuviese en desconfiar de los que no se conocen, no sería demasíada. ¡Cuántos bribones se ocultan bajo la capa del hombre de bien! En los primeros siglos en que reinaba la buena fé entre los hombres, era la desconfianza casi inútil; mas hoy en dia, por la corrupcion de nuestras costumbres, ha llegado á ser necesaria.

Lo que no lo es menos, es el ocultarla. Debe observarse aqui lo mismo que en el secreto, pues la verdadera prudencia consiste en no hacer sospechar tampoco que se desconfia. Dejando ver demasíado el temor de que nos engañen, descubrimos la manera de ser engañados. Unas sospechas demasíado marcadas, ultrajan á las gentes honradas sobre quienes recaen, y empeñan á los que no lo son á complacerse malignamente de sorprendernos, pues no hay otros que de ordinario sean mas engañados, que aquellos que muestran temer demasíado el serlo.

*Cualquiera que es suspicaz,
Convida á la traicion.*

VOLTAIRE.

El que desconfie de todo el mundo, será tan injusto como infeliz. No debe uno desconfiar sinó de quien los hombres sábios y prudentes lo hacen, y

cuando haya un motivo racional para hacerlo, fundado sobre algunas acciones de mala fé, y sobre el carácter conocido de la persona. La cualidad de incógnito es tambien una razon justa y suficiente para desconfiar. Demasiada confianza en las personas que no se conocen bastante, expone con frecuencia á que uno sea engañado. Esto es lo que sucede especialmente á los que tienen un gran fondo de probidad. Cuánto mas hombres de bien son, con mas dificultad sospechan que los otros sean malvados. Un buen corazon, y una bella alma, no cree fácilmente culpables á los otros, de lo que ella no querria hacer, y solamente despues de varias esperiencias se convence á su costa, de que ha hecho demasiado honor á los que creia que se le semejaban.

Pero ¿cómo se podrán conciliar dos máximas igualmente sábias, que parecen tan opuestas, á saber: desconfiar de los hombres, y no juzgar mal de nadie? - No haciendo, como ya hemos dicho, sino juicios fundados y desconfianzas legítimas. Nosotros haríamos de la prudencia un vicio horroroso si nos condujese á desconfiar de tal modo de todos los hombres, que temiésemos siempre el encontrar en cada uno de ellos un malvado, un traidor ó un bribon; pues no podríamos formar una idea semejante sin destruir los principios de la justicia y de nuestra propia felicidad; pero sin embargo, esperemos encontrar en el mundo poca buena fé, poca probidad, poco desinterés, poca verdad y poca justicia; y asi tomaremos en las ocasiones importantes, todas las precauciones que la prudencia puede sugerir para que nadie nos engañe. Digo en las ocasiones importantes, porque tomar estas precauciones en las de poca monta, es propio de una alma muy pequeña; y si es en materia de intereses, es al mismo tiempo efecto de pequeñez de alma y de avaricia.

Si la desconfianza es la madre de la seguridad, lo es tambien de las sospechas crueles, de las negras inquietudes, de las penas que devoran, y de los pesares mal fundados, con quienes no habita jamás la felicidad. Decian á Julio César, que conspiraban contra él. «Vale mas morir una vez, respondió, que tener que desconfiar siempre.» Por otra parte, si el fiarse de todo el mundo seria una prueba de poquisimo talento, lo seria igualmente de pequenez de alma el desconfiar de todos. Yo despreciaria al primero, pero desconfiaria del segundo: la probidad de este último es muy equívoca y casi se puede apostar, que el que desconfia de todo el mundo es un hombre falso, pues no juzga ordinariamente de los otros sinó por sí mismo. Así que, tomad, el medio entre los dos extremos: inclináos tambien, si gustais, un poco mas de parte de la desconfianza. Tantos se han arrepentido de no haber desconfiado bastante, que esto debe haceros estar con precaucion á lo menos hasta que conozcais. ¡Cuántas gentes no buscan sinó crédulos! Desconfiad sobre todo, como dicen los italianos, de aquel que os hace muchas caricias, pues ó él os ha engañado, ó quiere engañaros.

El juego es una de las ocasiones en que los jóvenes deben proceder con mas desconfianza, mayormente, si se encuentran con personas que no conocen, porque es mas fácil y ordinario el ser engañados en él, por hábiles que sean.

Si todos los amigos fuesen como debian ser, la prudencia con ellos no seria una virtud tan necesaria. Pero los verdaderos amigos son tan raros, como comunes los falsos. Y así, el autor del Eclesiástico nos recomienda, que no tomemos un amigo sinó despues de haberle experimentado, y que no nos fiemos al instante de él. *Porque, añade, algun amigo se muda en enemigo, y algun amigo reñirá contigo, y por rencor*

descubrirá algunas cosas que te harán poco honor (1).

Tened, si es posible, muchos buenos amigos, pues no hay hombre de bien que no desee, y que no merezca tenerlos; pero no dispenseis vuestra entera confianza sinó á uno solo. Se ha dicho, que el corazón del hombre debe parecerse á un vestido magnífico y bien hecho, que puede tomar por divisa: *agradable á todos, y propio para uno solo.* Procurad con vuestros modales corteses y vuestra inclinacion benéfica, ser estimado de todo el mundo: abrid vuestras manos y tesoros al mayor número de personas posible; pero no abraís vuestro corazón ni depositéis vuestra confianza, sinó en una sola, y esto despues de estar asegurados que la merece. Al efecto, haced eleccion de un amigo tan leal, y de tanta probidad, que aún llegando á dejar de serlo, no sea nunca capaz de abusar de ella. Gozad con él de toda las dulzuras de la mas sincera amistad, y creed que os será mas vergonzoso desconfiar de un amigo semejante que el ser engañado.

Sin embargo, si quereis obrar con cordura y sabiduría, no confiéis jamas vuestros negocios ni aún á vuestros mas íntimos amigos, sobre todo cuando pueden hallar alguna utilidad en aprovecharse de vuestra confianza; pues el interés suele ser mas poderoso que la amistad; y hay momentos criticos para ésta como para la inocencia.

(1) Est enim amicus secundum tempus suum, et non permanebit in die tribulationis.

Et est amicus qui convertitur ad inimicitiam; et est amicus qui odium et rixam et convicia denudabit.—Eccles. c. 6. v v. 8 y 9.

Porque hay amigo que solo lo es cuando le tiene cuenta, y no persevera tal en el tiempo de la tribulacion:

Y amigo hay que se trueca en enemigo: y hay tal amigo que descubrirá el odio, las contiendas y los dictérios.—Sr. Amat.—T.

Habiendo ido á París, cierto provinciano, á comprar un oficio público, depositó cincuenta mil libras en manos de un amigo. Evacuado que hubo sus negocios, reclamó del amigo la expresada suma; pero este indigno, afectando grande asombro, tuvo el atrevimiento de negar que la hubiese recibido en depósito. Afligido y desesperado el dueño, se presentó al señor Sartine, Superintendente general de Policia, exponiéndole su conflicto y desgraciada situación. Sartine le preguntó si tenia algun resguardo, ó testigos del depósito, á lo que le contestó: que no creyendo deber desconfiar de su amigo, no le habia exigido recibo, y que no tenia otro testigo que á la misma mujer de su contrario. Entónces el Superintendente, despues de reflexionar por unos momentos, le hizo entrar en su gabinete y aguardarle allí. En seguida, hizo comparecer ante sí al infiel depositario y le dijo: «acabo de saber por conducto de la policia, que habeis recibido un depósito de cincuenta mil francos, y que os negais á restituirlo.» El reconvenido negó rotundamente que hubiese recibido semejante depósito; quiero creerlo así, repuso el señor Sartine; pero para asegurarme mejor servios escribir á vuestra mujer, que dicen presenció la entrega, lo que os voy á dictar: «Mi querida esposa: entregarás al dador las cincuenta mil libras que á presencia tuya recibí en depósito del señor N.» No hubo mas remedio que obedecer, y escribir el billete que Sartine, cuidó de mandar con persona de toda su confianza, quien á poco rato volvió con la cantidad. Convencido este traidor de su maldad, se arrojó á los pies del Superintendente, quien le dió una severa reprobacion, y para acabar de confundirle, hizo comparecer al demandante, á quien recomendó, que en lo sucesivo cuidase mas de la seguridad de sus intereses.

MAXIMA DOCE.

**El amor, el vino, el juego,
Evitarcis cuidadoso ;
Estos son los tres escollos
De un naufragio peligroso.**

Los primeros suspiros de un loco amor son los últimos de la sabiduría. Luego que se ha principiado una vez á dar entrada en el corazon á esta pasión, ¡qué rápidos son los progresos ! Por esto es necesario sobre todo oponerse á los principios ; pues el remedio llega muy tarde cuando se ha dejado tiempo al mal para fortificarse. ¡Oh jóven ! si sois sábio, resistid las impresiones nacientes, y sofocad las primeras chispas. El amor es como el fuego. No conviene jugar con él, y es mas fácil evitarlo que detenerlo.

La juventud es la edad mas peligrosa de todas, y el tiempo en que háy mas necesidad de reflexion, es cabalmente en el que menos se reflexiona ; es, por decirlo así, una embriaguez continua, y la fiebre de la razon.

El jóven se encuentra entre dos escollos á cual mas peligroso: la corrupcion del siglo, y sus propias pasiones. Para evitarlas necesita ó bien de la prudencia de Ulises (1), que cerró sus oidos á las voces pér-

(1) Rey de Itáca y de Duliquio, esposo de Penélope. Cuando estalló la guerra de Troya, Ulises para no tomar parte en la expedicion, se fingió loco; pero Palameres desconcertó el engaño. Durante el sitio se distinguió por su prudencia é intrepidez. Arruinada Troya, á que contribuyó poderosamente trató de volver á Itáca, pero su regreso fué largo y penoso, habiendo andado errante por los mares por espacio de diez años. Ulises es uno de los héroes principales de la Iliada, y sus aventuras y regreso á Itáca, forman el principal asunto de la Odysea, donde deben leerse.— T.

fidas y encantadoras de las Sirenas, ó los consejos del sabio Mentor (1), y la docilidad de su joven alumno; y aún entónces, tal vez seria necesario arrebatarlo de los brazos de la seducion, y precipitarlo en el mar, para impedir que naufragase su débil virtud; tan difícil es triunfar de la fuerza y atractivos de esta pasion.

Ni de vino. La pasion del vino no se debe huir menos que la del amor: pues ambas á dos son el mas funesto escollo de la sabiduria. *No escites á beber*, dice el Espiritu Santo, *á los que aman el vino; porque el vino ha perdido á muchos. El vino bebido con exceso produce la cólera, y el arrebató atrae grandes ruinas, y es la amargura del alma* (2).

Si el vino es el padre de la alegría, lo es tambien del furor. Si hace nacer algunas veces unos pensamientos vivos, brillantes é ingeniosos, produce tambien las ideas mas ridiculas, las mas locas y las mas estravagantes. El extingue con sus vapores aquella noble antoreha que la naturaleza nos ha dado para iluminarnos y conducirnos, ó la obscurece con

(1) Amigo de Ulises, á quien este Príncipe confió el cuidado de su casa y la educacion de su hijo mientras iba al sitio de Troya, su nombre ha pasado hasta nosotros con gran celebridad por su sabiduria. Segun la fábula, Minerva tomó su figura para instruir al hijo de Ulises, tradicion que ha sido adoptada por Fenelón, en su Telémaco. — T.

(2) Diligentes in vino noli provocare multos enim exterminavit vinum.

Vinum multum potatum, irritationem, et iram, et ruinas multas facit.

Amaritudo animæ vinum multum potatum. — Eccles. c. 31. v. v. 50, 58 y 59.

A los buenos bebedores no los provoques á beber; porque la perdicion de muchos del vino viene.

El demasiado vino causa contiendas, iras y muchos estragos.

Amargura del alma es el vino bebido con exceso. — Sr. Amat. — T.

tan espesas nubes, que no arroja sinó una claridad sombría. Privados de esta luz, se descarrian los ojos, vacilan los pasos, se confunden las ideas, el juicio se turba, las pasiones se inflaman, y conducen á los excesos mas vergonzosos.

Los lacedemonios, para apartar á sus hijos de la embriaguez, les hacian considerar á un esclavo borracho. ¡Qué cosa mas propia, en efecto, para inspirar el horror de aquel vicio, que poner á la vista el triste espectáculo de un hombre, á quien el vino há privado de la razon, hacer notar toda la fealdad de un estado en que se parece mas á una bestia que á un hombre, y hacerle testigo de todas las necedades y extravagancias de que entónces es capaz!

Se encuentran hoy en dia, pero mas raramente, de estos héroes de Baco. Para beber á su salud, está uno obligado á alterar la suya, y le es preciso embriagarse para darles una prueba de que los ama. Esta es sin duda una amistad tan racional, que no se prueba sinó perdiendo la razon. Si encontrais algunos semejantes, no codicieis el comprar á este precio su amistad, y por nada de este mundo os embriagueis jamás. Este es un principio, dice Mr. de Claville, del cual no conviene separarse en ningun caso. Si en los lugares ó en las casas en que aún no es bien conocida la verdadera cortesía, os quieren obligar á hacerlo, sed inflexible. Excusad las solicitudes, usad de sutilezas, dejad beber á los demás, y si es en vuestra casa misma, no manejeis vuestro vino, sinó manejaos vos. Estad en la mesa alegre y de buen humor, pero sed prudente.

El vino, dice el Sábio, ha sido desde el principio para alegrar al hombre, y no para embriagarlo. El vino bebido con moderacion, es la alegria del alma y

del corazon. La templanza en el beber, es la salud del espíritu y del cuerpo (1).

Al contrario, el efecto de la intemperancia, es arruinar la hacienda y la salud, pues degrada al hombre, enagena, á lo menos por algun tiempo, la mas noble de las facultades, y al fin la entorpece. Esto es lo que hacia decir al filósofo Anacharsis (B. 177), que la vid, llevaba dos géneros de racimos: los unos dulces, y los otros amargos. *No mires el vino, dice Salomón, cuando brilla en el vaso; él entra suavemente; pero muerde despues como una serpiente, y derrama su veneno como un basilisco. El vino es un origen de intemperancia, y la embriaguez arrastra consigo muchos desórdenes. Cualquiera que ponga su gusto en ella, no llegará jamás á ser sábio (2).*

Seamos, pues, sóbrios y moderados; evitemos el desarreglo; pues nuestros mas amados intereses

(1) Vinum in jucunditatem creatum est, et non in ebrietatem ab initio.

Exsultatio animæ et cordis, vinum moderate potatum.

Sanitas est animæ et corpori sobrius potus. —Eccles. c. 31, v. v. 35, 36 y 37.

El vino desde el principio fué criado para alegría, no para embriaguez.

Recrea el alma y el corazon el vino bebido moderadamente.

El beberle con templanza es salud para el alma y para el cuerpo. —Sr. Amat.—T.

(2) Luxuriosa res, vinum, et tumultuosa ebrietas: quicumque his delectatur, non erit sapiens.

Ne intuearis vinum quando flavescit, cum splenduerit in vitro color ejus: ingreditur blande;

Sed in novissimo mordebit ut coluber, et sicut regulus venena diffundet. —Prov. c. 20, v. 1.º— y c. 23, vv. 31 y 32.

Lujuriosa cosa es el vino, y llena está de desórdenes la embriaguez: no será sábio quien á ella se entrega.

¡Ah! no mires al vino cuando bermejea: cuando resalta su color en el vidrio: él entra suavemente; mas á la postre muerde como culebra, y esparce veneno como el basilisco. — Sr. Amat.—T.

nos obligan á ello. El Espiritu Santo nos advierte, que aquel que ama los festines se verá en la indigencia; y el que ama el vino y la glotoneria, no se enriquecerá. *No te acompañes, dice, con los grandes bebedores, ni con las gentes comilonas, porque los que pasan el tiempo en beber y en regalarse, se harán pobres, y el que ama el dormir, no será vestido sinó de remiendos* (1).

Pero lo que debe hacer temer aún mas el abandonarse á este vicio, es que casi no es ya posible el corregirse cuando una vez se ha contraido el hábito de él. Esta inclinacion se muda en naturaleza, y para triunfar de ella, no se necesita menos que del ánimo y constancia heróica de Carlos XII, rey de Suecia (B. 178). Lo que hizo en este caso, dá una idea mas alta de este monarca, que la mas brillante de sus expediciones. Habia perdido un dia, estando embriagado, el respeto que debia á la reina su madre, la cual se retiró á su habitacion penetrada de dolor, y permaneció encerrada la mañana siguiente. Como la reina no comparecia, preguntó el rey la causa: se la dijeron. Hizo llenar un vaso de vino, y fué á buscar á esta princesa. «Señora, le dijo, yo he sabido que ayer por el vino falté á mi obligacion con vos. Vengo á pedir os perdon; y para no caer mas en esta falta, bebo ahora á vuestra salud, y ésta será la ultima vez en mi vida.» Mantuvo su palabra, y desde aquel dia ya no lo probó jamás.

(1) *Noli esse in conviviis potatorum, nec in comessationibus eorum, qui carnes ad vescendum conferunt:*

Quia vacantes potibus, et dantes simbola consumerunt, et vestietur pannis dormitatio. —Prov. c. 23. vv. 20 y 21.

No asistas á los convites de los beodos, ni á las comilonas de aquellos que contribuyen á escote para los banquetes; porque con la frecuencia de beber y de pagar escotes, vendrán á arruinarse, y su soñolienta desidia los reducirá á ser unos andrajoses. —Sr. Amat. — T.

Ni el juego. Es sin duda permitido el jugar, como en breve tendremos ocasion de decirlo; y es tambien necesario á los que están en el mundo el saber jugar, para entretenerse algunas veces, ó para divertir á los otros. Lo que la sabiduria prohíbe en esta máxima, no es pues, absolutamente el juego, sinó dos grandes vicios que se deslizan frecuentemente en él; á saber: el furor por los juegos de azar, y la pasion al juego.

Entre las diferentes clases de juegos hay algunos en que la suerte decide de las jugadas: el interés es el que los preside, y no la diversion. Hay otros en que solo la ciencia del jugador lleva la palma, como el ajedrez: éstos juegos son mas bien estudios que juegos. Hay otros en que la ciencia del jugador y la fortuna triunfan albertivamente: estos son los mejores: la aplicacion que requieren, ocupa el entendimiento sin fatigarlo, y los caprichos de la fortuna, manejados por la ciencia del jugador, producen un placer efectivo que se sostiene sin el atractivo de un grueso interés. Estos juegos, que se llaman de comercio, son casi los únicos que deberia uno jactarse de saber bien, porque es dueño de hacer de ellos un mero entretenimiento. No sucede lo mismo en los juegos de azar que con tanta frecuencia producen los mas funestos resultados. Si sois sábio, os hareis una ley de no jugar jamás á ellos.

Evitad con el mismo cuidado el aficionaros con pasion á cualquiera juego que sea. Halládo Platón á uno de sus discipulos que á su parecer jugaba con demasiada aficion, hubo de reprenderle. El discipulo se excusó, diciéndo, que solo jugaba un pequeño interés. «Pero, le replicó Platón, ¿cuentas por nada la pasion con que juegas, y el hábito de jugar, que te hace contraer ese pequeño interés?» Esta pasion no tarda en aumentarse y acrecentarse, asi como el fuego con los combustibles con que le dan pábulo.

El juego que llega á ser pasion , muy en breve se trocará en furor. Se empieza por jugar poco, pero muy pronto la pérdida irrita, ó la ganancia inflama. Hece uno suceder las profusiones enormes á las ligeras ganancias, y quiere recobrar sus pérdidas con excesos acumulados que atraen otros nuevos. La obligacion de pagar las deudas enormes del juego , deudas que siempre son las primeras , y frecuentemente las únicas que se satisfacen , hace empeñar ó enagenar la hacienda ; y de aqui se sigue ordinariamente la ruina súbita de las casas mas opulentas. La pasion del juego es una de las mas terribles calamidades que conspiran á la desolacion de las familias. ¿Cuántos jugadores se han visto prosperar? Para dos ó tres aventureros, ó algunos felices jugadores, cuyos sucesos se exageran, ¡cuántos millares se vén reducidos á una vergonzosa miseria!

Jugar con la esperanza de una segura ganancia, equivale á arrojar en el mar las mercancías para recogerlas en la playa. Exponerse sin necesidad á una grande pérdida , es una necedad, un desatino. Pero arriesgar lo necesario para tener lo supérfluo, abandonar á la suerte de una carta ó de un dado su fortuna, su calidad y su estado, el de su mujer é hijos, ¿no es locura y furor? ¿qué le resta al que ha perdido al juego toda su hacienda, sinó las aflicciones, las lágrimas, y la desesperacion? ¿quién podrá contar todas las personas á quienes ha arruinado la pasion del juego, y que habiéndolo perdido su dinero, sus rentas, sus tierras, sus casas, y hasta sus equipajes, se han entregado á los ímpetus de la rabia y del furor, y se han dado la muerte, vomitándo contra si mismos las mas horribles imprecaciones, y las blasfemias mas execrables contra Dios? ¡Qué horror no se debe tener á una pasion que es capaz de arrastrar á tan criminales excesos!

El hombre racional no se entregará á la loca

esperanza de hacer una especie de fortuna que rara vez se consigue, ó que no se adquiere sin delito. Es propio solo de un loco, ó de un bribon, el juego fuerte: el hombre de bien que lo juegue, no lo será mucho tiempo, porque es muy difícil aficionarse al juego, y conservar la probidad.

Acabamos de hablar de tres pasiones las mas desoladoras que arruinan la pureza del alma y la salud del cuerpo, y que son casi siempre el origen fecundo de todos los otros vicios. Para escapar de sus seductores tiros, debeis implorar del cielo con vuestras ardientes plegárias las únicas armas poderosas que os pueden dar el triunfo. Emplead de continuo los remedios que la religion os presenta; y, ¿por qué avergonzarnos de decirlo? ¿por qué temer en el siglo corrompido en que vivimos, hablar el lenguaje de la religion, hablando con cristianos? No, solo frecuentando los Sacramentos, é implorando de continuo los auxilios de la Divina gracia, es como podremos resistir á los asaltos del espíritu impuro y maligno, y obtener la mas difícil de todas las victorias. Si despreciamos aquellas fuentes abundantes de gracia, ó nos alejamos de ellas, expuestos, sin fuerza y sin defensa á continuos ataques, y abandonados á nuestro propia flaqueza, no podremos sostenernos por largo tiempo, y bien pronto volveriamos á caer en los desórdenes mas espantosos.

Prohibios tambien la lectura de las obras licenciosas, que asaltando la imaginacion con ideas y pinturas voluptuosas, se imprimen tanto mas facilmente en ella cuanto es mas pura ó mas viva, y dejan en la memoria vestigios importunos que no se borran jamás.

Evitad igualmente la frecuencia á esas diversiones nocturnas y asambleas ruidosas, en donde se reune

un gran número de personas de ambos sexos y se entrega sin medida á los placeres y delicias del mundo, saliendo de ellas casi siempre menos puros que entraron.

La preocupacion por las danzas y los bailes, asi como por los espectáculos, es tan universal y tan fuerte, que seria sin duda lisonjearnos demasiado el esperar poder disuadir de su prevencion á los que el prestigio ha seducido. Pero es propio de nuestro deber, y del objeto de esta obra, hacer conocer y combatir todo lo que puede corromper las costumbres.

El Sr. Claville, aunque tan inclinado á permitir las diversiones á los jóvenes de ambos sexos, conviene sin embargo, en que una madre que lleva su hija al baile, sin pensar en los peligros que la cercan, prueba bien, que ama mas sus propios gustos, que la virtud de sus hijos. ¡Qué afan por agradar, añade, siempre peligroso en una persona libre, y ordinariamente criminal, en la que no lo es, inspiran estas reuniones!

Otro autor, que ha escrito con el mayor éxito para la educacion de la juventud, la Princesa de Beaumont (B. 179), permitiendo la danza entre personas del mismo sexo, condena el baile sin excepcion, y al parecer no sin fuertes razones. « Escuchad, decia ella á sus alumnas, y hablemos francamente. Nosotras nacemos débiles, é inclinadas al mal. Entre las inclinaciones corrompidas que dominan nuestro corazon, la de agradar es sin duda la mas violenta. Ella es la que produce en las mujeres el amor á los adornos, la envidia, y la vanidad. Ahora bien; el baile es el lugar en donde éste deseo toma una nueva fuerza, y bien analizado, no se vá á él sino con este fin» (1).

(1) No estamos conformes en condenar absolutamente el baile aún entre personas de diverso sexo, á pesar de las razones en que funda su prohibicion la célebre princesa de Beaumont. En ésta, asi como en otra cualquiera diversion, mas ó menos pública, se debe buscar solo el esparcimiento y un honesto placer,

«No es esto todo lo que sucede: os acostumbraréis á amar el baile: tendréis un violento deseo de ir á él con frecuencia; y ¿qué sucederá? que enardeceréis la sangre y destruiréis vuestra salud, alterando y cambiando las horas del sueño: mientras dormiréis, quedarán acaso en entera libertad vuestros hijos y vuestros criados: no podréis vigilar en el buen orden de vuestra casa, os será necesario abandonarla á otro, y seréis responsables de todas las faltas que se cometan en ella.»

Tampoco aprueba Madama de Beaumont, la frecuente concurrencia á los espectáculos (*). «Yo encuentro, así habla, que en la comedia se dicen muchas necedades (1). Es cierto que no sucede así en las tragedias: pero aún en las mejores hay algunos sentimientos, opuestos á las máximas del cristianismo (2). Se aprueba en ellas la venganza; se alaba la ambicion; y en el exordio de la mas pura tragedia, hay quizás un prólogo sin pasar nunca los límites del decoro y de la decencia. Por lo demás, ni deben amarse con furor, ni desatenderse, por la demasiada frecuencia á los bailes, saraos y concurrencias públicas, las obligaciones respectivas á cada estado. — T.

(*) Véase la nota puesta al pie de la página 179.

(1) En las buenas comedias no se dicen muchas ni pocas necedades; podrá haberlas en las que solo tengan el título de comedias, mereciendo en realidad ó el de farsas indecentes ó el de *espantables comediones*, como calificó Moratin su fingida Comedia *el gran cerco de Viena*, por D. Eleuterio Crispin de Andorra. Seguramente no aludiria la virtuosa Beaumont, ni á las comedias de Moliere, y otras muchas del teatro francés, ni á las del italiano Goldoni, ni hubiera podido hablar así de muchas de nuestros buenos ingenios, antiguos y modernos, singularmente las de nuestro Terencio español. — T.

(2) También nosotros desaprobamos, y reprobaremos siempre, cuanto tengan las tragedias y los dramas en general, que sea opuesto á las máximas del cristianismo, y no perdonaremos jamás al poeta trágico, que olvidando el fin moral de la tragedia, apruebe las malas pasiones en vez de combatir las; pero nos parece que de ningun modo merecen esta censura, ni las de los Racine y Corneille, ni muchas otras de que abunda el teatro francés. Menos si cabe podríamos decirlo de los pocos, aunque buenos ingenios españoles, de este último siglo. — T.

go, que tal vez no lo es; y por fin del espectáculo, suele ejecutarse alguna *pequeña pieza* que ordinariamente es infame (1). Yo sostengo, que una persona que desee conservar puras sus costumbres, no debe frecuentar esta clase de representaciones.»

El teatro segun la confesion misma de sus mas celosos partidarios, ¿no está destinado á mover y á inflamar las pasiones? ¿No se justifican y ennoblecen en él frecuentemente el amor criminal, y el deleite? Si el veneno de las pasiones está hoy en dia mas encubierto y preparado con mas arte, no deja por eso de ser mas peligroso. ¿Y á la verdad, el veneno mas fino, no es el mas mortal? ¿Y los dardos mejor afilados, ó arrojados con mas destreza, ¿no son los mas penetrantes? Las malas lecciones, las máximas corrompidas, que al pronto chocan, pierden insensiblemente, á fuerza de ser repetidas, lo que presentaban de mas chocante; se adoptan casi sin percibirse: el entendimiento se gasta y el corazon se corrompe poco á poco, como el rostro se ennegrece al sol. Pero, ¿aunque no se sienta ya la corrupcion de un aire infectado, porque el órgano es vicioso, ó se ha viciado alli, es menos contagioso, ó menos funesto á la salud?

(1) Merced á la cultura de nuestros tiempos, y al celo del Gobierno por la reforma moral del teatro, han desaparecido casi del todo de nuestra escena, *esas pequeñas piezas* (los antiguos sainetes, entremeses y tonadillas), que por las muchas é indecentes truhanadas y chocarrerías de que estaban plagados, bien merecian la calificacion de infames. Ojalá que tambien se desterrase, para siempre de la vista de los pueblos, la representacion de ciertos misterios ó asuntos, resto de los antiguos *autos del dia del Corpus y Sacramentales*, tan justa y severamente prohibidos por las leyes; y no tendríamos el dolor de ver, que en algunas provincias quedan todavia vestigios de semejantes *farsas*, y que en la Ciudad donde estas lineas se escriben, continúe permitida por la Autoridad bajo el titulo impropio de *Folijones*, una profanacion tan escandalosa de lo que hay mas santo y respetable en nuestra religion, con grave ofensa de la moral, y en agravio de la cultura y civilizacion de los habitantes de la antigua corte de Castilla.—T.

Nosotros conocimos una persona condecorada: ella confesaba algun tiempo antes de su muerte, que una de las cosas que le causaban mayor pena, era haber frecuentado los espectáculos en su juventud, á ejemplo de otros. ¡Cuán dulce es en los últimos momentos de la vida, no tener nada que reprendersel! Pero ¡qué juicio terrible no tendrán entónces que temer los padres y las madres, que por sus lecciones, ó tambien por su ejemplo, hayan inspirado á sus hijos el gusto y amor al teatro! Obligados aún mas que los otros á prohibirse la frecuencia de los espectáculos y de los bailes, tan pernicioso sobre todo para la juventud, ¿no se hacen culpables delante de Dios, de todas las consecuencias que puede tener respecto de sus hijos? ¿Y no es sobre ellos principalmente sobre quienes cae la maldicion arrojada por Jesucristo, contra los que son una ocasion de caida para los pequeños y débiles? Padres y madres imprudentes: tutores y guardianes indignos de serlo: aficionando á vuestros hijos y discipulos á los espectáculos, les presentais por vuestras propias manos la copa emponzoñada del deleite y del placer. Acaso sin vuestro auxilio ¿no se apresurarian ellos á beberle antes de tiempo? Pues qué ¿no nacerán en su corazon las pasiones por si mismas, sin que vosotros os anticipéis á despertarlas é irritarlas?

Se dirá quizás, nosotros llevamos á nuestros hijos al teatro, ó vamos alguna vez á él, por un puro efecto de curiosidad; pero cabalmente la prohibicion es general y para todos los casos, incluso ese que quereis exceptuar; y ¿qué sería de las costumbres, si á pretexto de satisfacer la curiosidad, fuese licito verlo y conocerlo todo? Además, ¿quién responde de que lo que ofrece un atractivo tan poderoso, no hará nacer el deseo de verlo una y otra, y otras veces? Y ¿por qué formar deseos que ó ten-

dremos despues que reprimir, ó al fin han de subyugarnos? (1)

En lugar de esos grandes placeres demasiado peligrosos, para no ser frecuentemente criminales, y sobrado vivos para ser duraderos, sustituid otros mas puros y siempre satisfactorios para el entendimiento y para el alma. Estos son siempre muy superiores á todas las satisfacciones que se buscan y tan raras veces se encuentran, en las diversiones del mundo. Pueden estas ciertamente encantar por un momento nuestros pesares y disgustos, interrumpir algun tanto el curso de nuestras enojosas penas, y proporcionar algunos momentos de fugaz alegria; pero en cambio solo sirven para hacer mas insoportables nuestras aflicciones, y mas amargas nuestras penas. Se deslizan por decirlo asi, sobre

(1) Aunque estamos muy lejos de censurar los piadosos sentimientos del Autor, y aplaudimos sinceramente el celo con que combate el amor desordenado á los placeres sensuales, y á los vicios vergonzosos; nos parece sin embargo, que sus ideas en punto á las diversiones públicas de tertulias, bailes, saraos, comedias, y otras semejantes, están llevadas á un grado de *ascetismo* excesivamente riguroso y que merecen alguna modificacion.

Hablar del teatro y de las diversiones escénicas, como de una escuela de inmoralidad, como de un lugar peligroso y ocasionado, presentando los espectáculos públicos como diversiones esencialmente malas y pecaminosas, á mas de injurioso á los Gobiernos, nos parece poco conforme á los principios de la razon, y de una sana filosofia. Sobre todo, no podemos convenir con el Autor respecto á la calificacion que en general le merecen semejantes diversiones, y menos en la prohibicion absoluta que fulmina contra ellas.

Nosotros creemos (podremos estar equivocados) que la música, el baile, los saraos, las tertulias, y la concurrencia tal cual vez á la representacion de un *buen drama*, no son diversiones incompatibles con la práctica del cristianismo, y que usadas con moderacion, con oportunidad, por via de un honesto pasatiempo, y sin ofensa de Dios ni del prójimo, nada tienen de contrario á los preceptos del Evangelio; y que léjos de prohibirlas los Gobiernos deben protegerlas y fomentarlas, por muchas razones morales y políticas, que omitimos. Reprobamos sí, y reprobaremos siempre, lo

la superficie de nuestra alma sin penetrarla, y no hacen sinó agitar el corazón sin satisfacerlo. Solo ofrecen una imágen engañosa de felicidad, y no la felicidad misma, que se encuentra únicamente en el ejercicio de la virtud. A ella toca hacer gustar unos placeres infinitamente mas agradables y mas lisonjeros que todos los que puedan dar las vanas diversiones del mundo ó la satisfaccion brutal de los sentidos. ¡Qué alegría tan dulce y tan pura nace sobre todo del apego inviolable al propio deber, y de la renuncia de los placeres prohibidos! Ella es inalterable como la virtud que la produce, y no está jamás sujeta á molestos reveses.

Sin querer prohibir absolutamente las recreaciones y placeres honestos y permitidos, es necesario al menos que sean siempre de aquellos que no ofen-

que todas estas diversiones tengan de abusivo ó vicioso: la pasión desordenada á los espectáculos, y cuanto pueda ser trascendental á las buenas costumbres; pero si por el abuso que pudiera hacerse de las diversiones públicas, hubiesen de prohibirse enteramente y cerrarse todos los teatros, ¿qué cosa por buena y santa que fuese, sería permitida en la sociedad de que los hombres no pudieran abusar? ¿Acaso no se ha abusado mas de una vez del ministerio de la palabra, y de la cátedra de la verdad? ¿Y habríamos por eso de proscribir los sermones y condenar el Santo ministerio de la predicación?

No confundamos, pues, la esencia de las cosas con el mal uso de ellas. Evítese en hora buena el exceso en todas; búsqense en las diversiones públicas, un honesto recreo, una inocente distraccion, el descanso y el soláz, pero ni se frecuenten con afán, ni se falte por ellas en ningun caso al cumplimiento de nuestros deberes públicos ó privados: sea el teatro lo que debe ser, la escuela de la moral en accion, representada con ejemplos; ofrezca la tragedia, lecciones terribles pero saludables, que inspiren amor á la virtud y horror al vicio, presentando siempre triunfante aquella y castigado éste, al paso que la comedia censúre riendo los vicios comunes y errores de la Sociedad: « veáanse en él, como decia el Sr. Jovellanos, continuos y heróicos ejemplos de reverencia al Sér Supremo y á la Religion de nuestros padres: de amor á la patria, al Soberano y á la constitucion: de respeto á las jerarquias,

den la piedad, ni las buenas costumbres; que nada tengan de contagiosos, y que no inspiren el gusto por la frivolidad, la disipacion y el olvido de los deberes.

Dejad, pues, á los hombres estúpidos y groseros unos placeres que les son comunes con las bestias; unos placeres que los degradan y envilecen, y que son mas bien una prueba de la flaqueza humana, que una señal de la distincion y elevacion del hombre. No pongamos jamás nuestra gloria en lo que produce nuestra vergüenza, y no busquemos en la prohibicion misma, un nuevo atractivo al deleite. Colocados en la tierra como en el jardin destinado á la morada del primer hombre, si el Autor de nuestro ser, por justas y sábias razones, nos prohíbe el uso de un fruto, aceptemos con re-

á las leyes y á los depositarios de la autoridad: de fidelidad conyugal, de amor paterno, de ternura y obediencia filial. Sea un teatro que presente príncipes buenos y magnánimos, magistrados humanos é incorruptibles, ciudadanos llenos de virtud y de patriotismo, prudentes y celosos padres de familia: amigos fieles y constantes: en una palabra, hombres heroicos y esforzados, amantes del bien público, celosos de su libertad y sus derechos, protectores de la inocencia, y acérrimos perseguidores de la iniquidad. En fin, un teatro donde no solo aparezcan castigados con atroces escarmientos los caracteres contrarios á estas virtudes, sinó que sean tambien silvados y puestos en ridiculo los demás vicios y extravagancias que turban y aflijen la Sociedad: el orgullo y la baja-za, la prodigalidad y la avaricia, la lisonja y la hipocresía, la supina indiferencia religiosa, y la supersticiosa credulidad, la locuacidad é indiscrecion, la ridícula afectacion de nobleza, de poder, de influjo, de sabiduría, de amistad, y en suma todas las manías, todos los abusos, todos los malos hábitos en que caen los hombres cuando salen del sendero de la virtud, del honor y de la cortesania por entregarse á sus pasiones y caprichos.»

Por último, no olviden los Gobiernos, que los pueblos no son ni pueden ser corporaciones de Cenobitas, consagrados exclusivamente á la contemplacion de las cosas del cielo; son si, por el contrario la reunion de varios hombres, que deben trabajar todos de consuno y activamente en su conservacion y prosperidad: que atendida la in-

conocimiento los que no nos están vedados. Gocemos de lo que se nos ofrece, sin creernos infelices por lo que se nos niega. Guardémonos de llegar con una mano temeraria al árbol prohibido, y de cojer su fruto que sería para nosotros un fruto de muerte. Respetemos la ley. Debemos á la majestad de Dios el tributo de una sumision perfecta á sus órdenes: debemos á su sabiduria el homenaje de una persuasion íntima, de que si somos admitidos á sus consejos, aplaudiremos los motivos de su conducta. A estos sentimientos respetuosos siempre los acompaña un placer puro y constante, los sigue una feliz tranquilidad, y en esta misma vida encuentran su recompensa.

dole y condicion de la especie humana, no es posible que vivan contentos ni sean por consiguiente felices, sin disfrutar de algunas diversiones y que así como sería un absurdo creer que pueden serlo privados de ellas, conocer que las necesitan y negárselas sería una inconsecuencia tan tiránica como peligrosa. Consideren igualmente, que divididos como están y estarán siempre, en dos grandes grupos ó clases, una de pobres y otra de ricos, una que trabaja, es decir, que vive del trabajo de sus manos, y otra que huelga, ó se mantiene del producto de sus rentas, del de los empleos ó profesiones lucrativas; si bien la primera no necesita que el Gobierno le proporcione diversiones ni espectáculos, bastando solo que no le impida aquellos placeres inocentes é inofensivos, á que los que la componen naturalmente se entregan con especialidad, en el campo, en las aldeas, y en las poblaciones cortas; no puede desentenderse de proporcionar á los que forman la segunda en las grandes poblaciones, aquellos espectáculos que reuniendo la utilidad al placer, les sirvan de provechoso soláz y entretenimiento, y que mas poderosamente influyan en su cultura y civilizacion no menos que en la mejora de sus costumbres.

Para que nuestros jóvenes lectores se instruyan á fondo, y puedan discurrir con acierto en la materia de que trata esta nota, además de la lectura del Batteux y de Blair, les recomendamos la de los Orígenes, del teatro español, de nuestro célebre Moratin, y la memoria sobre las diversiones públicas del Sr. Jovellanos. — T.

MAXIMA TRECE.

**Sed sóbrio en el trabajar ,
En el dormir y comer ,
Tendreis libres los sentidos ,
La salud sin padecer.**

Esta máxima encierra tres reglas de conducta muy sábias , y tan importantes para el alma como para el cuerpo , segun se verá por la explicacion que vamos á hacer de ellas.

Sed sobrio en el trabajar. La mayor parte de nuestros males y enfermedades, provienen de nuestros excesos. La fatiga arruina el cuerpo; el estudio inmenso y sin interrupcion, deseca el cerebro; y el cúmulo de grandes y pesados negocios, oprimen el espiritu. *Hijo mio*, dice el Sábio, *no te empeñes en una multiplicidad de acciones, porque si emprendes muchos negocios, harás muchas faltas en ellos; si los sigues todos, no podrás darles abasto; y si tiras con ellos adelante, te agobiarán enteramente* (1).

Esto no es decir que conviene ser negligente en sus negocios, ó abandonar el cuidado de ellos a otros: al contrario, atended á ellos por vos mismo cuanto os sea posible; pero tened en esto, como en todo lo demás, moderacion y sabiduria. Los negocios se os han dado como una ocupacion para vuestro espiritu: no hagais de ellos su suplicio.

(1) Fili, ne in multis sint actus tui; et si dives fueris, non eris immunis á delicto: si enim secutus fueris, non apprehendes; et non effugies, si præcucurreris.—Eccles. c. 11 v. 10.

Hijo, no quieras abarcar muchos negocios; porque si te hicieras rico, no serás exento de culpa. Yéndo tras de muchas cosas, no llegarás á alcanzar ninguna, y por mas diligencia que hagais no podrás dar salida á todas.—Sr. Amat. — T.

Interrumpid vuestra aplicacion con algun descanso (1). No trabajéis mas de dos horas seguidas, sin mezclarlas con algunos momentos de reposo. Volveréis con mas placer y gusto á vuestras ocupaciones: vuestra memoria será mas pronta, vuestro entendimiento mas penetrante, y vuestro juicio mas exacto: volveréis á ganar en breve el tiempo que os parecerá haber perdido: los negocios no irán mas lentamente, antes bien irán mejor, y conservareis vuestra salud, que unos trabajos demasiado largos y continuados no dejarían de alterar y debilitar.

Una aplicacion inmoderada no es menos nociva á los hombres de letras, que á los que tienen muchas ocupaciones y negocios. El espíritu se consume en algun modo como el cuerpo: las ciencias son unos alimentos que lo nutren y lo destruyen. El hombre sábio, arreglando sus estudios segun la fuerza de su temperamento, no irá á sacrificar su salud en unos trabajos inmoderados, ni abreviará inútilmente sus dias con esfuerzos, cuyo fin es haber aprendido en seis meses lo que otro hubiera estudiado en dos años. ¿De qué sirve la ciencia al que enferma ó se

(1) El ocio y el trabajo extremados, son malos igualmente; porque el uno no aprovecha y daña, y el otro perjudica y no aprovecha. La debilidad de nuestro cuerpo combatido de mil y mil enfermedades y miserias, no consiente que nos demos con demasiada intension á trabajar, sinó que midiéndolo nuestras fuerzas, alternemos con el descanso, mezclándolo ya la fatiga, ya la recreacion. De aquí proviene nuestro refran castellano que dice: *no por mucho caminar se llega mas presto*: y la razon es clara, porque si uno por abreviar el viaje, caminase sin descansar uno ó dos dias, sin duda caería enfermo, y no podría seguir, en cuyo caso, llegaría antes del término señalado, aquel que descansando, hiciese sus jornadas regulares. Lo propio sucede con las obras del espíritu; el que no interpola el afán con el descanso, y el trabajo con el soláz, utilizará cuatro dias; pero tal vez perderá cuatro meses.—Erasmus.—T.

muere? El célebre Pascal (B. 180), que de edad de diez y seis años habia compuesto un tratado de secciones cónicas, admirado de todos los sábios Geómetras, tuvo desde la edad de diez y ocho años una vida lánguida y enferma, causada ó á lo menos muy aumentada, por su grande aplicacion al estudio, y murió de treinta y nueve años. Se sabe que á los últimos de su vida, desecada su cabeza se desarregló, y que creía estar viendo sin cesar á su lado un precipio. Moreri (1), primer autor del *Diccionario histórico*, fué tambien la victima de su ardor por el estudio. La continuacion con que se entregaba á él, le llevó al sepulcro cuando apenas contaba treinta y ocho años.

Pero si el trabajo immoderado es de ordinario pernicioso, el ocio excesivo lo es aún mas (2). La inac-

(1) Sábio compilador, nació en 1645 en Bargemont, y murió en 1680: publicó en Leon de Francia un Diccionario Histórico y Geográfico, obra sumamente preciosa, que le ha grangeado una justa y merecida celebridad.—T.

(2) La estrechísima union que el Señor puso entre el ánimo y el cuerpo, es mucho mayor que la que tiene el niño que aún está en el vientre con su madre; y así como padeciendo la madre, el hijo padece tambien, con mas eficacia participa el cuerpo de las enfermedades del espíritu; y se experimenta que un sentimiento ó pesadumbre espiritual, destempla y enferma al cuerpo con mayor vehemencia que un golpe ú destempe de humores: y al contrario una alegría, un gusto recibido le trae la salud maravillosamente. Esta es la causa porque el hombre dado á la vida poltrona y descuidada, por lo comun está lleno de achaques y humorazos provenientes de la inaccion y entorpecimiento de su espíritu, que comunicado á los miembros, le viene á dejar inútil, no solamente para la vida civil, pero aún para la vida natural. La ociosidad es madre de todos los vicios, y enfermedad que cada día debilitando mas y mas al enfermo, le llega á imposibilitar para la salud. Yo soy de sentir, que al hombre negligente y apoltronado, se le debia privar de los derechos favorables de la sociedad, y considerarle como el hombre mas vil de la república, aunque él fuese un Conde ó Duque, pues estos títulos pomposos exteriores, en nada minoran la vileza interior del espíritu. — Erasmo. —T.

cion es como el orin, que gasta mucho mas que el uso: una llave de que se sirven continuamente, siempre está limpia.

La ociosidad corrompe lo que hay en nosotros mas incorruptible y mas divino. Una vida ociosa sofoca las semillas de las virtudes, y no produce sinó crímenes y vicios, así como de una tierra inculta no salen mas que abrojos y espinas. Las yerbas mas malas nacen á la sombra, y en los lugares estériles: las aguas estancadas están siempre corrompidas y mal sanas. El que nada hace, piensa en hacer mal, y en breve lo hará. A las veces basta dar á la ociosidad una hora y aún menos, para hacer perecer una virtud de muchos años.

La ocupacion y el trabajo moderado, tienen aún otra ventaja: la de preservarnos del fastidio, este enemigo doméstico de nuestra felicidad, y la de hacer correr los dias con una rapidez admirable. Por la ociosidad ha entrado el fastidio en el mundo. No se buscan tan ansiosamente los plácemes, el juego, y las compañías sinó porque no se sabe con que *matar el tiempo*. El que ama el trabajo se basta á sí mismo.

El sábio no está jamás ocioso: él toma algunas ocupaciones honestas para llenar el vacío que sus negocios le puedan dejar. Persuadido de que el trabajo menos honroso, deshonra aún menos que la pereza, no se avergüenza de ningun trabajo, y solo tiene por afrenta estar ocioso. Si el tiempo le parece dulce, no es porque en nada se ocupe, sinó porque es dueño de escojer y moderar sus ocupaciones.

En lugar del trabajo mecánico, que no es de todos los gustos, ni de todos los estados; en defecto de los negocios que no bastan siempre á ocupar todos los momentos, el sábio sabe proporcionarse ocupaciones tan agradables como útiles. Ya gozando

de si mismo en una graciosa soledad , se divierte é instruye con aquellos ilustres autores , cuyas obras componen su biblioteca , y forman sus delicias. Ya se complace en observar y estudiar la naturaleza, cuyo libro admirable , abierto á los ojos de todos, se lee tan raras veces: y ya las producciones diferentes que la tierra hace brotar de su seno , y que prodiga á los que gustan de cultivarla , lo ocupan de una manera variada y siempre nueva ; y elevando sus pensamientos hasta el Autor mismo de la naturaleza , lo llenan de admiracion y de reconocimiento. Si sale de su retiro para entregarse á la sociedad , la justicia, la humanidad y la beneficencia se apresuran , por decirlo asi , á hacerle la córte, y á señalar todos sus pasos con alguna accion virtuosa. ¡Qué ocupacion puede haber mas bella, y mas digna del hombre!

En el dormir. Las cosas mas útiles , y tambien las necesarias, pueden volverse perniciosas ; y por todas partes el mal está junto al bien. El sueño es sin duda unos de los mas bellos presentes del cielo. Él precave las enfermedades , repara las fuerzas , descansa de los trabajos, y atempera las amarguras y las penas de la vida. Pero si deseais que vuestro sueño, conforme á las intenciones de la Providencia, sea dulce y apacible , y que sea para vos un sueño de salud, tened cuidado de arreglarlo segun los consejos de la sabiduria.

El Autor de la naturaleza ha destinado para el sueño el tiempo de las tinieblas, no escojais el dia, y no os acostéis cuando la aurora viene á avisar á los hombres que se levanten. No os imagineis que no podeis ser feliz, sinó trastornándo el órden de la naturaleza. No creais que es baja el estar iluminado por la misma antorcha que el universo ; y no pongais vuestra gloria en velar mientras los otros re-

posan. Afectar el distinguirse por esto, es una pequeñez que anuncia la del mérito. Por otra parte, no es igual para la salud, como lo diremos mas abajo, el velar demasiado por la noche, para levantarse muy tarde.

La sabiduria, que señala el tiempo del sueño, arregla tambien su duracion. Se sabe la máxima de la Escuela de Salerno (1):

Septem horas dormire, sat est juvenique, senique
Siete horas de sueño, le bastan al jóven y tambien al viejo.

Los médicos convienen, en que una persona que está por lo ordinario diez ú once horas en la cama, sale de ella siempre menos sana; y los *Casuistas* (2) dicen, que sale siempre menos inocente y menos casta (3).

Las personas que se levantan tarde, dañan mucho su salud, creyendo conservarla. El tiempo de la mañana es en el que el aire es mas sano y puro: intro-

(1) Ciudad del Reino de Nápoles, capital del principado Citerior, en el Golfo de Salerno; célebre en otro tiempo por su escuela de medicina, fundada por Roberto Guiscar, á fines del siglo XI, de la cual se conoce una coleccion de *Aforismos* en versos latinos, á que se refiere Blanchard. — T.

(2) Llamáanse así los Teólogos cuyos estudios tienen por objeto resolver los *casos de conciencia*, es decir, decidir si tal accion es buena ó mala. Estos dificiles encargos han sido el origen de muchos abusos, y las doctrinas acomodaticias de ciertos *Casuistas*, han desacreditado para siempre esta especie de Teólogos. — T.

(3) Con efecto el mucho dormir encrasa los humores, quita las fuerzas, entorpece los miembros, embota el entendimiento, obscurece la memoria y vicia la voluntad. Quien gusta mucho de las sábanas, vendrá á disfrutarlas tanto que al fin le pese. La cama es como el palacio, bueno para un dia, malo para un año; quiero decir, buena para descansar, mala para complacerse; en los jóvenes especialmente, es el estercolero donde se engendran todos los vicios. — Erasmo. — T.

duce en el que lo respira, principalmente en el campo, una fuerza y una sanidad que se siente interiormente todo el resto del día. La frescura del rocío, que es tan propia para refrescar la sangre; el perfume de las flores, que es como un bálsamo volátil, y que nunca es tan sensible como al despuntar de la aurora; todo esto hace correr en las venas un principio de vida, que el calor de un blando lecho y el aire corrompido de un aposento mucho tiempo cerrado, no pueden hacer sinó destruir. Acostarse á buena hora y levantarse temprano, como lo han dicho algunos, es el medio mejor de conservar la salud y la hacienda.

El demasiado dormir, no tan solamente daña al cuerpo y al alma, sinó igualmente á los bienes y á las necesidades de la vida. La diligencia y el trabajo atraen las riquezas; pero la pereza y el sueño son de ordinario seguidos de la indigencia. «No ames el sueño, dice Salomon, no sea que caigas en la necesidad: sé vigilante y vivirás en la abundancia. Tú dormirás un poco, tú dormirás un rato, cruzarás otro poco los brazos para dormir, y la indigencia vendrá á sorprenderte, como un hombre que camina á largo paso; y la pobreza se asirá á ti como un hombre armado. Pero si eres laborioso, tu mies será como un manantial abundantísimo, y la indigencia huirá lejos de ti. Yo he pasado, dice también, por el campo del perezoso, y por la viña del hombre insensato: yo he encontrado que todo estaba lleno de ortigas, que las espinas cubrían toda su superficie, y que la muralla estaba caída. Al ver esto he hecho mis reflexiones, y me he instruido con el ejemplo (1).»

(1). Usquequó piger dormies ¿cuando consurges é somno tuo?
Paululum dormies, paululum dormitabis, paululum conseres manus, ut dormias:

Lo que el Sábio os recomienda además si quereis dormir feliz y apaciblemente, es evitar todo lo que podria abrir las puertas á la vigilia, á las inquietudes del espíritu, á los movimientos tumultuosos de las pasiones, y á los excesos de la intemperancia.

La justa medida del reposo, la regularidad y tranquilidad del sueño, son uno de los mas firmes apoyos de la salud. El que no duerme mas que lo necesario, y el tiempo mas propio para el sueño, aquel cuya alma no está agitada de alguna pasion violenta, ni el cuerpo sobrecargado por algun exceso, se acuesta y se duerme al instante. Su sueño es tranquilo y profundo, y es difícil sacarle de él. Pero luego que la naturaleza está satisfecha, y sus fuerzas reparadas, se despierta; está fresco, sano, vigoroso y alegre, como se vé de ordinario en los artesanos y en las gentes del campo. No

Et veniet tibi, quasi viator, egestas, et pauperies quasi vir armatus. Si vero impiger fueris, veniet ut fons messis tua, et egestas longé fugiét á te. — Prov. c. 6. v. v. 9, 10 y 11.

(1) Per agrum hominis pigri transivi; et per vineam viri stulti;

Et ecce totum repleverant urticae, et operuerant superficiem ejus spinæ, et maceria lapidum destructa erat.

Quod cum vidissem, posui in corde meo, et exemplo didici disciplinam. — Prov. c. 24. v. v. 30, 31, y 32.

¿Hasta cuándo has de dormir tú, oh perezoso? ¿cuándo despertarás de tu sueño.?

Tú dormirás un poquito, otro poquito dormirás, otro cruzarás tus manos para dormir y *he aquí que* vendrá sobre tí la indigencia como un salteador de caminos, y la pobreza como un hombre armado.

Al contrario, si fueres diligente, tús cosechas serán como un manantial *perenne*, y huirá lejos de tí la miseria.

Pasé un día por el campo de un perezoso, y por la viña de un tonto; y ví que todo estaba lleno de ortigas, y la superficie cubierta de espinas, y arruinada la cerca de piedras.

A vista de esto, entré dentro de mí, y con este ejemplo aprendí á gobernarme. — Sr. Amat. — T.

sucede así á las del gran mundo, y á los desocupados, que para tomar ó prolongar su reposo consultan la molicie mas que la necesidad, la pereza mas que la falta, y el capricho mas que la naturaleza. Es vano que esperen el sueño; el huye de sus ojos, y su misma impaciencia no sirve sinó para alejarlo mucho mas:

Ved asimismo aquellos ricos, aquellos voluptuosos, aquellos hombres importantes, que encargados de cuidar del reposo de otros, no lo toman jamás. Agitados por los cuidados, los negocios, los proyectos, los placeres y los pesares del dia, y abrasados de los alimentos y de los licores, se acuestan con un espíritu inquieto, un pulso precipitado, y sobrecargado el estómago. La inquietud, la desazon y la fiebre se acuestan con ellos, y los tienen mucho tiempo desvelados. Si se duermen, su sueño es lijero, inquieto y turbado por fantasmas espantosos, y siempre despiertan con agitacion y sobresalto. Se levantan con palpitaciones, con fatigas, con abatimiento y mal humor. Pasando así las noches, en vez de reparar sus fuerzas, las agotan; su sangre lejos de purificarse y de refrescarse, se condensa y se inflama: su salud se altera, se destruye poco á poco; y á esto sobreviene alguna grande enfermedad, cuyo término es la tumba.

¿Quereis, pues, que el sueño introduzca en vuestros miembros la salud y la vida? Huid de la multitud de negocios, moderad vuestras pasiones, evitad los excesos, y usad sóbriamente del sueño mismo. El parece á los remedios, que demasiado multiplicados ó reiterados con frecuencia, no hacen ya efecto alguno.

En el comer. No seais semejante á los que parece que no tienen otros negocios mas importantes que comer por la mañana y cenar por la noche,

y que parece que solo han nacido para la digestion. No vivais para comer, sinó comed para vivir. Amad las cosas buenas, mas para los otros que para vos, y consultad menos vuestro gusto que el suyo. Preferid lo más sano á lo mas regalado. La eleccion y el gusto de los alimentos, cuando no se tiene otro fin que el de conservar la salud, y ponerse en estado de cumplir sus obligaciones, no están prohibidos por la sabiduria, entran tambien en la intencion benéfica del Criador: y se sabe la respuesta que dió un dia Descartes sobre este asunto. Un rico, cuyos conocimientos eran demasiado limitados, viéndole comer algunos bocados regalados, le dijo: « ¡Pues qué! ¿ los filósofos comen de esas golosinas? — ¿ Por qué no, respondió Descartes? ¿ creéis por ventura que la naturaleza ha criado las cosas buenas solamente para los ignorantes? »

Guardaos, sin embargo, de ser ó parecer demasiado delicado. Muchas gentes se hacen las delicadas por vanidad. Lejos de dar en semejante pequenez, aunque tengais el gusto fino y delicado, sabed olvidarlo en la mesa, ó á lo menos ocultarlo. No se encuentra nada bueno cuando uno es demasiado difícil de contentar, y se hace padecer á los otros por una delicadeza demasiado refinada. Si un guisado menos bueno, ó un plato menos bien condimentado excita en vos mal humor, aquellos á quienes pretendéis regalar, podrán con razon decir de vos como el poeta cómico:

*No hay otro plato mas malo
Que su persona tan necia,
Que corrompe en mi sentir,
La comida que dispensa.*

Sería aún peor que fuérais á ostentar este carácter á casa de los otros: pocas gentes querrian recibiros, y por mas cuidado que tuviesen, y por mas espléndido banquete que os diesen, os creeriais siempre mal obsequiado. El verdadero saber vivir es saberse acomodar á los tiempos y á los lugares. Las cosas mas delicadas no son siempre las mas agradables, ó no lo son mucho tiempo, porque es difícil gustarlas con aquella moderacion que aumenta el placer arreglándolo. La sábia naturaleza, que nos advierte ordinariamente antes de castigarnos, ha puesto en el placer de la mesa como en todos los demás, el disgusto al lado del exceso. Lo que es muy delicado, ó se toma sin medida, deja de agradar porque ha gustado ya demasiado.

Es permitido, y tambien loable, no prodigar la salud aunque sin tener un cuidado nimio de ella. Es sin contradiccion el mas precioso de todos los bienes que sirven á la vida, el que los hombres estiman mas, y de que frecuentemente cuidan menos. Sin la salud la vida es una carga; y es una grande extravagancia el abreviarla, ó hacerla mas triste con aquello precisamente que está criado para conservarla y alegrarla. Nada arruina mas la salud, ni abrevia mas los dias, que los excesos de la boca, pues son mas homicidas que la espada. Alejandro, a quien tantos combates, trabajos y fatigas, no habian podido vencer, fué vencido por el vino y por la disolucion; y murió en Babilonia en medio de los placeres, á los treinta y dos años de edad.

No conocer ni gustar mayores placeres que los de la mesa, es un vicio que degrada. ¿Acaso no hemos sido criados sinó para comer y beber? ¿Y no hemos nacido para otra cosa mas elevada y mas noble que para los placeres brutales? ¡Qué vergonzosa gloria es la que se cifra en la posibilidad de llenar el

vientre, ó en un apetito glotón! El emperador Wenceslao hizo caballero á un famoso bebedor, y la recompensa era digna de este príncipe. Enrique IV no obró del mismo modo. Un hombre que comia tanto como seis, se presentó un dia á este monarca, con la esperanza de que obtendria con que mantener un talento tan bueno. « El rey, que habia oido hablar de este hombre, le preguntó si era cierto que comia tanto como seis? — Si Señor, respondió. — *¿Y trabajas á proporcion,* añadió el Rey? — Señor, repuso, yo trabajo tanto como otro de mi fuerza y de mi edad. — *Ventre Saint gris,* dijo este Príncipe, si tuviese en mi reino muchos hombres como tú los haria ahorcar, porque tales picaros en breve lo arruinarían.»

En efecto, ¿quién duda que la fuerza y la salud son la herencia de la sobriedad y del ejercicio, como el decaimiento y la enfermedad lo son de la inaccion y de los excesos de la mesa? (1). ¿Porqué se vé una diferencia tan grande de temperamentos, de salud y de fuerza, entre el labrador ó el artesano, y el rico, el voluptuoso y el regalado? ¿No se debe atribuir la principal causa de esto á la diferencia de sus alimentos y de sus bebidas? El pan mas grosero, los manjares mas simples, la bebida mas natural, son el nutrimento de los primeros. La necesidad que hace de ellos todo el agrado, arregla tambien la cantidad; y como estas cosas no tienen por si mismas nada de atractivo, no toman

(1) ¿Quieres estar sano y bueno? pues bebe poco vino, cena ligeramente, haz ejercicio despues de comer, no duermas la siesta, desembarázate luego de las necesidades naturales, no las detengas; huye todo cuidado molesto, evita toda inquietud y movimiento de cólera: yo te aseguro, que observando todos estos puntos, vivirás con salud muchos años. Son consejos de la Escuela Salernitana á un rey de Inglaterra. — T.

de ellas nunca más de lo necesario; la digestión se hace fácilmente y sin dolor, al cabo de algunas horas renace la necesidad, y se satisface con el mismo placer.

No sucede así á los ricos y á las personas del gran mundo. Se ven sobre aquellas mesas, en donde reina la magnificencia, el lujo y la suntuosidad, las carnes jugosas, las aves de superior gusto, los pescados delicados y los guisados variados de diferentes maneras, y hechos mas ardientes por los aromas que les mezclan con demasia. Los vinos mas famosos y mas violentos, el aguardiente desfigurado bajo las formas mas agradables y mas peligrosas se encuentra en todas sus comidas. La impresion lisonjera de todas estas cosas, determina las mas veces á tomar mas de lo que se necesita, y lo demasiado en este género, daña aún mas que lo muy poco; el estómago sobrecargado digiere mal, y todas las funciones del cuerpo se desarreglan.

Al contrario, la sobriedad, hace que el cuerpo esté descargado y pronto, y lo mantiene en una salud firme y vigorosa. Se dice, que un rey de Persia envió al Califa Mustafá, un médico muy habil. Luego que éste llegó, preguntó que como se vivia en aquella corte; y habiéndole respondido, « que comian cuando sentian hambre, y que aún no la satisfacian enteramente, dijo: « Me retiro, pues nada tengo que hacer aqui.»

La templanza, que es el manantial de la salud, lo es tambien de la vida larga. *Los excesos de la boca, dice el Sábio, han muerto á muchos; pero el hombre sóbrio vivirá mas largo tiempo* (1). Se ha

(1) Propter crepulam multi obiarunt: qui autem abstinens est, adjiciet vitam.—Eccles. c. 37. v. 34.

De un hartazgo han muerto muchos; mas el hombre sóbrio alargará la vida.—Sr. Amat — T.

notado que habia mas viejos en Italia que en Francia, lo que no solamente se atribuye á la sanidad del aire y á la dulzura del clima, sinó á la sobriedad de los Italianos.

«La templanza y el trabajo, dice el filósofo de Ginebra (1) son los dos verdaderos médicos del hombre: el trabajo excita su apetito, y la templanza le impide abusar de él. Habiendo preguntado un médico al P. Bourdaloue (B. 181), qué régimen de vida observaba, este padre le respondió, «que no hacia sinó una comida al dia. Guardaos le dijo el médico, de hacer público vuestro secreto, porque nos privaríais de oficio (2).»

Habiendo caído malo en Roma San Carlos Borromeo, se vió obligado á consultar á los médicos; pero no conviniéndose estos entre si sobre su enfermedad, el Santo se aprovechó de sus contradicciones para no ponerse en sus manos, y para establecerse él mismo un régimen de vida. Principió á cercenar de su mesa todo lo que era delicadeza, y que no servia sinó para lisongear el gusto; y habiéndose acostumbrado poco á poco á una vida dura y sóbria, en breve quedó libre de su pituita, de su tós, de sus demás incomodidades ordinarias, y aún se puso tan robusto, que causa sorpresa la fuerza con que soportó los mas ásperos trabajos del obispado, á que por su celo se entregaba.

La vida humana, que tan corta parece todos los dias para la mayor parte de las gentes del mundo, se vuelve aún mas. Se consideran con razon las espe-

(1) Es J. J. Rousseau. — T.

(2) Si te faltan médicos te propongo tres que nunca pueden faltarte. «alegría de ánimo, descanso moderado, y dieta»; en todas partes se hallan estos tres médicos de la Escuela Salernitana. — T.

cias y los aromas, presentes funestos del nuevo mundo, como una de las principales causas porque se acorta la vida, pues todo lo que apresura la palpitation del corazon, hace que lata mucho menos tiempo, y que los órganos se gasten mas pronto. A estos venenos, que el arte de los cocineros prepara y varia de mil maneras, como si temieran que no fuesen bastante activos, unid esas bebidas fuertes y ardientes, que acaban de introducir el extrago y la llama en las entrañas, y podreis fácilmente juzgar que efectos perniciosos debe producir todo esto. ¿Podemos sorprendernos de tantas muertes prematuras, ó repentinas de que oimos hablar cada instante?

Timoteo, ilustre ciudadano de Atenas, habia cenado frugalmente en casa de Platón, con muchísimo placer. Habiéndole encontrado al dia siguiente, le dijo: «Amigo, vuestra cena me agrada mucho, porque se encuentra uno bueno, hasta en la mañana siguiente (1)».

Permitasenos hacer aquí una reflexion. Se jacta uno de ser, ó de parecer reconocido hácia los hombres, y se olvida de serlo, ó se avergüenza de parecerlo hacia Dios! ¿Por qué en tantas casas dónde se llaman cristianos, se ha abandonado la religiosa costumbre de nuestros padres de levantar su corazon y sus pensamientos al cielo antes y despues de comer, para hacer bajar su bendicion, y subir hasta él acciones de gracias, y para ennoblecer por la religion un acto que nos confunde con los animales? Vanaglo-

(1) Habiendo asistido Timoteo á la cena frugal de Platon, decia que todos los que habian cenado con este filósofo, se hallaban buenos al dia siguiente. «Así lo refiere Plutarco en su libro de la conservacion de la salud.»

Timoteo decia una verdad, porque ninguno de los convidados á la mesa de Platón habian excedido los límites de la templanza, que es la fuente y la madre de la Salud. — T.

riémonos siempre de reconocer y agradecer la mano benéfica que derrama sobre nosotros sus dones con tanta bondad, y algunas veces con tanta profusion: cuánto es mas generosa con nosotros, tanto mas reconocidos debemos estarle, y sobre todo abusar menos de sus beneficios.

Lo que cierto es, que la medicina no tiene remedios mas excelentes para precaver los males que el ejercicio, la templanza y la alegría. Preguntaron un dia á Leoniceni (1), célebre médico italiano, con qué secreto habia conservado por espacio de mas de ochenta y dos años, su memoria todos sus sentidos, derecho el cuerpo, y una salud llena de fuerza. El respondió: que debia el vigor de su espíritu á la pureza de costumbres en que habia vivido siempre, y la salud de su cuerpo á su sobriedad y alegría. Esta para ser pura y constante debe tener su origen en la satisfacción del espíritu y en la tranquilidad de la conciencia. La buena conducta es la madre de la alegría, y la alegría la madre de la salud.

(1) Nicolás: nacido en Lúnigo, en el Vicentino, el año 1428. Fué muy versado en las bellas letras, y enseñó con grande reputacion la Medicina en Ferrara, por espacio de mas de sesenta años. A él se debe la primera traduccion latina de las obras de Galeno; y cuando le preguntaban por qué no queria dedicarse al ejercicio y práctica de su profesion, solia responder: « porque creo servir mejor al público y á la humanidad, enseñando á los médicos, que visitando enfermos.» Murió en 1524 á la edad de 96 años, y la salud robusta y vigorosa que disfrutó durante toda su vida, se atribuye generalmente á su grande sobriedad y pureza de costumbres. —T.

MAXIMA CATORCE.

**Jugad solo por placer ,
Y perded muy noblemente ;
Sin que pródigo seais ,
Expended prudentemente.**

El juego es para muchas personas una de las mas divertidas distracciones. Corrije por su dulzura la amargura de las penas , y por su agrado descansa de la fatiga de los negocios. Es, pues, algunas veces permitido y aún útil el jugar. Pero no se debe, segun el bello pensamiento de S. Agustin, y el espiritu del cristianismo, tomar el juego sinó como una medicina, por la necesidad solamente, ó cuando las circunstancias hacen de él como una especie de obligacion respecto de un enfermo, de un amigo ó de un forastero, á quienes por cortesia se debe entretener algunos ratos. Un sábio pagano, cuyas máximas de moral parecen haber sido dictadas por la mas sana razon, no permite jugar sinó despues de un largo trabajo y de unas ocupaciones importantes. ¿Qué hubiera dicho de aquellas personas del mundo, que emplean, ó por mejor decir, pierden todos los dias tantas horas en el juego, sin que ninguna ocupacion séria justifique este descanso, y para quienes tambien el juego es ordinariamente una ocasion de despreciar sus negocios, la educacion de sus hijos, el cuidado de su salud, y de todas sus obligaciones?

La sabiduria, que condena tan severamente todos los abusos, no puede aprobar el del juego; la pérdida del tiempo, el olvido de sus deberes, el gusto á una vida inútil y disipada, el apego al placer del juego, que produce casi siempre su frecuencia.

Si ella nos recomienda aquí el jugar por diversion, no deja por esto de prohibirnos el jugar por interés, y el hacer del juego, como tantas personas, un negocio importante, una séria ocupacion.

Mirad un grupo de jugadores colocados al rededor de una mesa: ¡qué gravedad en sus semblantes! ¡Qué melancólico silencio! Estos pasan los dias, y de ordinario las noches enteras sin mudar de puesto. La casualidad, ciega y feróz divinidad, preside al juego, y decide en él como soberana, de la ventura ó la desgracia, de la alegría y de la tristeza. En lugar del contento y del placer, que están desterrados de estos lugares, se vé en ellos el deseo de ganar y el temor de perder, que lleva siempre trás si un grueso juego, las quejas, las aficciones, y algunas veces una alegría maligna mezclada de inquietud, ó una lisonjera esperanza que frecuentemente se cambia en desesperacion. ¿Quién podrá pintar todos los diversos movimientos que se pintan alternativamente, ó se confunden juntos en los semblantes de los jugadores, y que anuncian la turbacion y el desórden de su alma?

Mudemos de escena, y trasportémonos á una de aquellas honradas y estimables familias, á las cuales se agregan algunos amigos escogidos, que despues de haber empleado la mayor parte de su tiempo en útiles ocupaciones, ó los dias concedidos por la religion al reposo y al descanso; juegan juntos un pequeño juego de comercio, menos por ganar y vencer, que por prestarse mutuamente á una distraccion necesaria, ó por evitar otras clases de placer mas costosas y menos inocentes. Nosotros veremos allí reinar la alegría, la paz, la decencia y la moderacion.

Asi, como ellos, abrid vuestro corazon á los placeres permitidos, y no os negueis á los recursos gratuitos de una honesta diversion. Interrumpid vues-

tro trabajo cuando la razon ó la necesidad lo piden. Jugad, y dad descanso á vuestro espíritu segun vuestra inclinacion, y escojed entre los juegos el que mas os agrade, y sea mas propio para divertirlos. Pero tened por máxima inviolable, que el juego sea siempre un recreo. No juguéis jamás (por mucho que se repita no será demasiado) ni juego recio, ni juegos de azár: un juego en que uno se deja arrebatarse del deseo de la ganancia, ó se desespera de la pérdida, ¿puede ser el origen de un placer puro y delicado?

¡De cuántos pesares, y aún infelicidades no llega á ser la causa frecuentemente! Estándo prisionero en España Francisco I, rey de Francia, jugó un dia con un grande, y le ganó una cantidad muy considerable. El español picado de su pérdida, al pagar al rey, le dijo con mucha fiereza: «Guarda esto para tu rescate.» El monarca, irritado del insulto, le mató de una estocada. Los parientes pidieron justicia á Carlos V, quien instruido de como habia pasado el lance, respondió: «El grande no tenia razon; todo rey, es rey en todas partes.»

No expongais jamás al juego sinó lo que podeis dejar en él sin comprometerse vuestra fortuna ni vuestra conciencia, y sin prepararos motivos de pesar y de arrepentimiento. Sabed antes de embarcaros, lo mas que teneis ánimo de perder: miradlo como perdido; y si la fortuna huye de vos, no corrais detrás de ella; y no os obstineis en recuperar vuestro dinero cuando se os ha ido de las manos.

Desconfiad tambien de la fortuna cuando os favorece: temed sus pérfidas caricias. A veces se entrega el hombre á una engañosa esperanza, que semejante á aquellos *fuegos fátuos* que se ven dar vueltas por los lugares pantanosos, ó sobre los sepuleros, no brilla de tiempo en tiempo á los ojos del jugador, sinó para arrastrarlo al precipicio y causar su ruina. Por

que este es en realidad el término de casi todos los juegos fuertes, y el triste destino de los jugadores de oficio.

No jugueis como hemos dicho ya, sino para distraeros y descansar de las ocupaciones serias; para libraros de algunas molestias pasajeras, ó pesares que os aflijan; ó cuando no podais dejar de hacerlo. Pero sobre todo, procurad conducir bien en el juego; cuánto mas os favorezca la suerte mas modesto debéis mostraros: y ora sea que ganeis ó que perdais, conservad siempre un semblante sereno, y sin sobrecejo.

No hay cosa alguna que mas revele el verdadero carácter de las personas, que el juego. Debeis procurar, pues, dominaros de tal modo, y tener tan á raya vuestros naturales ímpetus, que no os expongais á perder en un momento la buena opinion que se tenga de vosotros, y por mas contrario que os sea el juego, haced por ganar alguna cosa mas preciosa que vuestro dinero, á saber, la estimacion de aquellos con quienes jugueis.

Esto no es decir, que se deba jugar con una entera indiferencia, porque si la sobrada atencion al juego descubre un fondo de orgullo ó de avaricia, el absoluto descuido no conviene sino á un fatuo ó á un mentecato, que no reflexiona que el juego no puede causar placer sino en cuanto se juega bien. Es preciso huir igualmente así de la distraccion como de la atencion excesiva, no manifestando, ni una total indiferencia, ni una suma inquietud. Jamás disputéis con vuestros compañeros, ó hacedlo con tanta cortesía y respeto, que no les cueste ningun trabajo el ceder. Confesad de buena fé vuestro error ó falta de razon, cuando os la hagan conocer, y si fuere necesario ceded de vuestro derecho. Siempre ganareis mucho si sabeis hacerlos estimable.

**Sin que pródigo seais,
Expended prudentemente.**

¡ Cuántos pesares se prepara uno cuando no quiere aprender el secreto de medir su gasto con su fortuna ! La causa mas ordinaria de la ruina de muchas personas es, que arreglan su gasto segun su estado , y no segun sus medios ; segun su ambicion y no segun sus riquezas. El lujo , hijo de la molicie y de la vanidad, conduce á la pobreza por unos caminos brillantes y agradables ; pero solamente los locos los siguen.

Una especie de lujo moderado entra en las miras de la naturaleza , que ha derramado , asi en la tierra como en los cielos, una magnificencia igual á su grandeza , pues no ha prodigado tantos beneficios á los hombres para prohibirles su uso. Pero lo que la razon nos prohíbe , es un lujo excesivo ó dañoso, es todo goce supérfluo que no está prescrito , ni por lo que es justo conceder á su calidad , ni por lo que exige el uso legitimo de la nacion en donde se vive, y cuyo cercenamiento no puede dejar de merecer la aprobacion de las gentes sensatas. ¿ Para qué aprovecha la multitud de lacayos insolentes y perezosos que juegan y duermen en una antesala ? ¿ De qué sirve á las mujeres el exceso ridiculo de adornos, la loca pasion de modas y novedades , que cuestan tan caras y pasan tan pronto ?

Ya sé que la sabiduria permite seguir aquellas modas, que sean indiferentes, y que no ofenden á las costumbres ni desarreglan la hacienda. Aunque las modas no sean de ordinario sinó hijas de la inconstancia y del capricho , las personas mas sábias se ven algunas veces obligadas á conformarse y someterse á ellas por no parecer ridiculas.

Si es permitido á las personas de cierta condicion llevar vestidos ricos y magnificos , tambien será mas glorioso y estimable el quedarse un poco inferior á su estado. La modestia y el pudor serán siempre, especialmente en las mujeres , el mas bello y noble ornamento de su sexo. Este era el de la virtuosa esposa de Enrique III, Luisa de Vaudemont (1). En medio del lujo y del fausto mas indecente , no se distinguia sinó por la sencillez de sus vestidos. Lo que dió lugar á una aventura bastante singular. Pasando un dia por la calle de San Dionisio , entró en la tienda de un mercader de sedas. Encontró allí á la mujer de un presidente magnificamente vestida , y muy preocupada en la eleccion de preciosas telas. La reina la observó algun tiempo en esta ocupacion; y viendo que no atendia á que ella estaba en la tienda , se acercó á esta dama , y la preguntó quien era. La presidenta , que se veia sin comparacion mucho mejor vestida que la reina , y que tenia todos sus sentidos absortos en considerar la calidad y hermosura de las telas que estaba examinando , la respondió ásperamente que se llamaba la presidenta N. La reina , entónces riéndose la dijo: «madama, seguramente estais muy engalanada para una mujer de vuestra calidad.—La presidenta sin apartar la vista de las telas replicó: pero no es á vuestra costa , madama. » Uno de la comitiva de la reina advirtió á la presidenta que considerase á quien hablaba. Miró entónces á la reina , y habiéndola reconocido , se arrojó á sus pies pidiéndola perdon. Habiéndola levantado la princesa , la reconvino con dulzura por

(1) Pueblo del departamento de Meurthe , erigido en condado en 1070 , del cual tomaron el nombre los hijos segundos de la casa de Lorena.—T.

el lujo de sus vestidos, dándola sin embargo muestras inequívocas de su benevolencia.

Los jóvenes muy ricos, y los que han llegado á serlo en poco tiempo, son ordinariamente pródigos, porque ignoran el verdadero uso de las riquezas. Imaginan también que la fortuna, que los ha tratado tan favorablemente, no los abandonará jamás, y creen tenerla encadenada en sus casas; pero desatada bien pronto por su mano pródiga, vuela y no vuelve mas.

Debemos acordarnos que por mas dueños que seamos de los bienes que poseemos lejitimamente, tenemos un Señor de quien los hemos recibido: y que le daremos una cuenta rigurosa de ellos, ya sea que por nuestra avaricia los hayamos hecho inútiles para nosotros y para los demas, ó sea que por nuestra prodigalidad y mal uso, nos hayamos imposibilitado de hacer bien á los miserables é infelices.

Aunque la disipacion no sea tan universalmente despreciada como la avaricia, porque tiene algo de brillante, que hierde los ojos de la multitud y los deslumbra; el pródigo que todo lo ha disipado y que ya no tiene nada, es quizás mas despreciado que el avariento. En el tiempo mismo de su abundancia, sus profusiones no le preservan siempre del desprecio que merece. Rodeado de falsos amigos y de bribones que fingen estimarle y honrarle, recibe el incienso engañoso de una turba de libertinos que se divierten á su costa, de pegotes aduladores que le alaban y le devoran, y de mendigos galoneados que le hacen el honor de comerle su hacienda, y le desprecian. Se atrae por un gasto excesivo y por un fausto ridiculo la befa de toda una ciudad, á la cual cree obcecarse, y se arruina haciendo que se burlen de él. Dos pródigos parecia que disputaban entre sí cual haria gastos mas locos y desatinados, «Me parece, dijo una persona de talento, que los veo cumplimentando-

se á la puerta de un hospital y convidándose reciprocamente á entrar en él, el uno antes que el otro.»

Sucede con la prodigalidad lo que con el fuego, que se consume devorando la materia que debe alimentarlo. Reducido á una mendiguez imprevista, en breve se vé obligado el pródigo á recurrir á los otros. Pero le falta todo recurso; porque si la liberalidad hace amigos, la prodigalidad solo gana ingratos. Aquellos á quienes ha nutrido y engordado, son los que mas le desconocen. Unos amigos mas nobles, que le habrian socorrido, sinó hubiese sido mas que desgraciado, le abandonan. Entregado á sí mismo y á sus reflexiones, el recuerdo de su primera situacion le lacera todos los momentos: mil veces mas infeliz que el avaro, porque siente toda su infelicidad; porque es á pesar suyo, y forzado, lo que el otro por voluntad y eleccion; y porque sufre y padece tanto mas en las privaciones, cuanto mas ha gozado en la abundancia. Viendo Diógenes á un pródigo que no tenia que cenar sinó unas aceitunas, le dijo: «Si hubieras comido siempre de este modo, no cenarias ahora tan mal.»

El pródigo gasta como si debiese morir muy pronto, y el avaro ahorra como si debiese vivir siempre. Cuanto mas se acerca al momento fatal, en que todo le debe ser quitado, tanto mas apego tiene á ello. Pero en fin viene la muerte á llevarsele en medio de sus tesoros, y le fuerza á abandonarlos á unos herederos codiciosos, que los esperaban con impaciencia, y que los disiparán quizás con tanta facilidad y prontitud, como trabajo y tiempo le costó á él amontonarlos. ¿No hubiera obrado mucho mas sábiamente, si mientras vivió hubiese empleado sus riquezas en procurarse las cosas necesarias y útiles, en aliviar á los indigentes, y en complacer á sus parientes y amigos? A lo menos se habria he-

cho honor con lo que poseia , hubierà merecido la estimacion y el reconocimiento de los hombres , y sus beneficios le hubiesen hecho feliz.

Es el hombre tan fácil é ingenioso en engañarse á si mismo , que el pródigo se tiene por generoso , y el avaro por económico. Sed vos en realidad lo que ellos se lisonjean ser , y de lo que sin embargo están muy distantes. Tomad el medio entre los extremos. Sed por punto general económico; y generoso en la ocasion. Así os hareis honor , y estaréis siempre en estado de proporcionároslo cuando querais. Se quejaba un pródigo á Sócrates de que no tenia dinero. «Toma prestado de tí mismo , le respondió este filósofo , cercenando tus gastos.»

Una sábia economia que sabe cercenar cuando conviene los gastos poco necesarios ó supérfluos , sostiene las familias , y las hace prosperar. La gloria y las riquezas entran en ellas con la economia. Un hijo decia un dia á su padre : ¿ cómo habeis hecho , padre mio , para adquirir esa gran fortuna que poseis , cuando yo con todo el producto de la mucha hacienda que me habeis dado para casarme , apenas tengo para pasar el año ? « No hay cosa mas fácil , le respondió el padre , apagando una bujia de las dos que alumbraban : esto consiste en contentarse con lo necesario , y en no dejar arder mas que una bujia cuando basta ella sola.»

Conservar el dinero para no hacer jamás buen uso de él , es una avaricia criminal ; pero el guardarle algun tiempo para servirse de él con oportunidad , es una economia tan provechosa como laudable.

Hemos dicho que convenia ser generoso en la ocasion , porque no es ser pródigo el saber ser liberal gastando oportunamente. Esta noble máxima era la de Juan Daens , célebre mercader de Amberes. Era estre-

madamente rico; y habiendo prestado dos millones á Carlos V, convidó á este monarca á un gran banquete que le dió en su casa. Le regaló suntuosamente; pero ningun manjar le fué mas agradable que el que le sirvió á los postres. Mandó que le trajesen en un gran plato un hacecito de leña olorosa, la encendió, y quemó con su fuego el vale que Carlos V le habia firmado « Gran principe, le dijo, V. M. me ha pagado ya sobradamente, dispensándome el honor de venir á comer á mi casa.»

Un gasto bien colocado ha sido para muchos el origen de su fortuna. Esta es siempre la señal de una persona que piensa bien; y la gloria que se saca de ella, vale infinitamente mas que el gasto que se ha hecho. Pero exceptuando algunas ocasiones raras, la prodigalidad es el defecto de un loco que disipa sus bienes, y no hace ninguno.

Procurad siempre manteneros igualmente apartado de la prodigalidad que de la avaricia. Detras de esta caminan las inquietudes descompasadas, las desconfianzas injuriosas á la Providencia divina, los sustos anticipados, las quejas importunas, y con demasiada frecuencia repetidas sobre la infelicidad de los tiempos, la facilidad con que se vá el dinero, y la lentitud con que viene, las pequeñas atenciones, y las ideas mezquinas, la regularidad servil en hacerse dar cuenta hasta de lo mas insignificante, las relaciones por menor indecorosas, y los ahorros diminutivos que no engruesan nada la hacienda, y causan mil veces mas pena que lo que valen. ¿Se nos han dado acaso los bienes para hacernos infelices? Una Señora conocida nuestra que disfrutaba de un patrimonio regular, y de muy buen juicio, nos decia tratando de este punto: «Yo compro todos los años mi reposo y mi salud con el sacrificio de algunos centenares de francos, en que quiero mas

disminuir mi renta , que atormentarme á mi y á los otros con la zozobra de no perder nada.» Al contrario , hemos conocido un Señor muy rico , que no era avaro , pero si amigo de pararse en fruslerías . Al paso , que apenas le daban cuidado las pérdidas mas grandes , se entregaba á veces por las mas pequeñas , á los ímpetus y arrebatos que le hacian odioso é insufrible , y que alterándole continuamente los humores , contribuyeron no poco á abreviarle los dias .

El dinero es un buen criado , pero un amo detestable . El oro encerrado en los cofres de nada sirve , pues en tanto vale , en cuanto de él nos aprovechamos , semejante al estiércol , que en tanto es útil , en cuanto se esparce y se mezcla con la tierra . Dionisio rey de Siracusa (B. 182) , habiendo sabido que uno de sus vasallos habia ocultado en la tierra un tesoro , le mandó que se lo trajese . El Siracusano , le dió solo una parte , y se fué con el resto á otro pais donde vivió con mas decencia que antes . Habiendo llegado á noticia de Dionisio le hizo regresar , y devolviéndole lo que de él habia tomado , le dijo : « ahora que sabes usar bien de tus riquezas mereces tenerlas . »

Aún nos quedan que decir dos palabras sobre los gastos de la mesa . Hay gentes que creen tener una buena mesa cuando han hecho una gran comida ; pero excepto ciertos convites de ceremonia , en donde la calidad de las personas , y la multitud de los convidados , requieren mas aparato y ostentacion , preferid mas bien seguir la maxima de un poeta , que dice :

*Buen modo de tratar , y pocos platos ,
Sin gran pompa ni gran delicadeza ,
La limpieza , el buen vino y cortesia ,
Esto es lo que conviene en una mesa .*

Tened, pues en la comida que deis á vuestros amigos, y rara vez conviene darla á otros, mucha limpieza sin afectacion, mucha libertad sin faltar á la cortesia, y una mesa servida segun vuestro estado y medios; pero jamás con suntuosidad.

Cierto dia convidó Sócrates á comer á diferentes personas, y estrañando uno de sus amigos que no hubiese hecho mayores preparativos, le dijo: « Si son hombres de bien, hay muy bastante, y si no lo son hay de sobra. »

Es tanta fatuidad presentar una mesa magnifica cuando no debe serlo, como pequeñez el hacer mal los honores de la casa. Un fastuoso, que da una gran comida por orgullo, cree suponer mucho, pero se engaña, pues regularmente se paga con desprecio la esplendidez mal empleada. Sin embargo, no hay cosa mas comun en el dia; se cargan las mesas de manjares y se dan banquetes magnificos en donde nada falta sino la alegria, y se come con suntuosidad; pero con molestia y desagrado.

Nuestros padres eran mucho mas sabios que nosotros. Comian con menos lujo; pero de una manera mas agradable. No admitian profusion; pero gastaban mucha alegria. Tenian pocos platos, y mucha jovialidad y buen humor, que nosotros hemos reemplazado con la abundancia de entradas, pues parece que solo se convida para comer.

El uso há prevalecido de tal modo, que hasta los mas avaros se jactan de esplendidez, y prefieren, á la vergüenza de parecerlo, el tormento de ser pródigos. Dad de comer sin prodigalidad; pero siempre de buen corazon y noblemente cuando es necesario. Es faltar á la politica con los convidados el tratarlos mal; y á nadie debe convidarse si se le ha de servir una mala comida. Dando un convite muy mezquino cierto avaro, les decia á los con-

vidados: «Mi comida no os causará indigestion, y le respondieron:—«Os engañais, porque una comida semejante es muy difícil de digerir.»

Si os veis sorprendido de convidados que no esperabais, dadles con fina voluntad lo que tengáis; pues vale mas servirles menos platos, que hacerse los comprar con el hambre de la impaciencia. Decidles lo que decia en igual caso un hombre de talento. «Supuesto que no habeis juzgado á propósito hacerme avisar ó venir mas antes, comeréis hoy conmigo, y si en otra ocasion me avisais de antemano, comeré con vosotros.»

MAXIMA QUINCE.

No perdais el tiempo nunca
En fútiles cosas vanas:
Sabia cosa es gastar bien
El tiempo y aún las palabras.

Quego que se ha pasado la primera edad de la vida, destinada por la naturaleza á crecer, y que la razon comienza á desprenderse de las tinieblas de la infancia, el tiempo llega á ser precioso. El de la juventud lo es infinitamente. Los padres serán responsables de él delante de Dios y de los hombres, aún mas que sus hijos, porque toca á ellos el obligarlos á que lo empleen dignamente.

Por lo que hace á vos ¡ oh joven! que quereis comparecer un dia con honor en el mundo, preparaos á llenar dignamente los empleos á que la providencia os destina. Haced provisiones para la edad madura y para la vejez. El tiempo de la juventud es el tiempo de sembrar, si se quiere cojer. Del buen empleo de este tiempo, depende por lo ordinario, la felicidad

del resto de la vida. Aprovechaos de las lecciones de vuestros maestros: los momentos son preciosos, y si esperais mas tarde, no volvereis á ellos nunca. ¿Quién sabe si la fortuna ó los honores no os esperan al fin de la carrera para coronar vuestra diligencia, y recompensar vuestro ardor? El célebre Mr. Rollin (B. 183), tenia un talento singular para formar los jóvenes, y animarlos al estudio. Mr. el primer presidente Portail, se complacia algunas veces en echarle en cara que le habia hecho trabajar con exceso.—«Os está bien el quejaros le respondió Mr. Rollin; este hábito al trabajo es el que os ha distinguido en el empleo de abogado general, y os ha elevado al del primer presidente: vos me debis vuestra fortuna.»

Aplicáos, pues, al estudio en vuestra juventud, pues este es el solo camino que conduce al mérito y á la gloria. Amad el trabajo, y no seais de aquellos jóvenes desocupados, que se levantan por la mañana para acostarse á la noche; y que paseando todo el dia su penosa existencia, no saben que hacer de su tiempo ni de si mismos. Despues de haber principiado asi su vergonzosa y fastidiosa carrera, la continúan del mismo modo, y mueren sin haber vivido.

¡Felices los jóvenes que conocen todo el precio de la aplicacion y del trabajo, y que saben aprovechar todos los momentos de la mas bella edad de su vida! Pero sobre todo hay para la juventud un tiempo muy crítico; éste es aquel en que los jóvenes entregados á si mismos, se felicitan de haber sacudido el yugo de la educacion, y hacen consistir la libertad en evitar todas las ocupaciones sérias. Acabados sus estudios y ejercicios, algunas veces antes que haya llegado la edad de tomar estado, no saben qué ocupaciones han de prescribirse para lle-

nar el vacío que les deja la falta de empleos y negocios.

Ya lo he dicho : que hagan provisiones para lo futuro. Que preparen todo lo que les será necesario para el estado que se proponen abrazar, y si tienen algún tiempo mas, que lo consagren á la lectura, pues es el entretenimiento mas útil. Cuando proponian á una princesa de mucho talento el juego, ó alguna partida de campo, la rehusaba diciendo; «que aquello no enseñaba nada, — Pero ¿qué hareis vos, le decian? — Leerè, respondió ella, ú oiré leer á mis domésticos.»

¿Qué felices efectos no produce la lectura? Ella enriquece la memoria, hermosea la imaginacion, rectifica el juicio, forma el gusto, enseña á pensar, eleva el alma, é inspira nobles sentimientos. Los buenos libros son unos consejeros amables, que nos instruyen sin ofendernos, y nos corrijen sin disgustarnos. Alfonso, rey de Aragon, decia: «que los libros eran los consejeros que mas estimaba, porque no le adulaban, y le enseñaban lo que debia hacer.»

Son los libros unos amigos complacientes, con quienes nos divertimos siempre que queremos, y que dejamos cuando nos acomoda. En medio de un pueblo rústico y grosero, nos hacen encontrar las dulzuras de la sociedad mas atractiva, nos ofrecen las riquezas mas preciosas del entendimiento humano, y los descubrimientos de todos los siglos. Ellos son un manantial de satisfacciones en todos los estados (1), en todas las situaciones de la vida:

(1) Las demas diversiones, dice el príncipe de la elocuencia romana, en su oracion por el poeta Archias, no son de todas las horas, de todas las edades, ni de todos los lugares; mas las letras sirven de conveniente alimento á la juventud; divierten y ejercitan en la vejez, prestan nuevo brillo á la pros-

proporcionan mil placeres en todas las edades, aun en aquella en que casi se carece de ellos: placeres que se renuevan sin cesar, que encontramos por todas partes, y que podemos procurarnos todos los instantes.

La lectura suspende el sentimiento de las penas, de que la vida humana no está jamás exenta, y hace olvidar, á lo menos por algun tiempo, los pesares que se hacen sentir en todos los estados. Es en muchas ocasiones un grande recurso contra el fastidio (1). No se está siempre con personas que agradan, y vale mas estar solo que con gentes que no gustan. Pero la soledad se hace bien pronto pesada cuando uno no sabe en que ocuparse. Al contrario, ¡cuán dulce y agradable cuando se pasa el tiempo alternando entre el trabajo y la lectura!

Esta es para el alma, lo que el alimento para el cuerpo. Asi lo dió á entender ingeniosamente el duque de Vivonne (B. 184) á Luis XIV, que le preguntó un dia, de que podian servirle todas sus lecturas. Y el Duque, que disfrutaba de hermosos colores y robusta salud: « Señor, le respondió, los libros proporcionan á mi alma, lo que á mis mofletes las perdices que V. M. me regala.»

Los buenos libros nos hacen partícipes de las luces de aquellos á quienes, por causa de la miseria; nos consuelan en la desgracia, recréannos dentro de nuestra casa, no nos estorban fuera de ella; velan, viajan y viven con nosotros en el campo. — T.

(1) ¡Felices, dice por boca de Telémaco el inmortal Feneón, los que se instruyen y recrean, cultivando el vasto campo de las ciencias! A dónde quiera que los conduzca una fortuna adversa, llevan recursos contra su desgracia, siéndoles desconocido el disgusto que experimentan los demás hombres en el centro mismo de los placeres. ¡Afortunado el que hallando su encanto en la lectura, no se vé como yo privado de ella!—T.

tancia que de nosotros los separa, nos es imposible ver y consultar. Ellos nos hacen presentes á los hombres mas grandes y célebres de la antigüedad; aquellos que en sus obras inmortales parece que conversan con nosotros, y nos instruyen. Los buenos libros en fin, nos proporcionan mil conocimientos útiles ó agradables, y nos sirven como de antorcha para conducirnos en la carrera de la vida.

Pero para recojer con mas seguridad estos preciosos frutos es necesario leer con eleccion, pues, la vida es demasiado corta para leerlos todos. Además, hay algunos tan peligrosos é impios, que es muy arriesgado el leer á la aventura. Pero ¿qué digo? ¿No son estos libros los que se buscan con mas apresuramiento, y los que se leen, ó por mejor decir se devoran con mas ánsia? ¡Qué se vé por lo ordinario entre las manos de los jóvenes! Unas miserables novelas, cuya lectura tan frecuentemente peligrosa para las costumbres, por la inclinacion que inspiran á los placeres sensuales, sería siempre un gran mal; aunque no produjese otros efectos que corromper el gusto, fomentar la pureza natural del espíritu, y disgustar de las lecturas mas sérias y provechosas: unos folletos frivolos, que no tienen otro mérito que el de la novedad: unos libros, atrevidamente cínicos, que no se leen sinó para aprender á no avergonzarse de nada, y que no enseñan sinó lo que se debería ignorar siempre: unas obras impías que se apresuran á leerlas porque esperan encontrar en ellas con que sofocar los estímulos y remordimientos de la conciencia. ¿Pues qué no hay otros libros bien escritos, con que poder ilustrar el entendimiento reformar el corazon, perfeccionar el lenguaje y el estilo, y entretenerse útil y agradablemente?

Pero no basta leer con eleccion es necesario ade-

mas leer con reflexion y detenimiento.— Leed menos libros y leedlos bien , pues muy poco ó nada queda de las lecturas demasiado rápidas. Con los libros sucede lo que con el alimento, que no aprovecha , sinó cuando se toma despacio y se digiere bien. Un hombre se jactaba delante de Aristipo (B. 185) de que habia leído mucho. « No son los que comen mas , le respondió este filósofo , los que están mas gordos y sanos , sinó los que digieren mejor » Y así para cultivar con fruto el entendimiento no conviene leer muchos libros, sino leer mucho un mismo libro cuando es excelente.

No leais para los otros , sinó para vos ; viéndo lo que os conviene y lo que puede servir de regla de conducta. Leed no para ser mas docto sinó para haceros mejor. Así es como debeis leer tambien la historia , y no como por un simple divertimento, por mera curiosidad. ¿ De qué os servirá haber venido al mundo, despues de tantos hombres grandes, sinó los tomáis por modelos? ¿ Y de qué el haber nacido despues de tantos locos y malvados , sinó llegáis á ser mas sábio y mas virtuoso?

En fin , leed algunas veces con un amigo juicioso; y comunicaos mútuamente vuestras observaciones, pues así leereis con mas placer y con mas fruto. Leyendo en alta voz , tendreis tambien la ventaja de ejercitáros en leer bien; talento raro, que la naturaleza niega frecuentemente aún á los hombres mismos á quienes ha dotado de un grande ingenio Saint Evremont, decia , que no habia conocido en su vida tres personas, que supiesen leer bien. El gran Corneille , leia muy mal. Al contrario Racine, á quien Luis XIV , gustaba mucho oírle , porque tenia un talento singular , para hacer percibir á sus oyentes las bellezas de las obras que leia. Y así convendria mirar con menos desprecio é indiferencia esta par-

te de la educacion; pues se puede uno encontrar frecuentemente en el caso de leer en alta voz, y es tan bochornoso para si, como desagradable para los otros, el hacerlo mal.

Sábía cosa es gastar bien

El tiempo y aún las palabras.

Se ha dicho que el hombre debe ser económico de su hacienda y de su confianza, y no debe serlo menos de su tiempo y de sus palabras. La única avaricia que es permitida, es la del tiempo: «No hay cosa tan estimable como el tiempo, decia Teofrastro (B. 186), y los que lo pierden son los mas reprecensibles de todos los pródigos.» Y así el sábio está siempre ocupado. Ama la aplicacion y el trabajo, que mira como una de sus mas grandes necesidades; como el amigo de los hombres, y su consuelo; y así cuida de estar siempre ocupado. Un trabajo le sirve de descanso para emprender otro, y se entretiene con lecturas instructivas y agradables, que adornando y enriqueciendo su espíritu con útiles conocimientos, le pongan á cubierto del fastidio y aburrimiento, compañero inseparable de la ociosidad, ó le preserven de conversaciones fútiles, cuando no de murmuraciones mas perniciosas todavia. Él ha sabido acostumbrar su espíritu á pensar, á meditar, y á bastarse á si mismo. Por lo regular gusta mas conversar consigo que con los otros; porque nunca está mas acompañado que cuando esta solo; y porque ha hecho varias veces la observacion, de que casi nunca se está mucho tiempo con los hombres, sin perder algo en vez de ganar. Huid, pues, como el sábio de esas largas y fastidiosas visitas; de esas conversaciones estériles, casi siempre inútiles, enojosas, ó criminales. Las cosas

indiferentes suelen no agradar y no siempre son inofensivas las que causan un vivo placer. Es necesario mucho talento, gran vivacidad de espíritu, y un gran caudal de variados conocimientos, para pasar muchas horas seguidas en conversacion sin repeticiones fastidiosas; sin bostezos, ó sin murmuraciones; y bien pronto se les reduciría al silencio á muchos charlatanes, si se les obligase á decir algo de bueno.

Pero por mas rápido que sea el tiempo, ¡á cuántas personas no obstante, les parece demasiado largo, porque no saben en que pasarlo! Lo destrozan y lo pierden, no haciendo nada, ó haciendo cosas que nada valen. Y en efecto, aunque no hubiese mas en la vida ociosa que la pérdida del tiempo, ¿no sería esto bastante para hacerla punible á los ojos de Dios? Nuestros años no corren en vano; todos los instantes de la vida apresuran nuestra marcha, y nos llevan á las puertas de la eternidad. Las horas, decia un antiguo, se ván volando al cielo, para dar allí cuenta del uso que los hombres han hecho de ellas.

*Dones apenas tenidos,
Cuando nos son quitados:
Momentos que perdemos
Y que nos son contados.*

Si la vida ociosa é inútil es condenada por los paganos mismos, ¡cuánto mas lo debe ser por los cristianos, que saben que un destino eterno, feliz ó desgraciado, segun el uso que habrán hecho de la vida, los espera al fin de la corta carrera por donde caminan!

Considerémos que no está muy lejano el momento en que será forzoso dar cuenta de este tiempo. El hombre puede decirse, que muere en cada edad, y por instantes; siendo siempre muy corta la vida por larga que sea. Mas, dominados en nues-

tra juventud por la falsa preocupacion de que cincuenta ó sesenta años son una especie de eternidad, semejantes á los niños que cualquier moneda de oro les parece un tesoro inagotable, no pensamos entónces sinó en gozar de los placeres y dulzuras de la vida presente, sin atender á la que debe seguir, ni menos en la muerte, cuya triste y aflictiva idea, turbaria nuestras mayores satisfacciones.

Sin embargo, llega en el momento que menos la esperamos, viene á sorprendernos como un ladron, y nos despoja de los títulos pasajeros, y de las riquezas fugitivas que poseiamos; pero cuando todo desaparece y se aniquila al rededor de nosotros, esplendor, dignidades, hacienda, amigos, familia, sociedad; solas nuestras obras no nos abandonan, y nos acompañan en las regiones de la eternidad. Ved aqui el único tesoro que llevaremos al nuevo mundo, que debe recibirnos al salir de este. ¿De cuánta importancia, no es pues, para nosotros el pensar en procurarnos estas preciosas riquezas? Si se considerase bien que cada momento de esta vida puede merecernos una felicidad eterna, ¿podriamos resolvernos á perderla tan fácilmente?


*Pasan rápidamente nuestros dias,
Se acercan de la muerte los momentos,
É infelices juguetes de una loca
Quimérica esperanza, no preveemos
Lo que está por venir; y aún lo presente,
Sin mirar adelante, lo perdemos.
Cuando jóvenes somos, despreciamos
El bien mas necesario y de mas precio;
El tiempo, este tesoro saludable,
Pasa siempre con vuelo muy ligero.
Al salir de los juegos de la infancia,
Las frivolas riquezas, los contentos
Y los honores, alternando, agitan*

*Nuestros deseos fútiles é inciertos.
Mas ¡oh funesto error! ¡vanas ideas!
Mientras contamos los tesoros nuestros,
Viene la impia muerte, y nos abate
A los pies de estos idolos soberbios.
¡La muerte:::¡ ¡Ah, qué memoria tan funesta!
¡Qué tiempo tan perdido en devanáos!*

¡Cuántas personas del gran mundo, mueren después de haber pasado casi toda su vida en una especie de ilusion y de encantamiento agradable en la apariencia, que les ha tenido como dormidos, y les ha hecho olvidar su verdadero destino! Pero si no tienen que presentar en el tribunal del Dios de la verdad sino ilusiones y sueños, ¡qué sentencia deben esperar en él, y cual será su admiracion al despertarse!

MAXIMA DIEZ Y SEIS.

Sabed á vuestros deberes
Sacrificar los contentos;
Y para haceros feliz,
Moderad vuestros deseos.

 desde luego confesaremos, y todo hombre que tenga religion convendrá con nosotros, que la vida de un cristiano sobre la tierra, debe ser una vida de mortificacion y de penitencia. Es necesario llevar cada uno su cruz, renunciarse á si mismo, hacerse una continua guerra, y caminar sin descanso por el estrecho sendero de la virtud, único que puede conducirnos al cielo; pero temamos dar en el rigorismo de una moral exagerada, y ser mas sábios de lo que es necesario. Guárdemonos de representar la religion como un tirano duro y cruel, que solo se com-

place en oír gemidos, y en ver derramar lágrimas, pues una idea semejante no serviría sino para inspirarnos aversion. Si la Escritura nos dice, que vale mas ir á una casa de duelo y de tristeza, que á una de festines y diversiones, porque en la primera se aprende cual será el fin de todos los hombres, y lo que llegaremos á ser nosotros mismos; nos dice tambien, que podemos jugar, descansar y recrearnos, con tal que lo hagamos en la inocencia.

«La sabiduria, decia Mentor á su discipulo, nada tiene de austero ni de afectado; ella sola es la que produce los verdaderos placeres; la que sabe sazornarlos para hacerlos mas puros y duraderos; la que sabe mezclar los juegos y las risas con las ocupaciones graves y sérias; ella alterna el placer con el trabajo, y el descanso con el placer. En fin, la sabiduria no se desdenea de manifestarse alegre, festiva y jovial, cuando lo pide la ocasion.»

Es, pues, ciertísimo, y está admitido en la moral mas severa, que las diversiones honestas no son incompatibles con la verdadera sabiduria. Mas si queremos que nuestros placeres sean dignos de ella, y que merezcan su aprobacion, es necesario no cifrar en ellos nuestra felicidad, ni disfrutarlos como son en sí. Debemos depurarlos y ennoblecerlos con la pureza de nuestros motivos, reduciéndolos á los límites que requiere el descanso ó el remedio: no los proscibamos absolutamente y sin reserva; pero tampoco los admitamos sin distincion: no los desechemos enteramente, ni nos entreguemos á ellos sin medida. En el órden moral, el camino de la sabiduria está entre dos extremos.

Pero si son necesarios algunos placeres, los hay sin dudæ peligrosos. Hay algunos tan lisonjeros, que es muy difícil no entregarse á ellos con exceso, y no sacrificarles nada de lo que es debido á la virtud

y al deber. Hay otros, cuyo veneno es tan sutil y engañoso, que se toma con ánsia, y que aún cuando se experimentan sus funestos efectos, se insulta á la simplicidad de los que los rehusan y los huyen. Hay otros, que por caminos sembrados de flores, conducen á los mas horribles precipicios. Es necesario, pues, saberlos escojer con prudencia, y gustarlos con moderacion. El abuso, aún de los mas inocentes, es tan funesto como agradable el uso moderado de ellos (1). Alegrad en hora buena la sabiduria, y divertid la virtud; pero consultadlas siempre en todas vuestras diversiones, pues los placeres mas agradables son aquellos á los cuales no acompañan jamás los remordimientos.

Preferid los placeres dulces y tranquilos, pues se gustan mejor cuando no son tan vivos: además, la alegría inmoderada es corta, los sentimientos violentos duran poco, el alma no puede bastarles, y el cuerpo se resiente. Los placeres estrepitosos no serán jamás los del sábio. Se buscan para desenojarse, y no se fastidia uno jamás tanto, como despues de haberlos gustado. Dejan un vacío, que creemos llenar con otros nuevos, pero nos disgustamos de estos tan presto como de los primeros. Así es, que se corre de placer en placer, porque no puede uno entregarse á sí mismo un momento, sin probar

(1) La templanza, virtud absolutamente necesaria, es la que sazona los placeres, y los hace dignos de una alma racional: *aquel no se divierte, que se divierte siempre*. Las cosas mas deliciosas se hacen insípidas luego que uno se habitúa demasiado á ellas: todo se embota para un corazón sumergido en el deleite. Por esquisitos que sean los sainetes que se emplean en estimular el apetito del placer, no produce mas que hartura, cuando no es la necesidad la que los sazona: la recreacion, solo debe tomarse por descanso, y por simple que sea, divierte y entretiene: los placeres muy condimentados solo agradan á los que tienen el gusto estragado. — Caracciolo. — T.

un fastidio mil veces mas insoportable que el que ha querido evitar.

Es tambien una desgracia que estos grandes placeres vuelven insípidos todos los demás, y haciéndose uno pesado á sí mismo no puede vivir sin ellos. De este modo, lo que solo deberia ser honesto entretenimiento, se cambia en violenta pasion: lo que debiera contribuir al descanso, y á reparar las fuerzas, sirve de fatiga, arruina la salud, y abrevia los dias; porque la vida se consume tanto, y frecuentemente mas en los placeres que en los trabajos. Demócrito decia, que habia llegado á una extrema vejez, por haberse negado enteramente á los deleites del cuerpo. El Sábio, que sabe que la naturaleza nos ha hecho mas sensibles al dolor que á la alegria, renuncia los placeres grandes para evitar los males, que traen necesariamente consigo.

Imitad su ejemplo, pues nunca os arrepentireis de haberlo seguido. No corrais inconsideradamente en pós de todo género de placeres, y no tomeis frecuentemente aún lo que os sean permitidos. Priváos de ellos alguna vez, y los encontrareis mas deliciosos, porque tal es el triste destino del hombre hasta para los placeres mismos, que cuanto mas los disfruta, menos los gusta. Sed siempre bastante dueño de vos mismo para no buscarlos con demasiado ardor; pues llegan á causar tanta molestia como arrepentimiento, los goces demasiado vivos. Los jóvenes, que se forman de los placeres la idea mas halagüeña, creen que jamás los disfrutarán bastante; pero bien pronto el tiempo y la experiencia los desengañan.

No es decir esto que queramos prohibirles los placeres propios de su edad, y que nos parezca mal que se diviertan, pues deben tener aquella amable alegria que cuadra tambien á la juventud; pero lo que

les recomendamos es, que no empleen la primera parte de su vida en hacer la otra miserable, y que unan siempre la sabiduria con la recreacion. «Es necesario, decia un antiguo filósofo, ser jóven en la vejez, y viejo en la juventud; estar siempre alegre y ser siempre sábio.» En cualquiera edad, y en cualquier estado en que el hombre se halle, es necesario prestarse á las diversiones sin abandonarse á ellas; pero solo á las honestas y permitidas, y que no puedan ceder en daño propio ni ajeno.

Luis XVI (B. 187), no siendo aún sino Delfin, dió de esto un ejemplo tan brillante como raro en una edad y elevado rango, en que ordinariamente no se conoce otra regla en los placeres, que no tener ninguna. Contaba á penas catorce años, y seguia al rey en la caza, con los principes sus hermanos. Oyeron gritar de repente que el ciervo estaba en grande aprieto. Los principes por aquel apresuramiento tan natural en su edad, quisieron hallarse presentes á la muerte del ciervo. El cochero, para servir á su impaciencia, quiso atravesar por un sembrado de trigo. El Delfin que lo advirtió, se asomó apresurado á la ventanilla del coche, y mandó al cochero que tomase otro camino. «Este trigo, dijo, no nos pertenece ni debemos estropearlo»— Uno de la comitiva lleno de admiracion, exclamó entónces: ¡Ah! ¡qué feliz es la Francia en tener un principe tan justo!

Sobre todo, debemos sacrificar nuestros gustos á los deberes sagrados é indispensables de nuestro estado. Estos deberes exigen que se les sacrifiquen hasta los mas agradables é inocentes, y es necesario resolverse á hacerlo en todas las ocasiones. Tal es la ley del honor y de la conciencia.

Antes de todo el deber,

Y despues de éste el placer.

Se debe sacrificar todo á la obligacion: se debe cumplir y preferirla á todo. Los entretenimientos por otra parte mas honestos, se hacen vituperables cuando piden un tiempo que se debe emplear mejor.

Mientras que los ingleses desolaban los estados de Carlos VII, rey de Francia (B. 188), este principe hacia ejecutar una danza que habia inventado. « ¿ No hé encontrado ciertamente, dijo á algunos de sus cortesanos, el medio de divertirme? — ¡ Ah! sí, Señor, le respondió un celoso y fiel oficial: es necesario convenir en que no se podria perder una corona mas alegremente. » Carlos VII, no se enfadó de la libertad de esta respuesta, antes bien se aprovechó de ella para atender por si mismo al restablecimiento de sus negocios.

Uno de los mejores reyes de Nápoles, llamado Carlos, oia todos los dias en justicia á sus vasallos, asistido de sus ministros y consejeros. Temiendo que los guardas no dejarian entrar á los pobres, habia hecho colocar en la misma sala donde daba audiencia, una campanilla, cuyo cordon caia fuera de las murallas. Sucedió con este motivo un caso bastante chistoso, que la historia nos ha conservado, y que no prueba menos la bondad de este principe, que su amor á la justicia. Un caballo viejo, abandonado de su amo, fué á restregarse contra el muro, é hizo sonar la campanilla. « Abran, dijo el rey, y entre quien quiera que sea. » — Un caballo del Mr. *Capece*, dijo el guarda al entrar. Toda la asamblea se echó á reir. — ¡ Os reis! pues sabed dijo el principe, que la exacta justicia estiende sus cuidados hasta sobre los animales. Que se llame á *Capece*. Habiendo llega-

do este , le preguntó el rey: ¿ Por qué dejas andar á ese caballo errante? — ¡ Ah mi príncipe! le respondió , ese ha sido un fiero animal en su tiempo: ha hecho veinte campañas en mi poder; pero en fin ya no me sirve , y no me parece bien mantenerle inutilmente. — « Sin embargo , el rey mi padre , replicó el Príncipe , te ha recompensado bien. — Es cierto , estoy colmado de beneficios. — ¿ Y no te dignas mantener á ese generoso animal que ha tenido tanta parte en tus servicios? Anda al instante á darle un lugar en tus caballerizas ; y que sea tratado como los demas animales domésticos que tienes ; pues de lo contrario no te tendré á tí por leal caballero , y perderás mi gracia. »

¿ Puede dudarse que se deban sacrificar los placeres al deber , cuando si es necesario , se ha de sacrificar el reposo , los bienes , la vida y todo cuanto mas se ame en este mundo? Rotrou (B. 189) , célebre poeta francés , conocido por sus piezas dramáticas , se hallaba investido de la primer magistratura de la pequeña ciudad de Dreux su patria , cuando ésta fué invadida de una enfermedad epidémica. Estimulado por sus amigos de Paris á poner en salvo su vida , y á dejar un lugar tan peligroso , respondió: « que su conciencia no le permitia seguir este consejo , porque no habia ninguno sinó él que pudiese mantener el buen orden en aquellas circunstancias. No es esto , añadía al acabar su carta , que el peligro en que me hallo no sea muy grande , pues en el momento que escribo , estan tocando las campanas por la vigésima segunda persona que ha muerto hoy. A mí me tocará cuando Dios quiera. » ¡ Cuán bueno , cuán grande , es el pensar así ! ¡ Y qué suerte mas digna de envidia , que la de una persona que muere cumpliendo con su deber !

Si quereis vivir feliz , conoced el precio de los bie-

nes que poseeis , y sabed gozarlos. Poned límites á vuestros deseos y necesidades ; pues cuanto mas se desea , mas cosas faltan. Contentaos con lo necesario : la moderacion vale mas que todos los tesoros de la fortuna. Dijéronle un dia á Menedemo (1): filósofo griego es gran felicidad tener lo que se desea. — « Es un bien mucho mayor, respondió, el estar contento con lo que se tiene. » Se goza de una feliz tranquilidad, desconocida de los que estan agitados de un tropel de deseos. Entregados éstos á una ambicion ciega , á una codicia desenfrenada, desean sin cesar , y no están jamás contentos. Juguetes eternos de una engañosa esperanza, emponzoñan la felicidad de sus dias con deseos vanos , que los disgustan de su estado , les impiden cumplir las obligaciones de él , y conocer sus ventajas.

No hay cosa mas estupenda que el ver á los hombres correr sin cesar tras la felicidad , sin poder jamás alcanzarla. En vez de buscarla en la moderacion de sus deseos , y en la posesion de lo que tienen , creen siempre lograrla en los puestos , en las riquezas y en los placeres que no poseen ; y cuando los han obtenido , avergonzados de no encontrarla en ellos, y no curados de su locura, continúan toda su vida buscándola en otros objetos ; pero mueren con el dolor de no alcanzarla ni verse mas cerca de ella, que el primer dia en que comenzaron su tarea.

El bagel combatido de una horrorosa tempestad,

(1) *Menedemo* : filósofo de Erétrea , hijo de Crístenes, nació á fines del siglo 4.º, antes de Jesucristo, ejerció primeramente en su ciudad natal la profesion de arquitecto. Habiendo sido enviado á Megara oyó á Stilpon y se entregó á la filosofia. Vuelto á su pátria abrió una escuela y adquirió tanta reputacion que fué elevado á los primeros cargos de la república. Murió de dolor al ver su pátria sometida al yugo de Antígono y de Demetrio Poliorcetes.— T.

llevado á merced de las furiosas olas , en medio de truenos y relampagos ; no está mas agitado que un espíritu inquieto que se entrega á todos sus deseos. Al contrario , el que sabe moderarlos y tenerlos bajo su imperio , se parece á una nave que impelida suavemente por una dulce brisa , vuela con ligereza sobre las aguas y llega felizmente á salvamento.

Es necesario, sin embargo, saber limitarse. Ya hace muchos años que repetis: « cuando hubiere terminado ó llevado á cabo este negocio estaré contento: » habeis concluido, felizmente no solo uno sinó muchos, y estais mas inquieto que nunca. Os lisonjeabais de ser feliz cuando obtubieseis tal ó cual empleo, ésta ó la otra dignidad: habeisla obtenido efectivamente ; pero en el momento habeis ambicionado otra mayor y mas elevada á que os veiais mas proximo. En suma el deseo crece y se aumenta en el hombre, á medida que se satisface, sin llegar jamás al término ni al complemento de su felicidad. Todos la buscan con afán , y pocos , la encuentran ; porque el mayor número cree hallarla en la posesion de lo que no tiene, ó de lo que no puede darla. Ella huye también ordinariamente de los que la persiguen con demasiado ardor, sucediendo , en cierto modo, lo mismo que con la salud : que los que la buscan con nimiedad , son tal vez los que menos la encuentran.

Padres y madres que deseais hacer algun dia felices á vuestros hijos , en vez de repetirles sin cesar los usos y las máximas del mundo , los derechos de su nacimiento, y las ventajas de las riquezas , formadlos sobre todo en la virtud ; pues ellos serán siempre bastante corteses , si son humanos , bastante nobles, si son virtuosos , y bastante ricos , si han aprendido á moderar sus deseos.

Uno de los mayores obstáculos para la felicidad de

la mayor parte de los hombres, es el deseo demasiado vivo de los bienes de la tierra; pues cuanto mas se tiene, mas se quiere tener; y está uno menos contento con lo que posee, que celoso de lo que tienen los otros, y codicioso de tener aún mas. *Pero*, dice Salomon, *el hombre que se apresura á enriquecerse y que envidia á los otros, no sabe que se encontrará sorprendido de pronto por la pobreza* (1). Queriendo poseer mucho, ordinariamente se pierde todo.

Tres habitantes de Balke, gran ciudad de los Tártaros, viajando un dia juntos, encontraron un tesoro. Lo partieron entre sí, y continuaron su camino, hablando del uso que harian de sus nuevas riquezas. Les faltaron los viveres, y fué necesario enviar á buscarlos á la ciudad mas inmediata. El mas jóven fué encargado de esta comision, y partió. Él se decia en el camino: «yo ya soy rico, pero lo seria mucho mas, si hubiese estado solo cuando nos encontramos el tesoro. Mis compañeros de viaje me han quitado dos partes; ¿no podría recuperarlas? esto me seria facil, pues no tengo mas que hacer que envenenar los viveres que voy á buscar. A mi regreso diré que he comido en la ciudad; mis compañeros comerán sin desconfianza, y morirán. Ahora no tengo mas que el tercio del tesoro y entónces lo tendré todo. — Entré tanto los otros dos viajantes estaban sentados á la sombra, y se decian: á nosotros nos ha estado mal que este joven haya venido en nuestra compañía. Nos hemos visto obligados á partir el tesoro con él: su parte nos debia pertene-

(1) Vir qui festinat ditari, et aliis invidet, ignorat quód egestas superveniet ei. — Prov. c. 18, v. 22.

El hombre que tiene afán por enriquecerse y envidia á los otros, no se hace cargo de que sobrevendrá *de repente* la pobreza. — Sr. Amat. — T.

cer, y entonces seríamos ricos... El volverá pronto, y nosotros tenemos buenos puñales.» En efecto, volvió el joven y sus compañeros le asesinaron: mas comieron despues los viveres envenenados, murieron, y el tesoro no perteneció á ninguno.

Lo que deberia satisfacer á la avaricia no hace sino irritarla, pues es como la sed del hidrópico. El avaro en medio de sus tesoros es siempre infeliz, y siempre pobre; porque no sabe ni contentarse ni gozar de lo que tiene. Al contrario, el sabio, el hombre moderado, con poco es siempre rico, siempre noble y liberal, siempre feliz. « Si quereis hacer á alguno verdaderamente rico, decia un antiguo filósofo, no conviene aumentar sus bienes, sino solamente cercenar sus deseos.»

El hombre feliz no es el que de nada necesita, sino el que puede vivir sin lo que no tiene; y aquel á quien no aflija la privacion de lo que le falta.

Es mas facil reprimir un primer deseo, que satisfacer todos los que vienen despues, como lo decia el principe de Conti. Este principe, mas grande aún por su moderacion que por su nacimiento, se privaba de los gustos mas inocentes, y hasta de comprar pinturas, á que era muy apasionado, y en las cuales hubiera podido encontrar un lenitivo á sus dolencias. Respondia á las instancias que le hacia sobre esto la princesa su esposa, que entregándose á un gusto, se acostumbra uno á entregarse á todos, y que era necesario ó no desearlo todo, ó saber pasarse sin lo que se desea.

Este cercén, ó por mejor decir, esta moderacion de deseos, es en efecto el solo medio de hacernos felices. Sin embargo, no pretendemos decir que ella pueda procurarnos una felicidad cumplida é inalterable. Este bien solo está reservado para la otra vida, y la religion es la encargada de conducirnos por la

senda de la bienandanza, que nos prepara para despues de nuestros dias. Este camino es de tentaciones, de combates, de penas y obstáculos, de aflicciones y de pesares. La constitucion de nuestro cuerpo, la flaqueza de nuestra naturaleza, la actividad de los elementos, la variedad de las estaciones, la diferencia de talentos, de caracteres y de humores de las personas con quienes estamos obligados á vivir, el choque de las pasiones y de los intereses; todas estas cosas nos impedirán siempre ser acá abajo perfectamente felices. Dios lo há querido así, á fin de que no nos aficionemos demasiado á la tierra, y que dirijamos nuestros votos hácia aquel que puede solo llenarlos. Pero tambien es cierto, que si alguna cosa es capaz de disminuir el número y la violencia de los males que tenemos que sufrir en nuestro destierro, es esta moderacion de deseos que recomendamos. Ella sola es la que puede hacernos felices, tanto como se puede ser sobre la tierra, sin que la felicidad, presente destruya las esperanzas de la futura. Ella es como las felices primicias, y el garante de la ventura, que nos está destinada en el cielo, porque nada es más conforme al espíritu de la religion, que poner limites á los deseos, y no tener apego al mundo ni á todos los bienes de él, cuya figura pasa y se desvanece como la sombra.

Cuando fueron á llevar el baston de Mariscál de Francia á Mr. de Castelnau (1), seis horas antes de espirar, exclamó: «Esto es bueno en este mun-

(1) *Castelnau* (Santiago, Marques de): mariscal de Francia, descendiente de una familia noble y antigua; prestó eminentes servicios, y se señaló en varios sitios y combates; mandó el ala izquierda en la batalla de Dunas, dada el 14 de Junio de 1658, y dos dias despues recibió una herida en el sitio de Dunkerque, de cuyas resultas murió en Calais, en 15 de Julio siguiente, á los 58 años de edad. —T.

do, pero yo voy á un pais en donde no me servirá para nada.» Nosotros debemos pensar del mismo modo. La grandeza, la gloria, las riquezas, los honores distinguidos, nada mejor y mas lisonjero en este mundo; pero en el otro todo esto será contado por nada, y de ordinario, no servirá tampoco sinó para hacernos mas infelices, despues de habernos hecho mas criminales. ¿Qué llegarán á ser todas estas cosas frivolas, que aparecen sucesivamente á nuestra vista, y en pós de las cuales, corremos con tanto ardor? ¿qué llegarán á ser cuando el mundo mismo habrá desaparecido? No quedará de ellas vestigio alguno: todo irá á confundirse y á perderse en el espacio inmenso de la eternidad. La virtud, que podrá conducirnos á la verdadera dicha, con mas seguridad que todos estos falsos bienes; la virtud que despreciamos, y sólo ella, sobrevivirá á la ruina del universo sin perecer jamás.

MAXIMA DIEZ Y SIETE.

No pidais á Dios grandeza

Ni riquezas con porfia;

Sinó para gobernaros

Pedidle sabiduria.

No hay cosa mas brillante que las grandes dignidades y los empleos honoríficos, pues por ellos se vé uno elevado sobre los demás hombres, manda á sus semejantes, y recibe sus respetos y homenajes. Pero rompamos este velo resplandeciente, y nos sorprenderemos de hallar que, estas dignidades y empleos no son frecuentemente sinó grandes cargos y verdaderas servidumbres, ó por servirnos de la expresion de un antiguo filósofo, unos honrosos

tormentos. Los que ocupan los mas altos empleos, se parecen á los cuerpos celestes, que tienen mucho resplandor y ningun reposo.

Un Señor decia á Enrique IV, que la felicidad de ser rey pasaba por tan indubitable, que cuando se queria expresar que un hombre era feliz, decian ordinariamente: «Es feliz como un rey. — Eso es, respondió este gran principe, porque se ignora todo el peso de una corona que se lleva dignamente.» «Ornamento mas rico y mas noble qué feliz eres, decia Antigono mirando su corona; si se supiese cuantos cuidados, cuántos peligros y miserias te acompañan, cuando estuvieses por tierra no se dignarian ni aún tan solo de recojerte.»

No creamos, pues, con el vulgo imbécil, que los hombres mas elevados son los mas felices. La felicidad está rara vez sentada sobre el trono, como lo confesó un dia Teodosio el jóven (B.190). Habiéndose alejado este principe de su comitiva en un dia de caza, llegó muy fatigado á una cabaña. Esta era la celda de un anacoreta. El solitario le tuvo por un oficial de la córte, y le recibió con la mayor urbanidad. Rezaron algunas oraciones, y despues se sentaron. Girando el Emperador la vista por todas partes, no vió en la celda mas que una cesta con un pedazo de pan, y un vaso de agua. Su huésped le convidó á tomar un bocado: el principe lo aceptó. Despues de esta comida frugal, habiéndose dado á conocer al hermitaño, éste se arrojó á sus pies. Pero el Emperador le levantó, diciéndole: «¡Qué feliz sois, padre mio, de vivir léjos de los negocios del siglo! La verdadera felicidad no habita bajo la púrpura. Yo no he encontrado jamás mayor placer, que comer de vuestro pan, y beber de vuestra agua.»

El emperador Cárlos V, hizo la misma confesion.

Cuando se despojó de sus estados en favor de su hijo Felipe II, en una asamblea compuesta de los primeros grandes de sus reinos, le dijo: «Hijo mio, yo te doy un cargo muy pesado. Te pongo sobre la cabeza una corona, cuyas flores estan entrelazadas con espinas muy punzantes, y que no tienen sinó una falsa brillantez. Yo no he gustado en el reinado una sola hora de reposo, pues no he recibido placer alguno que no haya sido envenenado.»

El hombre se molesta en medio de su gloria, de sus titulos, y de sus envidiosos. Aquellos honores que habrian debido al parecer satisfacer su corazón, no introducen en él sino el disgusto y la inquietud.

La fortuna nos puede hacer mas poderosos, pero no mas felices. «¡Que no pueda yo, dice madama de Maintenón en una de sus cartas, pintaros el fastidio que devora á los grandes, y la pena que les cuesta el ocupar sus dias! — ¿No veis que muero de tristeza en medio de una fortuna que apenas se hubiera podido imaginar? Yo he llegado al mas alto favor, y os protesto que este estado me deja un vacio horroroso.» ¿Qué cosa mas á propósito para desengañar de la pretendida felicidad de las grandezas humanas, que una confesion semejante hecha por una persona, que la Duquesa de Chaulnes (1), llamaba la mas feliz de

(1) (Ana Josefa Bonnier, duquesa de): esposa de Miguel Fernandez, duque de Chaulnes, par de Francia y teniente general de los ejércitos del rey, muy instruido en las ciencias físicas y naturales, en cuyos descubrimientos invirtió una gran parte de sus rentas; hizo rápidos progresos en las mismas ciencias bajo la direccion de su marido; pero arrastrada de su ardiente y desarreglada imaginacion, arruinó su casa con locos gastos, que ocasionaron la muerte de su esposo, abrumado de pesares y melancolías. A los 63 años contrajo un segundo matrimonio, que la cubrió de ridículo, y murió en 1787. — T.

las mujeres? ¿Y no es tambien tan ingenioso como verdadero el siguiente pensamiento de Mainard?

*Todas esas pomposas grandes casas,
De los príncipes aún mas adorables,
No son sinó prisiones suntuosas
Llenas de unos ilustres miserables.*

No ambicioneis, pues, ni las distinciones ni los honores; porque es darles un precio demasiado grande el solicitarlos con afán. Cuando los empleos enviados por la Providencia Divina, para proporcionarnos ocasion de ejercer los talentos que os ha confiado, se os ofrecen espontáneamente, recibidlos con reconocimiento, y llenadlos con honor. Pero si os hablan de pretenderlos y solicitarlos, responded con tanta modestia como grandeza de alma, que los honores y las dignidades, cuando son ofrecidas como recompensa de la virtud y el mérito, son aceptadas y deben serlo; pero que aún las mas grandes son muy poca cosa para ser solicitadas, y que deja de merecer los honores el que se afana en pedirlos (1).

Es cierto que la mayor parte de los grandes, mas ocupados de si mismos que de los demás, ó asediados de pretendientes que les arrancan las gracias, no piensan en anticiparse, y colocar el mérito modesto que no pide nada.

Pero tampoco es menos cierto, que vale mas no tener los puestos de que uno es digno, que ocupar los que no merece. El esplendor de los grandes puestos que resaltan sobre los que los ocupan, solo sirve

(1) De suerte, que el verdadero honor no consiste en obtener un empleo, sinó en haberle merecido; y las dignidades, las condecoraciones, y los empleos, no nos honran, sinó podemos revelar los medios de que nos hemos valido para conseguirlos. — T.

para hacer mas patente su vergüenza, si son incapaces de llenarlos. La fortuna, asi como el sol, hace brillar los insectos; pero sin disminuir nada de su vileza. Un necio en la elevacion, es como un hombre colocado sobre una eminencia, desde la cual todo el mundo le parece pequeño asi como él lo parece á todos (1). Por alta que sea la dignidad en que el hombre esté colocado, si es verdaderamente digno de desprecio, se le desprecia; y esto con tanto mayor placer cuanto mayor sea su elevacion.

Las dignidades no convienen ciertamente sinó al que es ya grande por si mismo; pero un hombre semejante no se apresurará como tantos otros á ofrecer sus inciensos al idolo de la grandeza; pues conoce demasiado la vanidad de ella, sabe que basta un instante para hacerla desaparecer, y que la muerte, ese ministro de la majestad y de la justicia Divina, destinado para confundir el orgullo humano, la aniquilará y reducirá á polvo.

Él deja con mucho gusto á los otros el trabajo de poner en juego sus manejos para obtener los cargos públicos, los puestos y honores, que los distingan de sus iguales y los eleven sobre ellos. Ama mas triunfar de si mismo que de sus competidores; y quiere mas vencerse á si propio, que á sus rivales.

No es esto decir, que se deban despreciar absolutamente los honores y los empleos distinguidos, sinó que es preciso merecerlos y hacerse digno de ellos. Pero el sábio se consuela si no los tiene, cuando para lograrlos, vé que es preciso seguir las sendas obscuras y tortuosas por donde tan frecuentemente conduce la ambicion á los grandes puestos.

Cuando la fortuna nos olvida, para elevar á los

(1) A los que tienen el mando, y están en grande altura, dice Salustio, nadie hay que no les observe hasta los hechos mas menudos; y así en la mayor fortuna, hay menos libertad de obrar.—T.

primeros puestos á unos hombres despreciables y sin mérito, no somos nosotros los mas dignos de lástima; y tal vez esto no tanto es una injuria que ella nos hace, como un buen oficio que nos presta. La mudanza de fortuna cambia de ordinario las costumbres; dejando uno su antiguo estado, deja en el su virtud y su mérito, y frecuentemente no acaba de parecer digno de los empleos honrosos hasta que los ha obtenido.

Hay en la vida de Tamerlan (B. 191), es decir, *Timur el Cojo*; mas conocido bajo el nombre de Tamerlan, un hecho que manifiesta bien lo que pensaba este famoso conquistador, de los honores y de las dignidades que parecen mas dignas de envidia. Después de haber derrotado y hecho prisionero á Bayaceto (B. 192), emperador de los Turcos, le hizo comparecer á su presencia. Habiendo notado que era tuerto, se echó á reir. Bayaceto indignado le dijo con fiereza: «No te rias Timur, de mi fortuna: sabe que es Dios el que distribuye los reinos y los imperios, y que puede mañana sucederte lo que me sucede á mí hoy. — Yo sé, le respondió Timur, que Dios es el dispensador de las coronas. No me rio de tu desgracia, ni Dios lo quiera; pero el pensamiento que me ha ocurrido al mirarte es, que creo que estos cetros y coronas sean muy poca cosa delante de Dios, cuando las distribuye á gentes tan contrahechas como nosotros: tú por tuerto, y yo por cojo.»

¿No podríamos decir lo mismo de las riquezas, al ver la manera con que generalmente están distribuidas? Los mas afortunados, ó los mas hábiles, y á veces los mas bribones y los mas indignos, las atrapan y disfrutan. Las gentes honradas, no tienen de ordinario sinó esperanzas: se quedan en la indigencia y en la obscuridad, mientras que otros, que no

debieran jamás haber salido de ellas, ascienden y se encaraman, dejándose muy atrás á la probidad y á la virtud indignadas; á la manera que la espuma de los mares se eleva sobre su superficie, mientras que las perlas quedan sumergidas en el fondo (1). Un asentista que habia acumulado muchos bienes á costa del Estado, decia á un sábio: «Se necesita segun creo mucha fuerza de alma para despreciar las riquezas. — Os engañais, le respondió el filósofo, pues basta mirar en que manos están.»

Poca hacienda con la inocencia y probidad, vale mas que los vasos de oro acumulados por las manos de la injusticia. Estando el gran Turena, en el condado de la Mark, en Alemania, le propusieron que le harian ganar por medio de unas contribuciones, cien mil escudos, sin que la córte supiese nada. Él contestó riendo: «Despues de haber tenido muchas de estas ocasiones sin haberme aprovechado de ellas, no estoy de humor de mudar de conducta en mi vejez.» No encontraron en sus cofres despues de su muerte, sinó quinientos escudos.

¿De qué sirven las riquezas cuando á uno le devoran los remordimientos, ó viene la muerte á quitarlas á su injusto poseedor? ¿Quién no sabe además, que la hacienda mal adquirida se vá del mismo modo, que aprovecha raras veces, y que pasa pocas ó ninguna á la tercera generacion? Y despues, ¡cuánto cuesta cuando es necesario, reparar con la restitution las injusticias! Es mas cómodo no tomar la hacienda ajena, que el volverla. Lo que poseemos parece que en alguna manera se ha identificado con nosotros; y en el momento mismo en que uno vá á ser enteramente despojado, todavia siente gran pena en tener que hacer este sacrificio. Un

(1) ¡Cuántos ejemplos de éstos ofrece por desgracia el siglo en que vivimos! — T.

famoso usurero, viéndose cerca de la muerte, hizo llamar á un confesor. Habiendo encontrado éste que su hacienda era adquirida por la via injusta de la usura, le dijo que era preciso absolutamente restituirla toda. « ¿Y qué será de mis hijos, dijo el enfermo?— La salvacion de vuestra alma, respondió el confesor, debe seros mas apreciable que la fortuna de vuestra familia.— Yo no puedo resolverme á lo que me pedis, replicó desesperado el moribundo, y prefiero arriesgarlo todo.» Se volvió cara á la pared de la alcoba, y murió.

No está prohibido sin duda el desear ser rico si se puede; pero no conviene anhelarlo con demasiado ardor. El deseo de hacer fortuna es un gran escollo para la virtud. *Aquel, dice el Espiritu Santo, que se apresura á enriquecerse, no será inocente. El oro, añade, ha precipitado á muchos en la infelicidad, y su esplendor ha causado su pérdida. El oro es un motivo de caida para aquellos que se sacrifican por él: ¡infelices los que lo buscan con ardor! Él hará perecer á todos los insensatos* (1). Habiendo perdido un filósofo toda su hacienda en una sociedad que le habia engañado, dijo: «Yo me libro con el dinero que he perdido, del cuidado de vengarme de la mala fé de mis asociados.» Crates, que sin embargo hubiera podido hacer un uso mejor de su dinero, lo arrojó al

(1) Qui aurum diligit, non justificabitur.

Multi dati sunt in auri casus, et facta est in specie ipsius perditio illorum.

Lignum offensionis est aurum sacrificantium: vae illis qui sectantur illud, et omnis imprudens deperiet in illo. — Eccles. c. 31. v v. 5, 6 y 7.

No será justo el que es amante del oro.

Muchos hán caído en el precipicio á causa del oro, el resplandor del cual fué su perdicion.

Leño de tropiezo ó ídolo es el oro, para los que idolatran en él: ¡ay de aquellos que se ván trás del oro! Por su causa perecerá todo imprudente.—Sr. Amat.—T.

mar, y dijo: «quiero mas hacerte perecer, que pe-
recer por tí.»

Es mas fácil pasar sin las riquezas que saber dis-
frutar bien de ellas. Se dice comunmente, y todo el
mundo se lo persuade, que si uno fuese rico, haria
un buen uso de sus riquezas. Pero, ¿es acaso una cosa
tan facil para que tantas gentes se crean capaces
de hacerla? ¿Es tan fácil como se piensa resistir
continuamente á las pasiones, cuando se tienen tantos
medios y ocasiones de satisfacerlas? ¿Y no se necesita
mucha sabiduria para no hacer jamas de la opulencia
sinó un uso permitido y legitimo? El empleo que la
mayor parte de los ricos hacen de sus tesoros, deberia
consolar á los que no los tienen.

Las riquezas son bienes sin duda; pero por el uso
que se hace de ellas, llegan á ser frecuentemente
mas nocivas al hombre que lo que él llama males.
Con frecuencia se abusa de las que facilitan poder
hacer ciertas cosas, que seria mucho mejor no prac-
ticar jamás. En vez de emplearlas en socorrer al infel-
liz, en consolar al afligido, en recompensar el mérito
y la virtud, ¡cuántos hay que se sirven de ellas para
oprimir al pobre, para ostentar un lujo orgulloso é
insultante, para alimentar una sensual delicadeza, y
para satisfacer todas sus pasiones! Me parece ver á
estas pasiones juntarse en tropel al rededor del rico,
gritar con importunidad, y agitarse con furor, ó
estimularlo aún mas poderosamente con sus atrac-
tivos seductores, porque le ven entre las manos con
que saciarlas. ¿Cómo resistirá á tantos enemigos? ¿Qué
podrá su flacavirtud, cuando halagados todos sus sen-
tidos se revelen contra ella, y le sea preciso luchar
abiertamente contra sus mas dulces inclinaciones?

Pero quiero conceder que triunfe de ellas; ¿en-
contrará nó obstante en estos bienes toda la felici-
dad que espera? Atormentado por la inquietud ó por

la saciedad misma de sus deseos, fatigado por los embarazos de su estado, y devorado por el fastidio, ¡cuántas veces no tendrá envidia á los placeres inocentes, y á la feliz tranquilidad de las condiciones menos ricas y brillantes! Enrique IV, desde la cumbre de las grandezas que sin embargo le embarazaban menos que á otro, hacia el elogio de la medianía. Él consideraba feliz al caballero que con diez mil libras de renta, y aún menos, sabia vivir lejos de la córte.

Una hacienda mediana basta á nuestras verdaderas necesidades: el resto no es sinó ostentacion y vanidad. Es necesario sin duda tener bienes; pero, ¿de qué sirve lo supérfluo? Uno es rico con poca hacienda cuando se sabe abstener de cosas inútiles. Habiendo ofrecido Arquelaos, rey de Macedonia (1), grandes riquezas á Sócrates, si queria ir á su córte, este filósofo le respondió: «La medida de harina se vende por poca cosa en Atenas; y el agua no cuesta nada.» Cuando uno tiene lo necesario, es locura desear grandes bienes. Si es mas rico, gasta á proporcion de lo que tiene, y las fantasias se aumentan con la facilidad de satisfacerlas. ¡Cuántas cosas hay que se desean con ardor porque se creen necesarias, y sin embargo no lo son! El hecho tan

(1) Archelao I: usurpó la corona de Macedonia, despues de haber hecho morir á los que tenian derecho á ella. Se condujo sin embargo como un gran príncipe, y así es que disciplinó sus ejércitos, fortificó las plazas, puso en un estado brillante sus escuadras, y protegió las artes y las ciencias. Esta proteccion atrajo á su corte un gran número de escritores y de hábiles artistas; pero aunque el rey llamó espresamente á Sócrates, éste se excusó con sagacidad, diciendo, que no se atrevia á admitir una distincion y un honor que no podia pagar. Créese, que el motivo de su negativa consistia en no acomodarse á vivir bajo el gobierno duro y severo de aquel usurpador, á quien quitó la vida uno de sus favoritos el año 399 antes de Jesucristo. — T.

conocido de Diógenes, aunque sin duda llevado al extremo, lo prueba quizás mejor por la singularidad misma.

Este filósofo, cuya hacienda consistia únicamente en un tonel, un zurrón, una hortera, y una taza, habiendo percibido que un jóven bebia en el hueco de la mano, arrojó su taza como una cosa poco necesaria. Sabido es, que Alejandro fué un día á verle y le estimuló á que le pidiera lo que quisiese; pero este filósofo, que se calentaba entónces á los rayos del sol en su tonel, rehusando las ofertas de este Príncipe, le rogó solamente que no le quitase con su sombra el calor del sol.

Este desapego á los bienes y á los honores, que Alejandro admiró, y que le hizo decir, que sinó fuese Alejandro, querria ser Diógenes, no era en este hombre singular, así como en la mayor parte de los antiguos filósofos, sino un orgullo mas refinado, que le hacia (como se lo reprendió Platon) despreciar un fausto por otro. Solamente en los discipulos de la religion cristiana puede ser sincero y verdadero el desprecio de estos bienes, que ama tanto el corazon del hombre por la facilidad que le dan de contentar sus deseos. En cambio de algunos ejemplos admirados, porque eran raros, de que se vanagloria la filosofia pagana, y que la filosofia de nuestros dias ha querido mas alabarlos que imitarlos, ¡cuántos otros en mayor número y mas perfectos no nos ofrece el cristianismo!

Se han visto en todos los siglos y en el nuestro mismo, personas distinguidas en el mundo por su calidad y nacimiento, renunciar á las ventajas de una mediana fortuna, y á la certidumbre de otra futura aun mas lisonjera, para abrazar la pobreza evangélica. Ellas han dejado con alegría unos bienes fugitivos y pasajeros, para asegurar otros bienes eternos

é infinitos, que los primeros hubieran podido hacerles perder, y que están sobre todo prometidos á los que hayan hecho á Dios un generoso sacrificio de las riquezas y de las esperanzas de la tierra.

Entre una multitud de ejemplos que podriamos citar, referiremos únicamente el del piadoso sacerdote Bernardo (B. 193). Nacido en Dijon, en 1588, de una familia distinguida, se entregó desde luego á los placeres y á las diversiones y pasatiempos del mundo; pero al fin tocado de Dios su corazón se consagró enteramente al alivio de los pobres, y les repartió toda su hacienda, rehusando constantemente los beneficios que la corte le ofrecia. Cierta dia le dijo el cardenal Richelieu, que queria absolutamente le pidiese alguna cosa, y le dejó solo para que lo pensase. Habiendo vuelto el cardenal pasada media hora: « Monseñor, le dijo el sacerdote Bernardo, despues de haber pensado mucho, he encontrado en fin una gracia que pedir á V. Ema. Cuando voy á conducir los reos á la horca para auxiliarlos en la última hora, las tablas del carro en que nos llevan, son tan malas que estamos á riesgo de caer en tierra á cada instante.» El Cardenal se rió mucho de esta peticion, y mandó que desde luego se compusiese el carro.

Este santo hombre, que no tenia nada que pedir para sí mismo porque á nada tenia apego, pedia por el contrario con mucha frecuencia para los pobres infelices. Habiéndolo presentado un dia un memorial á cierto alto empleado, de genio muy vivo, se encolerizó éste y prorrumpió en mil injurias contra el sugeto por quien Mr. Bernardo se interesaba. Insistiendo éste, irritado el empleado, le dió un bofetón. Al instante Bernardo se arrojó á sus pies, y le dijo presentándole el otro carrillo: « señor, dadme tambien un buen bofetón en este, y concededme mi peticion.» Confuso

entonces aquel de su arrebató , y lleno de admiracion por la virtud del sacerdote Bernardo , le otorgó lo que pedia.

Los bienes de fortuna nunca son cortos , cuando son pocas las necesidades y los deseos.

¡ Feliz aquel que sabe despreciar lo inútil , y gozar de lo necesario ! Contento en la mediania , él ve desde el puerto al abrigo de la tempestad , todos los naufragios que suceden en el mar borrascoso de la fortuna . Grandes puestos , bienes inmensos , ¿ os desearian los hombres tan ansiosamente si el esplendor con que brillais , no les impidiese percibir los escollos que hay sembrados al rededor vuestro ?

*Et bien de la fortuna es pasajero ,
Y quien sobre ella eleva un edificio ,
Lo funda sobre arena . Cuando estamos
En mas alta eminencia , hay mas peligros .
La tempestad abate con sus golpes
A los mas encumbrados fuertes pinos ,
Y la rabia del viento antes aterra
Las casas de los reyes , que las pagizas
Chozas de los pastores miserables .
¡ Qué bienaventurado yo imagino
Al que sabe apartar de su memoria
Esta ilusion de gloria , este capricho :
Cuyo inútil cuidado nos impide
Gozar nuestros placeres mas sencillos ,
Y lejos del tropel mas importuno ,
Viviendo él en su casa sin delirios ,
Contento de su suerte , segun puede ,
Modera sus deseos mas activos !*

RACAN (B. 194).

¡ No veis infinitas gentes que tienen muchas mas riquezas y honores que las que vos deseais para vivir feliz , y que sin embargo no lo son ! ¿ pues por qué esperais serlo mas que ellas ? Aquel que no tiene bastante con lo que posee , es tan pobre como el que no

tiene nada. Al contrario, poco es mucho para el que se contenta con lo que tiene. Asi lo pensaban aún los paganos. Focion (B. 195), célebre ateniense, habia disuadido á Alejandro de hacer la guerra á la Grecia porque era su pátria, y le habia aconsejado que volviese mas bien sus armas contra la Persia. Alejandro despues de sus conquistas, le envió en reconocimiento un regalo de cien talentos (1). Focion preguntó á los que lo llevaban, porque Alejandro queria usar con él una liberalidad tan grande. — Porque sois, respondieron, el único en Atenas, que ha reconocido por hombre de bien. «Si Alejandro, replicó Focion, me ha conocido por tal en una mediana fortuna, que me deje en ella, y me permita quedarme hombre de bien.» Y diciendo esto se ocupaba en sacar agua de un pozo, y su mujer amasaba el pan, y persistió despues siempre en rehusar con la misma firmeza los presentes de Alejandro, por mas instancias que le hizo este Principe. Desechó igualmente las grandes cantidades que Antipatro, uno de los sucesores de Alejandro, le hizo tambien ofrecer, y representándole que sinó las queria para sí, debia aceptarlas á lo menos para sus hijos, respondió: «Si mis hijos son sábios, tendrán suficiente con lo que me basta á mí; y sinó lo son, tendrán demasiado.»

¡Feliz, dice el Sábio, *aquel que no ha corrido detrás del oro!* ¿Quién es este hombre, y le alabaremos?» (2) El desprecio de este metal buscado con

(1) El talento ático valia tres mil libras de Francia. — A.

(2) *Beatus dives, qui inventus est sine macula, et qui post aurum non abit: nec esperavit in pecunia et thesauris.*

Quis est hic, et laudabimus eum? — Prov. c. 31. v. 8 y 9.

Bienaventurado el rico que es hallado sin culpa, y que no anda tras del oro, ni pone su esperanza en el dinero y en los tesoros.

¿Quién es éste, y le elogiaremos? — Sr. Amat.—T.

tanta diligencia, tan peligroso, y tan frecuentemente funesto á la inocencia, es uno de los mas seguros antemurales de la virtud. Es difícil corromper al que no codicia las riquezas, que tiene pocas necesidades y que sabe contentarse con lo que posee. La córte de Inglaterra tenia interés en atraer á un Señor inglés á su partido. Mr. Walpole (B. 196), fué á buscarle. «Yo vengo, le dijo, de parte del rey á aseguráros de su proteccion, á manifestaros cuanto siento no haber hecho aún nada por vos, y á ofreceros un empleo mas digno de vuestro mérito.—Milord, le replicó este Señor, antes de responder á vuestras ofertas, permitidme hacer traer mi cena delante de vos. Le sirvieron en el mismo instante un gigote, hecho del resto de la carne que habia comido al medio dia; y volviéndose entónces á Mr. Walpole, prosiguió: Milord, ¿pensais vos que el que se contenta con una comida semejante, sea un hombre á quien la córte pueda ganar facilmente? Decid al rey lo que habeis visto; pues esta es la sola respuesta que tengo que darle.»

¡Cuán raros son estos ejemplos de desinterés y moderacion, y cuán pocos los hombres á prueba contra este imán poderoso y encantador, que sabe atraerlo todo, vencerlo todo, y triunfar de todo! Habiendo llegado á *Mezt*, el mariscal de la Ferté, una Diputacion de los judios, pasó á saludarle é implorar su patrocinio; y como un criado le diese el recado de que aguardaba en la antecámara: «No quiero, dijo, ver á esos belitres; pues ellos son los que condenaron á muerte á su maestro. «En consecuencia se les dijo que el mariscal no recibia. Mucho lo sentimos, repusieron ellos; pues deseábamos en gran manera ofrecerle nuestros respetos, y una pequeña fineza de cuatro mil doblones. Se apresuró el criado á llevar esta respuesta

al mariscal, quien dijo al momento, «haced entrar á esos pobres diablos, que seguramente no le conocian cuando le crucificaron.»

Tal es la flaqueza de los hombres, que casi todos se dejan deslumbrar por el oro, como si este metal pudiera hacerlos felices. Sin embargo, bastaria examinar sin prevencion la vida de los ricos, para aprender á despreciar lo que tanto adoramos. En efecto, las riquezas que deberian proporcionarnos el bien estar y la satisfaccion, no hacen de ordinario sinó añadir algo á nuestros cuidados, y á nuestras penas. Temiendo servirnos de ellas, solo nos ocupamos en acumularlas: esta es la vida vergonzosa y miserable del avaro, que se niega á sí mismo lo necesario; que se atormenta noche y dia para juntar tesoros de que no gozará jamás, y para amontonar riquezas que causarian aun despues de su muerte su suplicio, y la alegría de sus herederos. Tal era el famoso avaro inglés Cuttler, de quien habla Pope (B. 197). Este hombre riquísimo, y aún mas avariento, viajaba ordinariamente á caballo y solo, para evitar todo gasto. Al llegar por la noche á la posada, fingia hallarse indispuerto á fin de que no le sirviesen cena. Mandaba al mozo de la caballeriza que llevase á su cuarto un poco de paja para meterla en las botas. En seguida, hacia calentar la cama y se acostaba: mas luego que el criado se retiraba, volvía á levantarse y con la paja de sus botas y la vela que le habian dejado, encendia un pequeño fuego y asaba un arenque que sacaba de la faltriquera; teniendo siempre la precaucion de proveerse de un pedazo de pan, y de una botella de agua, de este modo cenaba sin convidados y á poca costa. Este es el mismo Cuttler, que creyendo dar un excelente consejo al pródigo Villiers, duque de Buckingham le decia: «¿por qué no vivis, como yo?

¡Vivir como vos, caballero Cuttler! respondió Villiers, yo sería dueño siempre de hacerlo cuando no tuviese absolutamente nada.»

El avaro, es un rico vergonzoso que no se ocupa sino en hacer centinela noche y día á su tesoro que se oculta, y oculta su dinero; que vive solo, separado de la sociedad civil, y es un criminal aislado que muere casi siempre en la miseria, siendo su muerte en esto semejante á su vida.

Por el contrario, quiere uno hacer uso de sus grandes riquezas y gastarlas con estrépito, se arroja á la mas dura y penosa esclavitud, no tiene para sí ni un solo momento, y huye de él el reposo con la libertad.

¡Qué de penas é inquietudes no causan los grandes bienes de fortuna! ¡Cuántos momentos de mal humor, de tédio y de tristeza, no anublan y obscurecen los mas hermosos dias del rico! Sobre todo; cuantos pesares, disgustos, y remordimientos, no le asaltan en la muerte! Son muy pocos los años que se pueden poseer las riquezas. Por inmensas que sean, será preciso dejarlas en breve, y cuanto mas grande es el sacrificio de ellas, mas cuesta hacerlo; pues son otros tantos lazos que nos atan á la vida. «¡Oh muerte! esclama con aquel rey infiel de la Escritura, el rico mundano, cuando está próximo á la tumba, á donde vá á ser despojado de todo, ¡Oh muerte! ¡Cuán amarga eres, y cuán doloroso es separarse de lo que se ama! Cuánto mas dulce y agradable ha sido la vida, con mas pesar vé uno que se la arrancan (1)», si es que pueden

(1) Quantum glorificavit se, et in deliciis fuit; tantum date illi tormentum et luctum: quia in corde suo dicit: Sedeo regina: et viduam non sum: et luctum non videbo. — Apoc. c. 18, v. 7.

Cuanto se há engreído, y regalado; dadle otro tanto de tormento y de llanto: ya que dice en su corazon: estoy como reina sentada en sólio: y no soy viuda: y no veré duelo. Sr. Amat. — T.

llamarse placeres y delicias las que están siempre mezcladas con tantas penas y amarguras; pues por lo regular el rico víctima de sus intemperancias y de sus excesos, no suele gozar de ningun placer verdadero; huyendo lejos de su corazon la alegría, y sirviendo para los otros mas que para él los mejores manjares de su mesa. Tal es la triste condicion de muchos ricos. A menos que el hombre opulento no se acomode á vivir en una honesta medianía, sus riquezas, lejos de ser ventajosas, no hacen sinó abreviarle los dias, y hacerle mas desgraciado.

Y así, el mas sábio de los reyes, convencido de la vanidad de las grandes riquezas, y considerándolas muy inferiores á la feliz medianía, no pedia á Dios sinó esta « Señor, le decia, no me deis ni la mendicidad ni las riquezas, dadme solamente lo que me es necesario para vivir, no sea que estando en la abundancia, caiga en la tentacion de renunciaros, y de decir: ¿quién es el Señor? ó que estrechado por la indigencia, no robe la hacienda agena (1). »

Él pensaba con razon, que si la gran pobreza es algunas veces peligrosa, la multitud de riquezas no lo es menos. La indigencia conduce á las murmuraciones y á las blasfemias, y obliga á hacerse vil ministro ó esclavo de las pasiones de los ricos. La opulencia conduce á la impiedad y al olvido de Dios, y de sus deberes. La pobreza, cuando no es

(1) Mendicitatem, et divitias ne dederis mihi: tribue tantum victui meo necessaria:

Ne forte satiatu illicitarum ad negandum, et dicam: Quis est Dominus? aut egestate compulsus furer, et perjurem nomen Dei mei. — Prov. c. 30. v. v. 8 y 9.

No me des ni mendiguez ni riquezas: dame solamente lo necesario para vivir;

No sea que viéndome sobrado, me vea tentado á renegar de ti y diga lleno de arrogancia: ¿Quién es el Señor? ó bien que, acosado de la necesidad, me ponga á robar, y á perjurar el nombre de mi Dios. — Sr. Amat — T.

sostenida y ennoblecida por la religion, hace vi-
les y desgraciados: las riquezas inchan el corazon
y lo corrompen. El estado mas seguro, el mas de-
coroso y el mas dulce, es vivir cuando se puede entre
la abundancia y la indigencia, y lo mas lejos posible
del uno y del otro extremo, pues entre los dos es
dónde habita la felicidad con la sabiduria (1).

Pero esta es una de las verdades que habrá mu-
cha dificultad en persuadir á los hombres. Aún los
que parecen mas convencidos de que la felicidad de
esta vida no consiste en poseer grandes bienes, son
los primeros que se dejan arrastrar por los en-
cantos de la fortuna, cuando se les muestra ri-
sueña. Amiot (B. 198), que fué preceptor de Carlos IX,
rey de Francia, habia nacido tan pobre, que fué cria-
do en un hospicio. Los beneficios de su principe le
dieron con que vivir espléndidamente. Él fué pro-
visto en el obispado de Auxerre, cuya renta pasaba
de treinta mil libras, y obtuvo además una rica aba-
dia. Un dia que pedia á Carlos IX un beneficio con-
siderable, el rey le dijo: ¡Pues què! mi maestro,
tú decias que si tuvieses mil escudos de renta es-
tarías contento, y yo creo que los tienes y aún
mas.— « Señor, respondió Amiot, el apetito viene
comiendo.»

Pedro de Vair, obispo de Vence (2), tenia mu-

- (1) Feliz aquel que en aurea medianía,
Ambos extremos evitando, abraza
Ignorada quietud. Ni el bien ajeno
Su paz turbó, ni de insolente orgullo
Las iras teme; ni el favor procura:
Suenan en su labio la verdad, detesta
Al vicio, aunque del orbe el cetro empuñe
Y envilecida multitud le adore.
Libre, inocente, obscuro, alegre vive,
Á nadie superior, de nadie esclavo.

MORATIN. — T.

- (2) Ventia: villa de Francia, cabeza del canton de Var.— T.

cho mas desinterés : su obispado era el mas pequeño de la Provenza, y valia seis mil libras. Le ofrecieron otros de mayores rentas, pero los rehusó siempre diciendo : « que no creia que le fuese permitido en conciencia repudiar su esposa , porque era pobre , para tomar otra mas rica. »

Si teneis hacienda, no trabajéis por juntar mucha mas , pues con enriqueceros no conseguireis ser mas feliz. Tened método en vuestros negocios, economia en vuestra casa , una justa proporcion entre vuestras rentas y vuestro gasto , y tendreis siempre lo bastante para vivir tranquilamente y con honor. Si vuestra fortuna es inferior á vuestra condicion y estado , procurad , si se puede, aumentarla con moderacion : contentaos con adquirir lo necesario, porque al fin es preciso procurar tenerlo ; siendo en esta parte muy exacta la respuesta de un filósofo á Dionisio el tirano. Decia este principe , que el sábio , no tiene necesidad de nada. « Si , respondió aquel , cuando tiene lo que necesita. » Procurad adquirir lo necesario para estar decentemente, cumplir con vuestra familia y domésticos, los deberes indispensables de la justicia, y de la sabiduria cristiana ; pero jamás tengais para satisfacer la ambicion ni vuestras pasiones. Sea esta imposibilidad gloriosa, uno de los ejemplos y de las herencias que traspaseis á vuestros hijos. Debeis pensar en proporcionarles para en adelante una fortuna honesta , segun su estado ; pero esta obligacion , de la cual no pretendemos dispensaros , y que sirve tan frecuentemente de pretexto á la codicia y á la avaricia , cumplidla con sabiduria. No trabajéis en ensalzar á vuestros hijos mucho mas alto de vuestra condicion , ó en hacerlos muy ricos , pues cuantos mas bienes deja uno á sus herederos , menos lo lloran. Debeis , si es posible , dejarles ri-

quezas ; pero aún mas virtudes y buenos ejemplos. Sinó podeis acumularles muchas, decidles esta consolante máxima del Sábio: «Poca hacienda con el temor del Señor, vale mas que los tesoros acompañados de turbacion y de inquietud.» Repetidles con frecuencia estas bellas palabras del virtuoso Tobías: *No temas, hijo mio: nosotros vivimos en la pobreza; pero tendremos muchos bienes si tememos á Dios, si nos apartamos de todo pecado, y si hacemos buenas obras* (1).

La buena conducta es el mas necesario de todos los bienes, y el mas precioso de todos los tesoros; pues proporciona los demás bienes, ó los conserva, y los suple cuando no los hay. Pero no es dada sinó á los que han recibido en herencia la sabiduria; y esta sabiduria es ella misma un dón de Dios, que no lo concede sino á los que se lo piden. Dirigios pues, á él, para tenerla, y hacedle frecuentemente la misma súplica que le hizo Salomón.

Habiéndole ofrecido Dios, cuando subió al trono, todo lo que su corazon se complaceria de desear, hizo la eleccion mas juiciosa que se puede jamás hacer. Muy diferente de otros hombres, que en sus oraciones piden á Dios todo, escepto la sabiduria, esta fué la única cosa que él pidió. «Supuesto que quereis que yo reine, le dijo, dadme lo que me es necesario para reinar con justicia y con equidad: un entendimiento recto, un discernimiento justo, y sobre todo aquel corazon dócil, que es à un mismo tiempo el principio y uno de los primeros frutos de la sabiduria, pues esta sola es la que puede hacer

(1) *Noli timere, fili mi: pauperem quidem vitam gerimus, sed multa bona habebimus si timuerimus Deum, et recesserimus ab omni peccato, et fecerimus bené.* — Tob. c. 4, v. 25.

No temas, hijo mio, *no te aflijas*: es verdad que pasamos una vida pobre; pero tendremos muchos bienes, si temiéremos á Dios, y huyéremos de todo pecado, y obráremos bien. Sr. Amat. — T.

los verdaderos reyes y los grandes principes. Esta es, Señor, la que concibió con vos el designio de formar el mundo, y que hizo la principal obra de vuestro poder; y por ella tambien lo gobernais despues de tantos siglos, con órden tan bello, que no se puede considerar sin admiracion, y que demuestra visiblemente las señales divinas de vuestra Providencia. Enviádmela pues, tambien á mí, para iluminarme durante esta vida mortal, para dirigir mis pasos inciertos en medio de las tinieblas y precipicios que me cercan, y para instruirme en todo lo que debo practicar, á fin de ser agradable á vuestros ojos.»

Salomón tuvo la felicidad de obtener lo que pedia. Dios le concedió la sabiduría, y con ella todos los demas bienes que no habia pedido. Esto es lo que os sucederá si teneis la dicha de obtener la sabiduría, pues os proporcionará todo lo que os es necesario para pasar felizmente esta vida, y os suplirá todo lo demás. ¿Qué puede faltar al que es sábio para ser feliz, tanto como es permitido serlo en la tierra? ¿No tiene aquella tranquilidad de alma, que es segun la espresion de la Escritura, como un festin continuo, aquella paz de la conciencia, y aquella moderacion de deseos, que son los mas dulces frutos de la virtud? Ved aquí lo que hace con la fortuna ó sin ella, y á pesar de ella, el mas feliz de los hombres. Todo lo que la fortuna puede dar, no vale lo que él posee, porque tiene la sabiduría; ¿y qué son todos los bienes del mundo, comparados con su precio y valor? ¿De qué sirven al insensato todos sus tesoros, prosigue el bello pensamiento de Salomón, cuando no puede comprar la sabiduría? (1)

(1) *Quit prodest stulto habere divitias, cum sapientiam emere non possit. — Prov. c. 17. v. 16.*

¿Qué le aprovecha al necio tener riquezas, no pudiendo con ellas comprar la sabiduría? — Sr. Amat.—T.

Pero este bien precioso, despues de Dios, toca à los padres el procurarlo à sus hijos, por una virtuosa educacion; y à los hijos merecerlo por una grande docilidad. Se puede esperar todo de aquel que es dócil y que recibe con atencion las sábias lecciones que le dán. Esta cualidad tan necesaria, que es á un mismo tiempo el fruto y el principio de una buena educacion, tuvo gran cuidado de inspirarla desde luego à sus hijos el gran Delfin de Francia, hijo de Luis XV, y su primogénito el Duque de Borgoña, principe jóven, de mucho espíritu y de grandes esperanzas, dió de ello un dia un bellissimo ejemplo. Habia contradicho á su ayo, y en el calor de la disputa se propasó hasta decirle «veremos quien de nosotros dos tendrá razon.» Mas habiendo reflexionado al momento, que esta salida era contraria á la deferencia y docilidad que le debia tener, añadió en seguida: «la tendréis vos sin duda, porque sois mas racional que yo.»

Esta inestimable docilidad, es uno de los medios de adquirir la sabiduria, y con ella todas las virtudes. Dando oido á las buenas instrucciones las hace bajar hasta el corazon para derramar en él semillas fecundas. «Hijo mio, dice el Eclesiástico, ama desde tu primera juventud el ser instruido y adquirirás una sabiduria, que conservarás hasta la vejez. Acércate á la sabiduria de todo corazon. Búscala con cuidado, y te será descubierta: y cuando la hayas abrazado una vez, no la dejes, porque encontrarás en ella al fin tu reposo, y se convertirá en un motivo de alegria para tí (1).»

(1) Fili, á juventute tua excipe doctrinam, et usque ad canos invenies sapientiam.

In omni animo tuo accede ad illam, et in omni virtute tua conserva vias ejus.

Investiga illam, et manifestabitur tibi, continens factus nederelinquas eam:

Las luces de la razon descubrieron aún á los paganos, esta excelente verdad; y nos han conservado á este asunto una bella ficcion moral de Crantor (B. 199), filósofo platónico. Él decia, que las divinidades que presiden á la riqueza, al deleite, á la salud y á la virtud; se presentaron un dia á todos los griegos congregados en los juegos olimpicos, á fin de que les señalasen su puesto, siguiendo el grado de su influencia sobre la felicidad del hombre. La *riqueza* ostentó su magnificencia, y comenzaba á obcecar los ojos de sus jueces, cuando el *deleite* representó que el único mérito de las riquezas era conducir al placer. La *salud*, dijo, que sin ella los mas grandes placeres son amargos, y que el dolor ocupa en breve el lugar de la alegría. Pero la *virtud* puso fin á la disputa, é hizo convenir á todos los griegos, en que la riqueza, el placer y la salud, no duran mucho tiempo sin ella, ó se convierten en males para quien no sabe usarlas con sabiduria. Los Jueces, en consecuencia, le adjudicaron el primer puesto; el segundo á la salud, el tercero al placer, y el cuarto á la riqueza.

En efecto, solo la sabiduria, hablando con propiedad, merece el titulo de bien, y puede hacer la felicidad del hombre. Ella enseña á hacer un noble y digno uso de las riquezas, ó á pasarse sin ellas sin pesar, cuando no se tienen. Ella aparta de nosotros los

In novissimis enim invenies requiem in ea, et converteretur tibi in oblectationem. —Eccles. —c. 6. v. v. 18, 27, 28 y 29.

Hijo, desde tu mocedad abraza la buena doctrina, y adquirirás una sabiduria, que durará hasta el fin de tu vida.

Arrímate á ella de todo tu corazon; y con todas tus fuerzas sigue sus caminos.

Búscala, que ella se te manifestará; y en poseyéndola, no la abandones:

Porque en las postrimerías hallarás en ella reposo; y se te convertirá en dulzura. —Sr. Amat.—T.

origenes mas ordinarios de nuestras penas, la afliccion de lo pasado, el dolor de lo presente, y la inquietud sobre lo futuro; encerrando nuestros deseos en la extension de lo que podemos segun nuestras facultades, y colocando nuestra felicidad, no en una posesion de objetos que prometen una prosperidad que no dán jamás, sinó en el cumplimiento de nuestros deberes. Ella separa tambien de nosotros hasta los dolores que no son de ordinario sinó los frutos dela intemperancia y de los excesos. Los placeres del espiritu y del corazon, que produce siempre una conducta virtuosa, y que renacen sin cesar en una conciencia pura y tranquila, caminan en su séquito, y la acompañan hasta en la adversidad.

¡Feliz, pues, mil veces el hombre que ha encontrado la sabiduria! En su escuela es donde aprenderà á conocer y á cumplir todos los deberes del hombre de bien, y á poner en pràctica las excelentes máximas que acabamos de explicar.

FIN.



BIOGRAFIAS

que por el orden numérico se citan en este segundo tomo de la Escuela de costumbres.

445. *Dario I*, rey de Pérsia, hijo de Hystaspes; uno de los que conspiraron contra el mago Smerdis, usurpador del trono de Pérsia, á quien reemplazó en el año 520 antes de Jesucristo, por la astucia de su escudero. Habíanse convenido los siete conjurados en dar la corona, á aquel de entre ellos, cuyo caballo, relinchase primero. El escudero de Darío ató la noche antes una yegua en el paraje ó sitio donde debía presentarse, llevó allí el caballo de su amo á la mañana siguiente, y logrando con esto que relinchase antes que los otros, fué Darío proclamado rey. Los primeros años de su reinado se señalaron con la restauracion del templo de Jerusalem, pues habiendo los judíos presentado el edicto que Ciro habia otorgado en su favor, Darío, no solamente lo confirmó, sinó que les dió ademas considerables sumas de dinero, y las cosas necesarias para los sacrificios. Algunos años despues, puso Darío sitio á Babilonia, que se le habia rebelado; y los babilonios, para hacer durar mas tiempo sus provisiones, exterminaron á todos los habitantes que creyeron inútiles para tomar las armas. Sin embargo, esta bárbara crueldad no les salvó, la ciudad fué tomada á los veinte meses de sitio por otra estratajema de Zopiro, uno de los que habian conspirado con Darío contra el mago Smerdis. Este cortesano, habiéndose desfigurado y mutilado todo el cuerpo, se presentó en Babilonia, fingiendo querer vengarse de su príncipe, que supuso era quien le habia puesto en tan lastimoso estado, pero con el verdadero y depravado objeto de entregar la ciudad, como lo verificó. A la toma de Babilonia siguió la guerra contra los Scythas, 514 años antes de Jesucristo. El pretexto aparente de esta guerra, fué la irrupcion que aquel pueblo habia hecho en el Asia; mas su verdadera causa consistia en la ambicion del príncipe, que ardía en deseos de señalarse con sus hazañas. Obase, hombre respetable por su rango y por

su edad, que tenia tres hijos al servicio de Darío, le pidió permiso para llevarse uno consigo. «Uno solo no os basta, le respondió este príncipe cruel, guardaos los tres:» é inmediatamente dió orden para que los matasen y los entregasen á su padre. Marchó Darío en fin contra los Scythas, despues de haber subyugado la Thracia; pero esta expedicion fué muy desgraciada. Su ejército experimentó las mas increíbles privaciones y fatigas en aquellos vastos desiertos, á donde supieron los Scythas atraerlos con su particular estrategia y retiradas fingidas; y despues de mil esfuerzos inútiles contra este pueblo, hubo de volver las armas contra los indios, á quienes sorprendió apoderándose de su pais. Bien pronto estalló la guerra entra los pérsas y los griegos, sirviendo de pretexto el incendio de Sardes, y la parte que en él tuvieron los atenienses. Animado Darío, por el furor de la venganza, mandó á uno de sus oficiales que todos los dias antes de comer le dijese: «Señor, acordaos de los atenienses.» Dió el mando en jefe de su ejército á su yerno Mardonio. Este, mas cortesano que general, fué con todas sus tropas, batido y derrotado completamente peleando contra los thracios. Entónces hizo partir otro ejército mas considerable que el primero; pero sufrió la misma suerte é igual derrota, siendo vencido en Marathon por diez mil atenienses, 490 años antes de Jesucristo. El general Milciades que los mandaba, apenas tuvo tiempo para poner en orden de batalla su pequeño ejército, pues sus soldados, furiosos como leones, y sin esperar la orden de acometida, atacaron denodadamente á los pérsas, los cuales perdieron doscientos mil muertos y prisioneros, y seis mil fueron pasados á cuchillo. Vivamente conmovido Darío por esta pérdida, resolvió tomar el mando en persona, y al efecto decretó un armamento general en todo su imperio; pero prevenido por la muerte, cuando se preparaba para esta expedicion, no pudo llevarla á cabo, y murió el año 486 antes de Jesucristo, despues de un reinado de treinta y seis años. Este príncipe, aunque esencialmente guerrero y conquistador, se ocupó no obstante en la felicidad de su pueblo; pero su desmedida ambicion, su gusto por el fausto, y los inmensos gastos que llevan consigo estas dos pasiones, fueron funestisimas á la Pérsia. La primera causó su ruina, y la segun-

da introdujo la molicie, contribuyendo ambas á que una nacion intrépida, fuerte y valerosa, pasase en poco tiempo, á ser la más débil y afeminada.—T.

446. *Epaminondas*, famoso general tébano, patriota incorruptible, de origen real, célebre por sus virtudes privadas, y por sus hazañas militares; el amor á la verdad fué en él tan grande, que jamás se deshonró con una mentira. Por su consejo se libertó Tébas del poder de Lacedemonia; y habiendo ésto acarreado una guerra, Epaminondas elevó su país á la mas alta gloria en la célebre victoria de Leuctra; de aquí se internó en el territorio enemigo, donde se grangeó muchos amigos y partidarios. Cuando volvió á Tébas, fué preso como traidor por haber violado las leyes; y parecia que todos sus eminentes servicios no podrian libertarle de la muerte; se sometió implícitamente á las de su país, y solo pidió á los jueces que inscribiesen sobre su sepulcro, que habia muerto por haber salvado á la pátria: este reproche animado surtió su efecto, y no solo le perdonaron, sinó que nuevamente le confirieron el supremo mando. Despues hizo varias guerras felices, y se empeñó otra vez con los lacedemonios en Mantinea, donde recibió una herida mortal, peleando en lo mas espeso de los enemigos; pero sobrevivió hasta saber que su ejército habia quedado victorioso. Murió por los años 565 antes de Jesucristo, á los 48 de su edad.—T.

447. *L' Hospital* (Miguel de): nació en 1503 cerca de Aigueperse en Auvernia; fué hijo de un médico del condestable de Borbon, á quien habia seguido á su destierro. Despues de haber estudiado el derecho en Milan y en Pádua, volvió á Francia, siguió algun tiempo la carrera del foro, y despues obtuvo un cargo de consejero en el Parlamento. Sus virtudes y sus luces llamaron sobre él la atencion del canciller Olivier, que hizo fuese enviado como embajador al concilio de Trento. Margarita de Valois, hermana del rey Enrique II, le nombró su canciller privado, é inclinó á su hermano á nombrarle superintendente de hacienda, en cuyo eminente destino reprimió multitud de abusos, y se distinguió por su conducta íntegra y severa. Fué elevado por Francisco II á la dignidad de canciller de Francia, cuyo puesto conservó en el reinado de Carlos IX. Amigo de la

tolerancia, hizo todos sus esfuerzos para evitar las disputas religiosas, y para reconciliar á los católicos y protestantes: impidió el establecimiento de la inquisicion en Francia y logró la libertad de los cultos; pero despues de muchos años de lucha, viendo frustrados todos sus esfuerzos por el fanatismo de los partidos, y reconociendo por otra parte, los proyectos sanguinarios de Catalina de Médicis y de Carlos IX, renunció su destino y se retiró á su tierra de Vignay, cerca de Etampes. Tachado de adicto á los protestantes, estuvo á punto de ser asesinado el dia de san Bartolomé, pero murió de dolor en el año siguiente de 1575. Este magistrado íntegro vivió en una honrosa medianía, y no dejó al morir bienes ningunos. Durante su magistratura, se debieron á sus luces y consejos, sábias ordenanzas que le colocaron en el número de los primeros legisladores franceses. Fué tambien escritor distinguido, sobresaliendo particularmente en la poesía latina.—*T.*

448. *Gustavo Adolfo*, llamado el grande, rey de Suecia, hijo y sucesor de Carlos IX; nació en 1594, y cuando subió al trono se rodeó de un concejo de hombres de mérito á cuya cabeza colocó al canciller Oxenstiern. La Suecia estaba á la sazón en guerra con la Dinamarca, Rusia y Polonia; concluyó la paz con las dos primeras potencias, y obligó á la tercera, por medio de dos brillantes victorias, á cederle todas las plazas fuertes de la Livonia y de la Prusia polaca. Despues de haber terminado así esta guerra, hizo alianza con los príncipes protestantes de Alemania, y se puso á la cabeza de su partido, adelantó sus conquistas, y habiendo empeñado una gran batalla en Lutzen en 1652, aunque ganó la victoria, pereció en la accion. Apesar de tantas guerras como sostuvo, fomentó el comercio, la industria y las letras en sus estados, y fundó el primer tribunal de justicia. Tuvo por sucesora á su hija Cristina.—*T.*

449. *Scarron* (Pablo): poeta francés, nació en París en 1660, era hijo de un consejero del parlamento, quien le destinaba al estado eclesiástico; pero fueron tantos los desórdenes y extravagancias de su juventud, que arruinó su salud para siempre, y para colmo de su desgracia perdió todos sus bienes á consecuencia de un pleito que tuvo

que sostener con su madrastra. Púsose entónces á trabajar para el teatro, y esta ocupacion le produjo lo suficiente para sostenerse con alguna decencia. Sobresalió en el género satírico y burlesco, y estuvo muy en boga por algun tiempo; pero al fin degeneró en trivial y llegó á cansar. Estuvo casado por ocho años con la célebre madama de Maitenon (*véase su nota*). — *T.*

420. *Descartes* (Renato): célebre filósofo francés, nació en la Haya en Turena el año 1596, y murió en Stokolmo en el célebre reinado de Cristina de Suecia, en 1650. Es considerado como el renovador de las ciencias, pues persuadido de lo poco sólidos que eran los conocimientos transmitidos por los antiguos, resolvió dudar provisionalmente de todo, y reconstruir el edificio entero sobre nuevos cimientos, no fiándose mas que en la evidencia, y siguiendo un nuevo método: pero en los trabajos que emprendió para realizar esta gran restauracion, es preciso distinguir el metafísico, el matemático y físico, y el astrónomo. Las principales obras de este filósofo son: sus *Principios*, sus *Meditaciones*, su *Método*, el *Tratado de las pasiones*, el *de la Geometria*, el *del Hombre*, y una grande *Coleccion de cartas*. Entre éstas, se encuentra el juicio crítico de algunas *Epistolas de Balzac*, obra maestra de buen gusto, segun el abate Trublet, en la cual manifiesta, que Descartes no era menos capaz que Aristóteles, de dar reglas de elocuencia y de poesia; pero lo que mas immortalizó á este grande hombre, fué la aplicacion que supo hacer de los principios de la Algebra á la Geometria, idea que será siempre la clave de las mas profundas investigaciones de la Geometria sublime, y de todas las ciencias físico-matemáticas. Esta es, sin disputa, la parte mas sólida y menos contestada de su gloria literaria. — *T.*

421. *Isabel*, reina de Inglaterra, hija de Enrique VIII y de Ana Bolena, nació en 555. Su padre la habia declarado ilegítima é incapaz de reinar; pero revocó posteriormente esta declaracion en su testamento, y subió al trono á la muerte de María, su hermana, en 1558. Uno de sus primeros actos fué el de restablecer la religion protestante, que María habia proscrito, y constituirse en jefe y cabeza de la iglesia. Hizo prosperar su reino, protegiendo la agricultura y el comercio, creándo una marina, y haciendo

grandes reformas y economías en la hacienda. Pero obscureció y manchó en gran manera su gloria con su conducta, respecto de la infortunada reina de Escocia, María Stuart. Irritada contra esta princesa, que habia tenido la imprudencia de tomar el título de reina de Inglaterra, pero cuyo mayor delito era el de ser mas hermosa que Isabel, excitó grandes turbaciones en sus estados, la atrajo á Inglaterra donde la tuvo prisionera, é implicándola en una acusacion de atentado contra su persona, la hizo en fin decapitar. Designó sin embargo por su sucesor á Jaime, rey de Escocia, hijo de María Stuart, y murió en 1603. Esta princesa gobernó con un despotismo casi absoluto, y convocó raras veces el parlamento. Juntaba en verdad á las calidades de un gran rey, coquetería, vanidad, celos, hipocresía, en fin, todas las debilidades y malas pasiones de una mujer comun. — *T.*

122. *Caton*, apellidado de *Utica*, célebre romano, que desde muy jóven dió muestras de una alma firme y valerosa y de su amor á la república. Llevado á los 44 años al palacio de Sila, y viendo las cabezas ensangrentadas de los proscriptos, pidió un puñal con objeto de librar á Roma de su tirano. No fiándose de Pompeyo, se opuso con todas sus fuerzas á la ambicion de César, y votó en contra de la medida que daba á este último el mando de las Galias por cinco años, diciendo á los senadores que se habian decretado un tirano para el porvenir. Durante la guerra civil se pronunció en favor de Pompeyo, y obtuvo algunas victorias sobre las tropas de César en Dirrachium. Cuando se recibió la noticia de la derrota de Farsalia, y poco despues del asesinato de Pompeyo, reunió los restos del ejército republicano y pasó á Africa, donde Q. Metelo Scipion, á la cabeza de algunas tropas, se preparaba á recibir á César; pero habiendo sido derrotado Metelo, Caton se encerró en Utica y se atravesó con su espada el año 46 de Jesucristo. — *T.*

125. *Carlos VIII*, rey de Francia, llamado el *afable*, hijo de Luis II, nació en 1470, subió al trono á la edad de 15 años; la tutela fué confiada á su hermana Ana de Francia, Señora de Beaujeu, á pesar de la oposicion de Luis, duque de Orleans. Casó con Ana, heredera de Breta-

ña, y unió esta importante provincia á la Francia. Joven y ambicioso, quiso conquistar el reino de Nápoles, haciendo valer ciertos derechos que los príncipes de la casa de Anjou habian legado á su familia. Hizo, en efecto, esta conquista con asombrosa rapidez, y se apoderó de Nápoles cinco meses despues de su partida; pero perdió sus nuevos estados mas pronto que los habia conquistado. El Papa, los Venecianos, Sforcia duque de Milan, Fernando de Aragon é Isabel de Castilla, se unieron contra él y le obligaron á salir de Italia el mismo año. Atacado á su regreso cerca de Tornoue por cuarenta mil confederados, Cárlos los venció con nueve mil hombres, y logró entrar en su pais. Murió en 1498. — *T.*

124. *Gustavo III*, rey de Suecia, subió al trono en 1774; y sin emplear la violencia logró que los estados aceptasen una nueva constitucion que restituía á la corona su antigua autoridad de que la nobleza y el senado le habian despojado. Siguió con varia fortuna, guerra contra la Dinamarca y la Rusia, y de resultas de una victoria naval ganada contra esta última potencia, la obligó á firmar la paz en Varela; y en el mismo año, que fué el 1790, obligó igualmente á la Dieta á firmar el acta de union y de seguridad, que investia al rey del derecho de paz y de guerra; pero desde entónces fué jurada su ruina por la nobleza, la cual no tardó en fraguar contra él una conspiracion, que estalló dos años despues, habiendo sido herido en un baile de máscaras de la córte, de un pistoletazo disparado á boca de jarro, de cuyas resultas murió. Este príncipe era instruido, y protegió las letras y las artes; fundó una academia en Stokolmo, enriqueciendo su museo con preciosas colecciones. — *T.*

125. *Guisa* (Francisco de Lorena, duque de): hijo primogénito de Claudio de Lorena; nació en el castillo de Bar, en 1519; se distinguió tanto por su valor y brillantes hazañas, como por su generosidad y humanidad con los vencidos, y cesaron las desgracias y desastres de la Francia desde que, en calidad de teniente general, se puso á la cabeza de los ejércitos, acreditando con su conducta que la felicidad ó infelicidad de los estados, depende á las veces, de un solo hombre. Dueño, por decirlo así, de la Francia

en el reinado de Enrique II, lo fué igualmente en el de Francisco II. La conspiracion de Amboise, fraguada por los protestantes contra su vida, solo sirvió para aumentar y consolidar su crédito, pues el parlamento le dió el título de *conservador de la patria*. Fué muerto en 1569 de un pistoletazo que le disparó el ugonot Poltrot de Meré, cuando se disponia para sitiar á Orleans, centro de la faccion protestante, y plaza de armas de los calvinistas.— *T.*

426. *Zenon*, fundador de la secta de los estóicos, nacido en Cicio en la isla de Chipre el año 562 antes de Jesucristo. Al principio fué traficante, y habiendo sido arrojado á Atenas por una tempestad, se dedicó á estudiar la filosofía con Cratés. Con este maestro permaneció diez años, y despues otros diez con Estipon, Jenócrates y Polemon, al cabo de los cuales abrió una escuela que fué muy concurrida.

Siendo ya muy viejo y achacoso, habiéndose roto un dedo en una caída, exclamó: ¡oh muerte! estoy pronto á seguirte, podias ahorrarte el trabajo de venir á advertírmelo; y volviendo á su cuarto, tomó un veneno del que murió á los 98 años de su edad. Segun los principios de la filosofía estóica, el hombre debia vivir en el mundo como si no tuviese cosa alguna propia: amar á sus semejantes, aun cuando fuesen sus enemigos, estender á todos sus beneficios, así como alcanzan á todos los de la naturaleza: buscar y practicar la virtud, como la única y verdadera recompensa de sus acciones: evitar las alabanzas, los honores y las distinciones: complacerse en la oscuridad, y no dejarse dominar por las pasiones, sometiéndolas á la razon. Los atenienses honraron la memoria de Zenon, erigiéndole un sepulcro en el barrio de Cerámica, « á fin, decia el decreto en que se mandó, de que todo el mundo sepa que los atenienses honran á los hombres, de un mérito distinguido, durante su vida y despues de su muerte. » — *T.*

427. *Sócrates*, el mas famoso de los filósofos de la Grecia, y apellidado el padre de la filosofía. Nació en Atenas 469 antes de Jesucristo. Por algun tiempo siguió el oficio de su padre Sofronisco, que era picapedrero ó escultor; despues se presentó, como el resto de sus conciudadanos, en el campo de batalla, y peleó con arrojo é intrepidez; pero

dedicado á las ciencias , bien pronto se hizo célebre , como filósofo y como naturalista : era dado al trabajo , y se habia acostumbrado á las penalidades ; sufría con paciencia las injurias , y despreciaba los insultos de la malicia y del resentimiento ; tenia multitud de discípulos , que aprendían tanto de su vida ejemplar como de sus doctrinas : en sus lecciones trataba de la naturaleza , de la piedad , de la impiedad , del honor , del deshonor , de la justicia , de la injusticia ; en todo lo cual mostraba un espíritu independiente ; y ún talento superior al comun de sus con Ciudadanos ; estas superiores disposiciones de entendimiento le atrajeron muchos enemigos ; se le ridiculizó en el teatro , y se le acusó de haber hecho innovaciones en la religion de los griegos. Fué condenado por la mayoría de solos tres votos á beber la cicuta. Puede decirse que creó la ciencia de la moral , distinguió las diferentes especies de virtudes , recomendó la práctica del bien como el medio mas seguro para llegar á la felicidad , y demostró con nuevos argumentos la existencia de un Dios , de una Providencia , y de la inmortalidad del alma. Discurriendo tranquilamente sobre esta materia con sus amigos , la víspera de su muerte , tomó la copa de manos del verdugo , cuando llegó la hora de presentársela , arrasados los ojos en lágrimas. — *T.*

428. *Aristófanes* , célebre poeta cómico griego , nacido por los años 450 antes de Jesucristo en Atenas , segun unos , y en la isla de Rodas ó en la Egina , segun otros. Comenzó á darse á conocer el año 427 , haciendo representar en el teatro de Atenas un gran número de comedias , en las cuales atacaba sin respeto ni miramiento alguno á los primeros filósofos , á los hombres de estado , á los poetas , al pueblo de Atenas , y hasta los dioses mismos , llevando la licencia hasta tal punto que obligó al gobierno á prohibir en el año 588 , por una ley , el que se representase ni nombrase en la escena ninguna persona á la sazón viviente ; lo que puso término á la comedia llamada *antigua*. Uno de los filósofos á quienes Aristófanes persiguió con mas acrimonia y violencia fué Sócrates , contra el qual escribió la comedia titulada *las nubes* , á la que sin duda alude Blanchard al citar á este poeta — *T.*

429. *Domiciano*, emperador romano, nació en Roma el año 54 de Jesucristo. En el principio de su reinado, siguiendo el ejemplo de su padre Vespasiano, y de su hermano Tito (*delicias del género humano*), á quien sucedió, prometia un gobierno bastante dichoso, se mostraba liberal y justo, embelleció la ciudad con muchos edificios, restableció la biblioteca que habia sido quemada, é hizo con muy buen éxito la guerra contra los celtas, los germanos y los dacios. Pero entregado muy pronto á su natural feroz, mandó dar muerte á un gran número de senadores y de romanos distinguidos, y se apoderó de sus bienes; excitó contra los cristianos la mas cruel persecucion; proscribió á los filósofos, á los letrados é historiadores, cuyos juicios severos temia; se entregaba al mismo tiempo á la mas infame disipacion, y sedujo á su sobrina Julia; y llevando el orgullo hasta la locura quiso ser mirado como un Dios, haciendo que le erijiesen altares. Sucumbió al fin víctima de una conspiracion, formada en su palacio por Domicia Longina, su esposa, que temia por su vida, y fue asesinado por Esteban, liberto de esta mujer, el año 96 de Jesucristo.— *T.*

450. *Gravesand* (Guillermo Jacobo): docto holandés, que nació en Bois-le-duc en 1688, y murió en 1742. A la edad de 18 años publicó un ensayo ó tratado de perspectiva que le dió gran crédito; y durante algunos años escribió en un periódico científico muy estimable, que se publicaba en el Haya con el título de *diario literario*. En 1715 hizo un viaje á Inglaterra, y durante su permanencia en aquel país, contrajo relaciones con sus primeros sábios; en 1717 fué profesor en la universidad de Leyden, donde enseñó sucesivamente las matemáticas, la astronomía y la filosofía. Fué uno de los primeros sábios que adoptaron y propagaron en el continente de Europa las teorías de Newton, y contribuyó poderosamente con sus trabajos á los progresos de la física y de las matemáticas.— *T.*

451. *Newton* (Isaac): ilustre sabio inglés, que nació en 1642 en Wools-trop, cerca de Grantkam, que hizo á la vez progresos inmensos en las matemáticas, en la física y en la astronomía; los principales fundamentos de su gloria son: 1.º la descomposicion de la luz, y el descubrimiento de las principales leyes de óptica; 2.º el conocimien-

to de la gravitacion universal; en virtud de esta propiedad todos los cuerpos se atraen en razon directa de su masa, y en razon inversa del cuadrado de las distancias; por esta ley única explicó á la vez el movimiento de los planetas al rededor del sol, el de la luna al rededor de la tierra, el curso de los cometas, y el flujo y reflujo del mar. Le debemos tambien una porcion de soluciones particulares, y de teorías matemáticas tan notables por su elegancia y concision como por su exactitud. Era infatigable en el trabajo, y cuando le preguntaban como habia hecho tan grandes descubrimientos, respondia: « pensando siempre en ellos. » Cuando se supo en Londres la noticia de su muerte ocurrida en 1727, la córte mandó que se hiciesen á sus restos mortales los mismos honores que á las personas de la mas alta categoría. Su cadáver fué expuesto con toda pompa y ostentacion en un lecho mortuorio y trasladado á la sepultura real de Westminster, llevando las borlas del féretro el lord canceller y seis Pares del reino. Sabido es el sublime epitafio de Pope en honor de este sábio: *la naturaleza, dice, y sus leyes, estaban envueltas en el caos de la noche; dijo Dios, que Newton sea, y apareció la luz.*— *T.*

152. *Caligula*, tercer emperador romano, hijo de Germánico y de Agripina, y sobrino de Tiberio, fué adoptado por éste, á quien sucedió el año 57 de la era cristiana. Los primeros meses de su reinado fueron dichosos; pero de resultas de una enfermedad originada por sus desórdenes, y que se cree alteró su razon, se entregó á todos los excesos de la locura, del orgullo y de la crueldad. Quiso ser adorado como un Dios, hizo que le celebrasen triunfos de victorias imaginarias, dió el título de cónsul á un caballo que queria mucho, tuvo comercio incestuoso con sus hermanas; estableció sitios de prostitucion, hasta en su mismo palacio; hizo perecer á los ciudadanos mas recomendables y ricos con objeto de apropiarse sus riquezas, y no quiso exceptuar ni aún á sus mas próximos parientes. En su furor deseaba, segun se dice, que el pueblo romano no tuviese mas que una cabeza para poder cortársela de un solo cercen. Se formó una conspiracion contra este mónstruo, y Chereas, tribuno de las guardias pretorianas, libró de él al género humano el año 44 de Jesucristo.— *T.*

455. *Séneca*, conocido por el filósofo, hijo de Séneca el retórico; nació el año 205 de Jesucristo; estudió elocuencia con su padre, y siguió primero la carrera del foro; mas habiendo inspirado recelos á Calígula su talento oratorio, dejó aquella profesion y se dedicó á la filosofía. Abrazó la secta del Pórtico, y abrió una escuela que pronto se vió muy concurrida. En tiempo de Claudio le acusó Mesalina de relaciones criminales con Julia, hija de Germánico, y fué desterrado á Córcega, dirigiéndolo en vano las mas humildes súplicas al liberto Polibio, favorito de Claudio; permaneció ocho años en aquel destierro, y no se le alzó hasta que murió Mesalina. La nueva emperatriz Agripina le confió la educacion de su hijo Neron, y en aquel delicado encargo, procuró mas bien formar el talento que el corazón del príncipe. Cuando Neron subió al trono, Séneca quedó á su lado como uno de sus principales ministros, y ayudado por Burrhus, pudo contener por algun tiempo sus feroces inclinaciones; pero trató de retirarse de la corte, cuando el emperador, entregándose á toda especie de desórdenes y crímenes, no vió ya en él mas que un censor incómodo. Neron se opuso á ello con hipocresía, mas no tardó mucho en deshacerse de él, envolviéndole en la conspiracion de Pison. Le envió orden de darse muerte, y Séneca se hizo abrir las venas, sufriendo su suerte con estoica firmeza. Se le ha censurado el haber acumulado inmensas riquezas mientras estaba en la privanza, y de haber recomendado en sus escritos la pobreza, cuando se entregaba á la molicie y á los goces del lujo. Tácito, y sobre todo Dion Casio, han referido muchas imputaciones poco honrosas para su memoria, pero que no se hallan suficientemente fundadas: así se le acusa de haber aprobado el envenenamiento de Británico, y el asesinato de Agripina. Se conservan de él algunos escritos filosóficos, en que predica la moral mas austera y el desprecio de la muerte: su estilo es elevado y elegante; pero suele ser afectado, y está lleno de antítesis. Quintiliano le acusa de haber corrompido el gusto de su siglo. — *T.*

454. *Becket* (Tomás Moro): arzobispo de Cantorbery, nació en Londres en 1149, de una familia anglo-sajona: supo granjearse la amistad del rey Enrique II, que le nombró

primero cãnciller y preceptor de su hijo, y lo elevó despues á la silla arzobispal de Cantorbery, á la cual estaba unido el título de primado de Inglaterra. Sin embargo, poco tiempo despues Becket, tuvo acaloradas discusiones con Enrique II, por defender algunas prerogativas del clero que queria usurpar Enrique, y fué condenado por rebelde en el parlamento, viéndose precisado á refugiarse en Francia cerca de Luis el jóven. Llamado á su país algun tiempo despues, comenzó de nuevo á irritar al rey, y pereció asesinado (1172) por varios cortesanos que creyeron con esto ganar la gracia del Monarca, pero éste desaprobó altamente su conducta. El papa Alejandro III le canonizó. — *T.*

455. *Creso*, último rey de Lidia, de la raza de los Mermnades, es célebre por sus riquezas. Subió al trono el año 559 antes de Jesucristo, y pasó el tiempo de su reinado entre los placeres, la guerra y las artes. Reunió á sus estados la Panfilia, la Misia y Frigia, hasta el Halys. Su córte era el punto de reunion de los filósofos y literatos. Habiendo pasado Solon á ver á Creso, éste le mostró con orgullo sus tesoros y sus palacios, creyendo deslumbrar al filósofo; pero Solon se contentó con decirle: « No llamemos á ninguno feliz antes de su muerte. » En efecto, Creso no gozó largo tiempo de su felicidad; habiéndose aliado á los asirios contra Ciro, fué derrotado en la batalla de Thymbrea, luego sitiado en Sardes, su capital, donde se habia encerrado, y hecho prisionero despues del asalto de la ciudad, fué por último conducido á presencia de Ciro, que hizo encender una hoguera para quemarle. Entónces, reconociendo la verdad de lo que Solon le habia dicho, exclamó: « ¡Oh Solon, Solon! » Notada que fué esta exclamacion por Ciro, le salvó la vida, porque desde que Creso declaró al vencedor lo que le hacia hablar en aquellos términos, Ciro, conociendo la inestabilidad de las cosas humanas, mandó sacarlo de la hoguera, le conservó á su lado y le honró con su confianza. — *T.*

456. *Richelieu* (Armando Duplessis), primer ministro de Estado del reinado de Luis XIII, uno de los mas hábiles políticos y de los génios mas grandes que ha tenido la Francia; nació en París en 1585 de una familia antigua y bastante ilustre. A los 22 años fué consagrado en Roma obispo de Luzon,

y obtuvo esta dignidad valiéndose de una mentira, que descubierta por él mismo á Paulo v, hizo decir á este Papa: *Ved aquí un jóven que tiene talento, pero que algun dia será un grande hipócrita*: profecía que en realidad se verificó, habiendo puesto en juego, desde entónces hasta el fin de su vida, las artes y manejos del disimulo, ó por mejor decir de la mas profunda hipocresía, para llegar á cuantos fines se propuso y satisfacer su ambicion. Nombrado diputado de los estados generales, llamó la atencion de la córte, y supo agradar al mariscal de Ancre, que era el personaje mas influyente, y á la regente María de Médicis; fué capellan de esta princesa, y despues secretario de estado de la guerra y de lo interior. Compañero de desgracia, por algun tiempo de la reina madre, se manejó con tal destreza, que sin indisponerse con el rey, ni con el favorito de éste el duque de Luines, consiguió la reconciliacion de madre é hijo, y recibió en recompensa el capelo de cardenal. Por la proteccion de aquella entrò en el consejo, casi contra la voluntad de Luis XIII, que sentia cierta repugnancia hácia su persona, y bien pronto se hizo nombrar primer ministro. Elevado al poder supremo, acometiò tres grandes empresas, que jamás perdió de vista, y siguió con obstinada perseverancia, á saber: destruir el poder politico del protestantismo en Francia, abatir el orgullo y el espíritu turbulento y faccioso de la nobleza, y humillar á la casa de Austria. Estas empresas felizmente ejecutadas, le suscitaron poderosos é implacables enemigos, con especialidad entre los grandes, contando al fin entre sus principales adversarios á la reina madre, recelosa del ascendiente que habia adquirido sobre el monarca, á la reina Ana de Austria, al hermano del rey Gaston de Orleans, el duque de Buillon, el conde de Soyssons y todos los favoritos. Una vez conjurados todos sus enemigos lograron decidir al débil Luis á destruirle; mas advertido á tiempo marchó á avistarse con el rey en Versailles, recobró todo su poder, poco antes vacilante, é hizo sufrir á sus enemigos la suerte que le tenian preparada. Aquel paso atrevido se llamó, «jornada de los chascos ó engaños» el guarda-sellos Marillac fué desterrado; su hermano el mariscal de Marillac fué condenado à muerte bajo pretexto

de peculado, y el mariscal Bassompierre fué enviado á la bastilla. No pudiendo conseguir nada con el rey, los grandes buscaron un apoyo en el extranjero, y excitaron muchas rebeliones. Instruido siempre á tiempo de sus intrigas, Richelieu supo frustrarlas todas. Desterró á la reina madre á Bruselas, redujo á la sumision á Gaston de Orleans, que habia empuñado las armas, hizo morir en el cadalso al duque de Montmorency que habia tomado parte en la rebellion del príncipe; dió al conde de Soissons, coaligado con el Austria, una batalla en que pereció aquel señor, é hizo decapitar á Cinq-Mars y á Thou, acusados de relaciones secretas con España. Richelieu murió poco tiempo despues de esta última ejecucion el 4 de Diciembre de 1642. No pudo concluir las guerras que habia emprendido; pero habia asegurado ya en todas partes la preponderancia de las armas francesas, y emancipado enteramente el poder real. Este ministro es incontestablemente el mayor que ha tenido la Francia; eran grandes sus miras, y las llevaba á cabo con una perseverancia y firmeza inalterables; pero se le acusa de haber sido implacable, y de haber vengado sus resentimientos particulares, bajo pretexto de los intereses del estado: nada puede en efecto justificar el suplicio del mariscal Marillac, del jóven Thou y de Urbano Grandier. Richelieu amaba y protegia las letras; se le debe la creacion de la academia francesa. Es lástima que quisiese ser autor, porque algunas piezas dramáticas que compuso fueron muy medianas, y que cometiese el defecto de mostrarse envidioso de Corneille.— *T.*

157. *Samson*, juez y libertador de los judíos, famoso por su prodigiosa fuerza; nació por los años de 1155 antes de Jesucristo. Era hijo de Manué, de la tribu de Dán; y segun la órden que su madre, tenuta por estéril, recibió de un ángel, fué educado como Nazareno, dejándole crecer el cabello, con prohibicion de beber vino ú otro licor fermentado y embriagante. Samson casó (aunque venciendo la resistencia de sus padres), con una jóven de Thamnatha, á la cual repudió al poco tiempo, y propuso en seguida á los jóvenes de la ciudad un enigma sumamente oscuro y difícil de resolver. Mató con una quijada de asno un gran número de filisteos, incendió sus mieses, sirviéndo-

se de trescientas zorras, por medio de una estratagemá particular, y les causó mas daños y desgracias que todos los israelitas juntos; pero habiéndose dejado engañar por las caricias y falsos alhagos de Dálila, á quien amaba apasionadamente, esta artificiosa mujer, abusando de su confianza, le cortó los cabellos, en los cuales consistia toda su fuerza, y le entregó á los filisteos. Estos le sacaron los ojos, y le metieron en una estrecha prision de la ciudad de Gaza, cargado de cadenas, condepándole ademas á dar vueltas á una piedra de molino, pero un dia que le hicieron asistir á un solemne festin que celebraban en el templo de Dagon, con el objeto de divertirse con él, á costa de mil ultrajes, Samson, á quien por inadvertencia habian dejado crecer los cabellos, y con ellos su antigua fuerza, abrazó dos enormes columnas que sostenian el edificio, y las sacudió de tal suerte, que desplomándose la bóveda, quedó sepultado con cuantas personas habia, que segun algunos, ascendian á tres mil filisteos, lo cual acaeció 1117 años antes de Jesucristo.—T.

458. *Caton* (M. Porcio): apellidado el *antiguo* ó el *ensor*, romanó célebre por sus virtudes; nació en Tús-culo el año 254 antes de Jesucristo, de una familia obscura; sirvió á las órdenes de Q. Fabio Máximo, durante la segunda guerra púnica: subió á todos los honores del estado por su valor, su desinterés y su amor á la justicia; recibió el honor del triunfo por sus hazañas en España, á donde fué enviado con el título de Cónsul, y nombrado censor de Roma, desempeñó su cargo con tanta exactitud y escrupulosa imparcialidad, que los romanos, aun en vida, le erigieron una estatua con esta inscripcíon: *A Caton, que ha corregido las costumbres.* Su rígida severidad contra el lujo y la corrupcion, le atrajo muchos enemigos, y fué acusado mas de cuarenta veces; pero triunfó de todas las acusaciones con acrecentamiento de su honor. En sus últimos años, temiendo la rivalidad de Cartago, siempre terminaba sus discursos en el senado con esta frase: *delenda est Carthago.* Escribió varios libros y entre ellos, un tratado de *Re rústica*; y se dice que aprendió el griego á los 80 años, y murió el 149 años antes de Jesucristo, á los 85 de su edad.—T.

459. *José II*, emperador de Alemania, nació en 1741; fué hijo del emperador Francisco I de Lorena y de María Teresa de Austria. Fué elegido rey de romanos, y nombrado emperador en 1765 á la muerte de su padre; pero éste no fué mas que un título honorífico, pues María Teresa conservó el poder, y no gobernó realmente, sino desde la muerte de esta princesa. Amigo de innovaciones, dió varias leyes que cambiaban la disciplina eclesiástica, suprimian conventos etc., sin que las súplicas del papa Pío VI que pasó personalmente á verle en Alemania, pudieran detenerle en el camino de las reformas. Hizo alianza con la emperatriz Catalina II contra los turcos, pero fué desde luego derrotado delante de Belgrado, y vió avanzar á sus enemigos bajo el mando del gran visir Yussuf-bajá hasta el corazon de sus estados. Sin embargo el feld-mariscal Laudon, reparó este descalabro y obligó al mismo Belgrado á capitular; pero la insurreccion de los Países Bajos contra su autoridad, y la revolucion de Francia que amenazaban tan cruelmente á su hermana María Antonieta, le sumieron en una tristeza profunda, y murió en 1790.— *T.*

440. *Filopémenes*, general de los aqueos, nacido en Megalópolis; dió las primeras pruebas de su valor en la toma de esta ciudad por Cleòmenes, rey de Esparta. Marchó á la guerra con Antígono *el Tutor*, y ganó en el año 208 antes de Jesucristo la famosa batalla de Mesena, contra los etolios, aliados de los romanos. Habiendo sido elevado por su valor y hazañas militares al grado de capitán general, mató por su propia mano en un combate, cerca de Mantinea á Macánidas, tirano de Lacedemonia. Nabis, sucesor de Macánidas, venció á Filopémenes en un combate naval; pero él supo vengar su derrota apoderándose de Esparta, cuyas murallas hizo arrasar, abolió las leyes de Licurgo, y sometió los lacedemonios á los aqueos el año 188 antes de Jesucristo. Cuatro años despues, los mesenenses tomaron las armas contra sus dominadores, pero á la primera noticia de esta rebelion, marchó Filopémenes al frente de su ejército, y les dió muchas batallas haciendo en todas ellas prodigios de valor, mas habiendo tenido la desgracia de caer del caballo, fué hecho prisionero por los mesenenses, los cuales

le condujeron á Mesena y le encerraron en una estrecha prision. Diócrates, su general, y enemigo particular de Filopémenes, abusando bajamente de la victoria, le hizo envenenar. Este ilustre guerrero fué llamado y con razon *el último de los griegos*; y en efecto con él terminó aquel largo y hermoso catálogo de grandes hombres que inmortalizaron el pais que tuvo la felicidad de producirlos. En su conducta habia tomado por modelo á Epaminondas, imitando su desinterés, la sencillez y modestia de su porte, su prudencia en deliberar y resolver, y su actividad y audacia en ejecutar. Sin embargo, no bastante dueño siempre de su carácter altivo, ejecutó algunas acciones que obscurecieron el esplendor de su gloria. — *T.*

444. *Bacon* (Francisco): ilustre filósofo inglés, nacido en Lóndres en 1564, hijo de Nicolás Bacon, guarda-sellos de la reina Isabel. Desde su infancia se hizo notable por la precocidad de su talento; y siendo aún muy jóven concibió el proyecto de reformar las ciencias; pero fué entorpecido por el cuidado de procurarse la subsistencia. Acompañó al embajador de Inglaterra en Francia cerca de Enrique III. Llamado á su pais á consecuencia de la muerte de su padre, se recibió de abogado, y se entregó con ardor y feliz éxito al estudio de la jurisprudencia. Prefiriendo la carrera de los negocios públicos, hizo los mayores esfuerzos para obtener algun empleo importante, y al efecto se procuró la amistad del conde de Essex, y se hizo nombrar miembro de la cámara de los comunes. Con todo, no pudo adelantar mucho con la reina Isabel, aunque para conciliarse el favor de esta princesa, consintió en justificar la condena del infortunado Essex, que habia sido su protector; pues solo recibió el título honorífico de consejero ó abogado extraordinario de la reina. Se consoló sin embargo de este olvido, consagrándose al estudio, y dando principio á los trabajos que mas adelante le inmortalizaron. Despues de la muerte de Isabel, Jaime I, que amaba á los sábios, elevó rápidamente á Bacon á los primeros honores, nombrándole sucesivamente abogado general, miembro del consejo privado, guarda-sellos, y por último gran canciller, y ademas baron de *Verulamio* y vizconde de *S. Albano*. Murió en 1626, habiendo dejado muchos escritos

sobre la jurisprudencia, la política, la historia y la moral, debiendo considerársele como el padre de la filosofía experimental. — *T.*

442. *Agatocles*, tirano de Sicilia, nació hácia el año 564 antes de Jesucristo. Fué hijo de un ollero, y habiendo ascendido desde la clase de soldado, al grado de General, se hizo dueño de Siracusa y de toda la Sicilia: triunfó varias veces de los cartagineses, á quienes atacó dentro de la misma Africa. Murió envenenado por su nieto Archagate á la edad de 72 años, y á los 28 de reinado, 289 antes de Jesucristo. — *T.*

445. *Maximino*, emperador romano, nació en Thracia, de padres godos, fué al principio pastor. Habiéndose alistado en la milicia logró subir por su valor á los grados mas altos, y se hizo proclamar emperador despues de la muerte de Alejandro Severo; triunfó de los germanos, sármatas y dacios, que asolaban el imperio, pero se hizo odioso por su ferocidad. Mandó dar muerte á millares de personas por sospechas de haber conspirado contra él, y persiguió cruelmente á los cristianos; fué asesinado en Aquilea por sus propios soldados. De este emperador, dice el sábio maestro Flores en su *Clave historial*: « Si le mides por el cuerpo, le hallarás el mas grande, porque fué agigantado; si por los pies, verás que iguala al caballo en el correr; si por la boca, verás que le caben cada dia 40 libras de carne, y una arroba de vino; si por el ánimo, verás que es tambien gigante en lo cruel. Mataron con él á su hijo Máximo los soldados: *que con el lobo debe morir el cachorrillo.* » — *T.*

444. *Dacier* (Aña le Fevre, Madama de), hija del sábio Tanneguy le Fevre, y compañera de estudios, bajo la direccion de su propio padre, del célebre Andres Dacier, de quien llegó á ser esposa. Nació esta literata en 1654 y murió en 1720. Comenzó á darse á conocer en la república literaria por su bella edición de Calímaco, que vió la luz pública en 1674, enriquecida con doctas y eruditas notas; publicó en seguida sábios comentarios sobre muchos autores antiguos, como *Floro*, *Aurelio Victor*, *Eutropio* y otros. Su marido compartia con ella sus trabajos literarios, viviéndo ambos en la mas perfecta union. Un hijo y dos hijas, fueron el fruto de este lazo formado á la

vez por el espíritu y por el amor. Igualmente recomendable madama Dacier, por su carácter como por sus talentos, se hizo admirar no menos por su virtud, su firmeza, su igualdad de ánimo, y su generosidad, que por sus obras. Las mas estimables, son: 1.º La traduccion de las tres comedias de *Plauto*: el *Amphitruon*, el *Rudens*, y el *Epidicus*. Cuando Moliere publicó su *Amphitruon* la ilustre literata, trabajó una disertacion para probar que el de *Plauto*, imitado por el cómico moderno, era muy superior al de éste; pero habiendo sabido que Moliere iba á dar á luz su comedia de las *Mujeres Sábias*, suprimió su disertacion, y en su lugar colocó al frente de su traduccion, un Prefacio interesante sobre el origen, progresos y vicisitudes de la Poesia dramática, sobre la Comedia antigua, la media y la nueva, y sobre el mérito de *Plauto* y de *Terencio*; dando la preferencia al primero, por su mayor fuerza cómica (*vis cómica*) y fecundidad de invencion: tradujo sin embargo todas las piezas del segundo, y ambas versiones en general, están hechas con gusto y exactitud. - 2.º La traduccion de la *Iliada* y de la *Odysea*, con un extenso Prefacio y numerosas y eruditas notas, obra en que defendió á *Homer* contra el juicio critico de la *Motte* con tanto calor, como con acrimonia y entusiasmo sostuvo su causa contra el padre Harduino, su detractor. - 5.º La traduccion del *Plutus* y de las *Nubes* de *Aristófanes*, y la del dulce *Anacreonte*, y malograda *Sapho*. Tambien escribió varias notas sobre los libros de la Sagrada Escritura; y aunque sus amigos la instaron varias veces á que las diese á la prensa, siempre les contestó: «que una mujer debe leer y meditar la Escritura para arreglar su conducta conforme á su doctrina, pero que debe ser muy reservada y guardar silencio sobre ella, segun el precepto de S. Pablo.» Habiéndose extendido la fama de Madama Dacier por toda la Europa, la reyna Cristina de Suecia, mandó expresamente al conde de *Conyngsmark*, con una carta autógrafa, en que la invitaba á pasar á su córte.— T.

445. *Sófocles*, célebre poeta trágico griego; nació en Colonia, cerca de Atenas por los años 495 antes de Jesucristo. A los 20 años de su edad, dió su primer drama, y desde entónces, no cesó ya de trabajar para la escena: generalmente se le atribuyen 125 piezas; pero de éstas,

solo han llegado hasta nosotros siete tragedias completas. Murió de edad nonagenaria.

Hablando Ciceron en su precioso *Diálogo de la vejez* del incansable amor de Sófoles, al trabajo y al estudio, dice lo siguiente: «Sófocles componia tragedias, aunque era ya de mucha edad; el cual, pareciendo que entregado enteramente al estudio descuidaba de su hacienda, fué llamado á juicio por los mismos hijos para que los jueces le retirasen como chocho, del manejo de ella, como se suele hacer, segun nuestras costumbres, con los padres que no la administran bien. Entónces dicen, que el viejo leyó á los jueces aquella fabula *Edipo Coloneo*, que tenia entre manos, y acababa de escribir, y les preguntó si aquella era obra de un viejo ya chocho; y habiéndola leído se le dió por libre por parecer de todos.»—*T.*

446. *Spinola*, general célebre, nació en Génova en 1650: pertenecia á una familia noble y rica, que desempeñó un importante papel en las turbulencias políticas de Génova; levantó tropas á sus espensas en favor de Felipe IV, y sostuvo largo tiempo la causa española en los Países Bajos; se apoderó de Ostende despues de tres años de sitio; fué Comandante general de las tropas españolas en los Países Bajos; tomó á Breda, marchó á socorrer contra los franceses al duque de Saboya; pero se vió desatendido por Felipe IV, y murió de pesar durante la campaña.—*T.*

447. *Aristóteles*, famoso filósofo griego, hijo de un médico, que nació en Estajira 548 años antes de Jesucristo. Despues de haber pasado veinte años al lado de Platon, abrió por sí mismo Academia, y enseñó la filosofía; fué durante diez años maestro de Alejandro, el que siempre le respetó, y recibió con sumision sus lecciones. Filipo, padre de Alejandro, escribió á Aristóteles en estos términos: «Os participo que tengo un hijo: doy gracias á los dioses, no tanto de haberme hecho padre, como de haberme dado un hijo en tiempo en que Aristóteles puede ser su preceptor; espero que le hareis un sucesor digno de mí, y un rey digno de Macedonia.» Los escritos de Aristóteles tratan de casi todos los conocimientos de que se tenia idea en aquellos tiempos; la moral y la filosofía natural, la metafísica, las matemáticas, mecánica, gramática, crítica y po-

lítica ; en todo se ejercitó su pluma ; fué hombre de vastos conocimientos , de elocuencia , facilidad y agudeza , de invencion y fecundidad de pensamientos ; era parco en sus comidas , de poco dormir , y trabajador infatigable. Murió , segun dicen , de un cólico á la edad de 65 años. Los estajiritas robaron el cadáver de este grande hombre , le erijieron altares , y le consagraron una fiesta anual. Diógenes Laercio , nos ha conservado algunas de sus numerosísimas sentencias : *El árbol de las ciencias tiene las raices amargas ; pero sus frutos son muy dulces. La esperanza es el sueño de un hombre despierto. Hay la misma diferencia entre un sábio y un ignorante , que entre un hombre vivo y un cadáver, Las letras sirven de adorno en la prosperidad , y de consuelo en la desgracia.* Cuando Aristóteles se hallaba en el colmo de su gloria , fué atacado por la envidia , como sucede ordinariamente á todos los hombres de mérito. Un sacerdote de Cères le acusó de que no creía en esta diosa. Aristóteles , acordándose de la muerte de Sócrates , se retiró á Chalcis *para impedir* , dijo , *que se cometiese una segunda injusticia contra la filosofia.* La de este génio eminente , no era esa razon salvaje que se retira á los bosques para vivir entre brutos , era sí la razon cultivada de un hombre sociable , dotado de todas las cualidades de un verdadero amigo de la humanidad. Antes de morir confió este filósofo todos sus escritos á Theophrastro , su discípulo y sucesor en el liceo. Causa verdaderamente la mayor admiracion , cómo pudo componer tantas , tan buenas y tan variadas obras. Las mas apreciables son : su *dialéctica* , su *moral* , su *historia de los animales* , su *poética* y su *retórica*. En esta última demostró el preceptor de Alejandro , que la verdadera filosofia es la guia mas segura de todas las artes. — T.

148. *Polignac* (Melchor de) : nació en Puyen-Velay el año 1654 , de una de las casas mas ilustres del Langüedoc. Murió en París en 1744 , á los 80 años , y con una reputacion inmortal. Era uno de esos talentos vastos y luminosos que todo lo abarcan , y en todo penetran y profundizan ; amaba igualmente las ciencias y las artes , que á los sábios y á los artistas ; su conversacion era dulce , entretenida y sobradamente instructiva ; el metal de su voz y la gracia

con que se expresaba daban á sus conversaciones una especie de encanto que iba mas allá de la seducción; en todo manifestaba la universalidad de sus conocimientos, pero sin objeto de lucirse, ni mucho menos de hacer sentir á nadie la superioridad de sus talentos; lleno de consideraciones y de cortesía con todos, no solo se conciliaba la atención, sinó que se hacia escuchar generalmente y con gusto; jamás le fué infiel su memoria, ni aún sobre una simple palabra, un nombre propio, una fecha, una cita de un autor, ó sobre un hecho por antiguo que fuese; pues siempre, y en todas ocasiones le ayudaba en sus discursos con todo el órden que puede suministrar la mas reflexiva meditacion. Por último, el cardenal Polignac pasa por el mas hábil negociador, y el primer diplomático de su siglo.— *T.*

449. *Catinat*, Mariscal de Francia; nació en París en 1657, y murió en 1712. En su juventud abandonó el foro por las armas; obtuvo dos victorias contra el duque de Saboya, que le valieron el baston de mariscal. Puesto á la cabeza de las tropas francesas en Italia, tuvo que combatir con el príncipe Eugenio; pero el mal estado de su ejército, la falta de dinero y subsistencias paralizaron sus esfuerzos; y habiendo sufrido algunos reveses, sobrellevó sin embargo, como filósofo este injusto tratamiento, y vivió despues completamente retirado y fugitivo de la corte, practicando las mas bellas virtudes.— *T.*

450. *Pedro I*, llamado el grande, Czar ó emperador de Rusia, nació en 1672, y era el hijo tercero de Alejo. Por muerte de su hermano primogénito Fedor II., fué colocado en el trono por los grandes, postergando á su segundo hermano Ivan II., mas despues, la rebelion de los Strelitz, le obligó á admitir por cólega á aquel príncipe, y reconoció tambien por co-regenta á su hermana Sofía; pero muerto Ivan, y presa Sofía, quedó dueño absoluto del imperio, y se propuso libertar, engrandecer y civilizar la Rusia. Para conseguirlo, visitó las naciones mas cultas é ilustradas: emprendió su viaje acompañado de Lefort; fué primero á Holanda, y allí aprendió el oficio de carpintero de ribera ó de navio, trabajándo como simple obrero en el astillero de Saardam, con el nombre de Peter Michaelof, pasó despues á Inglaterra en donde eligió ingenieros hábiles para que tra-

zasen y abriesen el canal desde el Don al Volga. Una nueva rebelion de los Strelitz, le obligó á regresar á Rusia, y mandó degollar á cuatro mil de aquellos revoltosos soldados. Fundó á S. Petersburgo; se unió con el Rey de Polonia, Augusto II contra Carlos XII, y aunque fué batido por éste muchas veces, consiguió por último vencerle en Pultava. Poco despues volvió á conquistar la Suecia y otras provincias, y marchó contra los turcos aliados de Carlos XII; pero estuvo á peligro de perderse, y solo debió su salvacion á su esposa Catalina. Conquistó la Finlandia y el Alaud, despues de conseguir una victoria naval. Durante estas guerras no cesó de ocuparse en llevar á cabo su pensamiento de grandes reformas; mejoró la administracion de justicia, y la policia: creó una marina, fomentó la industria, estableció el santo Sínodo en lugar del Patriarcado, y fundó la academia de las ciencias de san Petersburgo; pero obscureció su gloria condenando á muerte á su hijo primogénito Alejo, que se oponia abiertamente á sus innovaciones. Murió en 1725, de una enfermedad vergonzosa, y le sucedió su esposa Catalina. Mereció por sus vastas empresas el dictado de «Grande» pero fué de carácter violento, disoluto y cruel, complaciéndose mas de una vez en ejecutar por sí mismo las sentencias de muerte que dictaba.— *T.*

151. *Tácito*, célebre historiador latino; nació en Interamnia hácia el año 54 de Jesucristo, y murió por los años de 110 ó 114. Sus historias empiezan en el reinado de Galba y continúan hasta Nerva; y sus anales desde la muerte de Augusto hasta la de Neron. Tácito está universalmente reconocido por uno de los mas grandes historiadores; grave, profundo, enérgico, conciso, y lleno de afluencia al mismo tiempo, anima sus descripciones con el mas vivo colorido; severo en sus juicios, afea de continuo el crimen y la tiranía; exacto ademas y amigo de la verdad, no escribió sino sobre hechos de que fué testigo ocular, ó que sus contemporáneos le contáran. Sus obras deben ser estudiadas por todos los publicistas y hombres de estado. Han sido traducidas en todos los idiomas.— *T.*

152. *Job* (el Santo): personaje bíblico, célebre por su paciencia; nació en Hus, pais situado entre Idumea y Arabia, hácia el año 1700 antes de Jesucristo. Era un hom-

bre justo que educaba á sus hijos virtuosamente y ofrecia sacrificios al Sumo Hacedor. Queriendo probar Dios á este santo varon , permitió que le despojasen de todos sus bienes , y que sus hijos perecieran debajo de las ruinas de la casa del hijo mayor estando sentados á la mesa. Sucedieron á un mismo tiempo todas estas calamidades ; mas Job recibió la noticia de ellas con una paciencia digna de admiracion. Afligido de una lepra espantosa que le cubria todo el cuerpo, tenia que sentarse sobre un muladar y rascarse con pedazos de teja la asquerosa materia que salia de sus llagas. Para aumentar su dolor, insultábale constantemente su mujer , tratándole de imbécil por su mucha paciencia; pero él se contentó con responderla: « Hablas como una mujer que ha perdido el juicio; ya que hemos recibido bienes de la mano de Dios, ¿por qué no hemos de recibir tambien males?» Satisfecho el Señor de la resignacion y paciencia de su siervo escogido, le dió otros hijos, una perfecta salud, y mayores bienes y riquezas que habia perdido. Murió hácia el año 4509. No podemos dejar de recomendar á nuestros lectores, la traduccion en verso , que del sagrado libro de Job, el mas útil y agradable de todos los libros poéticos de la santa Biblia, hizo el *Sr. Carvajal*, y publicó en la imprenta Real de Madrid el año 1854.

455. *Demócrito*, uno de los filósofos mas famosos de Grecia. Nació en Abdera el año 490, segun unos, ó segun otros el 470 antes de Jesucristo; y habiendo estado hospedado en su casa Gerjes, cuando hizo su expedicion á aquel pais, dejó á su padre por agradecimiento, unos sábios que se encargaron de la educacion de Demócrito, enseñándole la Mithología y Astrología. Despues estudió con Leucipo y de él tomó el sistema de los átomos y del vacío. Su aficion á las ciencias le inspiró el gusto por los viajes: visitó los sacerdotes de Egipto y de la Caldea, los sábios de Persia, y aún tambien, segun se dice, los gymnosofistas de la India. Estos viajes, si bien estendieron la esfera de sus conocimientos, agotaron su patrimonio, que ascendia á mas de cien talentos, en términos de verse à punto de incurrir en la nota de infamia, como pródigo y dilapidador. Para prevenir esta afrenta, se presentó Demócrito á los magistrados, y les leyó su gran *Diacosmo*, (Discurso sobre el

mundo) una de sus mejores obras, y quedaron tan encantados de ella, que á mas de regalarle quinientos talentos, le erijieron estatuas, y decretaron que despues de su muerte, se costeasen sus funerales del Erario público. Dícese de este filósofo, que aborrecía la tristeza, tanto como amaba la alegría riéndose siempre de todo, y al parecer, no sin razon; pues no podía menos de reirse de los hombres, al verles tan débiles y tan vanos, pasando alternativamente del temor á la esperanza, y de una alegría escesiva, á una tristeza profunda é inmoderada. Admirados los Abderitas de este reir continuo del filósofo, y temiendo degenerase en una monomanía escribieron á Hipócrates, recomendándole muy eficazmente; pero habiéndole visitado aquel, fué tanta la veneracion que concibió por el talento y virtud de este sabio, que no pudo dejar de decirles con franqueza á los Abderitas, « que segun su dictamen, los que ellos tenian por mas sanos, eran los enfermos.» Murió este filósofo á la edad de 109, años, 562 antes de Jesucristo. Ninguno de sus escritos ha llegado á nuestros dias.— *T.*

454. *Cárlos Borromeo* (San): cardenal, arzobispo de Milan, vástago de una ilustre familia de Lombardía; nació en 1538 en Arona, en el Milanesado. Adoptado en 1560 por el papa Pio IV, su tío, fué revestido de la púrpura desde la edad de 25 años, y colmado de dignidades y riquezas; tuvo ademas una grande influencia en los negocios de la iglesia; fué el alma del concilio de Trento, y procuró reformar los abusos que se habian introducido en la iglesia; redactó el célebre catecismo conocido bajo el nombre de «Catecismo de Trento.» Nombrado arzobispo de Milan, hizo dimision de todos los demas cargos que ejercía para pasar á residir á su diócesis, y dió en ella ejemplo de todas las virtudes, restableciendo por todas partes la disciplina. Una de las órdenes que quería reformar, que era la orden de los *humillados*, trató de hacerlo asesinar, pero se sustrajo felizmente á los golpes del asesino. Cuando la epidemia hacía tantos estragos en Milan, corrió á esta ciudad desde el centro de su diócesis, y prodigó en todas partes grandes socorros y consuelos. Murió en 1584, aniquilado por las austeridades, á la edad de 46 años, y Paulo V le canonizó.— *T.*

455. *Epicteto*, filósofo estóico, nacido en Yerápolis, en Frigia; fué esclavo en Roma de Epafrodito, liberto de Neron. Desterrado por Domiciano, cuando este emperador espulsó de Roma á todos los filósofos, se retiró á Nicópolis en Epiro. Vuelto despues á Roma, se granjeó la voluntad de Adriano y de Marco Aurelio. Toda la moral de este filósofo se reducía á estas dos palabras: *abstine et sustine*, sufre y abstente. El historiador Arriano redactó un manual de su doctrina, conocido con el nombre griego de Enquiridion. La moral de este libro es digna de un cristiano, pues apenas cabe llevarla á mayor perfección con las solas luces del paganismo. Muchos santos padres, y principalmente S. Agustin y S. Carlos Borromeo, la elogiaron en sus obras, y no pocos libertinos leyeron el manual con aprovechamiento. Epicteto murió de una edad muy avanzada en tiempo de Marco Aurelio, y la lamparilla de barro con que se alumbraba en sus largas vigalias, fué vendida algun tiempo despues de su muerte, en tres mil dracmas.— *T.*

456. *Perron*, gran limosnero de Francia, y uno de los hombres mas sábios de su siglo; nació en el canton de Berna en 1556, de padres calvinistas, de una familia antigua y noble de la baja Normandía; fué educado en la religion protestante por Julio Davy, su padre, quien le enseñó el latin y las matemáticas. En seguida aprendió por sí solo el griego, el hebreo, la filosofía y los poetas. Felipe Desportes, abad de Tirón, le juzgó digno de su amistad, y lo dió á conocer á Enrique III, que le tuvo siempre grande aprecio, y en cuya gracia se conservó, á pesar de cuanto en contrario ha publicado la maledicencia de los enemigos de su reputacion. Habiendo dado grandes pruebas de su talento y su saber, fué nombrado para pronunciar la oracion fúnebre de la reina de Escocia, y entónces abjuró el calvinismo y abrazó el estado eclesiástico, habiendo convertido con la solidez de sus escritos y discursos á un gran número de protestantes, y contribuido eficazmente á la conversion de Enrique IV, quien le envió á Roma para tratar su reconciliacion con la santa Sede, la que consiguió con el apoyo del cardenal d'Osat. Durante su permanencia en Roma fué consagrado obispo de *Evreux* y elevado des-

pues á cardenal por el papa Clemente VIII. Murió en París en 1648 á los 65 años.— *T.*

457. *Helvecio*, hijo de un célebre médico de Luis XV; nació en París en 1745, y falleció en 1774. Despues de haber estado por algun tiempo indeciso respecto al género de literatura á que se dedicaría, y de haber hecho algunos ensayos en la poesía lírica y en la tragedia, se decidió por la filosofía, y publicó una obra en que, reduciendo todas nuestras facultades á la sensibilidad física, trata de probar que el hombre, así en sus juicios como en su conducta, es guiado únicamente por el interés personal, con lo que viene á destruir todo principio ó idea de moralidad. Del mismo género es otra obra que fué condenada por el Papa y el Parlamento, entregada á las llamas por manos del verdugo en 1759, desde cuya época no volvió á escribir ni á publicar otra alguna, aunque dejó muchas inéditas, siendo la principal de todas, la que tituló: *del hombre, sus facultades intelectuales, y de su educacion*; en la que se empeña en probar que todos los talentos son iguales, proviniendo la diferencia que se nota entre ellos, única y exclusivamente de la educacion. A pesar de sus paradojas y doctrinas egoistas, era Helvecio, segun parece, de un carácter noble y generoso, y se refieren de él ciertos rasgos de beneficencia que están en abierta oposicion con su sistema filosófico.— *T.*

458. *Agripa* (Marco Vipsanio): general romano, yerno y favorito de Augusto; obtuvo por su valor y virtudes las primeras dignidades, y fué uno de los mas prudentes capitanes de su siglo. Augusto le debia el imperio del mundo por las victorias que consiguió contra Marco Antonio y el jóven Pompeyo; habiéndole consultado sobre la forma de gobierno que debería establecer, le aconsejó que restableciese la república; pero prevaleció el consejo de Mecenas, que fué de dictámen contrario, y siguiéndole el emperador, designó á Agripa para que le sucediese en el imperio, lo que no tuvo efecto, pues murió antes que Augusto, volviendo de una expedicion contra los panonios. Por su órden se construyó en Roma el famoso panteon, quo hoy lleva el nombre de nuestra Señora de la Rotunda. Dejó tres hijos que el emperador adoptó; pero los tres tuvieron un fin trágico. Tavo ademas una hija que llamó Agripina, y fué esposa de Germánico.— *T.*

459. *Calistenes*, filósofo griego, discípulo y resobriño de Aristóteles; nació en Olintia el año 565 antes de Jesucristo, y siguió á Alejandro el grande en todas sus espediciones. Negóse á reconocer la ambicionada *divinidad* de este héroe, y aún tuvo la desgracia de desagradarle por algunas burlas injuriosas que se permitió contra él: bien pronto fué acusado de conspirar contra su vida, y segun cuentan, condenado á morir encerrado en una jaula de hierro el año 528. — *T.*

460. *Lisímaco*, discípulo de Calistenes, uno de los mejores capitanes de Alejandro el Grande. Se hizo dueño de una parte de la Thracia, despues de la muerte de este conquistador, y edificó en ella la ciudad de Lisimaquia, 509 años antes de Jesucristo. Siguió el partido de Casandro y de Seleuco, contra Antígono y Demetrio, y se halló en la célebre batalla del Ipsus en el año 504 antes de la era vulgar. En el 288 se apoderó Lisímaco de la Macedonia, y reinó diez años; pero habiéndolo hecho morir á su hijo Agátocles, y cometido otras muchas é inauditas crueldades, le abandonaron sus principales vasallos. Pasó entónces al Asia para hacer la guerra á Seleuco, que le habia prestado asilo, y fué muerto en un combate contra este príncipe, 282 años antes de Jesucristo, á los 74 de su edad. Su cadáver fué reconocido en el campo de batalla por medio de un fiel perrito, que no le habia abandonado, ni en lo mas recio de la accion. — *T.*

461. *Freind* (Juan): nació en Cróton, en el condado de Northampton, y fué hijo de un ministro: hizo sus primeros estudios en Westminster, y á la edad de 24 años dió á la luz pública dos discursos griegos, uno de Eschines y otro de Demóstenes, con una traduccion de ambos, y erúditas notas que hubiesen honrado á cualquier sábio de edad proveyta. En seguida se consagró enteramente á la medicina, y en el año de 1705, el conde de Peterboroug le llevó consigo á España, teatro entónces de la guerra de sucesion. Despues de haber ejercido su profesion por espacio de dos años, pasó á Roma, y allí, contrajo amistad con cuantos sábios cultivaban la ciencia de curar. A su vuelta á Inglaterra, fué encerrado en la torre de Lóndres por haber hecho una viva opo-

sición á cierto bill que el ministerio habia presentado al Parlamento, imputándole que mantenía inteligencias secretas con los enemigos del estado. En vano solicitaron sus amigos el que se le redujese su carcelería á solos seis meses; mas habiendo caído enfermo el primer ministro, fué llamado el célebre médico Mead, compañero é íntimo amigo de Freind, quien se negó redondamente á prescribir ningun remedio hasta que aquél estuviese en libertad. La logró en efecto, y habiéndose purgado del crimen que se le imputaba, obtuvo la plaza de primer médico de la princesa de Gales, despues reina de Inglaterra. Murió en Lóndres en 1728, á los 52 años de edad, siendo individuo de la Sociedad real. Freind, no fué uno de aquellos sábios de carácter feroz y sombrío, que viven como extranjeros en medio del mundo, fué por el contrario el hombre mas culto, mas fino y mas amable de la sociedad. Como médico, fué tan feliz en la práctica como ilustrado en la teórica; y sus opiniones merecieron generalmente tanta aceptación en Inglaterra, como habian merecido las de Hipócrates en Grecia.—*T.*

162. *Mead* (Ricardo): nació en 1675 en Stphey, cerca de Londres, de una familia distinguida; cursó las humanidades en Utrech, con el célebre anticuario é historiador Grevio, y despues pasó á Leyden á estudiar la medicina: viajó por Italia, y recibió la borla de doctor en Pádua. De vuelta á su patria, ejerció con tan feliz suceso el grande arte de curar, que muy en breve se adquirió una reputacion general. Tuvo la fortuna de unir á los mas profundos conocimientos teóricos, la práctica mas extensa y mas brillante en buenos resultados. La sociedad real de Lóndres le admitió en su seno, el colegio de medicina le inscribió entre sus mas distinguidos profesores, y la universidad de Oxford, confirmó el diploma de la de Pádua. Nombrado médico del rey en 1727, fué el *Esculápio*, por decirlo así, de la córte y de la ciudad. Se asegura que su profesion, unos años con otros, le producía cien mil libras. Murió este célebre médico en 1754, á los 80 años de su edad. Dotado de una alma noble y delicada, con finos modales, y costumbres dulces, se granjeó un gran número de amigos, así en la córte como entre los hombres de letras, y aún entre sus comprofesores. Su

mesa, que estaba siempre abierta, al talento y al mérito, reunía la magnificencia de un gran capitalista; con los placeres propios de los sábios y hombres de buen gusto. Su biblioteca, tan rica como selecta y escogida, no tanto era propiedad suya como del público. Era siempre el primero en ofrecer sus luces y sus riquezas literarias, descubriendo los talentos que se ocultaban por modestia; y socorriendo con larga mano á los que obligaba á ocultarse la necesidad. Por consejo de este sábio y generoso médico, un famoso librero llamado Guy, á quien asistió en su última enfermedad, dejó un capital inmenso para la fundacion de un nuevo hospital, que es sin disputa uno de los mas hermosos y útiles establecimientos de Londres.— *T.*

165. *Miguel Angel* (Buonarroti): pintor, escultor y arquitecto de primer orden; nació en 1474 en el castillo de Capreso en Toscana, de una antigua familia; anunció desde niño la mas feliz disposicion para las artes; fué colocado en casa de Dominico y David Ghirlandajo, los dos artistas mas célebres de la época, y los dejó á la edad de 15 años, siendo ya superior á sus maestros. Lorenzo de Médicis, llamado el « Magnífico » le designó poco tiempo despues una habitacion en su palacio, y le trató como á su propio hermano. La muerte le privó pronto de este digno protector; pero ya tenia bien establecida su reputacion. Julio II fijó á Miguel Angel en Roma, donde esculpió el mausoleo de este pontífice, monumento magnífico, aunque no acabado; y pintó al fresco la gran bóveda de la capilla Sixtina, composicion no menos admirable que la primera. Gozó del favor de los papas Leon X, Pablo III y Julio III. Hasta los 40 años no se dedicó á la arquitectura, y no tardó en aventajar á sus rivales, construyendo la mas bella obra de la arquitectura moderna, la Cúpula de S. Pedro, y trabajando en ella murió en 1564. Nadie ha disputado el sobresaliente mérito de Miguel Angel, á quien todos colocan en primera línea, como pintor, escultor y arquitecto.— *T.*

164. *Vic* (Domingo de): vizconde de Ermenonville; fué uno de los mejores servidores de Enrique IV. No pudiendo desempeñar ya su servicio por consecuencia de una herida que recibió en una pierna, y cuya curacion parecia muy larga, se la hizo amputar, se unió al ejército de

Enrique, y se cubrió de gloria en Ivry. Este príncipe le dió sucesivamente el gobierno de S. Dionisio, de la Bastilla y de Calais; le nombró vice-almirante, y despues embajador en Suiza. Despues de la muerte del rey, pasaba Vic por la calle de la Ferronnería, en donde fué asesinado aquel monarca, y se apoderó de él tan profundo dolor que sucumbió al dia siguiente en 1640.— *T.*

465. *Racine* (Luis); hijo del célebre poeta trágico Juan Racine; nació en París en 1692. Habiendo perdido á su padre siendo aún de tierna edad, consultó con Boileau acerca de sus estudios, y aunque aquel le aconsejó que no se dedicase á la poesía, sin embargo, su inclinacion decidida á las musas, le arrastró á ella. En 1720 dió á luz el poema de la *Gracia*, escrito con bastante pureza, y que abunda en no pocos y muy fáciles versos. El cardenal Fleuri, que habia conocido y apreciado á su ilustre padre, le proporcionó un empleo en la hacienda, y en él pasó dias tranquilos y afortunados, en compañía de una esposa que constituía toda su felicidad. El único hijo que tuvieron, fruto de esta dichosa union, jóven de grandes esperanzas, pereció desgraciadamente, segun unos, en la inundacion de Cádiz, y segun otros en el temblor de tierra que arruinó á Lisboa. Su padre, vivamente afligido por esta pérdida, pasó el resto de su vida sumido en la mayor tristeza, y murió con grandes sentimientos de religion en 1765, á la edad de 74 años. La Academia de inscripciones y bellas letras, le contó en el número de sus individuos. Este poeta ha sido sin disputa uno de los que mas han honrado á la humanidad. Buen ciudadano, buen esposo, padre tierno, amigo fiel, y reconocido á sus bienchores; brillaba en su carácter el candor, así como la urbanidad y la cortesía en sus modales, á pesar de las frecuentes distracciones á que estaba sujeto. Penetrado de las grandes verdades del cristianismo, llenó constantemente sus deberes con exactitud. Existen de él varias obras, siendo quizás la mas conocida de todas, su poema sobre la *Religion*, obra llena de gracias, de rasgos excelentes, y de versos admirables, aunque no igual siempre, que mereció á su autor un breve muy honorífico del sábio Benedicto XIV.— *T.*

166. *Caracalla* (Marco Aurelio Antonino): nació en Lyon el año 108 de la era vulgar, y fué hijo de Septimio Severo y de Julia. El día mismo en que murió su padre, fué proclamado emperador por los soldados, juntamente con su hermano Geta; pero á muy poco tiempo hizo aquel asesinar á éste, en los brazos de su propia madre, quedando Caracalla, dueño del imperio, y aumentádo la paga de los soldados en una mitad mas, no solo consiguió la impunidad de su crimen, sinó el que estos viles satélites declarasen á Geta enemigo del bien público, imputándole falsamente haber maquinado la muerte de Caracalla. Este no obstante, para disminuir el horror del crimen de que su propia conciencia le acusaba, hizo poner á Geta en el número de los dioses, curándose bien poco de que estuviese en el cielo, con tal que no reinase en la tierra: *Sit divus dum non sit vivus*, y buscó ademas apologistas de su delito, condenádo á muerte al ilustre Papiniano, porque á ejemplo de Séneca, se negó á justificar tan execrable maldad. Acosado Caracalla de continuos y crueles remordimientos, pensó distraerse haciendo un viaje á las Galias; pero turbó la tranquilidad de los pueblos, violó los derechos de las ciudades, y regresó á Roma despues de haber inspirado á todos un ódio universal. Sus injustos impuestos y violentas exacciones tenian arruinadas las provincias; y como su madre le echase en cara sus escandalosas profusiones, el tirano se contentó con responderla: « Sabed, que mientras yo ciña ésta (enseñándola su espada) tendré cuanto quiera. » Sin embargo, de nada le valió su espada contra los bárbaros; y habiéndole declarado la guerra los catts, los alemanes y otros pueblos de la Germania, hubo de comprar la paz á fuerza de oro; no obstante su cobardía no le arredró para tomarse los dictados de *Germánico*, *Pártico* y *Arábigo*. Quiso imitar á Alejandro y á Aquiles, haciéndose llamar *Alejandro*, ó *Antonino el Grande*; mas no pudiendo llegar al valor de aquel héroe, se contentó con remedarle en su figura y porte exterior. Habiendo ido á Alejandría, al salir de Antioquía, dió orden á sus soldados para que pasasen á cuchillo al pueblo, en castigo de haberse permitido algunas alusiones picantes relativas á la muerte de Geta. La carnicería cuentan que fué tan horrible, que hasta el Nilo, y las orillas del mar in-

mediato, se vieron teñidas de sangre por muchos dias. Acabó este bárbaro por prohibir las reuniones de los filósofos y sábios, y por amurallar los cuarteles de la ciudad: pero bien pronto un centurion de la guardia pretoriana, libró á la tierra del peso de este mónstruo, siendo el dia de su muerte, de júbilo universal para todos los pueblos. Malvado con todos, sin ser bienhechor de nadie, dejó una memoria mas odiosa, si cabe, que la de los Neronés y Calígulas.—T.

467. *Geta*, hermano de Caracalla, con quien fué asociado al imperio. Caracalla trató de envenenarle á fin de reinar solo, y no habiéndolo conseguido, le asesinó, segun algunos, por su propia mano entre los brazos de su madre, á la edad de 25 años. Geta era de un carácter dulce, y amado del pueblo.—T.

468. *Papiniano*, célebre jurisconsulto del tercer siglo de la era vulgar. Fué abogado del fisco, y despues Prefecto del Pretorio en tiempo del emperador Severo, quien le tomó mucha estimacion, y aún hay quien dice, que contribuyó en gran manera á suavizar su carácter adusto y duro. El cargo principal del Prefecto del Pretorio era el de sentenciar los pleitos, en union con el emperador, y Severo no decidió jamás ninguno sin el dictámen de Papiniano, á quien al morir dejó muy recomendados á sus dos hijos Caracalla y Geta. Habiendo aquel sacrificado á éste en los brazos de su propia madre, quiso empeñar á Papiniano á que hiciese su defensa en el senado; pero este generoso jurisconsulto le respondió: «Sabed, que no es tan fácil excusar un parricidio como cometerle; y sería mancharse con un doble atentado el acriminar á un inocente, despues de haberle quitado injustamente la vida.» Esta respuesta irritó sobremanera á Caracalla, quien le hizo decapitar, habiendo perecido este hombre ilustre á la edad de solos 56 años. Todos los jurisconsultos, así antiguos como modernos, elogian extraordinariamente su saber é integridad; y el emperador Valentiniano III, dispuso en una de sus constituciones, que cuando los jueces estuviesen discordes sobre algunos puntos difíciles del derecho, siguiesen necesariamente la opinion ó sentencia que tuviese á su favor el voto de este *génio eminente*. «El gran Cujacio,

para ponderar el saber y doctrina de este jurisconsulto, dice que ni le hubo igual, ni le habrá jamás.» Existen muchísimas leyes de él en el *Dijesto*; pero la mayor parte de sus numerosas obras no han llegado á nuestros dias.— *T.*

469. *Quinault* (Felipe): poeta lírico, nació en París el 5 de Junio de 1655, el año mismo de la fundacion de la Academia francesa. Tristan el ermitaño, autor de la *Marianne*, le tomó un particular afecto y cultivó las felices disposiciones que habia recibido de la naturaleza. A la edad de 18 años escribió para el teatro la comedia titulada *los Rivales*; y tanto este ensayo, como las comedias y tragedias que sucesivamente publicó, obtuvieron un éxito feliz, sin que poeta alguno hubiese jamás merecido hasta entónces tan favorable aceptacion del público, pues cuanto salia de su pluma era acogido hasta con entusiasmo: sin embargo, hoy en dia todas ellas han caido en olvido, si exceptuamos la *Madre coqueta*. En el género lírico es en el que le estaba reservada á Quinault la gloria de producir obras duraderas, é inmortalizar su nombre. Las óperas, entre otras, de *Alceste*, de *Alys*, *Proserpina*, *Rolando* y *Armida*, vivirán mientras dure la lengua francesa, y serán siempre contadas en el número de las obras maestras del siglo de Luis XIV. Lulli las ponía en música, y el rey premió su mérito condecorándole con el cordon de san Miguel, y una pension anual de dos mil libras; pero por escrúpulos religiosos, segun se dice, renunció Quinault á escribir para el teatro, y murió en 1688, á la edad de 33 años. Desde el 1670, habia sido admitido en la Academia francesa. Puede ser considerado este poeta como el creador de la verdadera tragedia lírica, que elevò de un golpe á la mayor perfeccion. Sus versos son notables por la dulzura y armonía, sin que carezcan tampoco de energía y nobleza. Boileau le juzgò con demasiada severidad; pero su crítica debe referirse á aquella época en que Quinault no se habia aún dedicado al género dramático para que habia nacido.— *T.*

470. *Cotin* (Cárlos): limosnero del rey, canónigo de Bayeus, poeta y predicador, que nació en París en 1604; fué recibido en la Academia francesa en 1655 y murió en 1682. Aunque se concilió la enemistad de Boileau y de Moliere, que lanzaron contra él mordaces sátiras, no ca-

recia de algun mérito; sabia el griego, el hebreo y el siríaco; predicaba con bastante nobleza, y escribía medianamente en prosa; pero sus versos, si bien ingeniosos, eran en su mayor parte débiles é hinchados. Existen de él varios *enigmas*, *odas*, *paráfrases*, *redondillas*, *poesías cristianas*, y algunas obras en prosa.— *T.*

171. *Cassagne* (Jacobo): guarda de la biblioteca real, miembro de la Academia francesa, y de la de inscripciones de París; nació en Nîmes en 1656, y fué educado en el seno de una familia opulenta: muy luego se dió á conocer, así por sus sermones como por sus poesías, pues tanto los unos como las otras, eran superiores á los tiempos en que se trabajaron; y algunas de estas últimas prueban incontestablemente, que el autor habia nacido para obras mayores, que sin duda hubiera dado á luz, á no haberle sobrevenido la desgracia de que habla Blanchard. Murió en 1679.— *T.*

172. *Moliere* (J. B. Poquelin, llamado): nació en París en 1622, hijo de J. Poquelin, tapicero de cámara del rey, estaba destinado á la profesion de su padre, pero habiendo concebido desde muy jóven aficion á la literatura, y sobre todo al teatro, consiguió que su familia le diese una carrera literaria. Estudió en el colegio de Clermont, donde tuvo por condiscípulos al príncipe de Conti, Chappelle y Bernier, los cuales fueron desde entónces sus amigos, y recibió las lecciones de Gasendi, que le inculcò las doctrinas de Epicuro. Despues de haber terminado sus estudios, ejerció por algun tiempo con su padre el oficio de tapicero del rey; pero arrastrado por su inclinacion al arte dramático, representó primero en teatros caseros, y por último se hizo cómico, tomando entónces el nombre de Moliere. Durante dos años recorrió las provincias con una compañía que habia formado, y la cual representaba piezas que él mismo componia; pasado este tiempo se estableció en París, abriendo primero en la sala del Petit-Borbon, y despues en el palacio real un teatro, que bien pronto atrajo la multitud, en el cual representò sucesivamente hasta treinta piezas suyas, y en las que desempeñaba siempre el papel de protagonista. No todas merecen el mismo elogio, pero en su mayor número son verdaderamente obras

maestras, con especialidad el *Misántropo* y el *Tartufe*, es decir, el hipócrita, le dieron una reputacion europea, y colocaron á Moliere sobre todos los poetas cómicos antiguos y modernos hasta entònces conocidos; y con efecto, ninguno le ha sobrepujado ni igualado. Él tomó, dice Batteux, de Aristófanes lo cómico, de Plauto el juego y la accion, y de Terencio la pintura de las costumbres. Es mas natural que el primero; mas ordenado y decente que el segundo; mas activo y animado que el tercero; tan fecundo en resortes, tan vivo en la expresion, tan moral como cualquiera de los tres. Hace reir á los mas austeros, instruye á todo el mundo, y no zahiere á nadie. No solo pinta las costumbres del siglo en que vivió, sinó las de todos los estados y de todas las clases; representa la córte, el pueblo, la nobleza, las ridiculeces y los vicios, sin que nadie pueda darse por aludido. Es hasta cierto punto el modelo ideal de la perfecta comedia, y el creador del verdadero teatro cómico frances. Representando por la cuarta vez *el enfermo de aprension*, una de sus últimas piezas, fué acometido de una convulsion, y lo retiraron de las tablas moribundo. Espiró á los pocos momentos en 1665. Los españoles le debemos mirar como el maestro á quien estudió, imitó y sobrepujó mas de una vez el moderno Terencio y Moliere de España D. Leandro Fernandez de Moratin.—T.

175. *Bolingbroke* (Enrique S. Juan, vizconde de): político y filósofo; nació en 1672 en Battersea, en el Surey, y murió en 1751. Despues de haber pasado su juventud entre la disipacion y los placeres, se consagró á los negocios públicos, y manifestó desde luego una superioridad inesperada en su desempeño: nombrado miembro de la cámara de los comunes se declaró por los *Tóris*, adversarios políticos de todos los individuos de su familia; ésto llamó la atencion del rey Guillermo, y despues la de la reina Ana, y fué nombrado ministro de estado, ministerio que desempeñó por espacio de cuatro años; vuelto al poder mas adelante, fué encargado del ministerio de negocios extranjeros, y concluyó la paz de Utrech; pasó sucesivamente por varias alternativas, consecuencias casi todas ellas de su carácter inconstante y de su falta de fijeza en ideas de política; durante su largo retiro en Francia, á donde se re-

fugió á la muerte de la reina Ana , escribió gran número de obras , unas políticas y otras literarias ó filosóficas , y en estas últimas se declaró abiertamente deísta , y atacó sin rebozo la revelacion , siendo por decirlo así , el precursor de Voltaire.— *T.*

174. *Aubigné* (Theodoro Agrippa): nacido en St. Maury, cerca de Pons , en la Santoña, en el año 1550. Hizo tan rápidos progresos en sus primeros estudios , que á los 8 años ya tradujo el *Crito* de Platon. Habiendo perdido á su padre , cuando solo contaba 15 años , sin haber heredado mas que el nombre y las deudas , creyó que la espada le adelantaría mas que la pluma, se adhirió pues , á Enrique, rey de Navarra, quien le hizo gentil-hombre de cámara, mariscal de campo , gobernador de las islas y del castillo de Maillezais , vice-almirante de Guiena y de Bretaña , y lo que valía mas que todo esto , su favorito. Perdió , sin embargo , la gracia del príncipe por haberse negado á servir á sus pasiones , y sobre todo , por una inflexibilidad de carácter que los reyes no aman , y aún los particulares sufren con repugnancia. Dejó la córte y poco despues el reino , y se retiró á Ginebra , donde murió en 1650 , á la edad de 80 años. La principal obra de Aubigné es su *historia universal*, que abraza los años desde 1550 hasta el 1601 , con otra mas abreviada de la muerte de Enrique iv. El prefacio de esta obra es digno de la pluma de un *Tácito* , ya que no en cuanto al estilo , frecuentemente ampuloso , al menos respecto á los pensamientos llenos de nobleza y de osadía; pero apenas vió la luz pública el primer volumen de esta obra , el parlamento de París mandó quemarla , como una produccion en que los reyes , las reinas , los príncipes y princesas , no solo eran tratados con poco miramiento , sino ofendidos y ultrajados , haciendo representar á Enrique iii, un papel que solo inspira desprecio y horror , contándose de él mil anécdotas impertinentes , verdaderas algunas , pero falsas las mas. Lo mejor y mas excelente que contiene esta historia , es la relacion exacta de las operaciones de la guerra. El autor habla en ella como soldado y como capitán , aunque mas de una vez con arrebatos y entusiasmo. Por lo demas su estilo hinchado , lleno de metáforas violentas y de expresiones triviales , era mas digno de un pe-

dante de su siglo, que de un hombre de guerra, y de un escritor juicioso.— *T.*

175. *Apeles*, célebre pintor griego; nació en Cos ó Colophon, discípulo de Pámfilo, floreció por los años 552 antes de Jesucristo; vivió en la córte de Alejandro, despues en la de Tolomeo. No pasaba un dia sin trabajar, y exponia sus obras al público para recoger las opiniones de los curiosos. Se recuerda el lance de un zapatero de viejo, que despues de haber criticado una sandalia, quiso juzgar del resto del cuadro. Apeles le detuvo diciéndole: «zapatero á tu zapato:» *ne sutor ultra crepidam.*— *T.*

176. *Eugenio* (Francisco de Saboya): conocido con el nombre de «el Príncipe Eugenio,» generalísimo de los ejércitos del emperador; nació en París en 1665, de Eugenio Mauricio, conde de Soissons, y de Olintia Mancini, sobrina del cardenal Mazarino; vistió por algun tiempo los hábitos clericales, y los dejó por el uniforme militar. Este hombre mas adelante tan peligroso á Luis XIV, no manifestaba en su juventud lo que habia de ser algun dia. El rey, que le juzgaba mas á propósito para los placeres de la córte, que para la guerra, le negó el mando de un regimiento, despues de haberle negado tambien una abadía que solicitó. Indignado Eugenio de esta negativa, y sin esperanza de adelantar en Francia, pasó á Alemania, y se ofreció á servir al emperador en calidad de voluntario, contra los turcos. Louvois, su particular enemigo, tuvo la imprudencia de escribir, que ya no volvería á su pátria. «Volveré algun dia, dijo Eugenio, al tener noticia de esta carta, á despecho de Louvois.» Los prodigios de valor con que se señaló en esta campaña, le merecieron el mando de un regimiento de dragones. El emperador se felicitaba, y no sin motivo, de haber hecho una adquisicion semejante; pues el príncipe Eugenio reunía en su persona todas las cualidades mas propias para llegar á ser, lo que con el tiempo fué. A una gran profundidad de miras y de designios, unía la mayor prontitud en su ejecucion, brillando sus talentos en todo su esplendor, cuando hizo levantar el sitio de Viena, que los turcos tenían sitiada muy apretadamente. Despues de esta gloriosa hazaña, le empleó el emperador en Ungría, á las órdenes de Carlos V, duque de Lorena, y de Maximiliano

Manuel, duque de Babiera, y no brilló menos en este nuevo teatro. En efecto, libertó á *Coni*, que el marqués de *Bulonde*, subalterno del mariscal de *Catinat*, tenia sitiado, y en seguida embistiò á *Carmagnole*, tomándola despues de quince dias de trinchera abierta. Su valor fué recompensado en 1697 con el mando en gefe del ejército imperial, y en Setiembre del mismo año ganó la victoria de *Zentha*, famosa por la muerte de un gran Visir, de diez y siete Bajaes, de mas de veinte mil turcos, y por la presencia del gran Señor, que mandó la accion. Esta jornada abatió el orgullo Otomano, y proporcionó la paz de *Carlowitz* en que los turcos recibieron la ley del vencedor. Toda la Europa aplaudió ésta victoria, á excepcion de los enemigos personales de Eugenio, que no habia pocos en la córte de Viena. Celosos éstos de la gloria que presagiaban iba á adquirir, habian ganado una órden terminante del gobierno, en que se le prohibia empeñar una accion general. La desobediencia de Eugenio, y el resultado que tuvo, redoblaron su furor; y no bien llegó á Viena, cuando le sujetaron á un consejo de guerra, exigiéndole préviamente su espada. « Vedla aquí, contestó el héroe, yo os la entrego ya que el emperador la pide; pero os la entrego humeando todavía de la sangre de sus enemigos, y desde ahora consiento en no recobrarla, sinó he de poder continuar empleándola en su servicio. » Este rasgo de generosidad tocó tan vivamente en el corazon de Leopoldo, que desde luego autorizò á Eugenio para que en adelante obrase segun juzgara mas conveniente, sin que nadie se atreviese á residenciar su conducta. Pocos años, sin embargo, continuó la cristiandad disfrutando el sosiego y tranquilidad de la paz de *Carlowitz*, porque la sucesion á la monarquía de España, á consecuencia de la muerte de Carlos II, último rey de la dinastía Austriaca, encendió una guerra general en toda Europa. Referir las acciones de guerra en que se encontró durante aquella encarnizada lucha, las victorias que obtuvo contra la Francia, y los servicios que prestó al emperador, á mas de prolijo, excedería los límites de esta biografía. Baste decir, que despues de la muerte de Eugenio, acaecida en Viena en 1756, convencido el emperador que á él le debia la gloria de su

reino, cuando experimentaba alguna pérdida ó desgracia solia decir: « No hay que dudarle, la gloria de mis estados ha muerto con aquel héroe.» Y en efecto, el príncipe Eugenio, fué uno de los génios militares mas distinguidos de su tiempo, y el general mas feliz, y el mas hábil ministro que ha poseido la casa de Austria en muchos siglos. — *T.*

477. *Anacharsis*, filósofo Scita, de estirpe real; fué á Atenas por los años 592 antes de Jesucristo, distinguiéndose por su mérito y su saber; contrajo amistad con los hombres mas célebres de aquella ciudad. Vuelto á su patria despues de muchos años, y habiendo querido introducir las leyes de Solon, fué muerto por su propio hermano en el año 548 antes de Jesucristo. Suele contársele entre los siete sábios; y se le atribuyen un gran número de sentencias y máximas profundas, entre ellas la de que las leyes se parecen mucho á las telas de araña, en las que solo se enredan las moscas y nunca los moscardones ó abejorros. — *T.*

478. *Carlos XII*, rey de Suecia, hijo de *Cárlos XI*, nació en 1682, subió al trono cuando no tenia mas que 15 años. *Federico IV*, rey de Dinamarca, *Augusto II*, rey de Polonia, y *Pedro I*, Czar de Moscovia, se coaligaron contra este jóven príncipe. *Carlos* volvió sus armas contra Dinamarca, fué á sitiarse á Copenhague, y obligó á *Federico* á firmar la paz en Travendahl. Marchó contra los rusos, que en número de 80,000 hombres, sitiaban á Narwa, y los derrotó completamente con 8000 suecos. Despues de esta batalla volò *Cárlos* á atacar á *Augusto*, rey de Polonia, consiguió una completa victoria sobre las orillas del Duna; se hizo dueño de toda la Polonia, destronó á *Augusto*, en cuyo lugar puso á *Estanislao Leczinsky*, persiguió á su enemigo hasta sus estados de Sajonia, obligándole á firmar el tratado de Alt-Raustadt, por el que renunciaba á la corona de Polonia. De la Sajonia se dirigió *Carlos XII*, á la cabeza de un poderoso ejército sobre Moscovia; pero experimentando al fin la inconstancia de la fortuna, fué derrotado por el Czar en Pultawa, y se vió reducido á buscar un asilo entre los turcos. Se retiró á Bender, donde permaneció muchos años. Durante su ausencia, *Augusto* volvió á subir al trono de Polonia, *Pedro* entró en

Libonia, y Federico, rey de Dinamarca, invadió la Scania; sin embargo, Carlos en cierto modo prisionero de los turcos, se esforzaba, aunque en vano, en excitar á la puerta Otomana contra el Czar. Se quiso obligarle á partir; pero se atrincheró en su casa, en la cual se defendió con algunos domésticos contra un cuerpo de ejército, y no se rindió hasta que la casa fué quemada; partiò al fin, y tomando el traje de simple oficial aleman, atravesó á caballo los estados del emperador, y llegó despues de diez y seis dias de marcha á Stralsund. Sitiado en esta ciudad por un ejército combinado de daneses, sajones, prusianos y rusos, hizo prodigios de valor; pero no pudiendo resistirse mas la plaza, se salvó en Lundeu en Scania. Ayudado de los consejos del baron de Goertz, habia llegado á restablecer sus negocios. La Noruega estaba ya en parte ocupada, y la toma de la fortaleza de Fredericshall iba á hacerle dueño del resto del pais, cuando fué muerto delante de esta plaza en 1718: se cree que la bala que lo mató saliò de un fusil sueco. La firmeza, el valor y el amor á la justicia dominaban el carácter de este príncipe; pero exageró tan bellas cualidades, y las hizo funestas á sí mismo y á sus pueblos. A su muerte, su país desapareció del número de las grandes potencias. — *T.*

279. *Beaumont*; Madama Laprince de): escritora nació en Ruan en 1714, murió en 1780. Casó en primeras nupcias con Mr. de Beaumont; pero hizo anular este matrimonio, que habia causado su desgracia; pasó despues á Inglaterra, donde se dió á conocer por sus escritos, y muchas personas de la primera clase le encomendaron la educacion de sus hijos; volvió despues á casarse en Londres, y dejó esta ciudad para pasar á Suiza, fijando su residencia en Chanavod, donde se consagró enteramente á la educacion de sus hijos. *El almacen de los niños, ó diálogos entre una aya sábia y sus discipulos, y el almacen de los adolescentes*, obras que se distinguen por su vasta instruccion y sana moral, le granjearon una justa celebridad. — *T.*

480. *Pascal*, célebre escritor y geómetra francés: nació en Clermont en 1625, y á la edad de 12 años, con sola la fuerza de su gran talento, sin el auxilio de libros ni de maestro, consiguió encontrar las treinta y dos primeras proposiciones de Euclides; y si bien desde entón-

ces no cesó de enriquecer las ciencias físico-matemáticas con un gran número de importantes descubrimientos, sin embargo, la inmensa celebridad y reputacion que con el tiempo se adquirió, la debe casi exclusivamente á sus famosas *Cartas provinciales*, modelo de la mas fina y delicada sátira, y de el mas elevado y elocuente estilo epistolar. Otra obra pensaba publicar en apoyo de los fundamentos de la religion; pero no pudo concluir-la á causa de la debilidad de su salud y de sus largos padecimientos, que le robaron al mundo á la edad de 59 años, causando una pérdida irreparable á las letras, á la filosofia y á la Religion.— *T.*

484. *Bourdaloue* (Luis): nació en Bourges el 20 de Agosto de 1652. Hizo sus estudios en el colegio de PP. Jesuitas, y enseñó por algun tiempo la retórica, la filosofia y la teología; pasó á París en 1669, época en que todavía dominaba el mal gusto en el púlpito. Sus sermones comenzaron á mejorarle, é introdujeron una reforma tal, que hizo decir á Voltaire, «al fin hemos tenido el gusto de oír hablar en la cátedra de la verdad, á la razon elocuente;» y de tal manera supo mover con su elocuencia el ánimo de Luis XIV, que por espacio de diez años seguidos le hizo predicar en Versalles, ó bien el adviento, ó bien la cuaresma.

Bourdaloue es notable entre todos los oradores de su siglo, como aventajado dialectico, distinguiéndose su elocuencia por la fuerza y precision de sus razonamientos, y por la solidez de sus pruebas; pues su diction es mas bien dura y un tanto desaliñada que vigorosa y enérgica. Sin embargo, entre los oradores sagrados ocupa el primer lugar despues de Massillon. Murió en París en 15 de Mayo de 1704.— *T.*

482. *Dionisio I* rey de Siracusa. De simple escribano ó cartulario llegó á general de los siracusanos, y despues fué su tirano, habiendo antes destruido la forma de gobierno, destituyendo á los antiguos magistrados de la república, creando otros nuevos y poniéndose á su cabeza. Para consolidar su tiranía aumentó la paga de los soldados, levantó el destierro de los que habian sido proscriptos, y se rodeó de una gran guardia; estuvo en continua guerra contra los cartagineses, aunque con varia fortuna: habiendo sido tomada por estos

la ciudad de Gela, se sublevaron contra él los siracusanos; pero el tirano los reprimió decretando el degüello de los cartagineses esparcidos por la Sicilia, y juró desde entónces ódio eterno á Cartago. A su ambicion y sed de mando, unia el amor á las letras y una aficion particular á la poesia; llevando su vanidad hasta punto de creerse el primer poeta de su tiempo; tuvo todos los vicios de un usurpador, ambicioso, cruel, vengativo, y desconfiado hasta el extremo de hacer construir un palacio subterráneo cercado de anchos fosos, donde solo podian entrar su mujer y sus hijos, y esto despues de un escrupuloso registro y despojo de los vestidos para asegurarse de que no llevaban armas. Iba vestido de una coraza, y como un dia le dijese su barbero, que su vida habia estado en sus manos, le mandó matar: viéndose reducido en adelante á quemarse la barba por sí mismo. No fué su desconfianza inferior á su impiedad, habiendo robado á Júpiter la capa de oro, la sustituyó con otra de lana, alegando que la de oro era muy pesada en verano y demasiado fria en invierno, al paso que la de lana era mas acomodada á ambas estaciones. Habiendo disputado en el teatro de Atenas el premio de la tragedia, y obtenido el triunfo, ordenó que se diesen solemnes acciones de gracias á los dioses y se celebrasen suntuosas fiestas en Siracusa. El exceso de su alegría no le permitió moderar los de la mesa, y murió de un hartazgo á los 65 años de edad, y 58 de tiranía. — T.

183. *Rollin* (Cárlos): distinguido catedrático; nació en Paris en 1661, hijo de un pobre cuchillero, se hizo notable por su precoz disposicion y obtuvo una plaza pensionada en la universidad. Durante sus estudios clásicos en el colegio de Plessis, se distinguió, tanto por sus virtudes como por sus adelantamientos. Despues de haber servido una cátedra de retórica en aquel colegio, y otra de elocuencia en el de Francia, fué nombrado rector de la universidad de París, y al dejar aquel empleo se encargó de la dirección del colegio de Beauvais, en el que hizo florecer los estudios, y se señaló por útiles reformas. Murió en 1741, y dejó entre otras obras, el *tratado de los Estudios*, obra excelente de educacion pública, y la *Historia antigua*, que aunque falta algun tanto de crítica, ofrece una lectura interesante é instructiva. — T.

184. *Vivonne* (Luis Victor, duque de Mortemart y de): hermano de Madama de Montespan, nacido en 1656. Sirvió con grado de mariscal de campo en la toma de Gigeri en Africa en 1664; de Douai, en Flandes, en 1667, y en el sitio de Lila al año siguiente. Su valor le mereció el mando de las Galeras del rey que pasaron al socorro de la isla de Candia, á que concurrió en calidad de general de la Santa Iglesia, título con que le honró el papa Clemente IX, y movido este Pontífice de reconocimiento por los servicios, hechos en aquella memorable ocasion, le concedió á él y á toda su posteridad, el privilegio de añadir al escudo de armas de su casa el estandarte de la Iglesia. No se distinguió menos en la guerra de Holanda en 1672, en la que recibió una herida peligrosa; de suerte que el baston de Mariscal de Francia, el gobierno de Champagne, y la plaza de general de las Galeras, fueron justa y merecida recompensa de su valor. Nombrado Virey de Mesina supo granjearse el amor y respeto general. Murió en 1688 con la reputacion de uno de los mas bellos y amables ingenios de la corte. Sus gracias, sus chistes y agudezas, y la originalidad de sus dichos, agradaban muchísimo á Luis XIV. Era en efecto, hombre de talento, pero muy vicioso. — *T.*

185. *Teofrastró*, filósofo griego: nació en Ereso en la isla de Lesbos, 571 años antes de Jesucristo; era hijo de un batanero; siendo todavía jóven fué á Atenas, en donde siguió las lecciones de Platon, luego las de Aristóteles, por quien fué elegido para que le reemplazase cuando cesó en la enseñanza del liceo. Tuvo un gran número de discípulos, atraídos por la claridad con que explicaba sus lecciones, y produjo tal admiracion por su elocuencia, que le dieron el nombre de Teofrastró, que equivale á *Orador divino*. Escribió muchísimos tratados; pero no se conserva mas que un número corto de ellos, de los cuales es el mas célebre el de *los Caracteres*, que fué traducido por la Bruyere, y despues le sirvió de modelo para escribir los suyos. — *T.*

186. *Luis XVI*, nieto y sucesor de Luis XV; nació en 1754, subió al trono en 1774, señalando el principio de su reinado con actos que merecieron justamente la aprobacion general. Monarca infortunado y que por la bondad de su corazon, rectas y sanas intenciones, y por mu-

chas, otras virtudes que le adornaban como hombre privado, era digno efectivamente de mejor suerte. Víctima de la revolucion mas fecunda en crímenes, que vió jamás el mundo, perdió la vida en un cadalso, y sufrió el último suplicio en 1795, con una resignacion tan cristiana que le ha merecido justamente el renombre de mártir. Su vida entera debe sin embargo, estudiarse en la historia de la revolucion francesa, la mas asombrosa que han conocido los siglos; y la que mas hondamente ha conmovido los cimientos de la sociedad moderna.— T.

187. *Carlos VII*, llamado *el victorioso*, hijo de Carlos VI; nació en 1405, gobernò algun tiempo, durante la demencia de su padre, pero viéndose obligado á huir de París, donde el partido del duque de Borgoña dominaba, se retiró á Bourges (por lo cual los ingleses le llamaban por irrision *rey de Bourges*). Tomó el título de regente, subyugó muchas ciudades, y estableció un parlamento. Cuando el duque de Borgoña fué asesinado, Carlos fué acusado de este asesinato y quedó desheredado; mas no por eso dejó de hacer que le reconociesen por rey á la muerte de su padre, y resolvió expulsar á los ingleses; recorrió las provincias meridionales, se apoderó de muchas plazas, consiguió cerca del Loira algunos triunfos contra los ingleses, y con el apovo de la célebre Juana de Arc, los obligó á levantar el sitio de Orleans; despues pasó á hacerse coronar en Reims. Este príncipe privó á los ingleses de todas sus posesiones en Francia, á excepcion de Calais, y París que se rindió espontáneamente al rey. Los últimos años de su reinado, fueron turbados por la ambicion de su hijo (Luis IX); abatido por el temor de que le envenenase este hijo desnaturalizado, se dejó morir de hambre en 1464. Este monarca gobernó con habilidad y economía; aseguró la paga y la disciplina del ejército, é hizo establecer la *Pragmática Sancion*, que tenia por objeto fijar los privilegios de la Iglesia de Francia.— T.

188. *Rotrou*. (Juan Antonio de): poeta dramático nació en Dreux: en 1609, y habiendo comprado la plaza de Lugar-teniente-Baile de dicha Ciudad ejerció en ella este encargo hasta su muerte acaecida en 1650, á consecuencia de la enfermedad epidémica que asolaba entónces á Dreux,

á donde voló desde París , sin que bastasen las instancias de sus amigos para retraerle del propósito de ir á socorrer á sus paisanos, diciendo, que su conciencia no le permitia abandonarles en tan lamentable situacion, mayormente cuando siendo el único que podia contribuir á la conservacion del buen órden, se le calificaria de mal ciudadano sinó lo efectuaba. El cardenal de Richelieu, por cuyo valimiento habia obtenido una pension de seiscientas libras , no pudo conseguir por mas que lo procurò , el que Rotrou se uniese á la turba de poetastros que se habian coaligado contra Corneille, á quien siempre tuvo por un grande hombre; y cuya amistad vivamente se buscó. Esta conducta sin embargo, no le hizo perder la estimacion del cardenal, quien le empleó en la composicion de la pieza titulada , *los cinco Autores*. Rotrou se distinguió de todo el tropel de miserables copleros de su tiempo ; asi por su genio verdaderamente trágico , y por la elevacion de sus pensamientos , como por el bello contraste de los caractéres y por la fuerza de su estilo : solo le faltò mayor correccion de language y mas regularidad en sus planes. Por lo demas escribia con extremada facilidad, y dió al teatro mas de treinta piezas entre tragedias y comedias : entre ellas el Wenceslao y Cosroes, son las mejores á juicio de los inteligentes. Corneille le apellidaba su padre, porque fué conocido antes que él , y le debia muchos favores. Sin embargo, las obras maestras de aquel aparecieron algunos años antes que el Wenceslao, la mas perfecta de las de Rotrou. — *T.*

489. *Teodosio II* , hijo de Arcadio y nieto de Teodosio I el grande , nació en 599 , subió al trono y reinó 42 años. Este principe débil fué gobernado toda su vida, primero por su ministro el sábio Antemio , y despues por l'ulqueria su hermana mayor, que dirigió su educacion é hizo de él un monje mas bien que un soberano , por su mujer Atenais ó Eudoxia , y en fin por el eunuco Crisafó su mayordomo. Los principales acontecimientos de su reinado son: 1.º Una guerra con la Pérsia. 2.º Las disensiones religiosas del nestorianismo y del eutiquianismo , que dieron lugar al concilio ecuménico de Efeso en 454 , y despues al supuesto concilio llamado por los ortodoxos , « reunion de bandidos de Efeso. » 3.º La redaccion del código deno-

minado teodosiano , el primer código oficial que se ha conocido. Temblando á presencia de Atila le pagó tributo, y aunque mas tarde intentò hacerle asesinar , no pudo conseguirlo.— *T.*

190. *Carlos I de España y V de Alemania*, archiduque de Austria; fué hijo mayor de Felipe I y de Juana, reyes de Castilla, nació en Gante en 1500. Fué elegido rey de España en 1517, y emperador de Alemania en 1519. Siendo su émulo Francisco I, rey de Francia se encendió una guerra entre esta potencia y España, de la que Italia fué el teatro principal. Vencido Francisco I y sus franceses en muchos puntos, se aliò Carlos V con Enrique VIII, y valiéndose de la diplomacia de su carácter, logró atraer á su partido al condestable Borbon, príncipe frances, que deseando casarse con Eleonora, hermana del emperador, peleó contra su pátria. Su habilidad le hizo amigo del Papa Adriano VI, de Florencia, y de Venecia, que se unieron á su partido contra el rey de Francia, el que viò sitiada á Marsella por los españoles mandados por el condestable, que no pudiendo vencerla, se volvió á Italia. El ejército frances mandado por Bonivet, fué derrotado en Biaguas, y perdió al famoso caballero Bayardo, que segun un autor, él solo valia por un ejército. A poco tiempo se dió la famosa batalla de Pavía, en la que no solo fué derrotado completamente el ejército frances, sino que el mismo rey Francisco I, fué hecho prisionero por los españoles, los cuales le condujeron á Madrid, en donde tuvo por cárcel la torre de la casa, de los Lujanes, en la plazuela de la villa, hasta que llegando de Toledo el emperador le visitò en su prision y le hizo conducir al alcázar real, en el que se hicieron los tratados de paz. La desgracia de Francisco I, y el génio conquistador de Carlos, hicieron separarse de su partido á Roma, cuya silla ocupaba Clemente VII, á los venecianos y florentinos, y á que se le declarasen enemigos los suizos y los ingleses: marchó entónces el condestable contra Roma donde encontró la muerte; y tomando el mando del ejército el príncipe de Orange, entró en la ciudad de Terna, esparciendo el terror por todas partes, y haciendo que se reconociese á Carlos V por el soberano mas poderoso del siglo. El Papa mismo, que se habia refugiado al castillo de

Sant-Angelo, se vió obligado á rendirse y fué hecho prisionero: sabedor Carlos de esta noticia, aparentó estar sumamente afligido y se vistió de luto; y mientras que una simple carta suya hubiera bastado para dejar libre al Papa, mandó hacer procesiones y rogativas públicas para pedir á Dios por la libertad del gefe de la Iglesia, comedia ó farsa que duró hasta que, accediendo el Pontífice á las exigencias del emperador, obtuvo la suya á este precio. Despues de haber terminado con igual feliz éxito las guerras que tenia en Europa, pasó al Africa con un ejército de mas de 50,000 hombres, y comenzó sus operaciones con el sitio de la Goleta, que tomó derrotando al famoso Barbarroja. Esta victoria le abrió las puertas de Túnez, donde restableció á Muley-Hassen, en el trono y dió libertad á veinte y dos mil esclavos cristianos. Esta fué la mas útil y la mas bella acción de su vida, y de su siglo dice un escritor frances. El grande amor que tenia á la disciplina militar, le hacia ser severo á veces hasta consigo mismo: así es, que su ejército era el mas disciplinado del mundo, y à esta cualidad debió todas sus victorias. El desastre sufrido por su ejército á consecuencia de una peste que le hizo levantar el sitio de Metz, y la derrota que experimentó en el pais de Antonis, juntamente con su vejez y achaques, le obligaron á renunciar la corona de España con los reinos de Nápoles, Cerdeña, Sicilia, los Países Bajos y el Milanesado, á favor de su hijo el príncipe D. Felipe, declarando anejas á España las posesiones conquistadas en su tiempo, y el imperio de Alemania á su hermano D. Fernando, ya rey de romanos; y deseando vivir el resto de sus dias en la soledad y oración, se retiró al monasterio de Gerónimos de Yuste, cerca de Plascencia, donde vivió dos años tranquilamente hasta su muerte, ocurrida el 21 de Setiembre de 1558. Entre los muchos escritores que han hablado de Carlos v, casi todos los franceses é ingleses, y algunos españoles, han tratado de obscurecer su gloria, presentando su ambicion por norte de sus ideas; pero fueron tan grandes sus hechos que nada ha podido eclipsarlos. El heroico empeño que puso en defender y engrandecer sus estados, le obligó á hacer al efecto nueve viajes á Alemania, seis á España, siete á Italia, diez á Flandes, cuatro á Francia, dos á Inglaterra y dos á

Africa. Su valor hizo que España se conservára como la primera y mas poderosa nacion del mundo, legándola á su hijo en su mayor esplendor, poder y grandeza. Desde este soberano tomaron los reyes de España el título de Majestad, quedándose sus hijos y hermanos con el de Alteza que habian usado los soberanos de esta nacion hasta entónces; de suerte que hasta el trono se engrandeció al sustentar á tan grande Rey, que ensanchó la monarquía de Pelayo con la conquista de Méjico, el Perú, Chile, Paraguay, y casi todas las ricas posesiones de América, logrando hacer tan dilatado su imperio, que jamás se pusiese el sol en sus dominios, y que por lo tanto se le denominase Señor de dos mundos.—*T.*

1494. *Tamerlan*: llamado por los suyos Timur-Leng, ó Timur el cojo; hijo de un pastor segun unos, y de sangre real segun otros, que dicen contaba muchos Khans entre sus abuelos. Se elevó por su gran valor, que desplegó desde muy jóven, al imperio de los tártaros, y fué uno de los mas famosos conquistadores del mundo. Puesto á la cabeza de sus tropas obtuvo muchas y muy brillantes victorias contra los pérsas; sojuzgó los parthos, sujetó gran parte de la India, toda la Mesopotamia y el Egipto, y llegó á dominar en las tres cuartas partes del mundo. A su ambicion sin límites, unia el talento de los mayores y mas famosos guerreros, algunos conocimientos de matemáticas, y de la teología mahometana; pero empañó con sus crueldades la brillantez de sus grandes proezas y victorias. Delhi, Damasco, Bagdad y otras muchas ciudades, fueron incendiadas de orden suya. Delante de Delhi, mandó degollar á cien mil cautivos, y en Bagdad, erigió un obelisco con noventa mil cabezas de sus contrarios. La mas considerable, y quizás la mas sangrienta de sus victorias, fué la que obtuvo contra Bayaceto, emperador de los turcos, á quien hizo prisionero, tratándole al principio, segun algunos historiadores, con la mayor dulzura y humanidad, aunque segun los mismos, le mandó encerrar despues en una jaula de hierro, para castigar así el orgullo, las amenazas y el desprecio con que se atrevió á insultar á su vencedor. Murió en 1415, cuando marchaba á la conquista de la China, á la cabeza de doscientos mil hombres.—*T.*

492. *Bayaceto I*: apellidado el *Rayo*; sultan turco, hijo y sucesor de Amurates, se hizo proclamar á la muerte de su padre en 1589, y mandó dar garrote á su hermano mayor, que queria disputarle el trono. Hizo grandes conquistas; arrebató á los emperadores cristianos la Bulgaria, la Macedonia, y la Tesalia; subyugó la mayor parte de los príncipes de Asia. De regreso á Europa, derrotó cerca de Nicópolis, á orillas del Danubio, un ejército de cruzados húngaros, polacos y franceses. Lleno de entusiasmo por tantas victorias, sitió á Constantinopla, y obligó al emperador Manuel á pagarle un tributo; pero fué detenido en su gloriosa carrera por Tamerlan, que invadió sus estados, le derrotó en la batalla de Ancira, y le hizo prisionero. Dícese ademas por algunos, que le hizo sufrir toda especie de humillaciones, tales y tan degradantes, que el infortunado príncipe hubo de darse la muerte golpeándose contra las barras de una jaula de hierro en que le tenia encerrado; pero ésto, sobre inverosímil, está en abierta contradicción con la sensatez y grandeza de alma que Blanchard atribuye á Tamerlan; segun noticias mas verosímiles, este conquistador le trató con miramiento, y Bayaceto murió en su campo atacado de apoplejía despues de ocho meses de cautiverio.— *T.*

495. *Claudio* (Bernardo): llamado *el pobre sacerdote*, y *el padre Bernardo*; hijo de Esteban Bernardo, magistrado distinguido del tiempo de Enrique IV. Nació, segun se dice en el texto de esta obra, en Dijon, en 1588, y murió en París en 1644. Despues de una juventud disipada, recibió las sagradas órdenes, y se consagró énteramente al servicio de los pobres, de los enfermos, y de los condenados á muerte por los tribunales. Ejerció sus penosas funciones por espacio de 20 años, en el hospital general de París, despues en el de caridad, é invirtió en limosnas un patrimonio de cuarenta mil francos, habiendo sido el émulo y el amigo de S. Vicente de Paul.— *T.*

494. *Walpole* (Roberto): primer conde de Oxford, famoso ministro inglés; nació en Houghton el año 1676, murió en 1745, tomó asiento en la cámara de los Comunes entre los *whigts* mas decididos; fué miembro del consejo del príncipe Jorge de Dinamarca, despues ministro de

la guerra; perdió esta plaza con la caída de Marlborough, fué al mismo tiempo espulsado de la cámara y condenado por concusionario y corruptor; pero el pueblo de Lynn le reeligió, y Jorje I le llamó al ministerio. Nombrado primer pagador general del ejército, llegó á ser primer lord de la tesorería, canciller y subtesorero del fisco, y sucesivamente primer lord de la tesorería; canciller de hacienda, secretario de estado, y presidente del consejo de ministros. El sistema de Walpole, era estender todo lo posible las prerogativas de la corona, no hacer la guerra, y emplear como elemento de gobierno la corrupcion, con cuyo medio supo tener á su favor por largo tiempo la mayoría de las cámaras; se alabó con frecuencia de que sabia perfectamente la tarifa de las conciencias. Este ministro fué realmente el que erigió en sistema la corrupcion del parlamento inglés, para que aprobase siempre las ideas del ministerio. *Hay, decia, una droga con la que se curan todos los malos humores, y ésta en Inglaterra, no se despacha sinó en mi botica.* Decia tambien, que todos los hombres se dejan comprar, y que no habia mas que hacer, sinó saber en cuánto se aprecia cada cual á sí mismo.— *T.*

495. *Racan* (Honorato de Bueil, marques de): poeta distinguido; nació en 1589 en la Roca-Racan, hijo del marques de Racan, caballero y mariscal de campo del rey de Francia; despues fué paje de cámara de Enrique IV, en el año de 1605. Cuando dejó de ser paje, consultó á Malherbe, de quien se hizo amigo, para que le aconsejase sobre el género de vida que habia de escojer; y le contestó refiriéndole el cuento de Poggio, del cual ha formado La-Fontaine una de sus mas graciosas fabulas. « El molinero, su hijo y el asno. » Siguió la carrera militar, y llegó á ser mariscal de campo: se casó y pasó el resto de sus dias entre los placeres y las musas; se hizo célebre como poeta entre una córte formada en la escuela de Enrique IV. Al fin de sus dias se declaró enemigo de las ciencias, pronunciando un discurso contra ellas en la Academia, de que se hizo sócio en el año 1670 en que murió. Escribió entre otras obras, así en prosa como en verso, una oda á Richelieu, y memorias para la vida de Malherbe.— *T.*

496. *Focion*: hombre de estado y general ateniense; nació hácia el año 400 antes de Jesucristo, de una familia

obscura; estudió la filosofía con Platon y Xenócrates: se distinguió tanto en el ejército como en la tribuna, y fué gefe del partido aristocrático de Atenas. No cesó de recomendar la moderacion con los aliados, la paz y una estricta vigilancia respecto á Filipo, la economía en la administracion, y el restablecimiento de las antiguas virtudes. Desagradó por su rigidez al pueblo de Atenas; pero no por eso dejó de estimarle, recurriendo siempre á él en los momentos del peligro: llegó á tal grado la confianza que en él tenia, que le nombró cuarenta y cinco veces general en gefe. Sin embargo, tan eminentes servicios los pagó al fin el inconstante y veleidoso pueblo de Atenas, condenando á Focion á beber la *cicuta*, crimen de que se avergonzó mas adelante, erigiéndole una estatua.—*T.*

197. *Pope* (Alejandro): célebre poeta inglés. Nació en Lóndres en 1688, de padres católicos, y se hizo notable por su precoz talento; á la edad de 12 años hacia ya muy buenos versos. Desde muy jóven estuvo en relaciones con los mayores talentos de su época; y habiendo adquirido mucha fama por sus escritos, se le franquearon las puertas de los salones, y tuvo poderosos protectores, entre ellos á lord Bolingbroke. Sus obras le enriquecieron, y con su producto pudo comprar una magnífica casa de campo, en donde pasó sus últimos años; murió en 1744, á los 56 de su edad. Pocos poetas han poseído en tan alto grado como Pope, la correccion, la elegancia, la firmeza, y el arte de vencer las dificultades del estilo. Entre sus muchas obras, son sin disputa las mas recomendables, la *carta de Eloisa á Abelardo*, modelo de elocuencia y de sentimiento, la traduccion en verso de *la Iliada*, que concluyó á los 50 años; y el *ensayo sobre el hombre*, obra maestra de la poesía filosófica.—*T.*

198. *Buckingham* (Jorje Villiers, duque de): favorito de Jacobo 1, y de Carlos 1; nació en 1592 en el condado de Leicester, de una familia normanda, que habia acompañado á Guillermo. Dotado de todas las gracias físicas y morales, gustó á Jacobo que dejó por él á su favorito Somerset; fué elevado en menos de dos años á las mas altas dignidades. Creado marqués, despues duque de Buc-

kinghan, fué primer ministro y el árbitro del reino. Hizo uso de su poder para satisfacer su ambicion y la del rey; se enriqueció, gracias á la debilidad y connivencia del canciller Bacon, estableciendo cuotas injustas y vendiendo privilegios; hizo anular muchos parlamentos y ocasionó á su país guerras en extremo desastrosas. Malogró algunas negociaciones importantes de que estuvo encargado, y habiéndose atraído el ódio de Luis XIII, y de Richelieu, contra los cuales trató de vengarse, cuando disponia una nueva expedicion fué asesinado en 1628 por el fanático Felton, que creyó salvar su pátria de una gran plaga con este asesinato. Las camaras le habian declarado corruptor del reino, y traidor á las libértades de su país.— *T.*

199. *Crantor*: filósofo y poeta griego, oriundo de Solòs en la Cilicia. Dejò su pátria, donde se habia hecho admirar por la fuerza de su talento, y se trasladò á Atenas, donde estudió con Polemon y Cratés, bajo la direccion de Xenòcrates, y habiendo aquel sucedido á este último, tuvo la gloria de contar á Crantor entre sus discípulos. Fué un defensor celoso de la doctrina de Platon, y el primero que la comentó. Muriò de hidropesía siendo aún jòven, y dejò muchas obras que no han llegado á nuestros dias, siendo la principal de todas, su libro de *la Consolacion*.— *T.*

200 *Aristipo*: filósofo griego, discípulo de Sócrates, fundador de la secta Cyrenaica, dejò la Lybia, de la cual era oriundo, para ir á Atenas á tomar lecciones de aquel grande hombre, cuya doctrina desnaturalizó, adoptando como fundamento de la suya, la máxima peligrosa, de que el soberano bien del hombre se cifra en el deleite ó en el goce de los placeres; al contrario de Sócrates, que lo hacia consistir en la práctica de la virtud. Una filosofía tan cómoda, y que tanto alhaga las pasiones, bien pronto tuvo muchos partidarios. Los grandes y poderosos le amaron, y Dionisio el tirano, le agasajó y le llamó á su córte, en donde trocó aquel el manto del filósofo por el del cortesano. Danzaba y se embriagaba con este príncipe; decidia autoritativamente las dificultades que surgian acerca del servicio de la mesa, y los cocineros tomaban sus órdenes en todo lo concerniente á comidas, convites y banquetes.

Su conversacion era en extremo picante, llena de chiste y de agudeza. Habiéndole preguntado un día Dionisio, «por qué los filósofos iban á las casas de los grandes, y éstos no iban á las de aquellos; eso es», respondió Aristipo: (segun algunos), porque los filósofos conocen sus necesidades, y los grandes no conocen las suyas.» Otros dicen, que su respuesta fué: «porque los médicos son los que deben ir á casa de los enfermos.» Tambien cuentan, que un día le presentó Dionisio tres cortesanas para que escogiese una, y que el filósofo tomó las tres, diciendo: que no quería le sucediese lo que á Páris, que habia preferido una sola á las otras dos: las llevó en seguida hasta la puerta de su casa y allí las despidió, para dar una prueba de que sabia tener á raya sus pasiones. Parece ser que este filósofo fué el primero que exigió paga por la enseñanza, y habiendo pedido cincuenta dracmas á un padre por dar instruccion á su hijo, «¡cómo, cincuenta dracmas! exclamó el padre asombrado: no se necesita tanto para comprar un esclavo. — Pues bien, repuso friamente el filósofo, cómpralo, y tendrás dos.» Floreció cerca de 400 años antes de Jesucristo, y compuso libros de historia y de moral, que no han llegado á nosotros. Diógenes Laercio escribió su vida; y entre otras muchas, le atribuye aquella sentencia que tambien cita *Blanchard*. «A la manera que no lo pasan mejor aquellos que mas comen, sinó los que comen lo necesario; así no deben tenerse por mas instruidos los que leyeron mucho, sinó los que leyeron con método y lograron aprender muchas cosas útiles.»— *T.*

Nota. Esta última biografía está citada en el texto, página 246, con el núm. 485; y por olvidarse de intercalarla, se ha puesto al fin con el de 200.

TABLA ALFABÉTICA

de los hombres célebres, antiguos y modernos, cuyos hechos, dichos, máximas ó sentencias mas notables, se citan en esta obra.

A.

Absalón.	Anaxágoras.
Agátocles	Aníbal.
Agesilao.	Apeles.
Agrippa.	Aristipo.
Agustin (San).	Aristófanes.
Alberoni.	Aristóteles.
Alejandro el grande.	Arrio.
Alfonso.	Arnobio.
Alipio (San).	Arquelao.
Amboise.	Atanasio (San).
Ambrosio (San).	Antígono.
Anfiloquio (San).	Aubigne.
Amiano Marcelino.	Augusto.
Amiot.	Aulo Gelio.
Anacharsis.	Aquino (Santo Tomás de).

B.

Bacón (el Canciller).	Bolingbroke.
Bayaceto (apellidado el Rayo).	Bossuet.
Bayardo.	Bourdaloue.
Bayle.	Boursault.
Beaumont (Madama de)	Bruyere.
Bernardo.	Buckingham.
Blanca.	Buffón.
Boileau.	

C.

Cailly.	Canuto.
Cain.	Caracalla.
Caligula.	Calvino.
Calístenes.	Cárlos II.

Cárols IV.	Ciro.. . . .
Cárols V. de Alemania y 1. ^o de España.	Cyrano de Bergerac.. . . .
Cárols VII. de Francia...	Colbert.
Cárols VIII. id.	Colón.
Cárols XII. Rey de Suecia.. . . .	Condé.. . . .
Cárols Borromeo (San)..	Conti.
Cassagne.	Corneille.. . . .
Castelnau.	Cotin.
Catinat.	Clemente XIV.
Catón (el filósofo).	Clotario II.
Catón (el Censor)..	Crillon.
Cátulo.	Crantor.
Celso..	Creso.
César..	Crisóstomo (San Juan).
Ciceron.	Chaulnes (Duquesa de)..
	Cumberland..

D.

Dacier.	Demonax.
Dagoberto I.	Descartes.. . . .
D'Alambert.	Diógenes.
Danes.	Dionisio I. de Siracusa.
Darío.	Domiciano.
Demócrito..	Dumolin ó Molin.

E.

Eloy (San).	Epicuro.
Enriquè IV. (de Castilla)..	Eróstrato.
Enrique II. (de Francia)..	Esopo.
Enrique III. id.	Estrees (Cardenal de).
Enrique IV. id.	Euclides.
Enrique VIII. de Inglaterra.	Eugenio.
Epaminondas..	Evremond
Epicteto.	

F.

Felipe II. (de España).	Filopémeno
Felipe V...	Firmo (San).
Fenelon.	Focion.. . . .
Ferté.	Fontaine.
Filipo II..	Fontenelle.

Furtemberg. Francisco I. Emperador de
Flechier. Alemania.
Francisco I. rey de Francia. Freind.. . . .

G.

Galeno. Grimaldi.
Gayot de Pitabal. Guisa.
Geta. Gustavo Adolfo.
Graham. Gustavo III.. . . .
Gravesande.

H.

Hapsbourg. Herodes.
Harlay. Houliers. (Madama de).
Helvecio.

I.

Isabel, reina de Inglaterra.

J.

Job. Juan el limosnero (San).
Joinville. Juan II.
Jorge II. Juliano (el apóstata).
José II. Emperador. Justino (San).

K.

Kempis.

L.

Langüet. Luis VIII.
Launay. Luis IX. (San).
Lauzun. Luis XI.
Leon X. Luis XII.
Leonicien. Luis XIV.
Leopoldo. Luis XV.
Lisimaco. Luis XVI.
Longüeville. Lutero.
Louvois. Luxemburgo.
Lulli. L'hopital.

} de Francia.

M.

Mabillón.	Melania.
Mahoma.	Menedemo.
Mahomet II.	Mentór.
Maitenón.	Miguel Angel.
Martin (San).	Mitridates.
Marlborough.	Moliere.
Massillón.	Montagne.
Maupertuis.	Montauzier.
Mazarino.	Montesquieu.
Maximino.	Moreri.
Mead.	Mosco.
Mecenas.	Munzer.
Médicis (los).	

N.

Nassau.	Newtón.
Nerón.	

O.

Orígenes.	Oudin.
Orleans (Duque de).	

P.

Pablo (San).	Pítaco.
Pacomio.	Pitágoras.
Palaprat.	Polignac.
Papiniano.	Pompeyo.
Páris du Verney.	Pope.
Pascal.	Poussin.
Patrú.	Platón.
Pedro I. (el Grande).	Plinio el antiguo.
Pericles.	Plinio el jóven.
Perrón.	

Q.

Quinault.	
-------------------	--

R.

Racan.	Rafael.
Racine (el Padre).	Régulo.
Racine (el hijo).	Regnier.

Richelieu.	Rousseau (Juan Bautista).
Rollin.	Rousseau (Juan Jacobo)..
Rotrou.	Rocheffoucauld.

S.

Saadi.	Simon el Mago.
Sales (San Francisco de).	Sixto V.
Sallo.	Sócrates.
Sartine.	Sófocles.
Saul.	Solimán II.
Samson.	Suetonio Tranquilo.
Sebastian (el Padre).	Sulpicio Severo.
Séneca.	Scarrón.
Serapio (San).	Spinola.

T.

Tácito.	Tertuliano.. . . .
Tamerlan.	Testú.
Tasso.	Tobías.
Tellier.	Tomás (Santo).
Temístocles.	Tomás Moro.
Teodosio I.	Turena.
Teodosio II.	Trajano.
Teofraстро.	Thompson.

V.

Valincour.	Villeroi.
Vandoma.	Vivonne.
Vaudemont (Luisa).	Voltaire.
Vic.	Valentiniano.
Villars.	

U.

Ulises.	Ursinos.. . . .
-----------------	-----------------

W.

Walpole.	Wolsey.
------------------	-----------------

X.

Xenócrates.	
---------------------	--

Z.

Zenón.	Zwinglio
----------------	--------------------











LA ESCUELA
DE
COSTUMBRES



ESCUELA NORMAL



17
BLA
2

